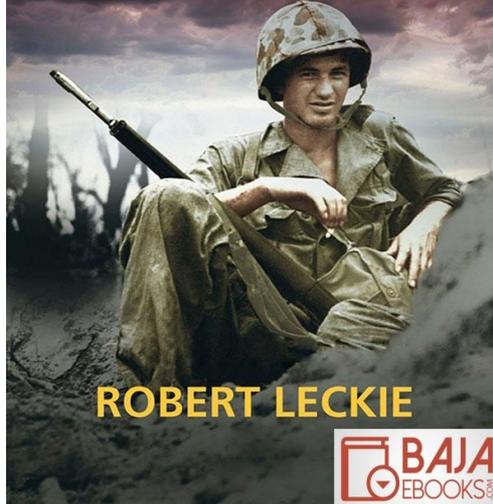


«Mi casco por almohada es un grandioso y épico poema en prosa. El tema de Robert Leckie es la experiencia profundamente humana de la guerra en el Pacífico, plasmada a través de las elegantes imágenes de un ser humano que —de algún modo— consiguió sobrevivir.» TOM HANKS

# MI CASCO POR ALMOHADA

Memorias de un marine en la guerra del Pacífico



**ROBERT LECKIE**



Sin dar un respiro al lector, la obra repasa la extraordinaria aventura del recluta Leckie, desde su entrenamiento en el campamento MCRD Parris Island, en Carolina del Sur, y en la base de New River, en Carolina del Norte, hasta su entrada en combate en aguas del Océano Pacífico. El libro refleja los escenarios de la contienda —Nueva Guinea, Cape Gloucester...— hasta su desenlace, que tiene lugar cuando Leckie resulta herido y deben evacuarlo desde la isla de Peleliu. Sin escatimar detalle de las atrocidades y sacrificios de la guerra, *Mi casco por almohada* retrata en toda su crudeza de qué madera están hechos los verdaderos soldados, cómo luchan y a menudo mueren en defensa de su país.



Robert Leckie

# **Mi casco por almohada**

ePUB r1.0  
Perseo 02.06.13

Título original: *Helmet for My Pillow*

Robert Leckie, 1957

Traducción: Rafael Marín Trechera

Retoque de portada: deor67

Editor digital: Perseo

Corrección de erratas: Luismi

ePub base r1.0

---

más libros en **Bajaebooks.com**

---

A los que cayeron

## La batalla del Tenaru

21 de Agosto de 1942

por Robert Leckie

*Mi casco por almohada  
un poncho por lecho,  
sobre el pecho cruzado el fusil,  
las estrellas girando en el cielo.*

*El susurro del kunai,  
el murmullo del mar,  
la suspirante palmera y la noche tan calma  
no revelan ningún enemigo.*

*¡Oíd!, en la orilla del río tan silenciosa  
hombres que dormís  
ese grito extranjero al otro lado del arroyo.  
¡Arriba! ¡Disparad al sonido!*

*Barriendo el banco de arena  
que bloquea el Tenaru  
al grito de banzai una hueste  
jura destruir a los pocos que somos.*

*¡A los fosos y trincheras!  
¡Matadlos con fusiles y cuchillos!  
Alimentadlos de plomo hasta que mueran  
y sus esposas se queden viudas.*

*Hijos de las madres que os dieron  
el honor y el don del nacimiento,  
golpead con el cuchillo hasta que sangre y vida  
corran por la tierra.*

*Marines, mantened la fe en vuestra gloria,  
proteged vuestra temblorosa trinchera.  
La intrusa caricia del acero nipón  
no puede penetrar en vuestra calma.*

*Se acercan, atacan todos aullando,  
sus pechos son blancos grandes.  
El arma debe temblar, las balas hacer  
una masacre de su ataque.*

*Rojos son los trazadores,  
amarillos los proyectiles que estallan,  
ronco es el grito de los hombres que mueren,  
agudos los gemidos de los heridos.*

*¡Dios, cómo retrocede asustada la noche!  
Chilla con chispas naranjas.  
La sacudida del mortero y el estrépito del cañón  
han crucificado la oscuridad.*

*Caen, los enemigos vacilantes  
bajo nuestras armas yacen amontonados.  
Con el resplandor verdoso de las bengalas  
vemos la cosecha conseguida.*

*El primer feroz asalto  
ha sido roto y contenido.  
¡Martilleados y heridos, desde pozos y trincheras,  
nos alzamos al ataque!*

*El día estalla pálido desde el cañón de un arma,  
la vacilante noche ha huido.  
A la luz del amanecer el enemigo ha trazado  
una línea tras sus muertos.*

*Nuestros tanques traquetean,  
asoman nuestros fusileros.  
Sus corazones han conocido nuestra bayoneta.  
Todo termina con un grito.*

*«¡Alto el fuego!» Las palabras resuenan  
sobre las montañas de muertos.  
La batalla está ganada, el Sol Naciente  
yace acribillado en la llanura.*

*San Miguel, ángel de la batalla,  
te alabamos ante Dios en las alturas.  
El enemigo que nos diste  
era fuerte y valiente y no temía la muerte.*

*Háblale al Señor de nuestros camaradas,  
muertos cuando la batalla parecía perdida.  
Fueron a recibir una brillante derrota:  
el holocausto del héroe.*

*Falsa es la alabanza al vencedor,  
vacío nuestro orgullo vivo,  
Para los que cayeron no hay infierno,  
tampoco para los valientes que murieron.*

PARTE UNO

---

# Instrucción

---

## Capítulo 1

Un viento cortante barría Church Street el triste amanecer del 5 de enero de 1942. Aquél fue el día en que me marché de casa para unirme a los marines de Estados Unidos.

Todavía no hacía cuatro semanas que estábamos en guerra con Japón. Pearl Harbor era una auténtica tragedia, una humillación amarga y ardiente. En los labios de todos sonaban canciones bélicas compuestas a toda prisa, pero su intenso patriotismo no compensaba su falta de melodía y brío. La histeria parecía agazaparse tras los ojos de todo el mundo.

Pero nada de todo aquello significaba mucho para mí. Yo sólo era consciente de tener a mi padre a mi lado, resistiéndose como yo al viento. Podía sentir la herida en mis partes, todavía roja, todavía dolorosa. Me habían quitado los puntos de sutura hacía unos días.

Quise alistarme el día después de Pearl Harbor, pero los marines insistieron en que tenía que circuncidarme. Me costó cien dólares, aunque no recuerdo haber pagado al médico, pero sí estoy seguro de que pocos hombres jóvenes fueron a la guerra en esos días aciagos con la misma cicatriz que yo.

Habíamos cruzado la llanura de Jersey, en la línea de tren de Erie, y luego cruzamos el río Hudson en ferry hasta llegar al centro de Nueva York. Durante el desayuno había reinado el silencio en casa. Mi madre estaba levantada y trabajando; no lloró. No fue una despedida de las que encogen el corazón, ni fue emotiva ni decidida... No hay palabras para describirla.

Aquella despedida fue como tantas otras cosas en esta guerra que causó heroicidades sin cuento, pero ni una sola canción conmovedora: simplemente fue resignación. Ella me siguió hasta la puerta con ojos tristes y dijo: «Que Dios te proteja».

Durante el viaje por la llanura mantuvimos silencio y también nos despedimos sin palabras delante de las puertas giratorias de bronce del número noventa de Church Street. Mi padre me abrazó rápidamente y, con la misma rapidez, volvió el rostro y se marchó. El portero irlandés me miró de arriba abajo y sonrió.

Entré y me enrolé en los marines de Estados Unidos.

El capitán que nos tomó juramento redujo la ceremonia al mínimo.

Todos levantamos la mano. La bajamos cuando él bajó la suya. De esta forma supusimos que ya éramos marines.

El sargento mayor de artillería que se convirtió en nuestro pastor momentáneo nos dejó las cosas más claras. Aquellas blasfemias tan elaboradas que acabarían por resultarme tan familiares surgían de sus labios con la consumada facilidad de quien se ha pasado toda una vida maldiciendo. Conocería a sus maestros muy pronto. En aquel momento, mientras nos hacía cruzar el río hasta Hoboken donde nos esperaba el tren, parecía no tener parangón con nadie, pero fue lo suficientemente amable y considerado para despedirse de los treinta o cuarenta reclutas que subimos al tren.

Se plantó a la cabeza de nuestro vagón: un hombre de mediana edad y delgado, si bien una incipiente barriguita amenazaba con restarle parte de su elegancia. Llevaba el uniforme azul de los marines. Encima, la estrecha chaqueta reglamentaria color verde bosque. El verde y el azul siempre me habían parecido una extraña combinación de colores y así me lo pareció también entonces: el chillón azul claro y oscuro del uniforme de marine cubierto de un suave y tranquilizador verde.

—Vuestro destino no será fácil —dijo el sargento de artillería—. Cuando lleguéis a Parris Island, descubriréis que las cosas son bastante diferentes a lo que habéis vivido hasta ahora. ¡No os gustará! Pensaréis que nos estamos pasando. ¡Pensaréis que son estupideces! ¡Pensaréis que son el puñado de hombres más crueles y retorcidos con los que os hayáis topado jamás! Voy a deciros una cosa: ¡os equivocareis! Si queréis ahorraros un montón de quebraderos de cabeza, escuchad lo que os digo: ¡haced todo lo que ellos os digan y mantened la boca cerrada!

No pudo dejar de sonreírse al terminar. Ningún grupo de hombres había tenido jamás un consejero más sensato, y él lo sabía, pero no podía dejar de sonreírse. Sabía que ignoraríamos todas sus palabras.

—Muy bien, sarge —gritó alguien—. Gracias, sarge.

Se dio la vuelta y nos dejó.

Lo llamamos «sarge». Veinticuatro horas más tarde no nos atreveríamos a llamar a ningún suboficial sin el rechinante «señor», pero entonces todavía teníamos la piel de civil. Vestíamos ropas de paisano, destacábamos en medio de Hoboken, todos sentíamos ese típico desprecio del civil hacia el soldado, pero ¿quién entre nosotros podría negar que no le faltaba mucho para obtener sus galones?

Nuestro viaje hasta Washington fue silencioso y sin nada digno de mención. Pero cuando llegamos a la capital y cambiamos de tren el ambiente pareció animarse. Otros reclutas llegaban de todo el este del país. Nuestro contingente fue el último en llegar, el último en subir a un viejo tren de madera que esperaba, resoplando y sucio en la oscuridad, oliendo a carbón, para llevarnos a la costa de Carolina del Sur. Quizá gracias a aquel viejo tren desvencijado nos animamos y empezamos con las bromas. Una reliquia tan deslucida y cansada no podía evitar provocar la risa. Uno fingió encontrar una placa de bronce bajo uno de los asientos, y nuestro vagón se estremeció con las carcajadas cuando leyó: «Este vagón es propiedad del Museo de Historia Americana de Filadelfia». Nos iluminábamos con lámparas de queroseno y nos calentábamos con un hornillo portátil. Parecía haber corrientes de aire por todas partes y había un constante crujir y gemir de madera y ruedas que sonaban como un interminable gemido. Por extraño que fuera aquel viejo tren, me encantaba.

Nos habíamos despedido de las comodidades en Washington. Algunos empezábamos ya a regodearnos con la dureza del viaje en tren. Esa intangible mística del marine estaba ya de algún modo, incluso entonces, en funcionamiento. Las condiciones eran duras, pero eso era exactamente lo que esperábamos y para lo que nos habíamos enrolado. De eso se trataba: pasarlas canutas. El hombre que peor lo pasaba era el más admirado. Del mismo modo, quien lo tenía más fácil era el menos digno de elogio.

Los que deseaban dormir pudieron echar una cabezada en el suelo mientras el tren atravesaba Virginia y Carolina del Norte. Pero fueron pocos. Las canciones y la charla eran demasiado emocionantes.

Resultó que el muchacho que estaba sentado a mi lado (un joven guapo y rubio del sur de Jersey) tenía buena voz. Entonó varias canciones solo. Como había un buen puñado de irlandeses neoyorquinos entre nosotros, se animó a cantar baladas irlandesas.

Al otro lado del pasillo había otro muchacho, a quien llamaré Armadillo porque tenía la cara delgada y puntiaguda. Era de Nueva York, donde asistía a la universidad. Al ser uno de los pocos universitarios presentes, ya había formado una especie de camarilla literaria.

La camarilla de Armadillo no podía igualar a otro círculo que se formó al fondo del vagón. Éste tenía en su centro a un fornido y sonriente pelirrojo. Red había sido *catcher* de los St. Louis Cardinals y una vez logró un *home round* en el estadio de Polo Grounds ante el gran Cari Hubbell.

No se podía medir el impacto de tener a semejante celebridad en nuestro grupo, compuesto por lo demás de mediocres como yo mismo. Red había estado en la cima. Había mantenido conversaciones diarias con hombres que eran nada menos que los ídolos de sus nuevos camaradas, así que era natural que lo rodeáramos, que le consultáramos todo, desde cómo se lanza una pelota a la composición del estado mayor japonés.

—¿Cómo crees que será Parris Island, Red?

—Eh, Red, ¿crees que los japos son tan duros como dicen los periódicos?

Los estadounidenses tienen esa debilidad. El éxito da sabiduría: los científicos aconsejan sobre libertades civiles, los cómicos y actrices dan mítines políticos, los atletas nos dicen qué marca de cigarrillos tenemos que fumar. Y así ocurría con el pelirrojo. En su caso, estaba claro lo que podían hacer los viajes y los titulares. Sin duda él era el que se lo tenía

más creído de todos nosotros.

Pero sospecho que incluso alguien tan mundano como Red recibió una dura bofetada cuando llegamos a Parris Island. Unos camiones nos recogieron en la estación de ferrocarril. Cuando nos bajamos y formamos un grupo variopinto delante del comedor de ladrillos rojos, fuimos sometidos al recibimiento clásico.

—Muchachos —dijo el sargento que iba a ser nuestro instructor—. Muchachos... Quiero deciros algo. Entregad vuestros corazones a Jesús... ¡Porque vuestros culos me pertenecen!

Entonces nos hizo formar con nuestras torpes ropas de paisano y marchamos hacia el comedor.

Había mortadela y frijoles de media luna. Yo no había comido antes frijoles de media luna, pero los probé: estaban fríos.

El grupo que hizo el viaje desde Nueva York no sobrevivió al primer día en Parris Island. Nunca volví a ver al cantante rubio, ni a casi ninguno más. Unos sesenta de los centenares que habíamos viajado en aquel viejo tren nos convertimos en un pelotón de entrenamiento, nos asignaron un número y nos colocaron a cargo del sargento de instrucción que nos había dado el discurso de bienvenida.

El sargento Berrido era un sureño que sentía cierto desdén hacia los nortños. Tampoco es que favoreciera a los sureños: simplemente los trataba con menos sarcasmo. Era un hombre grande, yo diría que un metro noventa, cien kilos.

Pero sobre todo tenía voz.

Reverberaba de energía mientras marcaba el paso, haciéndonos marchar desde el edificio de administración hasta el de intendencia. Nos espabiló, aquella voz, y nos hizo enderezar nuestras encogidas espaldas de civiles. En ningún otro lugar, sólo en el Cuerpo de Marines se oye esa cadencia de mando tan peculiar.

*Thrip-faw-ya-leahft, thrip-faw-ya-leahft.*

Suena como un encantamiento, pero es tan sólo el tradicional «tres, cuatro, izquierda» alargado por el acento sureño, animoso al ser cantado. Nunca me ha sonado mejor que como lo entonaba nuestro sargento. Debido a ello y a su pasión por la instrucción, sólo tengo una imagen suya: caminando con la espalda erguida a unos pocos pasos de nosotros, los brazos estirados, los puños cerrados, la cabeza echada hacia atrás, con todo el cuerpo tenso y la voz canturreando incesantemente:

*Thrip-faw-ya-leahft, thrip-faw-ya-leahft.*

El sargento mayor nos condujo hasta el edificio de intendencia. Fue allí donde nos despojaron de todo rastro de nuestra propia personalidad. En intendencia hacen a los soldados, marineros y marines. En su presencia, te desnudas. Con cada prenda se pierde un rasgo propio: dejar atrás la ropa marca la silenciosa muerte de una particularidad tuya. Te quitas los calcetines, desaparece tu gusto por los rayados, por los lisos, por los de cuadros e incluso por los colores: se acaba la tendencia a combinar calcetines púrpura con una corbata marrón. A partir de ese momento mis calcetines serán pardos. Nunca más estarán sucios, ni enrollados, ni serán chillones, ni tendrán agujeros. Serán pardos. La otra y única característica que pueden tener es estar siempre limpios.

Así con todo, hasta que te quedas desnudo, luchando contra la vergüenza que pasa completamente inadvertida para las lacónicas sombras que trabajan en intendencia.

Dentro, en las profundidades que los psiquiatras llaman lo subliminal, aún parpadea una chispa humana. No llegará a apagarse. Su vigencia o su abandono están en proporción directa al número de kilómetros que un hombre puede poner entre su campamento y él mismo.

Así desnudos, tiritando, un hombre está indefenso ante el brigada de intendencia. El carácter se queda en las ropas que han sido descartadas, como la piel y el pelo en una cinta adhesiva. Te lo arrancan. Entonces las sombras de intendencia revolotean a tu alrededor con una cinta métrica. Una cascada de ropas te cae encima, lavándote de toda personalidad. Como si volcaran sobre ti una monstruosa cornucopia y cayera sobre tu cabeza una lluvia de gorras, guantes, calcetines, zapatos, calzoncillos, camisetas, cinturones, pantalones, guerreras. Cuando has salido de todo esto, no eres más que un número: 351391 USMCR. Veinte minutos antes en el lugar que ocupas había un ser humano, rodeado de otros sesenta

seres humanos, pero ya sólo hay un número rodeado de otros sesenta números: la suma de todos es un pelotón de instrucción, pero las partes no tienen ningún significado fuera del contexto.

Parecíamos todos iguales, como nos parecen los chinos a los occidentales y, supongo, viceversa. El color y el corte de pelo nos salvaban todavía, pero en un minuto también caerían.

El grito sonó mientras nos dirigíamos a los barberos:

—¡Lo lamentaréééééis!

Antes de que la última sílaba de burla se apagara, el barbero ya me había rapado. Creo que necesitó cuatro, quizá cinco toques con la maquinilla eléctrica. El último toque completó el círculo. Ya era un número vestido de caqui y rodeado de caos.

Y este segundo denominador común de Parris Island era la clave. A las seis semanas de instrucción no parecía existir una sola pauta, aparte de las comidas. Todo parecía caos: desfiles, instrucción en el manejo de las armas; charlas sobre cortesía militar («Al saludar, la mano derecha tocará la cabeza en un ángulo de cuarenta y cinco grados con el ojo derecho»); charlas de la jerga de los marines («A partir de ahora todo, suelo, calle, suelo, todo es “la cubierta”»), limpieza y engrasado de tu propio fusil hasta que brillara como una joya; afeitado diario tuvieras pelo o fueras lampiño. Aquello era la selva.

—¿Qué vamos a hacer, saludar a los japoneses hasta que los palmen?

—No, vamos a cegarlos con saliva y líquido limpio metales.

—Sí... o raparemos a los hijos de puta.

Toda la lógica parecía estar de nuestro lado. El Cuerpo de Marines parecía una locura.

Nos habían acuartelado en la primera planta de un barracón de madera y allí nos habían dejado. A excepción de una semana o así en el campo de tiro y las misas de los domingos, no me moví de ese barracón salvo cuando debía mostrar mi entera disposición a las llamadas del sargento Berrido. No teníamos ningún privilegio. Estábamos a medio cocer: ya no éramos civiles, pero todavía no éramos marines.

Éramos como la definición del tiempo de san Agustín: «Del futuro que aún no es, al presente que está siendo, hasta el pasado que ya no es».

Y siempre las marchas.

Marchar hasta el comedor, marchar hasta la enfermería, marchar para recoger los fusiles que resbalaban por el limpio metales, marchar hasta los depósitos de agua para limpiarlos, marchar al terreno de marchas. Los pies golpeando el cemento, pisando la tierra compacta, deteniéndose con un golpe en la culata del fusil.

—¡Media vuelta, marchen!... ¡De frente, marchen!... ¡Izquierda, marchen!... ¡Pelotón, alto! —*clash, clash*—. ¡Hombro derecho, armas! —*slap, slap*... «¡Mi dedo, mi dedo rojo y blanco!»—. ¡Maldición, soldados! ¡Golpeen el arma! ¿Me oyen? ¡Golpeen el arma! ¡Quiero ruido! ¡Quiero sangre! ¡Ruido! ¡Sangre! ¡Presenten, armas! —«¡Mi dedo!»—. ¡De frente, marchen!

«Otra vez... marchar, marchar, marchar...».

Aquello era una locura.

Pero era disciplina.

Excepto a nosotros los reclutas, a nadie más en Parris Island parecía preocuparle otra cosa que no fuera la disciplina. No se hablaba absolutamente nada de la guerra: entonces no nos daban acaloradas charlas sobre matar japoneses, como las que oiríamos más tarde en New River. Todo lo que no fuera disciplina, disciplina del Cuerpo de Marines, rápidamente era objeto de burla y ridiculizado, ya se tratara de religión o altas finanzas. Los instructores eran exigentes al máximo. Como el hedonista que piensa que si algo no puede beberse, comerse o llevarse a la cama, no existe, así eran los instructores en su visión del mundo. Todo era disciplina.

No es una actitud que pueda trasladarse al mundo civil, pero no puede haber otra mejor para enderezar las espaldas de los civiles.

El sargento Berrido era tan estricto como el que más. Nos aplicaba la disciplina de la manera corriente: ordenaba a un hombre que limpiara el retrete con un cepillo de dientes, que durmiera con el fusil porque se le había caído o, peor, lo llamaba «la pistola», pero era especialmente insistente en la precisión al marchar.

Una vez me agarró por la oreja cuando perdí el paso. No soy demasiado alto, pero tampoco soy ligero. Sin embargo, él me levantó del suelo.

—Lucky —dijo con una sonrisa ominosa, como complaciéndose en pronunciar mal mi nombre—. Lucky, si no marcas el paso te apuesto a que acabaremos los dos en el hospital...

¡para que puedan sacar mi pie de tu culo!

Berrido alardeaba de que aunque podía hacer ejercitar a sus hombres hasta el agotamiento bajo aquel calor semitropical de Carolina del Sur, nunca lo hacía bajo la lluvia. ¡Magnífica concesión! Sin embargo había otros instructores que no sólo mandaban hacer la instrucción en medio de un chaparrón, sino que parecían complacerse en todas las contrariedades que pudieran caerles encima a sus hombres.

Uno, especialmente, hacía marchar a su pelotón hacia el océano. La cadencia que marcaba cantando nunca se alteraba. Si ellos vacilaban, rompiendo filas al borde del agua, se lo llevaban los diablos.

—¿Quiénes os creéis que sois? ¡No sois más que un puñado de pelones! ¿Quién os ha ordenado parar? Yo doy las órdenes aquí y nadie se detiene hasta que yo lo digo.

Pero si el pelotón marchaba resueltamente hacia el agua, permitía que su cadencia remitiera poco a poco hasta que había llegado a la altura de las rodillas o, al menos, hasta el punto en que el agua salada hacía peligrar sus preciosos fusiles. Entonces sonreía y simulaba enfurecerse.

—¡Volved aquí, errores de vuestras madres! ¡Sacad esos estúpidos culos del océano!

Dándose la vuelta, enfurruñado, se dirigía a Parris Island en general:

—¿Quién tiene el pelotón más estúpido de toda esta maldita isla? ¡Así es, yo! ¡Yo lo tengo!

En conjunto, los sargentos no eran crueles. No eran sádicos. Creían que tenían que hacémoslas pasar canutas, pero creían tener que hacerlo para endurecernos. Sólo una vez vi algo que se acercaba a la crueldad. Un recluta no sabía marchar sin bajar los ojos. El sargento Berrido le rugió y le rugió hasta que su voz de hierro pareció a punto de romperse. Por fin encontró un remedio. Colocó la empuñadura de una bayoneta bajo el cinturón del recluta, con la punta bajo su garganta. Ante nuestros ojos sorprendidos y temerosos, le ordenó que marchara.

El recluta lo hizo. Pero cuando su paso vaciló, cuando su mirada se fijó y contuvo la respiración, el sargento puso fin al castigo. Algo parecido al miedo se había traspasado del recluta al sargento, y Berrido se apresuró en retirar la bayoneta. Estoy seguro de que el sargento ha tenido más motivos para recordar este incidente que su víctima.

## Capítulo 2

Entonces era difícil entablar una amistad duradera. Todo el mundo era consciente de que nuestra unidad se desintegraría cuando terminara el período de instrucción. Algunos serían embarcados, la mayoría llenaría las filas de las fuerzas de la flota de los marines en New River y otros se quedarían en Parris Island. No había muchas oportunidades para la camaradería, confinados como estábamos en aquellos barracones de techos altos. Había calidez, sí, pero no intimidad.

Hice muchas amistades en el Cuerpo de Marines, pero escribiré de ellas en otra parte. Aquí me centraré en el método, en la formación de marines.

Se trata de un proceso de entrega. A cada paso, a cada hora, al parecer, había que renunciar a una costumbre o una preferencia, había que hacer un ajuste. Incluso en el comedor descubrimos que nada importaba menos que lo que le gusta o no le gusta a un hombre.

Siempre sospeché que no me gustaba el maíz molido. Y fue entonces cuando comprobé que así era. Y así sigue siendo. Y si bien alguna mañana, para no pasar hambre, tuve que terminar desayunando maíz molido, casi todos los días mis tripas vacías rugían, voraces, hasta la hora de la comida.

La mayoría de nosotros tenía ideas arraigadas sobre lo que conforman los buenos modales a la mesa y, entre ellas, no figuraban el grueso brazo sudoroso de un vecino que se cruza de pronto delante de tus labios ni el método de servir de arriba abajo, por el que los hombres que están a la cabecera de la mesa, al recibir las escudillas de metal de los cocineros, siempre se servían hasta los topes, avariciosamente ajenos a los gritos indignados de los hambrientos soldados que estaban sentados en el centro o al fondo de la mesa.

A algunos de nosotros podía inquietarnos la vista de los cuchillos cargados de guisantes o el ruido rapaz que hacían algunos hombres al comer, pero nos fuimos haciendo menos y menos delicados. Pronto mis papilas gustativas sirvieron sólo como radar intestinal —para advertirme de la llegada de la comida—, y mi sentido del decoro desertó durante todo ese tiempo.

Lo peor de todo de este proceso de rendición era la implacable negativa a permitir la menor intimidad. Todo se hacía al descubierto. Despertarse, levantarte, escribir cartas, recibir correo, hacer las camas, lavarte, afeitarte, peinarte el pelo, hacer de vientre... todo se hacía en público y a la medida y al estilo del sargento.

Incluso los paquetes de comida llegados de casa caían en manos del instructor. Nos informaban de su llegada, que el instructor los había probado, que le habían parecido sabrosos.

¡Qué! ¡Ahora os molesta! Esto es demasiado. ¡Manipular el trabajo del servicio de correos de Estados Unidos! Ah, amigo mío, déjame que te haga una pregunta. Entre el servicio de correos de Estados Unidos y los marines de Estados Unidos, ¿quién dirías que ganaría?

Si te sientes deshecho en Parris Island, destrozado en esas pocas primeras semanas, es en el campo de tiro donde empiezan a formarte de nuevo.

Berrido nos hacía marchar hasta el campo de tiro, a unos ocho kilómetros, en cerrado

orden de formación. (Hay un orden cerrado y está la marcha de ruta, y la primera es a la segunda como estar de pie a estar agachado.). Llevábamos los macutos a la espalda. Nuestros petates estarían en las tiendas cuando llegáramos. Nos quejábamos de tener que cargar con los macutos y los petates, plenamente ajenos al hecho de que llegaría el día en que serían un lujo.

Entonces más que nunca parecía Berrido un ser de piedra: siempre recto como una lanza, la voz de hierro incansable. Sólo al final de la marcha parecía tenerla un poquito cascada: un signo alentador, como para asegurarnos que también había en él una pizca de nuestra impureza.

En el campo de tiro vivíamos en tiendas, seis hombres por tienda. La mía tenía el suelo de madera, un detalle del que carecían la mayoría de las otras tiendas, que mis compañeros y yo considerábamos una gran bendición. Tampoco dejábamos de percibir la mano de la Providencia al hacer que estuviéramos juntos seis neoyorquinos y bostonianos, el trigo del norte separado de la paja del sur. Pero por la mañana, el frío viento de la costa puso fin a aquella halagadora idea. La sangre fría yanqui se quebró ante los gritos de alegría rebeldes que celebraron el castañetear de nuestros dientes y la tiritona de nuestros labios azules.

—Eh, yanquis, yo creía que aquí en el norte hacía frío. Creí que vosotros estabais acostumbrados al frío. ¡Ja! ¡Míralos, mira cómo castañetean sus morros de yanquis!

Berrido se divirtió tanto que perdió su habitual reserva.

—Para mí que tienes razón —dijo Berrido—. En cuanto salgo aquí, oigo dientes castañeteando. Y siempre son dientes nuevos. No sé —sacudió la cabeza—. No sé. Sigo sin comprender cómo los sureños perdimos la guerra.

A la media hora, el sol brillaba intensamente, y nosotros aprendimos qué infierno de calor y frío alternos podía ser el campo de tiro.

Después de lavarnos, a los recién llegados una nueva sorpresa nos esperaba en los lavabos. Había una especie de plancha donde se sentaban los hombres, con el trasero colocado sobre una letrina de metal oxidado, inclinado en un ángulo por donde corría el agua. Un grupo se había situado delante de la letrina, donde bombeaba el agua. Por fortuna, yo no estaba sentado en ese momento. Pude ver la sorpresa. Un tipo de aquel grupo tenía un puñado de papeles de periódico convertidos en bolas. Los colocó en el agua. Los prendió. La corriente se los llevó.

Aullidos de amarga sorpresa y angustia saludaron el paso de aquel barco encendido bajo los blancos traseros colocados en serie de mis amigos. Aquella mañana más de un trasero quedó chamuscado, y en nuestra estancia en el campo de tiro no dejamos de acercarnos a las letrinas con recelo. Naturalmente, nos encargamos de repetir la broma a otros recién llegados y fue divertidísimo.

Nos vacunaron en el campo de tiro. El sargento Berrido nos hizo marchar hacia la enfermería, en cuya entrada media docena de hombres de otro pelotón se dividían en varios estados de náusea, advirtiéndonos así de lo que nos esperaba.

Vacunarse es inhumano. Es como si los hombres fueran alimentados en una máquina. Nos esperaban dos filas de sanitarios de la Marina situados de cara, pero escalonados de forma que ninguno estuviera directamente frente al otro. Atravesamos esa avenida. Al hacerlo, cada sanitario pinchaba el brazo desnudo del marine que tenía delante, echaba la mano hacia atrás para recoger una aguja hipodérmica que le había cargado un ayudante y luego clavaba la aguja en el brazo del marine.

Así se creaba una mecánica de cuerpos que se giraban y brazos que se ofrecían para ser pinchados, interrumpida únicamente por el destellante arco de la aguja, mientras nosotros avanzábamos, nos deteníamos, volvíamos a avanzar. Aquello tenía la eficacia de una línea de montaje, y también algo de la incapacidad de las líneas de montaje para respetar la naturaleza humana.

Uno de mis compañeros de tienda, llamado el Luchador por su gran fortaleza y una breve carrera en el cuadrilátero, no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Iba delante de mí, en posición para recibir la aguja, pero era tan grande que parecía estar delante de ambos sanitarios al mismo tiempo.

Cuando el sanitario de su derecha le limpiaba con algodón y le pinchaba, también lo hizo el sanitario de su izquierda.

El Luchador recibió ambos pinchazos sin estremecerse siquiera. Pero entonces, ante mi horrorizada mirada, tan rápido que no pude impedirlo, los sanitarios realizaron sus movimientos de rigor y pusieron otras dos inyecciones en los musculosos brazos del Luchador.

Eso ya fue demasiado, incluso para el Luchador.

—Eh, ¿cuántas de éstas me tengo que poner?

—Una, estúpido. Sigue adelante.

—¡Una, mierda! ¡Ya me han puesto cuatro!

—Sí, lo sé. También eres el comandante de la base. Te digo que sigas adelante: estás retrasando la fila.

Entonces intervine yo.

—No bromea. Le han puesto cuatro inyecciones. Cada uno de ustedes le ha puesto dos.

Los sanitarios se quedaron boquiabiertos de consternación. Vieron el inconfundible disgusto en los rudos rasgos del Luchador y una sonrisa contenida en mi cara. Lo cogieron y lo condujeron rápidamente a uno de los médicos de la enfermería, pero el médico no mostró ninguna alarma. Hizo su diagnóstico basándose en los músculos y los nervios de acero del Luchador.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Sólo un poco acalorado.

—De acuerdo. Probablemente no te pasará nada. Si te sientes mareado o con náuseas, házmelo saber.

Resulta algo decepcionante aclarar que el Luchador no se sintió enfermo. Y en cuanto a las náuseas, nos afectaron a los más sensibles al verlo atacar la carne del rancho unos quince minutos más tarde.

En el campo de tiro también comprobé por primera vez la facilidad que tienen los marines para maldecir. Ya había habido algunos suaves ejemplos en los barracones, pero nunca nada parecido a las brutales blasfemias y obscenidades del campo de tiro. Había suboficiales que no podían decir dos frases seguidas sin unir las por una maldición, un juramento, una imprecación. Oírlos nos ponía la carne de gallina y los más religiosos se ruborizaban de furia y deseaban poder replicar a los blasfemos.

Con el tiempo nos inmunizaríamos e incluso terminaríamos repitiéndolas nosotros mismos. Acabaríamos considerándolas como algo que no pretendía ofender a nadie, pero entonces nos sorprendieron.

¿Cómo podían tener tanta facilidad para decir simples tacos? No se trataba de vituperar. Eran sólo maldiciones, obscenidades, blasfemias, irreverencias, ninguna profusa ni original, pero sorprendentemente variadas.

Siempre aparecía la palabra obscena. Siempre aquel feo sonido de cinco letras que los hombres de uniforme han convertido en la única base lingüística. Servía de asidero, de guión, de hipérbole, fuera verbo, nombre, modificador, sí, incluso conjunción. Describía la comida, la fatiga, la metafísica. Valía para todo y no significaba nada; siendo una palabra insultante, no se usaba nunca como insulto; siendo burdamente descriptiva del acto sexual, nunca se usaba para describirlo; siendo vil, describía lo mejor; siendo fea, modificaba la belleza; era el nombre y la nomenclatura de la voz del vacío, pero la pronunciaban los capellanes y los capitanes, los suboficiales y el cuerpo médico. Hasta que, finalmente, sólo podías deducir que si alguien que no conociera el idioma oyera nuestras conversaciones, demostraría, como si fuera una tesis, que por el grado e incidencia numérica, esta palabrita debía de ser aquello por lo que luchábamos.

En el campo de tiro, los furiosos sargentos llenaban el aire con sus maldiciones, mientras se esforzaban en hacer de nosotros tiradores durante lo que se había convertido en un curso abreviado de instrucción. Los marines tienen que aprender a disparar de pie, tumbados y sentados. Quizá porque la posición de sentado es la más difícil de todas, esa postura parecía estar en boga en el campo de tiro de Parris Island.

Nos la enseñaron durante dos días enteros en aquel miserable campo de dunas y arena de la isla. Permanecíamos sentados al sol con arena en el pelo, en las orejas, en los ojos, en la boca. A los sargentos no les importaba dónde estaba la arena, mientras no fuera en las engrasadas partes metálicas de nuestros preciosos fusiles. No había piedad para el desgraciado que permitiera que así sucediera. El castigo era rápido: una dura patada y un horrible juramento gritado directamente al oído del pobre diablo.

Asumir la posición sentada, como decía el sargento instructor, era infligir sobre uno mismo la tortura del potro.

El fusil se sujetaba con la mano izquierda, en el centro o «equilibrio de la pieza». Pero el brazo izquierdo se inserta en un lazo de la correa, que sube por el brazo hasta el bíceps, donde se aprieta de manera increíblemente tensa. Sujeto así, mientras estás sentado con las piernas cruzadas, al estilo Buda, la culata del fusil queda a unas pocas pulgadas de tu

hombro derecho. El truco consiste en encajar esa culata contra el hombro, de modo que puedas apoyar la mejilla junto con la mano derecha, apuntar a lo largo del cañón y disparar.

La primera vez que lo intenté me resultó imposible, a menos que mi espalda se partiera por la mitad para permitir que cada parte de mi torso girara a mi alrededor como si tuviera bisagras. De otro modo, nada. De otro modo, la correa cortaría mi brazo izquierdo en dos, mi cabeza se rompería por la tensión de girar el cuello o tendría que arriesgarme a apuntar el fusil con una sola mano, como si fuera una pistola. Por fortuna, si puedo decirlo así, la decisión no fue mía. El sargento Berrido se me acercó.

—¿Problemas? —preguntó dulcemente.

Sus modales tendrían que habérmelo advertido, pero los confundí con una insospechada vena humana.

—Sí, señor.

—¡Santo cielo!

Era demasiado tarde. Ya me había pillado. Lo miré con ojos aturcidos y suplicantes.

—Muy bien, chaval, coge el fusil firmemente con la mano izquierda. Bien. Ahora la derecha. Vaya, vaya. Es difícil, ¿eh?

Entonces el sargento Berrido se sentó sobre mi hombro. Juro que lo oí crujir. Sentí que me había roto, pero supongo que simplemente hizo que se extendieran unos cuantos ligamentos. Y funcionó. Mi hombro derecho encontró la culata del fusil y mi brazo izquierdo no se descoyuntó: así fue cómo aprendí la inútil postura de disparar sentado.

Sólo vi matar a un japonés con un disparo desde la posición de sentado y sólo porque el enemigo no disparaba a su vez.

Sin embargo, era sorprendente cómo los marines podían enseñarnos a disparar en los pocos días que nos tuvieron en el campo de tiro, es decir, nos enseñaban a los pocos que entre nosotros destacábamos para aprender instrucción. La mayoría sabía disparar, sorprendentemente, incluso los chicos de las grandes ciudades. No tengo ni idea de cómo ni dónde, en la jungla de acero y hormigón de nuestras ciudades modernas, habían conseguido aquellos muchachos desarrollar una habilidad en lo que parecía ser un pasatiempo más propio del campo. Pero sabían disparar y lo hacían bien.

Todos los sureños sabían disparar. Los oriundos de Georgia y del estado fronterizo de Kentucky parecían los mejores. Sufrían la indignidad de la correa del fusil mientras disparaban en las dunas de arena. Pero cuando se permitía disparo libre y podían levantar la culata del fusil, despreciaban esa forma de apoyo, se colocaban la culata bajo la barbilla y disparaban a placer. Los sargentos de instrucción les dejaban salirse con la suya. Después de todo, no se puede discutir habiendo dado ellos en el blanco.

Yo era uno de los que no estaban familiarizados con la pólvora. Hasta entonces, jamás había disparado un fusil, excepto en alguna caseta de tiro en la feria o en los recreativos del centro de Nueva York. Para mí, un Springfield del calibre 30 me parecía un verdadero cañón.

La primera vez que me senté en la línea de tiro, con dos cargadores de cinco balas a mi lado y la advertencia «¡Carga y amartilla!» del sargento de artillería, me sentí como debe sentirse un animal pequeño al ver acercarse un automóvil. Entonces llegaron las temidas órdenes.

—¡Todos preparados!

—¡Fuego!

¡Boooooom!

Era el tipo a mi derecha. El sonido pareció partirme los tímpanos. Di un respingo. Entonces toda la hilera dio comienzo a un estrépito de rugientes sonidos y yo puse a mi Springfield a funcionar con todos ellos, disparando, expulsando, volviendo a cargar. Las diez balas se agotaron en cuestión de segundos. Se produjo el silencio y, con él, el zumbido en mis oídos. Todavía me zumban.

No pasó mucho tiempo antes de que venciera mi timidez y empezara a disfrutar al disparar. Naturalmente, cometí los errores que cometen todos los neófitos: disparar al blanco equivocado, disparar bajo la diana, calcular mal mi postura. Pero progresé, y cuando llegó el día de disparar para ser evaluados, fui tan arrogante como para creer que sería calificado como experto. La clasificación de experto para quien dispara con fusil es el equivalente a la medalla de honor al valor. Incluso te añadían cinco dólares de paga al mes, una suma considerable para alguien que ganaba veintiuno.

El día en que disparamos para ser calificados (es decir, cuando nuestras puntuaciones serían oficiales y determinarían si estábamos cualificados o no) amaneció lluvioso y

brutalmente frío. Lo recuerdo como un día lúgubre y recuerdo que anhelaba estar cerca de las hogueras donde se reunían los sargentos, fumando cigarrillos y forzando una alegría que yo no estaba muy seguro de que nadie pudiera sentir. Los ojos me lagrimearon todo el día. Cuando disparamos desde seiscientos metros de distancia, creo que apenas podía distinguir el blanco.

Fracasé de manera rotunda. No me calificué para nada. Un puñado lo hicieron como tiradores, dos o tres como tiradores de precisión, ninguno como experto. Después de haber disparado para ser cualificados ya éramos marines. Todavía quedaban unas cuantas destrezas más que aprender (el bloqueo-parada-ataque con la bayoneta o el disparo con pistola), pero esas habilidades no tenían mucha consideración en la escala de valores de los marines. El fusil es el arma del marine. Así que marchamos de regreso a los barracones, con los pechos hinchados de soberbia y nuestros pies aplastando el pavimento, con la orgullosa precisión de los hombres que habían dominado el Springfield o, al menos, pretendían haberlo hecho.

Éramos veteranos. Cuando llegamos a los barracones, nos cruzamos con un grupo de reclutas que acababan de llegar, todavía con ropas de paisano, y nos parecieron tan indefensos y destartalados como pájaros bajo la lluvia. Y como por instinto todos gritamos con una sola voz:

—¡Lo lamentaréééis!

Berrido sonrió encantado.

## Capítulo 3

En cinco semanas nos habían transformado. Quedaba otra semana de instrucción, pero el cambio deseado ya había tenido lugar. Lo más importante de esta transformación no era el endurecimiento de mi piel o la agudeza de mis ojos sino mi nueva actitud.

Yo era un marine. Automáticamente, esto pareció elevarme por encima de las hordas de militares. Hablaba despectivamente de los soldados de infantería considerándolos «caras de perro» y de los «patizambos». Soltaba una risotada cuando el sargento se refería a West Point como «esa escuela de niños del Hudson». Aceptaba como la verdad del Evangelio esos relatos imposibles de verificar donde oficiales del Ejército o la Marina dimitían de sus cargos para enrolarse como soldados rasos de los marines. Adquirí un montón de conocimientos sobre la historia del cuerpo y me encantaba relatar anécdotas señalando la invencibilidad de los marines en combate. Para cualquiera que no fuera marine, me volví un tipo insufrible.

La siguiente semana o así nos dedicamos simplemente a realizar los ejercicios a la espera de nuestro destino. Hablábamos fácilmente de «servicio en el mar» o «servicio de guardia». En aquellos sueños despiertos todos vestíamos uniformes azules de gala, bebíamos copiosamente, bailábamos, copulábamos y solíamos actuar como valientes. De vez en cuando, cuando el nombre de un conocido aparecía en las conversaciones, se mencionaba el nombre «New River». En esa base se formaba la Primera División de Marines. En New River no había uniformes azules, ni chicas, ni bandas de baile: sólo había cerveza y ese páramo perdido de la mano de Dios. Mencionar New River suponía abrir dolorosas pausas en la conversación, hasta que se olvidaba en el siguiente asalto de felices especulaciones.

— o O o —

Llegó el día de la partida.

Subimos nuestros petates a los camiones de suministro. Cargamos nuestros macutos. Formamos alegremente en la acera ante los barracones. Esperamos a la sombra del barracón, un lugar que se nos hizo odioso un día, cuando, para castigar a un manazas que había dejado caer el fusil, Berrido le ordenó que permaneciera allí de pie, erecto, con el fusil en posición de presentación, cantando desde el alba hasta la puesta de sol: «Soy un chico malo, dejé caer el fusil».

Allí estábamos, esperando órdenes. Berrido nos hizo formar. Nos hizo presentar armas. Nuestras manos, al golpear las correas de los fusiles, sonaban seguras.

—Descanso. Rompan filas. Suban a esos camiones.

Nos montamos. Alguien hizo acopio de valor en el último minuto para preguntar:

—¿Adónde vamos, sargento?

—A New River.

Los camiones partieron en silencio. Recuerdo a Berrido mirándonos mientras nos marchamos y cuánto me sorprendí al ver la tristeza en sus ojos.

Llegamos a New River de madrugada. Habíamos viajado en tren desde Carolina del Sur.

La comida del vagón comedor era buena, como siempre que se viaja en tren. Habíamos dormido en nuestros asientos, los macutos en los maleteros sobre nosotros, los fusiles a nuestro lado.

Entre muchos gritos y destellos de luces de linternas nos hicieron bajar del tren y formamos en la vía muerta. Todo estaba oscuro. Ninguna de aquellas figuras que gritaban y nos metían prisa (los suboficiales y oficiales que nos recibieron) parecía pertenecer a la realidad, excepto cuando una luz recortaba a alguno contra la oscuridad. A pesar de lo oscuro que estaba, pude sentir aquella impresión de enormidad: la cúpula del cielo arqueándose en lo alto y extendiéndose hacia lo lejos, una llanura sin límites interrumpida solamente por las tiendas silenciosas.

Nos hicieron marchar rápidamente hacia un barracón rectangular e iluminado, con una puerta a cada lado. Nos detuvimos en un extremo, mientras un suboficial nos llamaba por nuestros nombres.

—Leckie.

Me separé de mi pelotón, terminando, con ese movimiento, mi asociación con la mayoría de los hombres que habían sido mis camaradas durante seis semanas.

Entré rápidamente en el barracón iluminado. Un oficinista me hizo sentarme ante su mesa. Había otros tres o cuatro como él, «entrevistando» del mismo modo a los recién llegados. Hizo sus preguntas con rapidez, sólo se mostraba interesado en mis respuestas, a mí me ignoraba. Nombre, número de serie, número de fusil, etcétera. Todos esos detalles secos que no dicen nada de nadie.

—¿Qué hacía en la vida civil?

—Era periodista deportivo.

—Muy bien. Primero de Marines. Salga y dígaselo al sargento.

Así era como nos clasificaban los marines. Las preguntas eran mecánicas. Las respuestas se ignoraban. Estudiante, granjero, futuro científico... Todo era aplastado en el mostrador de recepción y salías con una nueva etiqueta: Primero de Marines. No había ningún «test de aptitud», ningún «análisis de trabajo». En la Primera División de Marines se presumía que los hombres se alistaban para combatir. A nadie le preocupaban las competencias civiles.

Quizá fuera una afrenta a aquellos vestigios de la autoestima civil que Parris Island no había tenido tiempo de destruir, pero New River pronto se encargaría de hacerlo. Allí, el único talento que servía era ser buen soldado de infantería y la única herramienta, la pistola. Allí lo cultivado, lo elaborado, lo delicado perecían pronto, como gardenias en el desierto.

Sentí el poder de esa actitud y, por primera vez en mi vida, sentí una total sumisión a la autoridad cuando salí del barracón y murmuré «Primero de Marines» a un puñado de sargentos que estaban allí de pie esperándonos. Uno de ellos señaló con su linterna a un grupo de hombres; ocupé mi lugar entre ellos. Unos seis grupos más estaban siendo formados del mismo modo.

Entonces, a una orden, subí a un camión con mis nuevos camaradas. El conductor puso el motor en marcha y echamos a andar, sacudiéndonos por carreteras encharcadas, dejando atrás fila tras fila de cabañas silenciosas y oscuras, adelante, siempre adelante, hasta que por fin nos detuvimos con una sacudida y llegamos a casa.

«Casa» era la Compañía H, Segundo Batallón, Primer Regimiento de Marines. «Casa» era una compañía de ametralladoras y morteros pesados. Alguien en aquel sombrío barracón había decidido que yo fuera operador de ametralladora.

El proceso de enrolamiento en la Compañía H apenas difería del método de nuestro «destino» de la víspera, excepto que nos dirigimos a un barracón ocupado por el capitán Caderas-Altas. Nos miró con su ojo de cristal, gloriosa consecuencia de un combate, se acarició el bigote militar y nos interrogó con su conciso estilo británico. Luego, con aire de escepticismo, nos asignó a las tiendas de nuestro pelotón y nos entregó al cuidado de los suboficiales que llegaban de otros regimientos.

Estos hombres procedían de la Quinta y la Séptima, las unidades veteranas en cuyas filas estaban casi todos los soldados entrenados de la Primera División. Mi regimiento, el Primero, había sido disuelto, pero entonces, después de Pearl Harbor, iba a ser recompuesto. El Primero necesitaba suboficiales y muchos de los que nos correspondían delataban, por cierto nerviosismo en la voz, que eran nuevos en aquel rango. Sus galones brillaban. Unos cuantos no habían tenido tiempo de coserlos a sus mangas y los lucían sujetos con alfileres.

Apenas hacía semanas esos cabos y soldados de primera clase eran reclutas. Algunos nos

aventajaban como marines tan sólo por ese margen. Pero con tanta urgencia, la experiencia, aunque sea breve, es preferible a no tener ninguna. Había que completar el cuadro de mando. Y allí estaban ellos.

Pero el Primero también recibió una dosis vital de suboficiales veteranos. Ellos nos enseñarían, nos formarían, nos convertirían en combatientes. De ellos aprenderíamos a dominar nuestras armas. De ellos moldearíamos nuestro carácter y temperamento. Eran la Vieja Raza.

Y nosotros éramos la nueva, los jóvenes voluntarios que habían cambiado la comodidad de su casa por las penurias de la guerra.

Durante los próximos tres años, todos ellos serían mis camaradas, los hombres de la Primera División de Marines.



*Robert Leckie, 1942*

PARTE DOS

---

Marine

---

## Capítulo 4

Barracones, petróleo, cerveza.

Alrededor de esos tres elementos, como alrededor de una tríada sacramental, giraba nuestra vida en New River. Barracones para mantenernos secos, petróleo para mantenernos en calor, cerveza para mantenernos felices. No es ninguna broma profana llamarlos sacramentales: ellos tres reunían la santidad de la tierra. Cuando recuerdo New River, recuerdo los barracones rectangulares con los techos bajos; recuerdo las estufas de petróleo y cómo nos escabullíamos de noche, cubos en mano, para robar petróleo de los depósitos de las otras compañías, topándonos con los hombres de esas otras compañías, ladrones nocturnos como nosotros mismos; recuerdo las cajas de latas de cerveza en mitad de la tienda y cómo habíamos perdido hasta el último penique para bajar hasta la cantina a comprarlas, llevándolas bulliciosamente de vuelta al hombro, gritando y alegres, porque nos esperaban nuestros cálidos y secos barracones, y pronto la cerveza estaría en nuestras barrigas y el mundo sería nuestro.

Éramos soldados rasos, ¿y quién tiene menos preocupaciones?

Como los barracones, el petróleo y la cerveza, yo tenía una trinidad de amigos: Indiana, Risitas y Yardas.

Conocí a Indiana el segundo día que pasé en New River. El había llegado dos días antes que nosotros y el capitán Caderas-Altas lo había nombrado su mensajero. En aquella primera semana desorganizada, sus ropas estaban siempre manchadas de barro de tanto viaje que hacía por el lodazal entre la oficina del capitán y los otros barracones.

Al principio me cayó mal. Parecía mirarnos con desdén desde la elevada posición que ocupaba en la oficina del capitán Caderas-Altas. También parecía hosco, con su figura fuerte y cuadrada, su pelo muy rubio y sus ojos azules, cuando transmitía sus escuetas órdenes desde arriba:

—El capitán quiere que dos hombres traigan la munición del teniente.

Pero yo era demasiado inexperto para ver que aquella hosquedad era sólo una pose para no mostrar que estaba tan asustado como el resto de nosotros. El rostro inmóvil era una fachada; la forzada curva hacia abajo de la boca una defensa rápidamente levantada ante lo desconocido. Con el tiempo y la amistad, aquella boca se curvaría en una dirección distinta, hacia arriba, en una sonrisa que era pura alegría.

Fue más fácil conocer a Risitas. Nos hicimos amigos el primer día de instrucción con las armas, nuestra introducción a los misterios de la pesada ametralladora del calibre 30. El cabo Carablada, nuestro instructor, un joven de voz suave y ojos tristes de Georgia, convirtió la instrucción en una competición entre pelotones para ver cuál podía poner antes en marcha su ametralladora. Como artillero, Risitas llevaba el trípode. Como ayudante de artillero, yo cargaba con el arma, un trasto de metal de unos diez kilos. Cuando se le daba la orden, Risitas corría hasta un punto dado, giraba el trípode por encima de su cabeza y lo emplazaba, mientras yo jadeaba tras él para colocar el huso del cañón en su ranura. Ganamos al otro pelotón y Risitas gruñó de satisfacción.

—Adelante, Jersey —rió, mientras yo me arrastraba junto a él y me disponía a cargar la ametralladora—. Enseñémosles a esos hijos de puta.

Ésa era su forma de ser. Era tremendamente competitivo. Era procaz. Tenía una forma de

reírse, una especie de perpetuo buen humor, que compensaba su agresividad y suavizaba el impacto de su rudo lenguaje. Como Indiana y yo, Risitas era fuerte y, como Indiana, era rubio, pero tenía una dura belleza que los rasgos romos de Indiana no podían igualar.

Los tres, y más tarde Yardas, que se uniría a nosotros en Onslow Beach, éramos fuertes, de casi metro ochenta y cinco de altura, una buena constitución para cargar con armas o trípodes o con los tubos y placas que los hombres de nuestra sección de morteros tenían que emplear. Y cargar con esas piezas pesadas parecía constituir toda nuestra instrucción.

Instrucción con las armas y la nomenclatura. Conoce tu arma, conócela de manera íntima, conócela casi tanto como su inventor; sé capaz de desmontarla a ciegas o en la oscuridad, de montarla; sé capaz de recitar mecánicamente una descripción detallada del funcionamiento del arma; aprende la función que cumple cada miembro del pelotón, desde el artillero hasta los desgraciados que llevaban las garrafas de agua o las cajas de munición, además de sus propios fusiles.

Aquello resultaba aburrido y deprimente, y la guerra parecía muy lejana. Siempre era difícil permanecer atento, para no quedarse dormido bajo aquel cálido sol de Carolina, mientras la voz del sargento de artillería zumbaba:

—Enemigo acercándose a seiscientos metros... Uno, dos, tres... fuego.

Pero por cada hora había una pausa de diez minutos, donde podíamos charlar, fumar y hacer el ganso. Indiana y yo éramos los payasos. A él le encantaba imitar al jefe del escuadrón, el mayor, que tenía unos andares remilgados y unos modales repipis que casi eran una caricatura en sí mismos.

—Muy bien, soldados —decía Indiana, balanceándose ante nosotros como hacía el mayor—, dejémoslo claro. Prohibido pensar. A ningún hombre alistado se le permite pensar. En el momento en que se piensa, se debilita esta institución. Todo aquel que sea pillado pensando será sometido a la corte marcial. Todo el que tenga cerebro en la Compañía H será devuelto inmediatamente a intendencia. Por allá se están quedando sin oficiales.

En estas ocasiones también podíamos cantar. Ni Indiana ni yo sabíamos entonar bien, pues nuestra idea de una escala era subir o bajar la voz, pero nos gustaba cantar a gritos la letra. Por desgracia para nosotros, para todos nosotros, no teníamos nada que cantar excepto aquellas tontas «canciones bélicas» sin melodía que por entonces nos inundaban.

Estribillos como «para demostrar a los nipones que a los yanquis nos sobran pantalones» o «tiré un beso al océano» difícilmente alientan a nadie a matar o conquistar. Después de unos cuantos días cantando estas canciones, las despreciamos, y nos dedicamos a cantar canciones subidas de tono que, al menos, eran más divertidas.

Es triste tener que ir a la guerra sin una canción propia. Una canción viva que te inflame —sea «Minstrel Boy» o algo alegre y burlón como el «Sixpence» de los ingleses— podría haber hecho que mereciera un poco más la pena librar la guerra, pero no teníamos ninguna. Vivíamos en una Era Avanzada, demasiado sofisticada para esas tonterías pasadas de moda. Los gritos de guerra o las canciones bélicas parecían ingenuos y bastante embarazosos en nuestra época racional. Nos alimentaban la cabeza con otras cosas, nos daban abstracciones como las Cuatro Libertades. A ver si puedes cantar una canción de marcha con eso.

Si un hombre debe vivir en el barro, pasar hambre y arriesgar su vida, hay que darle un motivo para que lo haga, hay que darle una causa. Una conclusión no es una causa.

Sin causa, nos volvimos burlones. Sólo hay que examinar los dibujos de Bill Mauldin<sup>[1]</sup> para ver lo burlones que se volvieron los hombres en la Segunda Guerra Mundial. Teníamos que reírnos de nosotros mismos: de lo contrario, en medio de toda aquella matanza mecánica y absurda, nos habríamos vuelto locos.

Nadie podía olvidar que era un marine. Se advertía en el verde bosque del uniforme o en las horas que había que pasar escupiendo y abillantando los zapatos marrón oscuro. Asomaba en el ángulo de los sombreros de campaña que usaban los sargentos de instrucción. Se veía en la marca del tirador, los dedos de la mano del gatillo más largos que los de la otra. Caracterizaba cada arenga, cada ejercicio o grupo de instrucción. A veces un sargento interrumpía la clase de fusil para recordar.

—China, eso sí que es servicio, muchachos. A mí, que me den la vieja Shangai. No este agujero. Barracones, buen papeo, incluso teníamos platos... permisos a tutiplén, uniformes de gala. ¡Y a las chavalas chinas les encantan los marines! Les gustaban los estadounidenses, pero ni los caras de perro ni los patizambos tenían nada que hacer si había un marine delante. Aquél sí que era un destino, muchachos.

Y como los marines son voluntarios, siempre hay un límite a sus protestas. Puede

quejarse todo lo que quiera, hasta que le contestan:

—Tú lo quisiste, ¿no?

Sólo una vez me pareció haber encontrado la horma de nuestro zapato. Haciendo ejercicios con la bayoneta, dos filas de hombres enfrentados. Empuñábamos fusiles con la bayoneta calada, pero dentro de la vaina. A una orden, las dos filas se enfrentaban.

Pero no le gustamos al sargento. Quizá porque no teníamos ninguna intención de sacarnos las tripas unos a otros. Gritó para que nos detuviéramos y avanzó para coger el fusil de alguien.

—¡Golpe, parada, golpe! —gritó, blandiendo el fusil durante el ejercicio.

—¡Golpe, parada, golpe! Luego la culata. ¡Golpead en el vientre! ¡Maldición, soldados, vais a enfrentaros a los luchadores con bayoneta más expertos del mundo! ¡Vais a combatir a un enemigo al que le encanta el acero frío! ¡Mirad lo que hicieron en las islas Filipinas! ¡Mirad lo que hicieron en Hong Kong! ¡Os digo que será mejor que aprendáis a usar este trasto si no queréis que un pequeño japo amarillo os abra la barriga!

Fue embarazoso.

Incluso los demás sargentos se pusieron un poco colorados. No pude dejar de comparar a ese sargento y su furia simulada con los métodos de los otros sargentos de Parris Island, que solían picarnos para que los atacáramos con la bayoneta y nos desarmaban riéndose.

Pobre tipo: creía que asustar era instruir. Lo veo ahora como lo vi en Guadalcanal: los ojos hundidos en las cuencas, desorbitados por el miedo, la cara descarnada, hueso y tendón estirados sobre unos nervios temblorosos. Afortunadamente lo evacuaron y nunca volví a saber de él.

Tampoco volvimos a ver ninguna otra sombra de inferioridad tan indecorosa.

Cuando terminábamos la instrucción formábamos filas y marchábamos a casa. Hasta medio kilómetro de los barracones, caminábamos en «marcha de ruta». Con los fusiles al hombro, podíamos relajarnos como se nos antojara. No había que marcar el paso. Charlábamos, bromeábamos, nos gritábamos en la oscuridad, aquélla era una forma agradable de volver a casa.

Pero exactamente a doscientos metros, la voz del comandante de la compañía rugía.

—¡Compañía! —nuestras espaldas se enderezaban—. ¡Atención!

Los fusiles se ponían rectos, el paso vivo se retomaba, comenzaba la cadencia familiar. Así volvíamos a los barracones de la Compañía H cuando las sombras se extendían sobre los pantanos. Sedientos y sucios, entrábamos en la calle de la compañía con la precisión y el ritmo de una guarnición de desfile.

Una hora más tarde, después de habernos lavado y haber comido caliente, parecíamos revivir. Alguien comprobaba el suministro de petróleo.

—Eh, Lucky, nos estamos quedando sin combustible.

Yo cogía el cubo y me escabullía en la noche, en busca del depósito de petróleo.

Risitas e Indiana iban a la cantina. Volvían poco después con la cerveza. El Caballero o algún otro barrían el barracón. Tal vez el Roble echaba una mano; el Roble, aquel campesino bajo y fuerte como un toro de Pensilvania, que no bebía ni fumaba —así era al menos entonces—, pero al que le encantaba sentarse en el suelo, para lanzar los dados, repartir las cartas, untarse en el pelo brillantina perfumada. Para el Roble, eso era la vida: los dados, las cartas, la brillantina.

Entonces, con el fuego encendido, la caja de cervezas en medio del suelo, nos tendíamos en nuestros camastros, con las cabezas apoyadas contra la pared, bebiendo cerveza y charlando.

¿De qué hablábamos aquellas noches?

Hablábamos de nimiedades, chismorreos sobre nuestra situación y nuestro destino, interminables críticas a la comida, a los suboficiales, a los oficiales. Desde luego, hablábamos mucho de sexo. Naturalmente, todos exageraban su éxito con las mujeres, sobre todo los más jóvenes, igual que aumentaban el tamaño de sus ingresos como civiles.

Supongo que gran parte de nuestra conversación era aburrida. Ahora así me lo parecería, de eso estoy seguro. Era aburrida, pero hogareña. Nos estábamos convirtiendo en una familia.

La Compañía H era como un clan o una tribu cuyo pelotón era la unidad importante, el grupo familiar. Como las familias, cada pelotón difería del otro, porque sus miembros eran diferentes. No se parecían en modo alguno a aquellos pelotones que aparecen en muchos libros sobre guerra, compuestos por un grupo mixto de católicos, protestantes y judíos, el niño rico burgués y el niño pobre, el tonto y el genio: esas creaciones imposibles tan del

gusto nacional, como la selección estadounidense de fútbol.

En mi pelotón tampoco había problemas raciales ni religiosos. Como suele decirse, no teníamos ningún «conflicto interno». Son historias que suelen inventarse hombres que no combatieron nunca. Sólo los que están en retaguardia luciendo su obesidad pueden permitirse esas enfermedades de ricos, como un epicúreo la gota.

No podíamos permitir la disensión y ahogábamos todas las diferencias en un rechazo común por los oficiales y la disciplina; más tarde, por el par de enemigos del Pacífico: la jungla y el japonés.

El pelotón, como muestra sociológica que bulle bajo el microscopio del periodista moderno o queda inmovilizado por su lápiz, es irreal. Es frío. Carece de espíritu. No tiene ninguna relación con los pelotones que yo conocí, cada uno tan gloriosamente diferente del otro como los hombres mismos son distintos y únicos.



*Lew Juergens («Risitas»)*

## Capítulo 5

El sargento Carafina se encargó de nuestro pelotón. El teniente Ivy League,<sup>[2]</sup> nuestro jefe de pelotón, se nos uniría unos días más tarde. No podía ser mucho mayor que yo, quizás unos pocos meses, pero llevaba tres años en los marines. Eso hacía que fuera mi claro superior.

—Muy bien, ya está —nos dijo. Echó hacia atrás rápidamente su lacio pelo rubio. Su fina cara de chiquillo se retorcía con gesto serio, como siempre que hablaba directamente a las tropas—. Ya está. Nos vamos a los pantanos. —Los voluntarios, cómo les encanta esa palabra a los oficiales—. Los voluntarios formarán mañana por la mañana con todo el equipo de marcha. Cerrarán los petates y se quedarán en los barracones. Comprueben el equipo. Asegúrense de que las tiendas están bien. Será mejor que lleven la cantidad adecuada de estaquillas para plantar las tiendas o lo lamentarán.

»Todos los permisos quedan cancelados.

Gruñimos y regresamos a nuestros barracones. Nos pusimos a preparar nuestros petates. Y entonces, por primera vez, los oficiales empezaron a divertirse jugando a los soldaditos. A cada hora, al parecer, el sargento Carafina nos daba una orden nueva, ahora confirmando, ahora contradiciendo las instrucciones anteriores de marcha.

—El mando dice que nada de estaquillas para las tiendas.

—Del batallón dicen que llevéis vuestros petates.

—Olvidad eso: coged las estaquillas y las tiendas.

Sólo Indiana, que sentía el tranquilo desdén del soldado nato hacia los oficiales, se negó a unirse a la confusión general. Cada vez que el apurado Carafina llegaba jadeando con una orden nueva, Indiana se levantaba del camastro y lo escuchaba con gran interés, pero cuando Carafina desaparecía, se encogía de hombros y volvía al camastro para sentarse allí, a fumar, mientras nos observaba con altanería.

—Indiana —le dije—, ¿no vas a hacer el petate?

—Ya he sacado mis cosas —respondió él, señalando un puñado de calcetines, calzoncillos, crema de afeitar y otros bultos.

—¿No vas a guardarlo?

—¡Demonios, no, Lucky! Lo guardaré por la mañana, en cuanto esos tontos se decidan.

La voz ronca de Risititas intervino, la calidad de su humor suavizaba la respuesta.

—Más te vale. Pasarán revista y te la cargarás. Te meterán tan al fondo del calabozo que tendrán que darte de comer con un tirachinas.

Indiana se rió con ganas, mostrando una amplia sonrisa dentada. Nos estuvo observando toda la tarde, fumando, engullendo dos latas de cerveza caliente que había escondido la noche anterior, seguro todo el tiempo de que tenía razón.

Y la tenía. Nosotros metíamos y sacábamos cosas incesantemente, agitándonos como veletas con los vientos cambiantes de las órdenes que venían del país de los oficiales. Pero Indiana tenía razón. Por la mañana llegó la orden definitiva del comandante del batallón. Se había abstenido de jugar a los soldados. Pero cuando llegó su orden no se pareció a ninguna de las otras órdenes, porque aquella era oficial.

Abrimos nuestros petates, los reagrupamos y luego nos los cargamos a la espalda.

No recuerdo cuánto pesaba el equipo de marcha. Tal vez diez kilos. Incluso en esto, los

hombres son muy diferentes. Yo llevaba lo mínimo, como había prescrito el coronel. Pero un hombre preocupado por la limpieza podía haber metido un par de pastillas de jabón de más o un frasco de brillantina; otro podía haber metido dos latas de judías en el fondo del macuto; un tercero no podía pasarse sin un puñado de cartas remitidas de su casa.

El macuto de un soldado es como el bolso de una mujer: un claro reflejo de su personalidad. Me entristeció ver los recuerdos en los macutos de los japoneses muertos. Tenían fuertes lazos familiares, aquellos hombres lampiños, y sus macutos estaban llenos de recuerdos familiares.

Formamos delante de los barracones. Los macutos tenían un peso cálido y llevadero.

—¡De frente, marchen! ¡Paso de marchaaa...!

Y a los pantanos nos fuimos.

Tal vez caminamos quince kilómetros, no es mucho para los veteranos, pero entonces era una gran distancia. La ruta atravesaba los pinares, recorría una carretera de tierra donde apenas podía pasar un jeep. Todo un batallón en marcha y mi pobre pelotón atrapado en el centro o casi en la retaguardia. Nubes de polvo rojo nos caían encima. Mi casco chocaba irritantemente contra la ametralladora que se me clavaba en el hombro o caía de manera enloquecedora sobre mis ojos por el movimiento del petate. A poco más de un kilómetro de la partida, no me atreví a seguir bebiendo de la cantimplora. No tenía ni idea de hasta dónde íbamos a ir. Mis pantalones de faena estaban cubiertos de sudor, el verde claro oscurecido por la transpiración. Durante el primer kilómetro habíamos bromeado e incluso entonado algunos cantos. Ya sólo cantaban los pájaros: de nosotros sólo se oía el golpeteo de los pies, el tintineo de las cantimploras, el crujido de las correas de cuero de los fusiles, el ocasional comentario ronco de una voz y el aliento malgastado en una maldición.

Cada hora teníamos un descanso de diez minutos. Nos tumbábamos contra el borde del camino, apoyados en nuestros petates. En cada pausa yo metía la mano bajo las correas del macuto para frotarme las magulladuras que me habían hecho en los hombros. Fumábamos. Tenía la boca seca por el polvo, la lengua hinchada. Las humedecía con un sorbo de tan preciosa agua y, entonces, estúpidamente, volvía a secarlo todo con una calada de tabaco. Pero era una bendición estar allí tirado contra el borde del camino, olvidando el dolor, el cansancio y las magulladuras o, al menos, dejándolo todo en suspenso, y las narices llenas con los olores confusos del tabaco.

Entonces llegaba la orden:

—¡A formar y en marcha!

Maldiciendo, odiando tanto la orden como al comandante, esforzándonos, nos poníamos en pie y dábamos de nuevo comienzo al golpeteo sordo y rítmico de la marcha.

Así llegamos al lugar donde nos esperaban las lanchas de desembarco. El camino desembocaba en uno de esos canales que entrelazan esta zona de Carolina del Norte y son parte del sistema de canales interiores. Ese laberinto acuático era como un ser vivo que se curvaba y corría entre los pinos, como si cabriolará en su camino hacia el mar.

Subimos como pudimos a las barcazas y nos sentamos con la cabeza justo por encima de la borda, los cascos entre las rodillas.

Nuestra barcaza apenas había empezado a moverse cuando el hombre a mi izquierda vomitó. Era Júnior, un chico flaco y tímido, demasiado poquita cosa para los marines. Júnior era de la zona norte de Nueva York y no era marinero: sotavento o barlovento era lo mismo para él. Vomitó a barlovento. El vómito volvió contra nosotros convertido en un chorro sucio y appestoso. Las maldiciones cayeron sobre la cabeza de Júnior con un volumen que ni siquiera podían igualar los gritos de las gaviotas que revoloteaban por el cielo.

—¿No puedes usar el casco? —gruñó Indiana—. Rayos, Júnior, ¿para qué crees que sirve?

A esas alturas ya se habían mareado algunos otros y hacían pleno uso de sus cascos. El pobre Júnior mostró su tímida sonrisa suplicante, contento de no ser el único culpable: cuando llegamos al mar y chapoteábamos en las profundas corrientes de la marea, la mitad de los ocupantes de la barcaza se habían mareado, para inmensa diversión del contraamaestre.

Una y otra vez, el carácter definitivo de una sentencia, la barcaza subía y bajaba; el desolado océano se hinchaba y se hundía por encima de todo, se alzaba el contraamaestre al timón, tan compasivo como una serpiente, recreándose en la divertida historia que contaría a sus amigotes: cómo los aterrados marines sobrevivieron a su primer enfrentamiento con el gran mar salado.

En aquel momento estábamos trazando círculos, eso lo sé ahora, mientras esperábamos la orden de dirigirnos a la orilla en lo que sería nuestra primera maniobra anfibia. Cuando

la emprendimos, nuestro motor rugió a toda pastilla. La proa pareció hundirse en el agua y la barcaza se aplanó. Por fortuna, el vaivén se detuvo.

—¡Adelante!

Las barcazas se desplegaron formando una línea de asalto. Nos dirigimos hacia la orilla. El agua fría me salpicaba la cara. Sólo se oía el sonido de los motores. Entonces se produjo una brusca sacudida, seguida por el sonido aplastante de la quilla al hundirse en la arena. Habíamos desembarcado.

—¡Arriba y a saltar!

Alcé mi fusil, me agarré a la borda con la otra mano y me lancé al agua. Aterricé en el agua helada que me llegaba justo por encima de las pantorrillas, pero el peso del macuto y las armas me hizo caer casi de rodillas. Quedé empapado. Lastrados ahora tanto por el agua como por el equipo, corrimos hacia la playa.

—¡Golpead la cubierta!

Lo hicimos. Cuando nos levantamos, después de disparar nuestras armas contra un defensor imaginario, la arena se aferró a nosotros como la harina a un filete empanado.

El sudor de la marcha había inflamado ya la carne magullada por el roce, la sal del mar penetró en ella, ardiente, pesada y todo ello se añadía a la omnipresente arena. Dieron la orden de formar y marchar hacia nuestro nuevo campamento, situado a un par de kilómetros y, en cuanto marchamos, el dolor se hizo insoportable. Cada paso, cada movimiento mecánico con el brazo, parecía clavar una hoja serrada en la entrepierna y las axilas.

Cuando recorrimos renqueando la distancia, llegamos a un denso pinar. A un lado del camino habían despejado la maleza y el bosque era más bien un claro. Allí levantamos tres tiendas piramidales, una para la cocina, otra para la enfermería y la tercera para el comandante de la compañía. Nos ordenaron romper filas y nos dijeron que aquél era nuestro campamento.

Había empezado a caer una lluvia fría mientras comenzaron a dividirnos en secciones y pelotones. Empezaron a aparecer las tiendas, no dibujando las cuidadas y precisas filas de otros tiempos, sino asentadas siguiendo la nueva pasión por el camuflaje.

Reventados de cansancio, sufriendo de las irritaciones de la marcha y el mar, hambrientos, tiritando por aquella fría lluvia, la tarea de levantar el campamento tendría que haber sido una misión penosa y sombría. Pero no fue así. Ni siquiera maldecimos a los oficiales. De repente aquel trabajo se volvió emocionante, y el calor de la emoción podía con la fría lluvia, los estómagos vacíos y los huesos doloridos.

Pronto nos pusimos a buscar pinocha para colocarla debajo de nuestras mantas.

¡Qué lecho! Una manta verde oscuro arriba, otra debajo y, por debajo de todo, el fuerte olor de tierra y pinocha.

Como digo, nos dimos prisa, y pronto el claro resonó con nuestras voces, los gritos de un lado a otro y las maldiciones hechas con buen talante a los patosos que no podían entonces, ni jamás pudieron levantar una tienda en condiciones. Y la lluvia, aquel intruso siniestro y húmedo, quizá confundida por ser la única que gemía entre nuestra alegre compañía, alternaba entre el chubasco, el aguacero y el calabobos.

Cuando clavamos nuestras tiendas (es decir, cavamos alrededor de ellas para que el terreno del interior de la tienda permaneciera seco), nos llamaron para comer. La comida estaba caliente, también el café, y los hombres que viven al aire libre tampoco exigen mucho más. Se había hecho tarde y en la oscuridad terminamos de comer y fregamos nuestros utensilios.

Al regresar a nuestra compañía, cruzamos por la zona de la Compañía F, tropezamos con las estaquillas, embestimos las tiendas y provocamos los gritos de ira de los hombres que había dentro.

Hicieron perspicaces referencias a los artilleros y se sucedieron lúcidas descripciones del linaje de donde descendían todos ellos. Pero esas maldiciones, aun grandiosas en su vulgaridad, son imposibles de reproducir.

Así terminó, con lluvia, en la oscuridad, bajo una andanada de maldiciones, nuestro primer día de maniobras. Nos habíamos calificado en las filas de los gloriosamente jodidos.

— o O o —

Al día siguiente conocí al Yards. Ya llevaba unos cuantos días en el pelotón de Indiana, una incorporación tardía, pero yo no había coincidido con él. Salía de la tienda de Risitas,

riendo, haciendo un comentario procaz hacia atrás, y chocamos. Casi me derribó con su paso enérgico. Era característico de Yardas: aquellas piernas fuertes, extraordinariamente desarrolladas. Había practicado atletismo en secundaria (una buena escuela privada, según supe más tarde) y la práctica había dejado su marca en aquellas pantorrillas abultadas.

El Yardas encajó entre nosotros como un guante. Su admiración por Risitas rayaba la adoración al héroe. Pero Risitas tenía la capacidad de impedirlo sin ofender al Yardas, si bien sospecho que le encantaba la adulación de aquel muchacho de pelo oscuro de Buffalo, que hablaba con tanto conocimiento de bailes formales y automóviles, un mundo muy distinto a la provinciana Louisville de Risitas.

A medida que se afianzaba nuestra amistad, quedó claro que la palabra de Risitas era la que tendría más peso, simplemente porque podía confiar en el apoyo de Yardas.

Así que Risitas se convirtió en el líder, si bien ni Indiana ni yo lo admitimos jamás y Yardas sólo lo reflejaba por su deferencia hacia él.

Resulta extraño que tuviéramos la necesidad de un líder, ¿no? Pero así era. Dos hombres no necesitan un líder, supongo, pero tres, sí, y cuatro, desde luego, pues si no, ¿quién zanjará las discusiones, planeará las incursiones, sugerirá el lugar y la forma de divertirse y mantendrá más o menos la paz?

Aqué fue el principio de los buenos tiempos en los pantanos. Dormíamos en el suelo y teníamos un trozo de lona por hogar, pero habíamos empezado a enorgullecemos de ser capaces de aceptarlo. En esas condiciones, no es de extrañar que los buenos tiempos fueran escandalosos y, a menudo, violentos.

Un día de instrucción no podía cansar a unos cuerpos y unos espíritus tan jóvenes. Si no había ejercicios nocturnos o guardia en la compañía, quedábamos libres desde que terminábamos de cenar hasta el toque de diana. A veces nos reuníamos en torno a una hoguera, para quemar ramas de pino y beber una botella de licor de maíz que habíamos comprado a los destiladores locales. Las ramas ardían con un brillo fragante, igual que el agua de fuego en nuestras barrigas.



*Wilber «Bud» Conley («Yardas»)*

Cantábamos o luchábamos alrededor del fuego. Había otras hogueras y, de vez en cuando, competiciones entre cánticos rivales, que pronto degeneraban en competiciones a gritos. A veces una zarigüeya desafortunada se acercaba al círculo y provocaba un alboroto de gritos seguido de un frenético lanzamiento de zapatos, con lo que la vida del pobre animal era breve. Entonces a los hombres a los que les encantaba afilar sus hojas sacaban las bayonetas y despellejaban al bicho. Su diminuto cadáver grasiento era entregado a las llamas y unas cuantas bocas daban buena cuenta del pobre animal.

En otras ocasiones, Indiana y Risitas, Yardas y yo nos reuníamos después de cenar y caminábamos los tres kilómetros que separaban el campamento de la carretera, el sonido de nuestros pasos apagado por el denso polvo del suelo. A veces caminábamos en silencio en aquellas noches violáceas con el suave bosque de pinos a cada lado; a veces con escándalo, bailando, saltando unos sobre otros, gritando para oír nuestras voces resonando en la hueca oscuridad; a veces sobrios, fumando, hablando en voz baja de las cosas de casa y de cuándo o dónde entraríamos en acción.

La carretera estaba a medio camino. Estaba llena de garitos. Alcanzarla suponía entrar en un nuevo mundo: en un momento la suave oscuridad y el olor de la madera, nuestros zapatos arrastrándose por el polvo; al siguiente, coches y vehículos militares recorriendo la franja de asfalto, las toscas chozas con sus bombillas peladas brillando sin rubor, los tabloneros recubiertos de anuncios de Coca-Cola y cigarrillos.

Sin embargo, no había chicas. El sexo estaba carretera arriba, en Morehead City y New Bern. Ahí había bebida y peleas. En Greenville había un cuartel, pero los marines del pantano, con sus monos de faena, rara vez iban allí, puesto que se arriesgaban a que los pillara la policía militar por estar sin uniforme. El Risitas y yo nos arriesgamos, sólo una vez, y fuimos recompensados con deliciosas hamburguesas.

La Linterna Verde se convirtió en el garito de mi batallón, probablemente porque estaba más cerca que aquella chillona carretera, en la esquina donde el camino de tierra se unía con la carretera de asfalto y parecía deslizarse debajo. Tenía la atracción que anuncian los bancos, siempre convenientemente situados.

Las peleas eran habituales en La Linterna Verde. Siempre estaban acabando o empezando o cociéndose, no importaba cuándo llegaras. Cada mañana en la enfermería la prueba quedaba a la vista: genciana color violeta extendida con la generosidad que parecía merecer el admirado herido por los pómulos hinchados y los nudillos magullados.

Tuvimos nuestra primera aventura en otro de los baretos. Era fin de semana e íbamos de uniforme, tras haber vuelto a los barracones y gozado de un raro permiso. Los cuatro íbamos camino de Morehead City de noche, bebiendo. Hacíamos autoestop porque no podíamos permitirnos las exorbitantes tarifas de los taxis. Pero nos cansamos de hacer dedo infructuosamente e íbamos cruzando la carretera para ir a los bares. En uno, cuando descubrimos que andábamos cortos de dinero, propuse robar una caja de cerveza. Las cajas estaban apiladas al fondo de la sala a plena vista.

—Estás chalado —gruñó Risitas en voz baja—. Nunca lo conseguirás. El dueño puede ver todo lo que haces.

Insistí.

—No. Iremos al lavabo... está justo al lado de la cerveza. La puerta abre hacia adentro. Saldremos agachados y sacaremos una de las cajas. No puede ver por encima de la barra. Se la birlaremos delante de las narices y, cuando llegemos cerca de la puerta... a levantarse y a correr.

El Risitas sonrió.

—De acuerdo.

Fue fácil. Soltamos una caja y, arrastrándonos, llegamos silenciosamente hasta la puerta bajo las mismísimas narices del propietario. Parecíamos como dos orugas unidas por la caja de cerveza en una especie de cópula. La resistencia que habíamos aprendido en los pantanos nos permitió sostener aquella pesada caja a unas pulgadas del suelo, para que el roce no nos traicionara mientras reptábamos hacia la puerta.

Cuando la alcanzamos, nos pusimos de rodillas, aseguramos la caja entre los dos, nos medio incorporamos y salimos disparados por la puerta abierta como gemelos siameses.

Estábamos exultantes. El aire nocturno era como un tónico fuerte mientras corríamos hacia la carretera y la cruzábamos ajenos al tráfico que iba y venía en un sentido y en otro. Al otro lado, dejamos la caja en un recodo del camino y nos echamos a rodar por el suelo, riendo, aullando felices, medio histéricos. Éramos seis botellas de cerveza más ricos y la noche parecía flotar fuera del tiempo.

El Risitas volvió a la carretera, mientras yo me detenía a orinar. Cuando regresé vi que no estaba solo. Un hombre lo acompañaba y se dirigió a mí mientras me acercaba.

—Devuelve esa maldita caja —dijo. Era el propietario.

Fingí una risotada alegre.

—Llévela usted mismo —dije. Entonces vi que tenía una pistola. La agitó ante mí. Advertí que estaba enfadado, pero yo era estúpido y, cuando él repitió «Devuélvela», pensé que iba a dispararme. Simplemente tensaba su presa sobre la pistola. Mis ganas de bravatas

desaparecieron. El Risitas y yo cogimos la caja, la llevamos de vuelta cruzando la carretera, mientras el propietario nos apuntaba con la pistola.

La vergüenza me quemaba las mejillas cuando volvimos a entrar en el bar. El Yardas ocultó una risita con la mano. Nos dirigimos al fondo del garito, como si camináramos por la plancha sobre los tiburones, y devolvimos la caja a su sitio.

La compasión es una especialidad, un talento oculto. El propietario tuvo compasión. Cuando nos dimos la vuelta, se dirigía tras la barra hacia Yardas e Indiana. Debía de haberse guardado la pistola en la puerta. Había convencido a todos en el bar de que nuestro robo fracasado había sido una broma.

Abrió cuatro botellas de cerveza cuando nos volvimos a reunir con Yardas e Indiana.

—Tomad, chicos, bebed una a mi salud.

Le dijimos que lo lamentábamos. El sonrió.

—Tenéis suerte de haber topado con un blando. Cuando os vi salir corriendo por la puerta con esa caja, me cabréé tanto que pensé en pegaros un tiro en el culo. Tenéis suerte de que cambiara de opinión.

Nos echamos a reír y bebimos. Él volvió a sonreír, encantado de haber sido más listo que nosotros y poder impartir el castigo con la elegancia del triunfador.

En esos garitos siempre podías meterte en líos. Y siempre podías meterte en otro tipo de líos en los cafés de las ciudades cercanas a los campamentos: New Bern, Morehead City, Wilmington. Los llamo cafés, porque es así como los llamaban sus propietarios. Apenas eran mejor que los baretos, sólo se distinguían por estar en las calles de las ciudades en vez de en las carreteras y por tener las paredes pintadas.

Pero había una gran diferencia: allí había chicas. Venían de la ciudad y no tenían ningún vínculo con los cafés. Probablemente los propietarios animaban su presencia, quizá les hacían regalos, pero no tenían la consideración oficial, por usar un eufemismo, de las chicas que bailaban por diez centavos o las profesionales del descorche de los garitos de las grandes ciudades.

En las ciudades de marines de New Bern y Morehead City, donde las calles estaban atestadas de uniformes verdes los sábados, había cafés en cada esquina: baratos, cutres, el ambiente cargado de nubes de humo de cigarrillos, y el sonido de las máquinas de discos tan penetrante que casi esperabas verlo rizarse en medio del perezoso humo.

Siempre las chicas.

Se sentaban en las mesas de mármol donde las huellas gastadas de los vasos de refresco se unían con otra gracia a las marcas más nuevas y más estrechas de las botellas de cerveza. Era una cervecería superpuesta a una fuente de soda.

Se sentaban a las mesas, bebían despacio, fumaban, reían, sus cuerpos parecían esforzarse por liberarse de sus estrechas ropas, movían los labios a veces por mascar chicle, a veces por estar hablando, pero no importaba, porque eran los ojos lo que contaban, los ojos errando, revisando las mesas, escrutando los pasillos, buscando, cazando, anhelando como respuesta una mirada osada y, cuando aparecía, el deliberado aplastar del cigarrillo, aquella lánguida forma de ponerse en pie y alisarse la falda, caminar despacio meneando las caderas hasta la mesa, como si hubieran visto infinitas sesiones de *Los ángeles del infierno* y hubieran dominado el paso sexual perfecto.

Cuando yo iba a New Bern y los cafés, solía hacerlo con el cabo Caralisa. Él me llamaba «Licky».

—Venga, Licky, vamos a New Bern —decía, uniendo las sílabas del nombre de la ciudad de forma que parecían sólo una.

El cabo Caralisa se casó con una chica que conoció en un café. Una hora después de conocerla, se marchó a Carolina del Sur en un coche alquilado con el dinero que me dieron al empeñar mi reloj. No podía casarse en New Bern un domingo por la tarde, pero conocía un juez de paz en Carolina del Sur que celebraría la ceremonia. Después de la boda, se dio media vuelta y regresó, pasó una luna de miel de un solo día en New Bern y apareció para el toque de diana en New River el lunes.

Caralisa nunca me devolvió el dinero del reloj. Estoy seguro de que lo consideró un regalo de boda.

Así sea.

## Capítulo 6

Los permisos se hicieron menos frecuentes a medida que la instrucción se hacía más intensa. Pronto dejamos de regresar a la base. Los días se sucedían aburridos unos a otros, todos iguales. Los sábados y domingos no eran diferentes del resto, salvo porque todos los domingos nos levantaban de la cama por la mañana para que fuéramos a apagar un incendio forestal.

Nadie pudo afirmar jamás que los provocaba el mayor, pero nadie lo dudaba. No es que tuviera alma de pirómano, razonábamos, sino que no le apetecía contemplar a las tropas descansando tan tranquilas en sus tiendas. Pero, como digo, no había ninguna prueba, ¿quién las quiere?, excepto que los incendios siempre parecían tener lugar los domingos por la mañana y más o menos en la misma zona, en partes del bosque donde había poco peligro de que se extendieran.

Así que subíamos a los camiones, soltando imprecaciones al mayor y rogando a los cielos que se consumiera en su propio holocausto, y marchábamos a sofocar los incendios.

Apagábamos los incendios construyendo cortafuegos, cavando zanjas o simplemente aplastando los conatos golpeándolos con ramas antes de que pudieran aumentar. En una ocasión de éstas, mis ropas salieron ardiendo.

Yo me hallaba en medio de un prado chamuscado y humeante, tan caliente que mis pies sentían el fuego, incluso a través de las gruesas suelas de crepé de mi calzado, a través de mis gruesos calcetines y mis formidables callos. Miré y vi con horror que el interior de mi tobillo izquierdo, donde tenía enrollados los pantalones, estaba humeando y empezaba a arder.

Corrí como el viento, sin miedo, en una carrera deliberada hacia una valla de troncos donde había, al otro lado, hierba alta y tierra fresca. Sabía que no podía extinguir todas las llamas que humeaban en mis pantalones golpeándolas: tenía que rodar por el suelo, echarme tierra encima. Y eso no podía hacerlo donde me encontraba.

Corrí. Me lancé hacia la valla y mis compañeros, al creer que me impulsaba el miedo, empezaron a perseguirme, gritándome que me detuviera. Llegué primero a la valla y la salté, aterricé sobre mi hombro, rodé una y otra vez, una y otra vez, cogiendo puñados de tierra y frotándola en mis pantalones y calcetines en llamas.

Cuando se lanzaron sobre mí, como si fuera a levantarme y echar a correr de nuevo, ya había apagado el fuego. Gracias a Dios les llevaba delantera, si no nunca habría llegado a la valla y no quisiera saber qué habrían hecho mis amigos si me hubieran alcanzado en mitad de aquel caluroso y ardiente prado.

Acabé con una fea quemadura en el tobillo, donde el calcetín había ardido. Me tuvo fastidiado unos cuantos días y aún me queda una leve cicatriz.

La instrucción se terminaba ya. Días, días, interminables días de presión, sudorosos días de quejas que se agolpaban unos contra otros como las absurdas docenas de días de la Revolución Francesa... Días en aquel simulacro de barco, subiendo y bajando por las ásperas y malignas y apestosas redes de carga envueltas sobre la tensa estructura de madera, como el caballo de Troya, construidas para parecer el costado de un barco... Días cavando, abriendo agujeros poco profundos, las depresiones a las que los hombres de las Filipinas habían puesto por nombre «escondrijos», cavando, acarreado, arañando; meterte

bajo el contorno de la tierra, para excavar, para tumbarnos en la fresca herida abierta en la tierra, la cara apretada contra el fragante suelo mientras los gusanos se rebullen consternados como azorados por la premura de las tumbas y la pasión de los cuerpos que las llenaban... Días de marcha, el sol en el casco y el sudor cayendo por las cejas como el mar en una marisma, cubriendo de agua el labio superior, alcanzando la punta de la barbilla, mientras todo el cuerpo, endurecido ya, se regocija en ese movimiento, el movimiento engrasado y fluido, el burlón goteo por la espalda y el sabor salado cuando la lengua, sensual, asoma para besar el labio superior... Días de todo tipo, aburridos y embrutecedores, horas tediosas chapoteando en las grises albercas... días de arengas, de disparos, de inspecciones, de limpiar tiendas y armas, de cortesía militar, de hastío entre pájaros cantando y oficiales estudiando sus mapas... De tedio... De indiferencia al dolor... De lluvia cayendo en los bosques y las mantas mojadas... De ningún otro Dios sino el ataque directo... De ojos brillando y huesos endurecidos... Y finalmente, el último día, como los haces de grano alzándose «bárbaros en su belleza», terminamos.

El último día el secretario de Marina, Knox, viajó desde Washington para vernos. Nos pusieron en filas ordenadas, como soldaditos de plomo, junto al canal, a la sombra de nuestro barco de pega.

No recuerdo cuánto tiempo esperamos a Knox. Quizás una hora, quizá dos. Pero no se estaba muy mal allí de pie al sol, una vez que nos ordenaron descanso. De repente una corneta sonó en el canal. Nos ordenaron ponernos firmes. Una brillante lancha subió por el canal, las banderas al viento, la proa alta y arrogante, la popa baja y poderosa, como un caballo de raza. Era el secretario.

El comandante de la compañía se unió al grupo de oficiales cuando llegaron a nuestras filas, dejando al Viejo Gunny atrás para que hiciera el saludo. El Viejo Gunny permaneció allí de pie, cuadrado y a la vieja usanza, un mandarín de los marines, destacado y privilegiado, una figura imponente para cualquier oficial que estuviera por debajo del rango de coronel. El secretario y los demás pasaron. El impopular mayor iba el último. Justo cuando pasaba, la voz del Viejo Gunny estalló en un claro y preciso gruñido que pudo oírse en todo el batallón: —¡Descansen!

Nos apoyamos en nuestros fusiles. El rostro del mayor se puso rojo como el atardecer en el mar. Un silencioso espasmo de alegría recorrió a la compañía. No podía oírse, pero se sentía. El mayor se apresuró, como si se marchara corriendo de un lugar maldito.

Cuando el Viejo Gunny se dio media vuelta con aquella deliberada expresión de inocencia, su arrugado rostro mostraba una curva de satisfacción: como el gato de Cheshire, él era todo sonrisa.

El secretario no nos pasó revista, al menos no a mi compañía. Siempre he pensado que vino a New River aquellos días desesperantes sólo para asegurarse de que había hombres allí, como si sospechara que la Primera División de Marines, como tantas otras unidades militares entonces, estuviera compuesta sólo de papel.

El período en los pantanos terminó aquel día. En cuanto el secretario regresó a su lancha, levantamos el campamento. Volvimos al relativo lujo de los barracones, los comedores, las cantinas. Y nos alegramos por ello. La guerra seguía lejos de nosotros. Ni siquiera entonces, nadie comprendió la importancia de la visita del secretario.

La vida fue más fácil en la base. Nuestros oficiales se mostraron más amables. Los permisos de sesenta y dos horas, desde las cuatro de la tarde del viernes al toque de diana del lunes, comenzaron a sucederse. Inmediatamente las ciudades cercanas perdieron su atractivo y empezamos a irnos a casa.

La carretera que llevaba al complejo se llenó de taxis. Los viernes por la tarde era un espectáculo verlos cargar marines y equipo, uno tras otro, como grandes coches de carreras saliendo de los boxes.

Cinco marines solíamos contratar un taxi para que nos llevara a Washington, a unos quinientos kilómetros de distancia. Allí cogíamos los trenes regulares a Nueva York. Salía caro, unos veinte dólares por cabeza para que el conductor nos llevara y volviera para recogernos el domingo por la noche. Naturalmente, el dinero tenía que venir de nuestros padres. Los soldados rasos, con veintidós dólares al mes, no podían permitirselo, ni los soldados de primera clase con sus veintiséis dólares, un rango que yo había conseguido recientemente. Aunque costoso, el taxi era el medio de transporte más rápido y más seguro. El tren era lento e irregular. Si perdías los transbordos, con toda seguridad te declaraban ausente sin permiso en la diana del lunes.

En ocasiones el taxi se sacudía con la velocidad de nuestro viaje a casa costa arriba,

sobre todo si uno de nosotros le quitaba el volante a un conductor reacio a obedecer nuestras órdenes de «dale caña». Entonces casi volaba: ciento veinte, ciento treinta, la velocidad que pudiera alcanzar mientras el pedal se apretaba a fondo contra el suelo.

Solíamos llegar a Union Station en Washington a eso de medianoche, habiendo salido de New River pasadas las seis. Los trenes a Nueva York siempre estaban abarrotados. Todos los vagones parecían estar equipados con un texano o un palurdo de las montañas, banjo y voz nasal incluidos, o tenía su cuota de borrachos tendidos sobre los brazos de los asientos o tumbados en el suelo como alfombras. Pasábamos sobre ellos camino del vagón bar, donde pasábamos la noche y los kilómetros bebiendo, hasta que amanecía lentamente, una luz sucia como de ala de mosquito, al pasar por la llanura de Jersey.

Así lo hacíamos: la impaciencia ardiendo en nuestros estómagos y sólo el whisky para apaciguarla.

¿Quién podía comer? En una de aquellas visitas relámpago, mi padre me llevó a un famoso restaurante inglés situado en el centro de Nueva York especializado en pescado y carne de ave. Jugué con la mitad de mi faisán a la plancha, incapaz de tragar más de un bocado, ajeno al sabor, mientras tragaba ansiosamente una cerveza tras otra. Cómo me amargó aquel faisán que dejé en el plato dos meses después en Guadalcanal, cuando el hambre rugía en mis tripas como el sonido de una andanada de cañones sobre el agua.

Estábamos impacientes. Estábamos nerviosos. Ya no podíamos relajarnos ni pensar. Aquellos días nadie se paraba siquiera a reflexionar. Rara vez hablábamos de la guerra, excepto en cómo podría afectarnos, y nunca de una manera abstracta. La ética de Hitler, el exterminio de los judíos, el peligro amarillo: aquéllos eran temas de discusión entre los caballeros en las páginas editoriales.

Vivíamos para la emoción. No la emoción del campo de batalla, sino la del coche a toda velocidad, del café poco iluminado, de la bebida corriendo por la sangre, del roce de una mejilla, del brillo de una pantorrilla enfundada en una media.

Nada podía durar. Todo tenía que ser fluido: no queríamos realidad, sino posibilidad. No podíamos parar quietos, siempre en movimiento, todo cambiando. Éramos como sombras corriendo, siempre corriendo: los fantasmas sin cuerpo de la pantalla de cine, hombres condenados, almas en el infierno.

Pronto se acabó la racha de permisos de sesenta y dos horas. A mediados de mayo de 1942 fui a casa por última vez. Mi familia no volvería a verme de nuevo en casi tres años.

El Quinto Regimiento de Marines partió antes que nosotros. Lo hizo de noche. Cuando despertamos, el campamento estaba desierto, pelado, como si allí no hubiera habido ni siquiera una sombra, mucho menos tres mil quinientos jóvenes ruidosos. No quedó ni una colilla aplastada, ni una lata de cerveza vacía.

Nada.

Mi propio Primer Regimiento siguió al Quinto semanas después. Llenamos nuestros petates con todas nuestras ropas de sobra y nuestros efectos personales. Cada petate fue marcado cuidadosamente con las insignias de nuestra compañía. Después cargaron todo en unos camiones. No volví a ver el mío hasta que regresé a Estados Unidos. Desde aquel día, a excepción de algún breve intervalo en Australia, vivimos de nuestros macutos, el macuto de combate del tamaño de una máquina de escribir portátil.

Recibimos la orden de llevar sólo nuestras armas y la cantidad de ropa prescrita; expresamente nada de licor. Un día antes de partir conseguí ir a Jacksonville, donde empeñé mi maleta por el dinero suficiente para comprar dos botellas de whisky.

Las dos botellas planas estaban en mi macuto, duras y cálidas contra mi espalda, cuando subimos al tren. Las apuramos esa noche, cuando el mozo hizo nuestras camas y todo estaba oscuro en nuestro vagón Pullman. Sí, viajábamos en Pullman y teníamos un mozo en nuestro coche-cama. También comíamos en el vagón restaurante y podíamos sobornar al mozo para que nos trajera un sándwich de pavo por la noche. Era una forma maravillosa de ir a la guerra, como los nobles rusos en *Guerra y paz*, que se dirigían a la refriega en un hermoso carruaje, contemplando Borodino desde la cima de una colina mientras sus criados preparaban té en un samovar de plata.

Teníamos un mozo simpático. Le encantaba pinchar al texano, recién llegado a nuestra sección. Una vez, oyó al texano haciendo uno de sus exagerados comentarios de costumbre.

—Demonios —rió el mozo—, Texas es tan árido que un conejo no se atreve a cruzarla sin llevar fiamblera y cantimplora.

Una carcajada estalló alrededor del ruborizado texano y el mozo se retiró sonriendo tan contento.

Mientras cruzábamos América dominaba el buen humor y el buen ánimo. Sólo hablábamos de la batalla de Midway, que acababa de librarse, admirados por los marines y los pilotos de la Marina que habían detenido a los japoneses.

Jugábamos al póquer o contemplábamos el paisaje. Para mí, que nunca había estado al oeste de Pittsburgh, casi todos los momentos que pasaba despierto eran de intensa emoción. Todo aquello era mi país. Lo veía por primera vez y lo absorbía, en su grandeza, en la suave belleza de una montaña como la curva de una mejilla, en la enormidad de sus llanuras o la riqueza de sus campos. No puedo recordarlo todo y, ahora, lamento no haber tomado notas. Sólo hay momentos dispersos, confusos... Decepción por cruzar el Mississippi de noche, sólo la impresión de una gran masa de agua y el suave bamboleo de la barcaza férrea bajo nosotros... La belleza de las Ozarks, grandes bosques alzándose hacia un frágil cielo azul, con el río White corriendo recto y claro como una lanza entre ellas, y la montaña con la cruz en la cima, extendiendo sus tenos brazos como una súplica... Las Rocosas (¿dónde estaba la grandeza?, ¿estábamos demasiado cerca?) que parecían picos de helado de vainilla por donde corrían grandes canales de salsa de chocolate, pero no desprendían ninguna grandeza, sólo cuando llegamos a las cimas y pudimos mirar atrás, boquiabiertos... ah, pero aquí está ahora, el espléndido Oeste, aquí está el río Colorado abriéndose paso por Royal Gorge en un instante blanco y espumoso... arriba, arriba, arriba en Nevada, el tren ascendiendo como una gran y digna montaña rusa, y luego el rápido paso a California y el sol.

Pero perdimos el sol en las brumas de San Francisco. Llegamos al muelle, rodeados por las colinas marrones de Berkeley. La gran bahía curva, como un anfiteatro de agua, ante nosotros. Había focas jugando en la bahía.

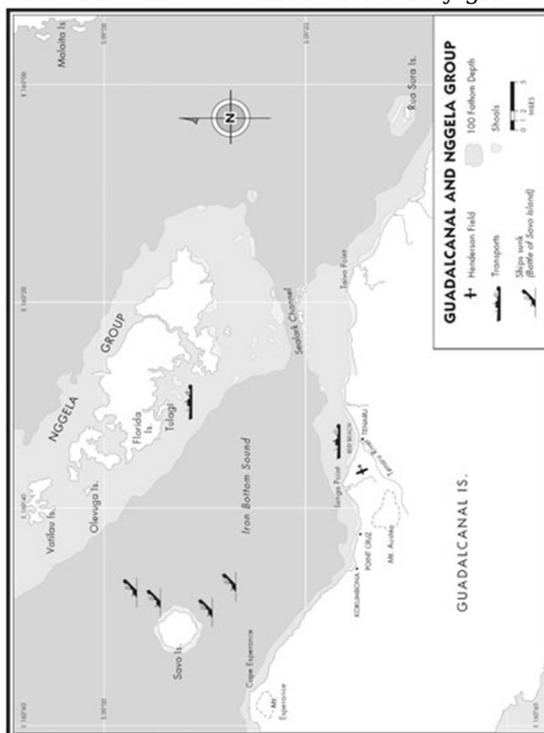
Yo sólo tenía veintiún años. Pude ver el Golden Gate y, más allá, se extendía la Cosa que más tarde vería.

Pero todavía no. Pasarían diez días antes de que pudiéramos visitar el Golden Gate. Nos llevaron al *George F Elliot*. Nuestro barco. Un barco de esclavos. Lo odiamos.

Nos dejaban desembarcar todos los días.

Esos días fueron las últimas horas frenéticas de nuestro viaje. A excepción de Chinatown, sólo vi los bares y cafés en San Francisco. Mi padre me había enviado cien dólares en respuesta a mi última petición de dinero. Gracias a él, pude entrar tanto en los mejores cafés como en los peores bares. Todos eran uno.

No puedo recordar nada de ellos, excepto una máquina de discos donde sonaba *One Dozen Roses* una y otra vez, y que me echaron con cajas destempladas de un garito de Chinatown porque salté entre las cansadas chicas del coro y grité «¡Buuu!».



La misma noche espanté a dos chinos que habían atacado a un marine. No llegué a ver

sus navajas, pero supuse que las tenían escondidas, pues la camisa parda del marine estaba manchada de sangre. Yacía tumbado en un portal; un puesto de comida, creo. Le grité lleno de furia al propietario. Había visto el ataque sin pestañear, pero en cuanto le grité, se dirigió al teléfono y llamó a la policía. Me marché, temeroso de la policía militar.

En aquellos diez días se sucedieron muchos episodios. Pero todos eran lo mismo: manchados de lujuria o agotados por la ansiedad.

Al final me harté. Me sentí hastiado. Quedé ahíto. San Francisco acabó para mí una noche en un taxi con Jawgia, el pecoso y larguirucho chaval del pantano de Okenfinokee de Georgia, cuyo nombre evocaba tanto su estado natal como su costumbre de hablar sobre la Guerra Civil. Jawgia saltó del taxi y el guardia abrió la puerta de la cerca. Yo miré al conductor a la cara, le puse en la mano tendida tres centavos (el único dinero que nos quedaba) y dije:

—¡Cómprase el mejor periódico de la ciudad!

Atravesé la cerca y, con un salvaje alarido, corrí hacia mi barco. Una de las monedas que lanzó el conductor me alcanzó mientras corría.

— o O o —

Nuestro barco zarpó por la mañana, en medio de la lluvia, el 22 de junio de 1942. Pasó bajo el puente Golden Gate, un feo armatoste gris. Yo iba sentado en la popa y miré hacia atrás. Igual que el emigrante que se lleva consigo un terrón de tierra de su país, yo buscaba un recuerdo que me acompañase.

Arriba, en lo alto del brillante puente mojado, un centinela con un poncho y un casco de plato, el fusil como un bulto a su espalda. Saludó. Saludó firmemente, durante minutos, mientras a mi alrededor arreciaban los silbidos y abucheos. Lo aprecié por eso. Me saludaba.

PARTE TRES

---

Guerrero

---

## Capítulo 7

Las llamas destellaban en las orillas de la isla de Guadalcanal cuando llegamos a cubierta.

No eran grandes llamas, llamas envolventes: nos sentimos decepcionados. Cuando salimos de las escotillas esperábamos ver el mundo iluminado. El bombardeo había parecido feroz. Nuestra armada, pues eso considerábamos que era, parecía capaz de arrasar Guadalcanal hasta la perdición.

Pero aquel sucio amanecer del 7 de agosto de 1942, sólo había unas cuantas llamas aleteando, como vertederos urbanos, para iluminar nuestro camino a la gloria.

Nos sentíamos inquietos, en absoluto asustados. Yo estaba todavía furioso por mi encontronazo con el marinero del comedor. Había tardado mucho comiendo mi desayuno de frijoles y, cuando terminé, me di cuenta de que los marineros limpiaban frenéticamente el comedor. Tal vez más tarde se convertiría en el quirófano del barco para quienes fueran heridos en la orilla. Detrás del mostrador el cocinero jefe estaba cerrando una caja de naranjas, que se repartían como una especie de regalo anterior a la batalla para las tropas, cuando yo corrí a reclamar la mía. Se negó a volver a abrir la caja. Nos gritamos con furia el uno al otro. Yo quería esa naranja más que el general Vandergrift quería Guadalcanal. El marinero no quiso entregármela y amenazó (¡oh, necedad de necedades!) con denunciarme por insolencia. ¡Denunciarme a mí! ¡A mí, que estaba a punto de derramar mi sangre entre los cocoteros! Me entraron ganas de ensartarlo con mi bayoneta, pero lo empujé a un lado, abrí la tapa, cogí mi naranja y subí corriendo las escaleras para reunirme con mis camaradas en cubierta, mientras los gritos del furioso cocinero se perdían a mis espaldas.

Así que yo ardía también, como la larga línea de la costa de Guadalcanal, cuando el Viejo Gunny gritó:

—¡Primera sección por la borda! ¡A bajar por esas redes de carga!

El *George F. Elliot* se mecía suavemente con la marea. Las redes se bamboleaban contra sus costados de acero, haciéndonos chocar. La boca de mi fusil empujaba mi casco contra mis ojos. Debajo, las lanchas de desembarco se agitaban con la corriente.

El bombardeo terminaba. Miré a ambos lados, agarrándome a la red como una hormiga. El canal Sealark estaba repleto de barcos nuestros. A la izquierda, a mi oeste, se hallaba la enorme isla de Savo. Delante de mí, al norte, pero oscurecida por el costado del *Elliot*, se extendía la isla de Florida y la diminuta Tulagi. Los marine raiders y los paramarines ya estaban enzarzados en Tulagi. Podía oír el sonido de sus disparos. Detrás de mí, al sur, estaba Guadalcanal.

Las redes terminaban un metro por encima de las lanchas de desembarco. Había que saltar, cargado con los veinticinco kilos o más del equipo. No había lugar para la indecisión, pues los que venían detrás colgados de la red podían pisarte los dedos. Así que había que saltar, esperando que las lanchas no se alejaran y te dejaran sólo el mar azul para aterrizar. Pero todos lo conseguimos sin problemas.

Entonces pude ver las oleadas de ataque que se formaban cerca de los otros buques. Barco tras barco, desembarcaban y luego se alejaban del buque madre para unirse a sus compañeros, trazando círculos y más círculos, como monstruos acuáticos jugueteros.

—¡Todos abajo!

A continuación vi los círculos desplegarse para formar la línea de ataque. Como mis

compañeros, yo estaba agazapado bajo la borda, sintiendo el barco girar lentamente para apuntar con su proa hacia la orilla. La cubierta vibraba con un torrente de energía.

El ataque empezó.

Entonces volví a rezar. La víspera había rezado mucho, detenidamente, imploré a Dios y a la Virgen para que cuidaran de mi familia y amigos si yo caía. Con la vanidad propia de la juventud, estaba seguro de mi pronta muerte y, con esa misma vanidad, entregaba mis asuntos al Todopoderoso, como un hermano mayor que da una palmada en la espalda al más joven y le dice: «John, tú eres ahora el hombre de la casa».

Pero mis oraciones terminaban siendo un galimatías. Sólo podía pensar en la orilla donde íbamos a desembarcar. Había otras lanchas de marines por delante de nosotros. Me imaginé disparando desde detrás de sus cuerpos postrados, construyendo una muralla protectora de carne rota y teñida de rojo. Podía imaginar el holocausto que tenía lugar entre los cocoteros. Ya no rezaba. Era como un animal: los oídos atentos al sonido de la batalla, el cuerpo tensándose para saltar por la borda.

La lancha alcanzó la orilla, se estremeció, se detuvo. Al instante, me levanté y salté. El cielo azul pareció oscilar en un arco gigantesco. Atisé las hojas de las palmeras agitándose suavemente encima, la visión más delicada y exquisita que había visto jamás.

Luego siguió un borrón. Aquello era un veloz y cambiante caleidoscopio de forma y movimiento y color. Yací tendido en la arena, entre los altos cocoteros, y advertí que estaba mojado hasta las caderas. Había avanzado unos veinte metros tierra adentro.

Pero nadie combatía.

Los japoneses habían huido. Nosotros estábamos allí, desplegados en orden de batalla, pero no había nadie contra quienes luchar. En cuestión de minutos, la tensión se relajó. Contemplamos nuestros exóticos alrededores. Pronto estallaron las risas y los chistes.

—Eh, teniente —zumbó Indiana—, vaya forma cojonuda de dirigir una guerra.

El sargento Carafina le soltó un alarido a alguien que estaba partiendo un coco.

—¿Quieres envenenarte? ¿No sabes que esas cosas podrían estar llenas de veneno?

Todo el mundo se echó a reír. Estúpidamente Carafina interpretaba todo al pie de la letra. Le habían informado de que los japoneses tenían tendencia a colocar bombas-trampa o envenenar los suministros de agua, de manera que, para él, los cocos estaban envenenados. Nadie se molestó en enumerarle las muchísimas dificultades que implicaba envenenar los millones de cocos de Guadalcanal. Tan sólo nos echamos a reír y seguimos recogiendo cocos, partiendo las cascara, bebiendo la fresca y dulce agua de coco. Carafina sólo pudo mirarnos con mala cara, algo en lo que era un experto.

De alguna parte llegó la orden:

—¡Avancen!

Formamos pelotones y nos pusimos en marcha.

Dejamos nuestra inocencia en Red Beach. Ya nunca nada sería lo mismo. Durante diez minutos habíamos tenido algo parecido a una bendición, una sensación de bienestar sobrevenida después de un alivio inenarrable por no encontrar oposición a nuestro desembarco. Mientras cambiábamos el blanco resplandor de la playa por la sombra protectora de los cocoteros, detrás resonaba el tartamudeo de los antiaéreos y el chirrido de los aviones a toda velocidad. Los japos habían llegado. La guerra continuaba. Ya nunca nada sería lo mismo.

— o O o —

Avanzamos cruzando húmedos y cálidos terrenos de hierba kunai. Cruzamos ríos. Volvimos a cruzarlos. Subimos colinas. Nos internamos en la jungla. Nos abríamos paso con los machetes o seguíamos senderos estrechos y serpenteantes. Nos perdíamos a cada paso del camino.

Cada cierta distancia dejábamos atrás grupitos de oficiales que se inclinaban ansiosos ante un mapa. ¡Aquel penoso mapa! Ahí estaba Red Beach, localización que estaba bien reflejada en el mapa, y ahí estaba el río Tenaru, que no estaba, y allí estaban los cocoteros, kilómetros y kilómetros de cocoteros, marcados claramente con símbolos que, como parecían más flores de lis que cocoteros, uno podía llegar a pensar que la empresa fabricante de jabones Lever Brothers no había caído en la cuenta de la existencia de tantas flores en aquella enorme isla.

Aquel mapa mentiroso nos causó problemas desde el principio.

Los oficiales se mostraban inquietos.

Sabían que estábamos perdidos.

—Eh, teniente, ¿adónde vamos?

—A Grassy Knoll.

—¿Dónde está eso?

—Ahí arriba, donde están los japos.

Hasta nuestra forma de hablar era propia de niños. Grassy Knoll... ahí arriba... donde están los japos. Indios y vaqueros, policías y ladrones, el escondite... estábamos jugando. Incluso el comandante de la división había anunciado con toda tranquilidad que esperaba que esa misma noche cenáramos en la cima de Grassy Knoll.

—Sincronicen sus relojes, caballeros... El ataque ha empezado.

El último en llegar a Grassy Knoll es tonto del culo.

Ah, bueno, teníamos mucho que aprender y cinco meses para aprenderlo. Y sólo los mejores llegarían a Grassy Knoll en el proceso.

Así empezó, el primer día, la frustración. También empezó la soledad. Los sonidos de la batalla que quedaban atrás tenían un tinte amenazador, los rostros de los oficiales que encontrábamos mostraban un gesto. ¡Los japos estaban cerrando el círculo y nosotros, pobres necios arrogantes, creíamos que los estábamos persiguiendo!

Estábamos empapados de sudor. Nuestro avance a través de la alta hierba casi nos había reventado. Entonces, en el frescor pegajoso del bosque tropical, nuestros uniformes oscurecidos por el sudor se aferraban a nosotros con helada tenacidad.

—Eh, Lucky —llamó Indiana—. Apuesto a que podría quitarte de encima un cuarto de Calvert. Abre la chaqueta, Lucky, y dale a todo el mundo un trago.

No era whisky lo que queríamos. Por primera vez en mi vida, estaba experimentando sed de verdad. El calor, sumado a la goteante y enervante vegetación, parecían haberme deshidratado. Tenía agua en la cantimplora, pero no me atrevía a tocarla. ¿Quién podía asegurarme cuándo podría volver a llenarla? Llevábamos tres horas o más caminando y no habíamos visto agua ninguna.

Entonces, de esa manera repentina que tiene la jungla, ante nosotros se reveló la veloz corriente de un río.

Caímos sobre él con gritos incautos. Aquel río nos hizo romper filas. Nos convertimos en una masa gritona que salpicaba, chillaba, bebía a grandes tragos, e incluso el teniente Ivy League compartió la relajación general de la disciplina. ¡Oh, qué dulce visión habríamos sido para ojos japoneses! ¡Qué oportunidad de hacer una masacre se perdieron!

Algunos incluso se tumbaron de espaldas en el arroyo poco profundo, líricamente llamado Ilu, y abrieron la boca, dejando que el agua les entrara en sus sistemas como si fueran sumideros abiertos. El teniente Ivy League se llevaba agua a la boca con el casco, gritando mientras tanto:

—¡No bebáis! ¡Puede estar envenenada! ¡No bebáis hasta que hayáis disuelto las píldoras purificadoras!

Todos asintieron con gravedad y continuaron con la orgía, bebiendo, bebiendo, bebiendo, suspirando como un amante mientras el dulce y veloz río nos quitaba el salado sudor del cuerpo.

Refrescados, saciados, reemprendimos la marcha.

Estábamos empapados, pero sentíamos la limpia humedad del agua. En la jungla tropical siempre se está empapado, mejor que sea agua que sudor.

La noche cayó de pronto mientras todavía estábamos de marcha. Levantamos una defensa apresuradamente. El primer día había pasado sin incidentes, aunque habíamos perdido un hombre: desplegado en el flanco de nuestra columna en avance, había desaparecido sin más.

Empezó a llover, mientras colocábamos nuestras ametralladoras en lo alto de una colina. La lluvia caía cansina mientras nos acurrucábamos en nuestros ponchos, obligados a guardar silencio, mientras comíamos las raciones frías que sacamos de nuestros macutos: cada hombre a solas, pero todos flotando en el oscuro mar de la noche.

Podría haber sido, debería haber sido una noche de auténtico terror. Estábamos asustados. Estábamos agotados. Teníamos frío. Estábamos mojados. Ignorábamos qué había a nuestro alrededor, así que le teníamos miedo. No sabíamos nada de nuestro enemigo, así que lo temíamos. Estábamos solos, rodeados de una jungla viva con el ruido de animales que sólo podían parecer el paso sigiloso del enemigo acercándose.

Pero veíamos todas estas cosas embotados, como un boxeador aturdido que boquea esperando indiferente el último golpe, demasiado paralizado por los puñetazos anteriores

para moverse, demasiado estupefacto para que eso le importe. El continuo bombardeo de acontecimientos de aquella jornada nos había dejado así.

En una ocasión se produjo un estallido de disparos. Rompió la noche. Nos lanzamos sobre nuestras armas, las bocas abiertas en la oscuridad. Pero entonces la noche volvió a cerrarse. Oscuridad. Los árboles goteando. La jungla susurrando.

No apareció nadie.

— o O o —

Al amanecer descubrimos la trascendencia de los disparos. Un sanitario había muerto. Le habían disparado sus propios hombres.

Cuando el centinela le dio el alto cuando regresaba de hacer sus necesidades, se encasquilló con la contraseña «Liliputiense» y así encontró la muerte: la eternidad a merced de una consonante mal pronunciada.

Nunca olvidaré los rostros entristecidos de sus amigos cuando lo enterraron. En aquel amanecer sombrío, el sonido de las herramientas para cavar era tan quejumbroso como los rasguños de un ratón.

La luz seguía siendo tenue. El teniente Ivy League le pidió al comandante de la compañía permiso para fumar.

—No sé si hay luz suficiente —dijo el capitán—. ¿Por qué no se acerca a aquel árbol y enciende una cerilla? Así podré saber si está demasiado oscuro.

El teniente se alejó. Cuando llegó al árbol y encendió su cerilla, apenas pudimos distinguir la diminuta llama y oírlo llamar en voz baja:

—¿Qué tal, capitán?

El capitán negó con la cabeza.

—No. Luces apagadas de momento. Todavía está demasiado oscuro.

Miré al capitán. La ansiedad de su rostro parecía tallada por los acontecimientos de la noche. No era un guerrero, no era un veterano curtido en cien batallas. Sólo era un civil, como yo mismo. Era un hombre que tenía poca más confianza que el centinela de gatillo fácil que había matado al sanitario. Era mucho mayor que yo, pero la responsabilidad del cargo, el rostro desconocido de la guerra, lo habían asustado tanto que le impedían confiar en la prueba de sus sentidos.

Le parecía que la diminuta llama podía atraer al enemigo hacia nosotros, como si estuviéramos encendiendo hogueras de noche. Un minuto más tarde ya era totalmente de día y todos terminamos fumando. También el capitán terminó fumando enseguida.

— o O o —

Marchamos todo el día. Grassy Knoll seguía estando «ahí arriba», igual que los japos. Avanzamos por las faldas de las colinas brillantes por la lluvia, con lentitud, de lado, como cangrejos o esquiadores; bajábamos por las pendientes contrarias, los pobres artilleros maldiciendo débilmente mientras sus trípodes chocaban inmisericordes contra sus nuca. El terreno de Guadalcanal parecía hecho de acero cubierto por los demonios de la jungla por un lodo fino y traicionero. Nuestros pies tenían que avanzar deslizándose para no caer en aquellos caminos ondulantes, nuestras manos se agarraban continuamente al aire, nuestros pasos se veían continuamente interrumpidos por la pesada caída de un artillero cargado con todo el equipo.

Avanzamos hacia el enemigo con el sigilo de un circo. Si hubiera habido un enemigo en aquella jungla oscura y goteante, nos habría aniquilado a todos. Los japoneses nos habrían hecho lo que nuestro antepasado militar, Washington, impidió que los franceses le hicieran a Braddock, lo mismo que nuestros antepasados hicieron a los británicos en la retirada de Lexington.

No vimos al enemigo. Aquel día triste y perdido fue testigo del ciclo del sol, del que no tengo recuerdo ni pesar.

Nunca olvidaré aquella noche.

Me desperté y vi el cielo en llamas. Eso parecía. Como la bruma roja del sueño de mi infancia en que imaginaba que el Día del Juicio Final llegaba mientras jugaba al béisbol en Castle Grounds, cerca de casa. Quedamos bañados en luz roja, como fijos en el ojo de Satán. Imaginen una miríada de semáforos en rojo brillando bajo la lluvia y tendrán una réplica del

mundo en el que desperté.

Las luces eran las bengalas del enemigo. Flotaban sobre el techo de la jungla y, balanceándose suavemente en sus paracaídas, proyectaban su luz roja. Los motores zumbaban en las alturas. Más tarde supimos que eran los hidroaviones japoneses. Creímos que nos iban a dar caza.

Pero en realidad eran los ojos de una poderosa armada naval enemiga que se había internado en Sealark Channel. Pronto oímos el sonido de los cañonazos y la isla tembló bajo nuestros pies. Hubo destellos de luz roja y blanca con explosiones estremecedoras.

Los japoneses estaban consiguiendo una de sus mayores victorias navales. Se estaba desarrollando la Batalla de la isla de Savo, lo que más tarde dimos en llamar más acertadamente la Batalla de los Cuatro Patos Sentados. Estaban hundiendo tres cruceros estadounidenses (el *Quincy*, el *Vincennes* y el *Astoria*) y un crucero australiano (el *Camberra*), además de dañar a otro crucero estadounidense y un destructor también estadounidense.

Las bengalas se usaban para iluminar la batalla. En un momento determinado, los japoneses encendieron sus reflectores. Eso explicaba las extrañas luces que vimos, mientras nos agazapábamos en nuestra jungla pegajosa.

— o O o —

Apenas tardamos un día en abandonar la jungla, pese a haber pasado dos días internándonos en ella: conocíamos el camino de salida y no sabíamos el camino de entrada.

Cuando salimos y bajamos de las montañas hasta los campos de kunai nos esperaban tractores anfibios cargados de comida y agua. El Risitas iba delante de mí. Resbaló en la última pendiente. Mientras caía, el trípode le golpeó en la nuca.

Se levantó y le dio una patada. Luego maldijo. Juró con la aguda furia de la exasperación.

Se agachó y agarró el trípode como si fuera un ser vivo y lo tuviera pillado por la garganta, retorciendo las muñecas como si pudiera arrancarle la vida. Aquel cruel gesto concentraba la frustración, el hambre, la sed, la humedad y la ansiedad de los dos últimos días. Lanzó el trípode al aire. Revoloteó y aterrizó pegándose un golpe decisivo entre la alta hierba kunai.

El Risitas se sentó y encendió un cigarrillo, y allí fue donde el batallón se desplegó mientras los hombres bajaban de las colinas con sus uniformes verdes manchados de barro, los feos cinturones con los cartuchos y los cascos, los fusiles colgados, la barba de dos días y los ojos reflejando su hastío. Los tractores anfibios empezaron a repartir agua y latas de comida. Cuando terminamos de llenar nuestras cantimploras y nuestros vientres, después de haber fumado los benditos cigarrillos, nos pusimos de nuevo en marcha.

Anochece cuando llegamos a la playa. Vimos barcos destruidos y humeantes... y una extensión de agua clara y despejada entre Guadalcanal y la isla Florida.

Nuestra flota se había ido.

Se había ido.

Descansamos allí. Columnas de hombres recorrían penosamente la playa. Sus pies parecían palmeo suavemente la arena. El sol se había puesto tras la jungla. La noche avanzaba hacia nosotros desde el mar, cubriendo Florida de púrpura como si pretendiera envolvernos.

Los hombres estaban recortados contra la oscuridad. En la penumbra, parecían haber perdido la dimensión de profundidad: parecían sombras. Se movían aquellos hombres cansados como encadenados unos a otros, con el paso mecánico y sin alma de los zombis. Tras ellos, bajo el horizonte, el sol reflejaba un brillo mortecino. La desesperación parecía acompañar a la desolación.

Me alegré cuando se hizo completamente de noche. Entonces mi compañía se puso de nuevo en pie y recorrió en la oscuridad aquella playa silenciosa.

Tomamos posiciones defensivas. Cavamos trincheras y volvimos los cañones de nuestras ametralladoras hacia el mar. Establecimos la guardia y nos fuimos a dormir. El último sonido en nuestros oídos fue el resonar de la marea contra aquella larga línea de costa.

Nos bombardearon al día siguiente, pero no hubo nada que temer. No fue ni siquiera un anticipo de lo que podía llegar a ser.

«¡Alerta roja!», gritó alguien, y oímos el zumbido de los motores. Estaban en el cielo, quizás una docena de bombarderos, plateados y esbeltos. Volaron sobre nosotros dibujando una espléndida V y lanzaron su carga sobre Henderson Field. Gritamos y bailamos

mofándonos. Qué idiotas. Las bombas no eran para nosotros sino para nuestros pobres compañeros del aeródromo. Pudimos oír las explosiones y sentimos temblar la tierra, pero ni siquiera un niño habría parpadeado.

Con la estupidez nacida de la falsa seguridad nos reímos y agitamos los puños ante los bombarderos que se marchaban, como si les hubiéramos escarmentado y hubieran decidido huir.

Sí, claro. Teníamos mucho que aprender.

Ni siquiera la emoción del bombardeo puede descubrir el delirio que siguió al descubrimiento del alijo de sake japonés.

Encontramos caja tras caja en un almacén de troncos y paja un poco al oeste de nuestras posiciones en la playa. También había cajas de maravillosa cerveza japonesa, botellines envueltos en finas faldas de paja. De inmediato la carretera embarrada que corría en paralelo a la costa se convirtió en una calle oriental atestada de marines sucios y sonrientes que tiraban de rickshaws llenos hasta arriba de botellas de dos litros de sake y cajas de cerveza que parecían globos hinchados.

En el almacén también había comida: enormes latas de harina y arroz y cajas más pequeñas de cabezas de pescado, esos horribles manjares nipones. Pero nadie cogió la comida.

Además, cada pelotón había establecido su propia cocina. Teníamos nuestra propia harina y *spam*,<sup>[3]</sup> así como latas de guisantes y azúcar, todo producto del robo perpetrado en sucesivas incursiones a los montones de comida que se habían descargado a toda prisa de las naves que corrieron a perseguir la flota que hundió los cruceros. Nuestro barco había salido ardiendo el día que desembarcamos cuando un Zero se estrelló en cubierta, de manera que no teníamos comedor del batallón. Asombrosamente, estos pequeños comedores de pelotón se extendieron por toda la playa. El robo de provisiones era el mejor.

Con esas provisiones de sake y cerveza, disfrutamos de una vida divertida y escandalosa durante una semana, hasta que se acabó el licor y el mayor vino a hacerse dueño de la comida.

¡Qué semana tan maravillosa! ¡Qué forma tan deliciosa de librar una guerra!

Risitas, Indiana, Yardas y yo habíamos enterrado en la arena nuestro sake y nuestra cerveza, a una profundidad donde la cercanía del mar los enfriaba. Aquél era nuestro escondrijo, y nadie más podía tocarlo. Así que éramos los cuatro quienes más bebíamos, pero la bebida nos animaba y nos volvía generosos. Entonces invitábamos a otros al grupo.

Nos sentábamos en cuclillas. Como las enormes botellas de sake eran difíciles de servir, teníamos que pasarlas de unos a otros y bebíamos por turnos, como fuman los indios la pipa de la paz. Pero nuestro método necesitaba las habilidades de un contorsionista. Podías sostener la enorme botella entre los muslos, inclinar la cabeza hacia delante hasta que la boca abrazaba el cuello y entonces te echabas hacia atrás, dejando que ese frío licor te corriera por la garganta. ¡Sí que estaba bueno!

Mi paladar no era nada sofisticado, pero una mera mejora del gusto no podría haber igualado jamás el entusiasmo que provocaba cada sorbo de aquel sake. Es glorioso beberse el licor del enemigo.

Y nosotros nos estábamos emborrachando gloriosamente.

Después de una de aquellas libaciones nocturnas me retiré achispado a mi dormitorio, es decir, me aparté unos metros del grupo y me metí en la depresión poco profunda que había cavado en el suelo. Sobre mí suspiraban las hojas de las palmeras, como hermosos asteriscos a través de los cuales se filtraba la suave noche tropical iluminada por las estrellas. Me quedé dormido. Desperté con los golpecitos de hordas de insectos invisibles zumbando sobre mi pecho. Caí en la cuenta de que eran balas cuando oí el sonido de disparos desde atrás. Volví a dormirme, tristemente convencido de que los japoneses nos habían pillado por sorpresa.

Tal era el poder del sake.

Por la mañana alguien nos explicó que aquellos disparos provenían de dos compañías del Quinto Regimiento que se confundieron mutuamente con el enemigo. «Gatillo fácil», dijo. Y yo así lo creí. No necesitaba ninguna autoridad. Tenía una teoría y ésa era la única autoridad requerida en Guadalcanal.

La mañana era el mejor momento para la cerveza: estaba fresca por el frío de la noche y el mar oscuro bajo las arenas.

El Roble no duraba mucho con la cerveza. No es que bebiera demasiado, pero lo hacía muy rápido y eso quizá termine siendo lo mismo. Se levantó tambaleándose de nuestro

grupo, salió de la sombra y se desplomó casi en el instante en que el sol le tocó la cabeza. Nosotros adornamos su cuerpo con hojas de palmera y le colocamos una botella de sake vacía sobre su pecho: aquello parecía un altar shinto.

Entonces Indiana, con gesto solemne, se dio cuenta de que él mismo no estaba apropiadamente vestido. No tenía puestos los pantalones. Tal falta de decoro, incluso en compañía de hombres que no solían ser correctos en estas cuestiones, pareció molestar a Indiana. Se puso en pie, agarró los pantalones que le faltaban y se dirigió al agua.

—Eh, Indiana, ¿adónde vas con esos pantalones? ¿Vas a lavar tus pantalones, Indiana?

—Voy a ponerme mis pantalones.

—¿En el agua?

Mostró sus fuertes y grandes dientes en una sonrisa tonta.

—Siempre me pongo los pantalones en el océano.

Su dignidad no tenía par. Cada vez que las olas retrocedían, colocaba el pie izquierdo en la pernera del pantalón. Con el exagerado cuidado del borracho, levantaba esa pierna y, entonces, haciendo precarios equilibrios sobre el pie derecho, una ola se formaba tras él y le golpeaba en su rosado trasero.

Y volvía a incorporarse con total dignidad. Gravemente, repetía de nuevo los movimientos. Juguetona, la ola se retiraba de nuevo y le dejaba hacer. Una o dos veces, Indiana miraba con mala cara un momento aquel desleal pie derecho, echaba una rápida ojeada atrás con una medio sonrisa, como para ver si su vieja amiga la ola seguía allí. Y allí seguía.

Tal era el poder de la cerveza japonesa.

— o O o —

Desde aquel día nos bombardearon regularmente. Al menos una vez, a menudo varias veces al día. Las unidades navales enemigas empezaron a aparecer en el canal. Despreciando nuestra capacidad de contraatacar, venían y nos bombardeaban a plena luz del día. Los japoneses volvían a la batalla.

Para proteger el vital Henderson Field contra un enemigo que ahora parecía decidido a luchar por Guadalcanal, fueron necesarias patrullas nocturnas especiales. En cuanto ordenaron por primera vez a mi compañía hacer la patrulla, se terminó la bebida y nuestras carreras como hedonistas playeros tuvieron fin de una forma tragicómica.

El día en que tuvimos que despedirnos de la bebida, yo me encontraba entre aquellos hombres de nuestra compañía que se unieron y dejaron atrás la playa, para atravesar el bosque de cocoteros e internarnos en la maleza, con la intención de emplazar la defensa ante Henderson Field.

Delante de mí marchaba Sin-Culo. Aquel tipo alto, delgado y ruidoso de Michigan tenía la extraña habilidad de exasperar a cualquier hombre de la Compañía H con sólo marchar delante de él. Y todo por esa rara desgracia que no era una desgracia en sí: Sin-Culo parecía no tener culo. Sus caderas eran tan largas y planas que el correa de la munición parecía siempre a punto de resbalar hasta sus tobillos. Ninguna curva ósea ni ninguna formación de carne podían detenerlo. Parecía caminar sin doblar las rodillas de sus largas y finas piernas y, lo más exasperante, donde sus pantalones tendrían que haber abultado con ese bulto familiar que es el trasero, ¡parecían curvarse hacia dentro! Si a esto añadimos una voz femenina que siempre parecía alzarse para decir imprecaciones en tono agudo, nos encontrábamos ante un ser de género indeterminado que enfurecía a los que tenían la desgracia de marchar detrás de Sin-Culo. A menudo me tenía que contener para no desenvainar mi bayoneta y ensartar a Sin-Culo por donde no lo tenía.

Aquel día, mientras avanzábamos con las bayonetas caladas a través de la maleza en dirección al bosque tras el cual había caído un sol rojo, el cabo Caralisa marchaba detrás de Sin-Culo. Caralisa estaba borracho de sake. Parecía farfullar feliz cuando de pronto, con un grito enloquecido, bajó el fusil y le clavó la bayoneta a Sin-Culo.

Creímos que lo había matado, porque el grito de Sin-Culo fue el que emite un hombre moribundo. Pero, afortunadamente para Sin-Culo, su misma insuficiencia en la zona del blanco lo salvó: la bayoneta pasó a través de sus pantalones sin apenas rozarle la piel, y no había sido el filo cortante de la bayoneta sino el duro y redondo contacto con la boca del fusil lo que provocó su grito de agonía.

A Caralisa le pareció tan gracioso que tuvo que sentarse para contener la risa. Entonces, cuando se levantaba, una batería de artillería oculta en el bosque empezó a disparar. Eran

nuestros cañones de 75 mm, disparando a algo que no sabíamos, pues lo hacían frecuentemente y nunca sabíamos si sólo barrían el terreno o si estaban de verdad masacrando al enemigo. Pero el súbito estampido de los cañones resulta siempre algo perturbador, por más que los cañones sean de los nuestros.

Caralisa mostró sus dientes pequeños y regulares en una mueca animal. Echó de nuevo mano al fusil y respondió al fuego. Aquél fue el final de la campaña de Guadalcanal para el cabo Caralisa. Se lo llevaron detenido.

Pero le quedaba una última bala de gloria. Cuando lo colocaron en la parte trasera del jeep de un capitán, se puso en pie y se enfrentó a él.

«¡No pienso ir con el capitán Titulares!», soltó, y el jeep arrancó. Caralisa fue lanzado al aire con una lenta voltereta, cayó sobre el tobillo y lo tuvieron que llevar al hospital, donde, esa misma noche, un avión de transporte especial aterrizó en nuestro aeródromo. Lo evacuaron a Nueva Zelanda, lo curaron, le impusieron una leve condena en el calabozo, y finalmente lo soltaron para que se entretuviera en los prostíbulos de Auckland. Su tobillo roto, aun consecuencia de un hecho tan poco honorable, fue la primera de las «heridas cerviceras» que todos los veteranos ansían tanto, esos agujeros o cortes o roturas superficiales que sacan a un hombre de la batalla y cosechan miradas de admiración y copas gratis en la civilización.

Todavía había luz sobre el aeródromo cuando lo dejamos y regresamos a la penumbra de la jungla. Sentías haber salido de una calle bulliciosa e iluminada y pasar a la oscuridad y el silencio de una iglesia, si bien no había reverencias ni olor a sebo de velas, sino el principio del miedo y el olor de la putrefacción.

Nos mandaban detenernos escalonadamente cada diez metros. No tengo ni idea de cuántos hombres había de patrulla, quizá poco más de un centenar, de los cuales unos treinta pertenecían a la Compañía H. Nunca estábamos al tanto de esas cosas. Todo lo que sabíamos era que delante de nosotros se extendía la oscura jungla y posiblemente el enemigo, y que detrás de nosotros se hallaba el aeródromo donde reposaba absolutamente todo el valor militar de Guadalcanal.

Nuestras herramientas para cavar trincheras hacían ruidos sordos cuando abríamos agujeros en el suelo de la jungla. Aquello era como excavar en un montón de guano de diez mil años. Bajo esta perfección de putrefacción se extendía un rico y oscuro limo. Apenas habíamos terminado cuando cayó la noche, brusca, negra, como una sombra que cae veloz desde el techo de la jungla hasta el suelo. Nos metimos en las madrigueras. Nos tumbamos y esperamos.

Aquella era una oscuridad sin tiempo. Una oscuridad impenetrable. A mi izquierda y a mi derecha se alzaban aquellos terribles seres informes de mi imaginación, que no alcanzaba a distinguir por la falta de luz. No podía ver, pero no me atrevía a cerrar los ojos, temeroso de que la oscuridad se colara tras mis párpados y me asfixiara. Sólo podía oír. Mis oídos se convirtieron en todo mi ser y pude oír las motas de vida que se arrastraban bajo mis ropas, la putrefacción del gran árbol que se alzaba desde su tronco triple sobre mí. Podía oír la oscuridad congregándose contra mí y los silencios que se extendían entre aquellas cosas que se movían.

Podía oír al enemigo en todas partes a mi alrededor, susurrando entre sí y llamándome por mi nombre. Yacía con la boca abierta, medio loco bajo aquel árbol gigantesco. No había observado el follaje que se levantaba ante mí en la oscuridad y lo imaginaba repleto de japoneses. Todo era mi enemigo y pronto mi cuerpo me traicionó y se convirtió en mi enemigo también. Mi pierna se convirtió en un japonés reptando por mi cuerpo, luego la otra pierna. También mis brazos, después mi cabeza.

Mi corazón estaba solo. Era yo. Yo era mi corazón.

Yací temblando. Temblando en aquel agujero pútrido mientras la oscuridad me rodeaba y toda la creación conspiraba por conseguir mi corazón.

¿Cuánto tiempo? Una eternidad. No existía el tiempo. El tiempo se había desintegrado en aquel vacío negro. Sólo había vacío. Y eso es Algo: sólo se era, sólo había consciencia.

Como la luz que se enciende de pronto en un teatro a oscuras, el amanecer llegó repentinamente. Y con el amanecer, volví a ser yo mismo. Pude ver los pálidos contornos de mis camaradas a izquierda y derecha, y me maravillé al ver lo manso que podía ser mi árbol, lo pacíficas que podían ser sus ramas.

Ahora sé por qué los hombres encienden hogueras.

La urgencia y una mirada inquisitiva y cargada de reproches caracterizaban los modales del mayor cuando atravesó los cocoteros con su jeep, deteniéndose en cada cocina de pelotón para echar un vistazo a las provisiones. Si no fuera por la urgencia, podría haber sido un jefe de *scouts* que reprendía a sus pupilos por haber devorado la comida a media mañana.

La visita del mayor marcó la muerte de los comedores de pelotón. Nuestra breve huida de la autoridad del batallón se dio por terminada, y se constituyó una cocina común, pero el mayor apenas encontró provisiones que trasladar a la tienda piramidal que se emplazó a doscientos metros de la playa. Allí era donde comíamos y allí era donde se nos presentó nuestra nueva dieta de arroz. La comida había pertenecido al enemigo, al igual que los cuencos de madera donde la comíamos. Aquellos cuencos eran mejores que nuestros platos con su exasperante capacidad de hacer que toda la comida supiese a metal. Comíamos un cuenco de arroz para desayunar y lo mismo para cenar. Una vez un marine se quejó a uno de nuestros dos médicos de que había gusanos en el arroz.

—Están muertos —rió el médico—. No pueden hacerte daño. Cómetelos y alégrate de tener carne fresca.

Parecía estar bromeando, pero lo decía en serio. Nadie se lo tomó a mal. Todo el mundo pensó que el médico tenía buen sentido del humor.

El día después de que comenzara nuestra dieta de arroz quedó clara la insólita urgencia del mayor. Se nos ordenó que abandonáramos la playa para tomar nuevas posiciones en la orilla oeste del río Tenaru. Nuestras órdenes eran urgentes.

Se esperaba la llegada del enemigo.

## Capítulo 8

El río Tenaru se extendía verde y maligno, como una serpiente, a lo largo de la frondosa llanura costera. Se le llamaba río, pero no era tal: como la mayoría de las corrientes de agua de Oceanía, aquello era un arroyo que no tenía ni treinta metros de anchura.

Tal vez ni siquiera fuera un arroyo, pues no siempre fluía y rara vez llegaba a su destino, el mar. Podría desembocar en la bahía Iron Bolton, una acumulación de arena de unos quince metros de ancho. La anchura de aquel banco de arena variaba con las mareas y, a veces, la marea o el viento hacían que el Tenaru subiera, cuando, desbordando el banco, se dejaba abrazar por el mar, su madre.

Normalmente, el Tenaru estaba estancado, la superficie cubierta de espuma y hongos: maligno, como ya he dicho, y verde. Si hay dioses fluviales, el Tenaru estaba habitado por un espíritu siniestro.

Nuestra sección (dos pelotones, uno con el Caballero como artillero, el otro con Risitas como artillero y conmigo como ayudante) tomaron posiciones aproximadamente a trescientos metros corriente arriba del banco de arena. Mientras cavábamos, lo teníamos parcialmente a la vista, es decir, veíamos lo que podríamos llamar el lado enemigo del banco de arena, pues el Tenaru marcaba nuestras líneas. En nuestro lado, la orilla oeste, estaba el extremo de la posición marine; en el otro, una tierra de nadie de cocoteros que tendrían que franquear para atacarnos.

Los japoneses se verían obligados a remontar el río hacia nuestro frente, rebasar el estrecho banco de arena que quedaba a nuestra izquierda, bien defendido por un fusilero y varias ametralladoras y alambradas, o tratar de rodearnos por el flanco derecho, que se extendía sólo a un centenar de metros al sur de nosotros, antes de curvarse hacia el norte hasta el punto más estrecho del Tenaru, cruzado por un puente de madera.

El emplazamiento de la ametralladora del Caballero estaba excelentemente situado para dominar el bosque de cocoteros del otro lado. Cavamos primero, dejando a Risitas y mi arma a unos veinte metros corriente abajo, sobre el terreno, protegidos por una sola línea de alambre de espino tendido hacia la mitad de la orilla del río que descendía suavemente. La emplazaríamos al día siguiente.

Cavamos un agujero muy profundo para colocar la ametralladora del Caballero (unos tres metros cuadrados y uno y medio de profundidad), pues queríamos que el artillero pudiera estar de pie mientras disparaba y que el foso sirviera también como refugio antibombas, pues éstas caían con saña.

Aunque trabajamos de manera frenética, desnudos hasta la cintura, con el sudor corriendo de manera tan continua que nuestros cinturones estaban empapados, no pudimos terminar el foso el primer día. Cuando cayó la noche, sólo habíamos hecho la excavación, más un saliente de arena donde se colocó el arma. Tendríamos que esperar al día siguiente para cubrirlo con troncos de cocotero.

Con nuestras fortificaciones a medio terminar, nos sentíamos expuestos, inseguros. La oscuridad convertía en jorobas siniestras los montones de suave tierra roja que habíamos excavado, montones que nos servían de asiento.

Pero, puesto que no conocíamos cómo era una batalla de verdad, su cualidad traicionera y repentina, no podíamos sentir inquietud allí sentados en los blandos montículos, ocultando

con el hueco de la mano las deladoras colillas de nuestros amargos cigarrillos japoneses, fumando tranquilos, charlando tranquilos. Sólo nos sentimos preocupados ante esa sensación de estar siendo acechados que llegaba cada noche y desaparecía cada amanecer.

Nadie se fue a dormir. Había estrellas en el cielo y eso bastaba para mantener a todo el mundo despierto, poco dispuestos a desperdiciar una noche iluminada.

De pronto en el río, corriente arriba a nuestra derecha, apareció una V ancha y ondulante. Parecía moverse rápidamente corriente abajo. En la punta de la V había dos luces verdosas, pequeñas, redondas, juntas.

Jawgia soltó un alarido y le disparó.

A nuestra derecha se produjo una descarga de fusiles. Los fusileros de la Compañía G disparaban también a la V. Más balas alcanzaron el agua. La V desapareció.

Las estrellas se desvanecieron. La noche se volvió más oscura. Como nuestras voces, los hombres empezaron a apagarse e irse a dormir, envueltos en sus ponchos y tumbados en el suelo a unos pocos metros del foso. Sólo quedamos Risitas y yo, montando guardia.

Unas luces, oscilantes, intensas, como linternas o reflectores, se deslizaron por el río en el bosquecillo. Aquello era fantástico, un camión allí, como si pudiéramos despertarnos a la mañana siguiente y encontrar una estación de trenes frente a nosotros al otro lado de aquel arroyo estancado. El bosquecillo de cocoteros era tierra de nadie. El enemigo tenía derecho a estar allí, pero, según toda la experiencia bélica en la jungla, al hacerse ver con aquellas luces parecía estar invitándonos a que los matáramos, las ruedas de sus camiones parecían gritar «¡Aquí estamos!».

—¿Quién anda ahí? —gritó Risitas.

Las luces se agitaron y se serenaron.

—¿Quién anda ahí? ¡Responded o disparamos!

Las luces se apagaron.

Aquello fue ya demasiado. Todo el mundo estaba despierto. La misteriosa V en el río y esas luces fantasmales... ¡Ya era demasiado! Farfullamos nerviosos y, una vez más, calentamos nuestras almas al calor de nuestras voces.

Un tartamudeante fuego de ametralladora estalló lejos, a la izquierda. Quizá junto al banco de arena. Se produjo otra descarga. Otra vez. Otra. La brusca detonación individual del fusil recalca el tumulto. Siguió el «plop» de los morteros pesados disparados detrás de nosotros, luego el rugido aplastante de su detonación al otro lado del Tenaru. La conflagración avanzaba hacia nosotros río arriba, como un tren de pólvora.

Nos alcanzó en un instante y fue entonces cuando empezamos a disparar. Estábamos tan desorganizados que no tuvimos el instinto de dispersarnos, agrupados en torno a aquel foso abierto como si hubiéramos nacido en él. Un chirriante sonido en falsete se alzó directamente frente a nosotros y lo atacamos, seguros de que los intrusos habían provocado el chirrido de los pájaros. Ayudé al Caballero a disparar su ametralladora, aunque yo no era su ayudante. Se concentró en la orilla del río, disparando ráfaga tras ráfaga, convencido de que los japoneses estaban preparándose para cruzarlo a nado. Los chirridos cesaron.

El Caballero habló en voz baja.

—Di a esos tipos que dejen de disparar. Diles que esperen a oír parlotear a los pájaros: un hombre listo trataría de avanzar cubierto bajo ese ruido. Entonces se moverán.

Me alegré de que me diera esa pequeña orden. No me hacía ninguna gracia estar allí en el foso, viendo disparar al Caballero. Salí a rastras y le comuniqué a todo el mundo lo que me había dicho. Ellos me ignoraron y siguieron disparando. Entonces se produjo una pausa y, en ese silencio, yo, que no había tenido tiempo de disparar mi arma, eché mano a mi pistola. Me apoyé en el montículo y vacié el cargador contra la oscuridad. Entonces Indiana soltó un rugido de furia.

—Maldición, Lucky, ¿es que no tienes otra cosa que hacer que disparar junto al oído de un tipo? ¡Me vas a volar la cabeza, capullo de Jersey!

Me reí de él y Risitas volvió arrastrándose desde el banco de arena y susurró:

—Vamos a coger nuestra arma.

Nos arrastramos por la orilla, la noche vibraba con el furioso zumbido de las balas. El Risitas ocupó el puesto de artillero y yo me agaché a su lado para ir suministrándole munición. Teníamos de sobra, las largas cartucheras de doscientas cincuenta balas se enroscaban en las cajas verde claro, las mismas sólidas cajas que ahora se ven colgando de los hombros de los niños limpiabotas.

El Risitas disparó y el arma se le escapó de las manos, se clavó en la tierra, derribó la bocacha apagallamas con un perturbador castañeteo y roció nuestro emplazamiento de

balas.

—¡Ese maldito cobarde! —maldijo Risitas.

Se refería a cierto cabo que no se distinguía precisamente por su valentía y que había colocado la ametralladora con tanta torpeza que el trípode se había caído con el primer retroceso.

Bajé por la pendiente y lo volví a colocar. Me apoyé con fuerza sobre los cierres.

—Listo —le dije a Risitas.

Su respuesta fue una ardiente descarga que pasó rozándome la nariz.

Un hombre dice del estallido de la batalla: «Se desencadenó el infierno». La primera vez que lo dice, así es y resulta: maravillosamente descriptivo. La enésima vez que lo dice, esas palabras se han gastado tanto que ya no tienen sentido: ha pasado como con todas las buenas frases, se ha convertido en un tópico.

Pero a los cinco minutos de esa primera ráfaga de ametralladora, de la aparición de aquella primera bengala enemiga que inundó el campo de batalla de una extraña luz verdosa y que al morir acentuó el manto envolvente de la noche, a los cinco minutos de todo aquello, se desencadenó el infierno. Todo el mundo disparaba, cada arma se elevaba con una voz resonante, pero no había ninguna orquestación, ninguna hermosa sinfonía macabra, como escriben los decadentes observadores que se quedan en retaguardia. Sólo había cacofonía, sólo había disonancia, sólo había salvajismo, ausencia de ritmo, pérdida de límites, pues cada uno dispara a lo que, cuándo y dónde elige. Sólo había explosiones, sonidos, alaridos, gemidos, siseos, estrépitos, temblores, sollozos. Aquello era el infierno.

Sin embargo, cada arma tenía su propio sonido y es extraño con qué claridad el oído entrenado distingue cada una de ellas y la cataloga, distinguiéndola del fragor general, aunque su sonido esté mezclado o coincida con los estallidos de otra docena de armas más, aunque tu propia ametralladora escupa, tosa, dance y se estremezca con colérica furia. El plop del mortero lanzado con el sonido crujiente de su caída, el tartamudeo de las ametralladoras y el más liviano y más rápido roce de los fusiles automáticos Browning, el martilleo de las ametralladoras calibre 50, el estrépito de los obuses de 75 mm, el chasquido del fuego de fusil, el *wham* de las armas antitanque de 35 mm disparando metralla a quemarropa contra el enemigo que ataca... Cada arma transmite un mensaje definido y, a veces significado, para el oído entrenado, aunque ese oído esté lleno del gemido total de la batalla.

Así se acostumbraron nuestros oídos a sonidos nuevos y extraños: el chasquido más ligero y quebradizo del fusil japonés, el borboteo de sus rapidísimas ametralladoras, el hipo de sus morteros ligeros.

A nuestra izquierda, una lluvia de trazadoras rojas se arqueó hacia la orilla enemiga. La distancia y la cacofonía que se alzaba a nuestro alrededor parecían rodearlas de silencio, como si fueran balas disparadas en un mundo de sordos.

—Es el arma del indio —susurré.

—Sí, pero esas trazadoras son mala cosa. Me alegro de habérmolas quitado de nuestros cinturones. Si sigue usando las trazadoras, lo localizarán con toda seguridad. Y así fue.

Emplazaron ametralladoras pesadas en un blindado abandonado en su lado del río y mataron al indio.

Los proyectiles atravesaron los sacos terreros, se abrieron paso por la defensa de su arma y le alcanzaron en el corazón. Lo mataron, mataron al muchacho indio, aquel anónimo boxeador chato de Pittsburgh. Se quedó quieto apretando el gatillo con el plomo ajeno en el corazón. El murió, pero mató a muchos. Entonces perdió el anonimato; entonces dejó de ser un chico de segunda. Entonces.

Hirieron a su ayudante. Aunque lo dejaron ciego, siguió luchando. Los marines le concedieron la Cruz de la Marina y Hollywood hizo una película sobre él y la Batalla de Tenaru. Supongo que Estados Unidos quería rápidamente un héroe, un héroe y vivo, y el indio estaba muerto.

El otro tipo fue un héroe, sin duda alguna, pero a algunos de nosotros nos entristeció que el pobre indio no recibiera nada.

Aquél fue el primer ataque japonés organizado a Guadalcanal, el primer desafío del guerrero estadounidense al «superhombre» japonés. El «superhombre» atravesó con sus balas el pecho del indio, pero él les disparó doscientas balas.

¿Cómo podrían los marines olvidar al indio?

En aquellos momentos teníamos problemas de una clase diferente con las trazadoras. Habíamos empezado a turnarnos para disparar y yo entonces estaba a la ametralladora. Las

trazadoras se dirigían hacia mí, me rodeaban. Salían de la oscura orilla del río. No las veías venir. No están allí, al instante están, bailando a tu alrededor de puntillas, alegres chispas regocijándose en el infierno.

Se dirigían hacia mí y el tiempo se estiraba. No eran más que unas cuantas descargas, estoy seguro, pero el tiempo se detuvo mientras yo traté de esquivarlas.

—Risitas —susurré—. Será mejor que nos movamos. Parece que nos tienen a tiro. Tal vez deberíamos movernos, así no podrán tenernos a tiro. Y tal vez de esa forma crean que tenemos más ametralladoras de las que realmente tenemos.

Risitas asintió. Quitó las trabas a la ametralladora y la sacó del trípode. Se tiró en el suelo y arrastró el trípode hacia él. Yo me tumbé de espaldas y apoyé la ametralladora contra mi pecho. Nos movimos hacia atrás, nadando de espaldas, casi como cuando robamos la caja de cerveza en el bar de Carolina del Norte, intentando, mientras tanto, evitar hacer ningún ruido que pudiera oírse durante uno de aquellos extraños momentos de silencio llenos de suspense que tienen lugar en las batallas, un ruido que puede atraer el fuego del bando opuesto, si hay alguien allí.

Porque, verán, nunca sabíamos si había alguien allí. Oíamos ruidos, disparábamos. Sentíamos los proyectiles explotar a nuestro lado y oíamos las balas enemigas, pero no podíamos estar seguros de dónde procedían.

Pero mientras nos escabullíamos hacia nuestra nueva posición, no había ningún fuego enemigo. Emplazamos la ametralladora una vez más y volvimos a disparar, lanzando nuestras descargas contra cualquier movimiento que pudiéramos alcanzar oír, como antes. Permanecimos allí quince minutos, luego buscamos una nueva posición. Así nos pasamos el resto de la batalla, moviéndonos y disparando, moviéndonos y disparando.

El amanecer pareció estallar lanzado por un tubo de mortero. Los dos coincidieron: el aumento del bombardeo de nuestros morteros y la llegada de la luz. Y entonces pudimos ver que en el bosquecillo de cocoteros que teníamos directamente delante no había nadie. Había cadáveres, pero ningún enemigo vivo.

Pero a la izquierda, hacia el océano y al otro lado del Tenaru, los restos de aquella fuerza de ataque japonesa estaban siendo aniquilados. Podíamos verlos, corriendo. Nuestros morteros los habían alcanzado. Los barríamos con nuestro fuego hacia dentro, es decir, lanzábamos los proyectiles detrás del enemigo y luego los íbamos acercando a nuestras líneas, para que el desafortunado enemigo se viera obligado a abandonar refugio tras refugio, atraído inexorablemente hacia nuestro frente, donde por fin era abatido y destruido.

Los podíamos ver huyendo de un árbol a otro. La ametralladora del Caballero estaba en una posición excelente para enfilear. Lo hizo. Les disparó largas ráfagas. Algunos disparamos con nuestros fusiles, pero ya estábamos fuera de la pelea, lejos de la refriega al estar en el extremo del flanco derecho. No podíamos añadir nada a una situación que indudablemente estaba bajo control.

—Alto el fuego —le gritó al Caballero alguien de la Compañía G—. Llega el Primer Batallón.

La infantería había cruzado el Tenaru por el puente situado a nuestra derecha y se desplegaba entre los cocoteros. Se dirigirían hacia el océano.

A la derecha los tanques ligeros cruzaban el banco de arena, liderando un contraataque.

Los japoneses estaban siendo empujados a su ataúd.

Cuando todo el mundo había olvidado el combate y estaba viendo la matanza, oímos unos gritos. Un grupo de japoneses corría por el otro lado del río, en nuestra dirección. Su aparición nos sorprendió a todos pues no estaban disparando hacia nosotros.

Nos lanzamos a nuestros fosos y nuestras posiciones. Salté a la ametralladora que Risitas y yo habíamos dejado en la orilla. Le quité el seguro y disparé, esparciendo mis balas como si estuviera guiando a un caballo.

Cayeron todos menos uno. El primero lo hizo como si le hubieran cortado los pantalones con una guadaña y los demás cayeron tambaleándose, gritando. Una vez más nuestra arma se atascó y agarré un fusil (recuerdo que no tenía correa) que había cerca de la ametralladora. El japo que había sobrevivido se había internado entre los cocoteros cuando di con él con la mirilla. Allí estaba su espalda, grande y abultada, parecía estar quitándose el macuto. Entonces disparé y dejó de estar allí. Tal vez no fui yo quien lo abatió, pues todos habían recuperado la cordura y sus armas a esas alturas, pero alardeé de haberlo hecho. Quizá, también, fue una bala piadosa la que lo alcanzó entre los omóplatos, pues corría hacia un final seguro y horrible: noches negras, hambre y lenta disolución en la jungla. Pero

yo entonces no actué movido por piedad ninguna.

— o O o —

La guerra moderna avanzó hacia la jungla.

Los hombres del Primer Batallón despejaban el terreno. A veces empujaban a algún japonés hacia nosotros. Se agazapaba en la orilla del río, escondiéndose, sin saber que frente a él estábamos nosotros, victoriosos ya, numerosos, armados hasta los dientes, ansiando más sangre. Matamos a unos pocos más de esa forma. Teníamos la Fiebre.

En el banco de arena, remacharon el último clavo del ataúd.

Algunos japoneses se lanzaron al canal y nadaron huyendo de aquel bosque de horror. Se lanzaron uno tras otro. No podían volver atrás. Sus cabezas flotaban como corchos en el horizonte. Los marines los mataron desde posición de tendidos: se tumbaban boca abajo en la arena y les disparaban a la cabeza.

La batalla terminó.

— o O o —

Esa noche, bajo una luna brillante, la V volvió a aparecer en el río. Las luces verdes brillaban malévolas. Algunos dispararon. El fuego de los fusiles resonó por toda la línea. La V desapareció. Esperamos, tensos. No apareció nadie.

— o O o —

El teniente Ivy League se acercó a nuestras posiciones por la mañana. Se sentó en un tronco de cocotero y nos contó lo que había sucedido. Fumaba desesperadamente y miraba hacia el río mientras hablaba. La piel alrededor de sus ojos se había estirado por la tensión y la conmoción. Sus ojos ya habían adoptado aquel aspecto peculiar de Guadalcanal, esa expresión constante de unas pupilas que parecían más oscuras, más grandes, más redondas, más absolutas. Se notaba especialmente en los hombres de ojos marrones. Sus ojos parecían volverse castaño rojizos, como el color de los setters irlandeses.

—Trataron de rebasar el banco de arena —dijo el teniente—. Debían de ser unos mil. Sólo teníamos hilo de alambre y las ametralladoras. Tendrían ustedes que haberlos visto apilados delante de la ametralladora de Muerdeñas. Amontonados de tres en tres. Estaban locos. Ni siquiera dispararon sus fusiles —nos miró—. Oímos disparos aquí. ¿Qué sucedió?

Se lo contamos. Él asintió, pero no estaba escuchándonos; todavía estaba concentrado en aquella horda chillona que barría el banco de arena. Cuando volvió a hablar fue para decirnos quiénes de nosotros habían muerto. Había más de una docena de hombres de la Compañía H y más de una docena de heridos. Cuatro o cinco de los muertos eran de nuestra sección. Dos habían muerto a bayonetazos. Una partida de exploración japonesa los encontró dormidos en su foso en la orilla del río y los hizo pedazos.

No siempre ni de manera inmediata es entristecedor enterarse de «quién la palmó». Salvo si se trata de un amigo, resulta difícil sentir una pena profunda y dolorosa por los muertos y, en aquel momento, al oír al teniente pronunciar sus nombres, tuve que obligarme a mostrar un gesto de pesar, a adornar deliberadamente mi corazón de negro, como si dijéramos, pues me sorprendió mirar hacia dentro y comprobar que no había ninguna pena allí. En vez de permitirme conocerme a mí mismo como un monstruo (y entonces así era), me engañaba voluntariamente fingiendo dolor. Y eso lo hacíamos todos.

Sólo cuando oí el nombre del doctor que había bromeado con los gusanos del arroz un pellizco me taladró el corazón.

El teniente Ivy League se levantó, todavía mirando hacia el agua, y dijo:

—Tengo que irme. Tengo que escribir esas cartas.

Se dio media vuelta y se marchó.

Emplazamos la ametralladora por segunda vez esa mañana. Luego Indiana y yo nos fuimos a la playa.

Nuestro regimiento había matado a unos novecientos hombres. Muchos yacían amontonados ante los fosos que dominaban el banco de arena, como si no hubieran muerto de uno en uno sino en grupos. Entre ellos pululaban los cazadores de recuerdos, abriéndose paso delicadamente como si temieran que hubiese trampas ocultas mientras despojaban a

los cadáveres de sus posesiones.

Las guerras sólo se distinguen por su aspecto. Sólo el aspecto distingue al marine cazador de recuerdos, agachado sobre el japonés caído, del Héctor que despoja a Patroclo muerto de la armadura prestada de Aquiles.

Uno de los marines se movía metódicamente entre los muertos armado con un par de tenazas. Había observado que los japoneses tenían empastes de oro y, a menudo, dientes de oro. Saqueaba hasta las bocas. Las abría de una patada, se asomaba a mirar con la atención de un odontólogo de Park Avenue (procurando siempre no contaminarse con el contacto) y arrancaba todo lo que brillaba. Guardaba los dientes de oro en una bolsita de tabaco Bull Durham vacía que llevaba alrededor del cuello a modo de amuleto. Lo llamábamos Recuerditos.

Verlo a él y a otros cazadores de trofeos me hizo pensar, mientras recordaba las trincheras, que al otro lado del río había un puñado de recuerdos que podía reclamar como míos con todo derecho.

Cuando abatí a los japoneses que huían por la orilla, algo plateado había destellado al caer el primero. Supuse que era el reflejo del sol en las insignias de un oficial. Si era un oficial, tendría que ir armado con un sable. Y decidí conseguir el trofeo máspreciado de todos.

Me escabullí entre la barrera de alambre de espino y bajé a la orilla. Dejé la ropa al borde del agua, como un escolar un día de verano, y me metí en el río. Con la bayoneta entre los dientes, me imaginé, como un escolar, ser un arrojado pirata.

Nadé a braza. Ni siquiera el fuego enemigo podría haberme inducido a meter la cabeza bajo aquel pútrido arroyo. El agua estaba cubierta de suciedad. La piel me picaba mientras nadaba, el cuello estirado y la cabeza recta como la de un cisne, el frío contacto de la bayoneta entre mis dientes y la boca tan llena de saliva que la bayoneta amenazaba con resbalarse en cualquier momento.

Chapoteé con cuidado alrededor del cadáver de un grueso soldado japonés que flotaba en el agua con un pie atrapado en los matorrales sumergidos. Se mecía suavemente, como una barca varada. Me pareció extraordinariamente hinchado, hasta que advertí que su guerrera estaba llena de arroz cocido y que sus pantalones estaban igualmente cargados hasta las rodillas, donde se había atado correas de cuero para impedir que el arroz se cayera. «Un comilón», pensé, y sentí un extraño afecto hacia él. Mis pies tocaron el limo del fondo del río. Me faltaban tres metros para alcanzar la orilla. El lodo me llegaba hasta las pantorrillas y hacía ansiosos sonidos de succión con cada paso, mientras montones de cangrejos huían hacia los lados.

El bosquecillo estaba cubierto de cadáveres. El trópico se había apoderado ya de ellos y estaban empezando a pudrirse. Me horroricé ante los enjambres de moscas, negros túneles en movimiento que parecían surgir de cada orificio: de la boca, de los ojos, de los oídos. El batir de sus miles de alas diminutas emitía un temible zumbido grave.

Las moscas se habían apoderado del terreno: el trópico había vencido, sus sicarios estaban por todas partes, lamiéndose los labios con aquel botín de carne podrida. Todo mi júbilo ante la victoria, toda mi arrogancia desapareció ante el horror que mis ojos contemplaron. Aquél podía haber sido mi cuerpo corrompido atestado de gusanos blancos reptando por él. Quizá lo fuera algún día.

Envarado, como repeliendo el pánico con el brazo extendido, regresé a la orilla y me metí en el agua, pero no antes de despojar a una de mis víctimas de su bayoneta y sus prismáticos, que me colgué sobre el pecho, cruzados como un granadero. No había encontrado ningún sable. Ninguno de los muertos era oficial.

Nadé de regreso, ansioso por alejarme de aquel horrible bosque. Mis camaradas, que habían cubierto mi excursión con sus armas, confundieron mi mueca de repulsa por una sonrisa de triunfo, cuando, manchado de lodo, emergí del Tenaru. Me rodearon para examinar mi botín. Luego me fui a comer.

Al regresar, advertí un puñado de marines, muchos de la Compañía G, congregados en la orilla. El Yards alcanzó a verlos con mis nuevos prismáticos.

Se los llevó a los ojos, mientras yo me acercaba. Pensé que estaba escrutando algo y entonces vi que sonreía. Le quité los prismáticos y enfoqué la orilla contraria, donde vi a un cocodrilo comiéndose al japonés «comilón». Lo contemplé fascinado, pero cuando el cocodrilo empezó a cebarse en los intestinos, recordé mi presencia en ese mismo río hacía apenas una hora, mis rodillas temblaron y solté los prismáticos.

Esa noche la V volvió a aparecer en el río. Todo el mundo gritó y aulló. No disparó nadie.

Ya sabíamos qué era. Era el cocodrilo.

Tres uves más pequeñas lo seguían.

Sus crujidos nos mantuvieron despiertos. El olor nos mantuvo despiertos. Aunque nos tumbábamos con la cabeza tapada con una manta (así espantábamos a los mosquitos), el olor nos abrumaba. El olfato, el sentido que tan poco valoramos, se muestra muy susceptible a los agravios. No te da descanso. Puedes cerrar los ojos a la fealdad o protegerte los oídos del ruido, pero de un olor potente sólo cabe huir. Y como no podíamos huir, no podíamos escapar a ese olor y no podíamos dormir.

Nunca disparamos a los cocodrilos, aunque todos los días regresaron a darse un buen festín hasta que los restos fueron trasladados al montón ardiente que servía como pira funeraria de los enemigos que habíamos aniquilado.

Nunca disparamos a los cocodrilos porque los consideramos una especie de «patrulla del río». Despierto su apetito por la carne, se paseaban diariamente por el Tenaru. Ningún enemigo, pensábamos, se atrevería a nadar por el río mientras ellos estuvieran allí: si se atrevía, no lo conseguiría. Nos basábamos en un conocimiento imperfecto de las costumbres de los cocodrilos («Si te persiguen, corre en zigzag: no pueden cambiar de dirección»), y una apretada red de alambre de espino para impedir que nos hicieran pedazos. A veces, en las negras noches, en un espasmo de miedo, podíamos imaginar que el gran cocodrilo nos perseguía, como el cocodrilo que se tragó el reloj del Capitán Garfio y no deja de perseguir a este pirata, en el cuento de *Peter Pan*.

Así que los cocodrilos se convirtieron en nuestras mascotas y nunca los molestamos. Tampoco ninguno de nosotros volvió a nadar en el Tenaru.

## Capítulo 9

Nuestra victoria en el combate que llamamos «La batalla de la Punta del Infierno» no fue tan importante como creímos que era. Aquél no sería sino uno de los muchos combates por Guadalcanal y, como se supo al final, ni siquiera el decisivo. Pero como fue nuestra primera experiencia, la interpretamos como un triunfo total, como los que toman el presente por el mejor de todos los mundos por no tener ninguna referencia del pasado ni consideración alguna por el futuro.

Desde la alta planicie del triunfo estábamos a punto de descender a las profundidades del ser puesto a prueba de manera continua y el tedio. El ataque japonés iba a ser redoblado y prolongado y variado. Vendría del cielo, del mar y la tierra. Entre prueba y prueba a la que éramos sometidos se extendía ese tedio que es capaz de reseca a un hombre, sorbiendo el jugo del cuerpo y el alma como los nativos extraen el contenido de una caña de azúcar y la dejan tirada, rota, sin más destino que las llamas.

Y está el terror, producto de la interacción entre ser puesto a prueba y el tedio: el ser puesto a prueba sacude al hombre como el viento en las copas de los árboles; el tedio lo erosiona como una riada en las raíces. Cada prueba nueva deja al hombre más aturdido que la anterior y cada período de tedio —con tiempo para hacer temibles especulaciones— desgasta sus cimientos, dejando las raíces menos firmes para la siguiente prueba. A veces te quiebra fatalmente: un hombre agazapado en la trinchera bajo el bombardeo de un destructor puede llevarse la pistola a la cabeza y poner fin a sus preocupaciones. A veces sólo te zarandea: otro hombre puede romperse ante el sonido de un avión enemigo en picado y gritar y estremecerse y retorcerse las manos y crecerse. Eso es el terror, el terror que te estrangula la razón haciéndote presa del pánico con sus manos. Yo sentí que me estranguló dos veces.

Pero al rato. Apenas reclamaba víctimas.

El valor era lo normal.

Formaba un club o una corporación, igual que esas otras cosas normales y corrientes a las que los hombres, por razones diversas, dan tanto valor: el dinero, la caridad... Pues es en lo normal y corriente donde se apoya lo exclusivo. Nuestros fosos de ametralladoras llenos de barro se transformaron en Clubes del Valor cuando caían las bombas o los barcos japoneses nos machacaban desde el mar. Como en cualquier club, también había un protocolo que cumplir; cuando un pobre tipo se venía abajo presa de terror momentáneo se escuchaba un silencio dolorido y toses nerviosas. Todo el mundo miraba a otro lado, como millonarios que se enfrentan a la horripilante visión de un miembro del club pidiendo prestados cinco dólares al camarero.

Pero había algo más que caridad en nuestros clubes, eso creo. No estábamos tan hinchados de orgullo como para no reconocer esa fea expresión en el rostro de nuestro amigo como el hermano mayor de esa cosa que revoloteaba en nuestro mismo interior. Hoy tú, mañana yo.

Había pasado un mes y nos parecía que las bombas que caían eran tan numerosas como las moscas que nos rodeaban. Tres veces al día y todos los domingos por la mañana (las ideas fijas de los japos, nutridas por el gran éxito del domingo por la mañana en Pearl Harbor), el bosquecillo de cocoteros resonaba con el susurro de las bombas. Sonaba como

la confesión de un gigante.

De noche, Lavadora Charlie cogía el relevo. Lavadora Charlie —llamado así por el sonido de sus motores— era el incursor nocturno que surcaba nuestros cielos. Quizás hubiera más de un Charlie, es decir, más de un piloto nipón haciendo la ronda nocturna sobre nuestras posiciones, pero nunca volaba más de un avión a la vez de noche. Para su estrategia de acoso, no necesitaban más.

Como el perro de peor ladrido que mordedura, el sonido de los motores de Charlie era más temible que el estrépito de sus bombas. Una vez lanzadas las bombas, nos sentíamos aliviados, pues sabíamos que se marcharía. Pero el sonido del avance en círculos de Charlie nos mantenía a todos despiertos e inquietos todo el tiempo que Charlie quisiera... o se atreviera. El amanecer implicaba la marcha de Charlie, pues entonces nuestros aviones podían despegar para castigarlo y él se hacía visible a nuestras baterías antiaéreas.

Charlie no mataba a mucha gente, pero, como Macbeth, asesinaba el sueño.

A estas pruebas se añadía la peor ordadía de todas: los bombardeos desde el mar.

Los barcos enemigos —normalmente cruceros, a veces acorazados— se apostaban en la costa. Al ser de noche, no los puedes ver, tampoco podrías verlos si fuera de día, pues están a kilómetros y kilómetros de distancia. Nuestros aviones no pueden despegar de noche para recibirlos. Nuestros obuses de 75 mm son tan efectivos como escopetas de feria. El enemigo hace lo que quiere.

Podíamos ver los destellos de los cañones mar adentro. Oíamos el suave *pah-boom, pah-boom* de las detonaciones. Luego, atravesando la noche, rezongando como un furgón de mercancías aéreo, llegaban los enormes proyectiles. La tierra tiembla y se estremece con el terrible estrépito de la detonación, aunque se produzca a centenares de metros de distancia. Tu estómago se retuerce, como si una mano monstruosa estuviera amasándolo, buscas aire como el jugador de fútbol que cae pesadamente y se queda sin aliento.

*Flash. Ka-boom. Fíwoo, hwoo-hwoee.*

Bajan el punto de mira... Se aproxima... Oh, ese ha estado cerca... Los sacos terreros se caen... no puedo oírlo. No puedo oír el proyectil... Es el que no oyes, dice, el que no oyes... ¿Dónde está?... ¿Dónde está?

*Flash. Ka-boom...* Gracias a Dios... Remonta el vuelo, va en la otra dirección.

El amanecer parpadea al otro lado del río. Allá van. Los aviones del aeródromo despegan para perseguirlos. Salimos de las trincheras. Alguien dice que agradece que el bombardeo haya durado toda la noche, pues si hubiera cesado podría haber sido seguido por un ataque por tierra. Otro lo llama idiota. Discuten. Pero a nadie le importa. Es de día ya y sólo hay que preocuparse por los bombardeos... y por el calor, los mosquitos y el arroz que pesa como piedras en tu estómago.

Los ojos son más redondos. La tendencia a mirar fijamente es más pronunciada.

Odiábamos las cuadrillas de trabajo. El hambre nos debilitaba. Atendíamos las líneas de noche. De día, nos formaban en cuadrillas de trabajo y nos llevaban al aeródromo. Enterrábamos allí cajas de munición. Cavar agujeros profundos y arrastrar las cajas de cincuenta kilos, nos debilitaba más.

Una vez, al regresar de una cuadrilla de trabajo, los bombarderos aparecieron de repente. Huí ante el estrépito de las bombas que regaron nuestro bosque. Salté a un foso recién cavado con otros tres más. Permanecí allí agazapado mientras los rugidos que se desataban en el aire me retorcián el estómago. Detrás de mí se agazapaba otro hombre, su cara contra mi espalda desnuda. Sentí sus labios moviéndose en oración sobre mi piel, el tembloroso beso del miedo y la fe.

Cuando regresé a nuestra posición, me dijeron que la otra cuadrilla de trabajo, la que había dejado atrás, había sido aniquilada por las bombas. Había muerto Modales, también el alegre texano.

— o O o —

Risitas ascendió a cabo. Logró el ascenso en el campo de batalla. El teniente Ivy League lo había recomendado para que le concedieran una Estrella de Plata por nuestro trabajo en la orilla del río en el combate de la Punta del Infierno, especificando que nuestra acción al trasladar la ametralladora de un lugar a otro pudo haber impedido un ataque enemigo por el flanco. El comandante del regimiento redujo esa mención a un ascenso de un grado. Ivy League no me había nombrado en su recomendación. No tengo ni idea de por qué no lo hizo. Aunque fue Risitas quien cogió primero nuestra ametralladora, fui yo quien propuso

cambiarnos de sitio, y Ivy League lo sabía. Me molestó ser ignorado, aunque traté de ocultarlo, y Risitas, cortado, hacía todo lo posible por no darle importancia, tomándose a broma. Pero se merecía el ascenso y la mención, pues era un líder nato. Nunca perdoné a Ivy League y creo que aquel episodio marcó el principio de mi antipatía hacia él.

— o O o —

Nos facilitaron mosquiteras. Todavía dormíamos en el suelo: con un poncho debajo si estaba seco y por encima si llovía. Pero las mosquiteras fueron una bendición. Por fin podíamos usar las mantas para dormir, en vez de para protegernos la cabeza contra los mosquitos. El poncho se podía enrollar como almohada y, si llovía, nos cubríamos con él. Pero en realidad las redes llegaron demasiado tarde. Ya nos estaba devorando la malaria.

Trajeron suministros. Cada pelotón recibió un cepillo de dientes, un paquete de cuchillas de afeitar y una chocolatina. Nos la jugamos. El Yardas ganó la chocolatina. Desesperado por no saber cómo compartirla entre diez hombres, se sumió en una tormenta de indecisión, hasta que todo el mundo le aseguró que debería comérsela él solo. Se internó en los matorrales para disfrutarla.

El Roble siguió reforzando su fortaleza privada. Cada vez que me cruzaba con él llevaba una hacha o un tronco de cocotero al hombro. Una vez transportó un tronco tan grande que le hizo un agujero en el hombro, una herida que, en la civilización, habría requerido puntos de sutura.

Todo el mundo no paraba de decir esperanzado que la marina aparecería la semana siguiente para relevarnos.

Todo el mundo estaba desesperado. Oímos que la fuerza de relevo de la marina había sido destruida en el mar.

Risitas y yo visitamos el cementerio. Se encontraba al sur de la carretera costera que corría de este a oeste entre los cocoteros. Nos arrodillamos a rezar ante las tumbas de los hombres que habíamos conocido. Sólo unas hojas de palmera marcaban el lugar donde estaban enterrados, aunque aquí y allí había burdas cruces donde habían clavado las chapas de identificación. Algunas de las cruces tenían chapas de latón, clavadas a la madera como rudos medallones, donde los marines habían grabado cariñosamente sus epitafios.

«Murió luchando».

«Un auténtico marine».

«Un gran tipo con un gran corazón».

«Nuestro amigo».

«Cuanto más duro era todo, más alegre estaba».

Y también este poema, que he visto incontables veces, antes y desde entonces, el grito directo y sin pulir del burlón corazón del marine:

*Y cuando llegue al cielo*

*a san Pedro le dirá:*

*«Se presenta un marine, señor,*

*ya he cumplido mi pena en el infierno».*

Otras inscripciones, la mayoría los nombres de los muertos, estaban hechas clavando balas en el suelo, de modo que el extremo de latón redondo de los cartuchos brillaba sobre la tierra. Risitas y yo alzamos la mirada para contemplar toda la llanura que se extendía desde el cementerio hasta la colina.

—Hay espacio de sobra —dijo él.

—Desde luego —contesté.

Rezamos una oración ante la tumba de uno de los muertos de nuestra sección.

—¿Sabes? —dijo Risitas, levantándose—. El tenía doscientos pavos en la bolsa antes de llegar a Punta del Infierno. Los ganó en una partida de póquer.

—¿Sí?

—Cuando fueron a enterrarlo no tenía un centavo.

— o O o —

Planeamos la muerte de una rata que se había aficionado a la fosa donde habíamos

emplazado nuestra ametralladora. Juramos que la mataríamos y que nos comeríamos su carne fresca. Solía colarse por los huecos del arma, casi revoloteando de tan rápido como se movía en la penumbra. Parecía que la rata se iba envalentonando a medida que a nosotros nos debilitaba el hambre, hasta que al final acabamos intentando colarnos por la tronera. Nunca la capturamos. Si lo hubiéramos hecho, dudo que nos la hubiéramos comido.

— o O o —

Una noche nos bombardearon los cruceros. Un proyectil aterrizó en el lodo del río bastante cerca de nosotros, nuestro emplazamiento se estremeció como si fuera gelatina. Nadie habló, hasta que Sin-Culo dijo esperanzado: —Debe de ser de mala calidad.

—¿Es que nunca has oído hablar de los temporizadores? —le contesté, y todo el mundo se echó a reír, excepto Sin-Culo, que empezó a sollozar. Tuve que abofetearlo.

Otra noche, una noche muy oscura, nos acurrucábamos en las trincheras mientras los sonidos de la batalla se nos acercaban desde las colinas situadas a nuestra derecha. Estábamos alerta, esperando un ataque. Nos pasamos allí sentados toda la noche, toda entera, hasta que la mañana nos trajo la noticia de que se había librado la primera mitad de la batalla de Bloody Ridge. Los japoneses habían sido repelidos.

Cuando volvió a caer la noche, se reemprendió la batalla. Volvimos a sentarnos de nuevo en la oscura trinchera, esperando. Esa vez casi no hubo ningún chasquido de armas de fuego pequeñas, sólo el retumbar y el estrépito de la artillería... De nuestra artillería, eso esperábamos. Nos turnábamos para asomarnos a la trinchera en busca del enemigo en nuestro frente o nos arrastrábamos hasta la orilla del río para ver mejor. Sólo podíamos esperar que los raiders y los paramarines aguantaran allá arriba en aquel infierno negro y escarlata, donde se manejaban en un espacio tan cerrado que nuestra propia artillería bombardeaba nuestras posiciones, abandonadas por los marines que la defendían y dominada por los atacantes. Nuestros obuses de 105 mm escupían descargas a una velocidad increíble. Yo no estaba cerca, y sin embargo hacían que me dolieran los dientes.

La mañana fue una bendición. Espantó el temor de que los japoneses rompieran nuestra línea de defensa en las colinas, se abrieran paso por la abertura y se esparcieran por los bosques detrás de nosotros. Sabíamos que los japoneses habían sido derrotados. Y curiosamente la ansiedad de aquella vigilia resultó ser casi tan agotadora como la lucha real.

Indiana lo dijo al día siguiente.

Estábamos reunidos a la sombra del único árbol de la orilla del río. Indiana estaba apoyado contra el tronco, tallando un palo.

Siguió afilando el palo con su navaja, cortando largas tiras rizadas de madera blanca, y habló como si no le importara que se oyeran o no sus palabras.

—Van a desgastarnos poco a poco —dijo, marcando las frases al compás de las tiras de madera—. Anoche vinieron contra los raiders, como ya hicieron contra nosotros. Cierto, nosotros los derrotamos. Y también los derrotaron nuestros bombarderos. Pero cada vez perdemos un poco. Cada vez perdemos un par de cientos de hombres. ¿Qué les importa salir derrotados? La vida les sale barata. Tienen más hombres —agitó el palo—. Tienen palos de sobra, pero nosotros sólo tenemos uno, sólo nos tenemos a nosotros. Un tipo del Quinto vino esta mañana y dijo que los japos estaban desembarcando dos buques de transporte más con tropas en Kokum. Continúan con el desgaste. Cada día perdemos diez o veinte tíos con los bombardeos. Cada noche Lavadora Charlie se lleva un par.

»Cuando nos ataquen con acorazados, no sé cuántos podremos perder. Pero se saldrán con la suya —continuó, gruñendo cuando la navaja encontró un punto duro—, porque no tenemos barcos y no tenemos más aviones que ese par de Grumman que no pueden despegar la mitad de las veces por falta de gasolina. Ellos tienen los barcos y los aviones y parece que también son dueños del tiempo. Así que os lo repito —la navaja penetró y el palo se rompió—: van a ir desgastándonos.

El Risitas intentó bromear.

—¿Qué te pasa? Nunca has estado tan bien. Aquí tenemos a un tipo que come lengua de cordero con arroz y quiere volver a la civilización y hacer cola para canjear sus bonos de guerra. ¿Qué más quieres... huevo en la cerveza?

—No seas idiota, Risitas. No estoy bromeando. Nos van a ir desgastando.

—Nada de huevo en mi cerveza —dijo Yardas—. A mí que me la den sola, en un bonito vaso alto como tienen en el Staler. Carling's. Carling's etiqueta negra.

Indiana se levantó y nos miró con expresión de cansada exasperación. Se marchó y nos quedamos allí sentados en silencio. Nos sentíamos como estudiantes de teología cuyo profesor se marcha después de presentarles los argumentos más irrefutables contra la existencia de Dios. Nuestra fe en la victoria había sido una fe ciega. Su opuesto, la derrota, no tenía cabida en nosotros. La victoria era posible: eso era todo. Sería fácil o difícil, rápida o prolongada, pero sería nuestra victoria. Y ahí estaba el inquietante Indiana, enseñando la otra cara de la moneda: mostrándonos la derrota.

Aquello nos impactó y justo desde entonces tuvimos la sensación de lo que se llama ser prescindible.

Todos los ejércitos tienen elementos prescindibles, pues la destrucción de una determinada parte o unidad no será fatal para el todo. En algunas situaciones, un hombre puede considerar que su dedo es prescindible, pero no su mano; o, en casos extremos, su brazo pero no su corazón. Hay elementos prescindibles que pueden perderse o destruirse en el campo, sea en la paz o en la guerra, sin que sea necesario que su dueño lo sustituya por otro. Un fusil es prescindible, también un cinturón con munición. Y los hombres.

Los hombres son lo más prescindible de todo.

El hambre, la jungla, los japoneses, nada podía ser tan corrosivo como la sensación de ser prescindible.

No era una sensación consciente, porque era absolutamente involuntaria. Si los marines hubieran pedido voluntarios para una campaña imposible como la de Guadalcanal, casi todos los hombres que entonces estaban combatiendo habrían dado un paso al frente. Pero eso es sacrificio, voluntariedad. Ser prescindible te priva de la sensación de júbilo por tu acto de abnegación, de esa libertad absoluta de quien decide sacrificarse. Ser prescindible te pone en el papel de la víctima más que en el papel del verdugo, situación que siempre resulta penosa. Dudo que Isaac hubiera aceptado el cuchillo de su padre, Abraham, sin reprocharle; sin embargo, por el mismo Señor, habría ido tan contento a la muerte mil veces. El mundo está lleno de sacrificios de héroes y mártires, pero sólo hubo una Víctima.

Si nosotros íbamos a ser víctimas, estábamos tan firmemente apegados a nuestro papel como Isaac destinado a los gusanos. No pasaba ni un solo día sin que pensáramos en ello.

—Teniente, ¿cuándo vamos a irnos de esta isla?

—A mí que me registren. No lo sé.

—¿No podría preguntarle al coronel?

—¿Qué te hace pensar que él lo sabe?

— o O o —

—Esta comida está podrida, teniente.

—Sí, lo sé... pero será mejor que te la comas.

—No puedo tomar otro bocado más de este arroz lleno de gusanos.

—Come.

—¿Pero cómo pueden esperar que nosotros...?

—Come.

—Pero me da asco.

—Vale. No te la comas.

— o O o —

—Creo que tengo malaria. Mire, tóqueme la frente.

—Vaya, creo que tienes razón. Ardiente como el infierno. Deberías ir a la enfermería.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Qué sentido tiene? Sólo me darán aspirinas. Si la fiebre me sube mucho, me pondrán en una tienda con los demás y ya está. No me dejarán ir a casa. No me sacarán de esta isla. Así que para qué.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Claro. Tengo razón. Así que prefiero sufrir entre amigos. Le digo una cosa: nadie saldrá de esta isla, ni siquiera en una caja de pino.

—Y que lo digas. ¿No contamos ya con nuestro propio cementerio?

Aquello sí era sentirse solo. Era la soledad de la guardia durante la noche, oyendo la miríada de movimientos y esforzándose por detectar, bajo ese ritmo irregular de la naturaleza, el ruido regular del hombre. Soledad. Ése era el pozo que se abría bajo nuestra ansia, nuestro constante reproche al mundo.

En otro sentido, en un sentido casi sensiblero, nos habíamos acostumbrado a la idea de ser huérfanos. Y creíamos que a nadie le importaba. Todos los millones de habitantes de Estados Unidos haciendo las mismas cosas todos los días: yendo al cine, casándose, asistiendo a las ceremonias de graduación en las facultades, participando en reuniones de ventas, disfrutando de charlas de café, leyendo editoriales contra la vivisección, escuchando discursos políticos. Éxitos de Broadway y fracasos de Broadway, horribles revelaciones en las altas esferas y asesinatos en los bajos fondos apareciendo en los titulares de los periódicos sensacionalistas, vandalismo en cementerios y famosos convirtiéndose a la fe: siempre igual, todo, todo, todo, el imperturbable Estados Unidos de todos los días. Todo eso sucedía sin que dedicaran un solo pensamiento a ninguno de nosotros. Así lo creíamos. Y ahora parece una tontería.

Pero entonces era bastante real, y creo que nos habríamos vuelto insoportablemente amargados en aquel río maldito, si no hubiera llegado por fin un cambio liberador y desgarrador: nos enviaron a tomar nuevas posiciones.

Abandonamos el río. Lo abandonamos sin más preámbulos. Nos echamos los macutos a la espalda y las armas al hombro, atravesamos el puente de madera donde el Tenaru se curva, dejamos atrás el cubil de los cocodrilos y subimos una colina y bajamos a los llanos.

## Capítulo 10

Aquello fue un respiro. Nuestra estancia en los llanos fueron como unas vacaciones entre semana que te salvan del tedio laboral. Un descanso, unas vacaciones de invierno. El miedo casi pareció desvanecerse. Como si estuviéramos participando en una misión arqueológica o una partida de caza. Sólo la ausencia de luces por la noche nos recordaba al triple enemigo: la oscuridad, la jungla y el japonés.

El terrible calor que hacía en aquellos campos sofocantes de hierba kunai no podía angustiarnos, pues habíamos construido un foso de ametralladoras del doble del tamaño de sus predecesores en el Tenaru y podíamos encontrar refugio en sus frescos confines. Nuestro foso era de hecho un fuerte, quizá tan grande como una cocina, de unos dos metros de profundidad. Encima había una capa doble de troncos, unas cuantas pulgadas de tierra y una gruesa cobertura de hierba silvestre que echó raíces casi en cuanto la plantamos y que, a unas docenas de metros de distancia, daba a la trinchera el aspecto de un montículo.

Con nuestro gran radio de tiro extendiéndose como un enorme mar sin cosechar y con nuestra desagradable red de alambradas como bajío perverso para atrapar a los incautos, sentíamos que sólo teníamos que preocuparnos de un impacto directo de un bombardero o un acorazado.

Nos retiramos detrás de nuestras defensas para holgazanear y atender nuestras «úlceras tropicales». Ése es el nombre que dábamos a cualquier llaga que supurase o se hinchara, especialmente a aquellas que llegaban hasta la cobertura exterior del hueso. Sólo unos cuantos no tenían las piernas y las manos cubiertas de aquellas dolorosas rosetas rojas y blancas, rojas de sangre, blancas de pus, y a menudo rodeadas del negro de las moscas que allí se alimentaban.

Sí, había lujo en los campos. Teníamos camas. En nuestra zona se había descubierto un suministro de cuerda japonesa. Hicimos camas con ella, arrastrando troncos para dar forma a un colchón rectangular de cuerda trenzada.

¡Qué comodidad! Secos, calentitos y encima de la tierra. Ningún hedonista en su cama de plumas y satén, con su dosel de seda en lo alto, con la campanilla al lado y su amante enroscada a los pies, podría habernos superado en puro placer.

Risitas e Indiana dormían uno al lado del otro, pues apenas unas pulgadas separaban sus camas, al contrario de lo que hacían sus otros compañeros de guardia, como Yardas y yo mismo. Sus camas estaban a una docena de metros separadas en los matorrales entre las trincheras y la jungla. Casi todas las noches, mientras Yardas y yo charlábamos entre susurros, podíamos escuchar el tronante avance de un cangrejo a través de los matojos. También oíamos los ronquidos de Indiana, dejábamos de susurrar y esperábamos.

Entonces devenía el silencio, como una pausa entre notas musicales. Se rompía, de manera simultánea, por un alarido de Indiana, una risotada de Risitas y un increíble estrépito, el cangrejo corriendo a lugar seguro.

—Maldición, Risitas, eso no ha tenido ninguna gracia.

—¿Qué pasa, Risitas, qué ha pasado?

Era Yardas, con la voz ahogada tratando de contener la risa.

—Es el cangrejo otra vez. El cangrejo de Indiana. Se ha vuelto a colar, ha cortado la cuerda y ha pinchado a Indiana en el culo.

La respuesta de Indiana escandalizó a la noche.

Pero surgió la risa para curar el agravio, grandes carcajadas que saltaron al cielo hasta que incluso el afrentado Indiana no pudo contenerse tampoco.

¿Cómo puede tener miedo un hombre cuando suceden cosas así a su alrededor?

— o O o —

Nuestros aviones habían empezado a desafiar la supremacía japonesa en el aire. Sobre Henderson Field tenían lugar diariamente batallas aéreas y, como estábamos tan cerca del aeródromo, muchas se desarrollaron sobre nuestras trincheras, pero ya compartíamos el miedo hacia los aviones y no nos asomábamos mientras hubiera bombarderos en el cielo o siguiera cayendo metralla de los obuses antiaéreos.

Sólo Cicatriz-en-la-Barbilla continuó disfrutando de lo que antes habíamos contemplado admirados como un espectáculo. Se sentaba en lo alto de la trinchera, babeando como un niño en el circo, sin mover ni una pestaña ni siquiera cuando el tronar de las bombas estaba peligrosamente cerca o cuando abajo en el foso se podía oír el tintineo de la metralla que caía o el zumbido de las bombas fragmentarias. Nos iba dando una descripción en directo de la batalla.

—¡Oh, chicos, ahí va uno!

Nosotros oíamos el chirrido de un avión en picado. Luego una explosión.

—Oooh. Eso debe haber sido una bomba de quinientos. Eh, Risitas, Lucky, subid aquí. No sabéis lo que os estáis perdiendo.

—Anda que no —gruñía Risitas y, entonces, alzando la voz, añadía—: ¿Qué quieres decir con ahí va uno? ¿Uno de quién?

—De los nuestros.

Intercambiábamos una mirada de sorpresa. El Yardas o cualquier otro, sacudía la cabeza.

—¡Al hijo de puta no le importa quién gane!

—¡Míralos! ¡Míralos! Ya los tienen. Los han hecho huir. Vienen los japos... están despegando.

A veces, lleno de exasperación o, cuando las bombas se acercaban más que de costumbre, alguien le gritaba:

—Ven aquí abajo, Cicatriz-en-la-Barbilla. Ven aquí, loco hijo de puta, antes de que te vuelen el culo.

Cicatriz-en-la-Barbilla se echaba a reír.

—¿Qué diferencia hay? Pueden volarlo aquí también. No importa nada dónde estés. Si te toca, te toca y no hay nada que se pueda hacer. Cuando sale tu número, se acabó, hermano. ¿Por qué preocuparse entonces?

No se podía discutir con él, ni con los otros fatalistas. El destino era la norma en Guadalcanal. Está escrito de un centenar de formas diferentes: «¿Por qué preocuparse? Te irás cuando te llegue la hora», «Pobre Bill, llegó su hora», «¡Fiuuu! Creí que ésa llevaba mi nombre escrito».

Casi no se puede rebatir el fatalismo. Discutes hasta cansarte, pero hombres como Cicatriz-en-la-Barbilla seguían internándose entre las bombas que caían. Diles que no te lo crees cuando dicen «Te vas cuando te toca». Sugiere que son ellos, a través de su propia temeridad, los que eligen el momento. Déjales caer que ellos mismos son su propio verdugo, que son ellos quienes sacan un papel con su nombre del sombrero. Recuérdales que aun habiendo decidido ser fatalistas, contrariando así al sentido común, tampoco ellos lo han elegido, pues habrán decidido por falta de opción.

Es un buen argumento, una forma excelente de pasar el tiempo mientras caen las bombas y Cicatriz-en-la-Barbilla, el inquietante y fatalista Cicatriz-en-la-Barbilla, se entretiene al descubierto sin refutar tus palabras, él solo entre el acero y las explosiones.

Un día de calor, me retiré de la trinchera cubierta de barro a la sombra de los matorrales, donde me tumbé a echar una cabezada. Me desperté con la tierra temblando. Me desperté sudando de miedo. La tierra se estremecía y supe que aquello era un terremoto. Me horrorizó que la tierra pudiera abrirse bajo mis pies y engullirme; me decepcionó que no lo hiciera, no ver ninguna gran fisura. La perdición debe de ser así: la tierra abriéndose, la traición final, la nada bajo los pies y la eterna caída entre gemidos.

— o O o —

Mis tripas rugían con tanta hambre y gases que Yardas se quejaba de no poder dormir de noche. Confundió aquel ruido con el lejano tronar de los acorazados enemigos. Una noche desperté y lo oí levantarse del saco y correr hacia el foso.

—¡Todo el mundo arriba! —gritó—. ¡Todo el mundo arriba! ¡Son los acorazados otra vez!

—Eh, Yardas —le grité—. Vuelve aquí antes de que te hagan volar. No es ningún acorazado: son mis tripas.

Regresó, maldiciéndome sin ganas, una especie de imprecación mansa y sin esperanza.

Naturalmente, Yardas tenía buenos motivos para temer a los acorazados cada vez que oíamos un rumor sordo. Durante nuestra estancia en los llanos, los bombardeos desde el mar se convertían en un trueno. La tierra se estremecía bajo los impactos y entonces estaban más cerca que en el río.

La primera andanada fue tan repentina e inesperada como un terremoto. Nadie oyó el espectral *pah-boom, pah-boom* en alta mar, ni oyó el correr de los proyectiles por el aire hasta que aquel triple y desgarrador estrépito de los proyectiles al estallar desgarró el sueño como el sonido de los frenos de un coche desgarró la serenidad del salón de casa.

Maldiciones cargadas de odio en la oscuridad, los pies corriendo hacia la trinchera, apretujarse y empujar a la entrada como los neoyorquinos en el metro. Otra noche perdida, otro sueño concedido al enemigo. Seguían desgastándonos.

La noche que se produjo el peor bombardeo llevábamos ya dos meses y medio en Guadalcanal y lo recuerdo con total claridad porque fue la noche que casi me dejé llevar por el pánico.

La explosión de los primeros proyectiles desgarró de manera tan brutal mi sueño profundo que no pude controlarme. Sentí que habían explotado en mi bolsillo trasero: los siguientes, sin duda, me harían trizas.

Me agarré frenéticamente a mi mosquitera. Traté de salir de ella, traté de abrirme paso a través de la red. Entonces llegó la siguiente bomba de dispersión, casi a la misma distancia que la primera. Tomé aire y me quedé quieto un momento, como para alisar el nudo de inquietud que me había provocado el pánico.

Lentamente, palpé para agarrar por abajo la mosquitera y levantarla. Salí con cuidado. Me erguí, decidido. Entonces corrí dándome patadas en el culo y me dirigí a la trinchera.

Aquél fue el peor bombardeo, pero lo pasé durmiendo. Había recuperado el control, me había librado del estigma del escarnio público, me sentía completamente confiado y relajado. No tenía miedo, así que caí rendido.

— o O o —

El Risitas encontró papayas en las orillas del Ilu. Nos las comimos por la mañana antes de desayunar, mientras aún conservaban el frío de la noche y la humedad de la mañana. El teniente Ivy League se enteró, nos pidió un poco y, al ver que nos las habíamos terminado, organizó una partida para ir en busca de esos succulentos melones.

No había más papayas en las orillas del Ilu, pero en su lugar encontramos algo mejor. Nuestra expedición en busca de papayas se convirtió en una expedición acuática. Apostamos centinelas en la otra orilla y nos solazamos nadando en aquel maravilloso río. Aquél era el mismo en el que nos habíamos bañado y bebido el día de nuestro desembarco, todavía rápido, todavía frío, todavía un deleite para la piel acalorada y sudorosa.

Los trópicos tienen su propio analgésico, lo que el mundo moderno llama «añadidos». Como la fresca leche de coco o los rápidos riachuelos que bajan bailando desde las colinas. Arroyos como el Ilu y el Lunga nos mantenían sanos. No tengo ninguna estadística que apoye mi tesis, pero por mis propias observaciones puedo afirmar que quienes nos solíamos bañar en ellos éramos los menos afectados por las úlceras o la malaria.

Pero nuestro redescubrimiento del Ilu llegó demasiado tarde. Sólo habíamos disfrutado una semana de sus encantos, cuando se nos notificó que debíamos prepararnos para trasladarnos. Nos íbamos a emplazamientos nuevos.

—Ha llegado el ejército.

—¡Venga ya!

—Te digo que están aquí. Yo mismo los he visto —era Risitas, gesticulando airadamente con una mano mientras se colgaba con la otra una bolsa blanca al hombro—. He estado en la playa... en Lunga Point. Los he visto desembarcar.

—¿Qué llevas en la bolsa? —preguntó Yardas.

El Risitas sonrió. Se sentó sobre sus cuartos traseros como hacía cuando no había otro

sitio donde sentarse y el suelo estaba enfangado, y se echó a reír.

—Nunca he visto una cosa igual. Estaba en la playa justo donde el Lunga desemboca en la bahía y donde vi los barcos. Algunos desembarcaban en flotillas y había un puñado en los cocoteros cuando alguien gritó de pronto «¡Alerta roja!». Pobres hijos de puta, sentí lástima por ellos. Las habían pasado canutas la noche anterior. El gran bombardeo naval era para ellos. He oído decir que los japoneses llegaron demasiado tarde para hundir sus buques de transporte, así que descargaron las bombas en el aeródromo. No alcanzó a los soldaditos, pero los acojonó de veras.

De todas formas, no estaban preparados para actuar ante una alarma antiaérea. Empezaron a cavar y a esparcirse por la playa. A uno de sus oficiales se le ocurre una idea brillante y, a la primera de cambio, corren a ponerse a cubierto en la jungla.

Risitas hizo una mueca.

—Tendríais que haberlos visto. Aquello fue la monda. En cuanto los soldaditos se piran, toda una horda de marines sale corriendo de la jungla. Sucedió como si estuviera ensayado. Los soldaditos desaparecen por un lado, los aviones llegan y empiezan a bombardear el aeródromo y esos marines curtidos salen de la jungla por el otro lado y empiezan a saquear todo lo que los soldaditos han dejado atrás. Parecía como si un ciclón hubiera arrasado el bosque. Cuando los soldados regresaron, la mitad de sus cosas habían desaparecido.

Solíamos divertirnos a costa de los soldados de infantería, haciendo las típicas bromas que más disfrutaban los marines.

—¿Quieres decir que estuviste mirando todo ese tiempo? —preguntó Indiana, incrédulo.

—¡Demonios, no! Sólo los vi salir de la jungla. Cuando vi lo que estaban haciendo, me uní a ellos.

—¿Qué conseguiste?

El Risitas abrió su bolsa, también robada, y reveló su contenido. Aquél era el botín de un ladrón juicioso. Nada de tonterías, nada de adornos inútiles o recuerdos de ese mundo artificial que habíamos dejado en casa, como afeitadoras eléctricas o anillos de oro o carteras, sino material útil del que no tenía precio en nuestra isla, como calcetines o camisetas, pastillas de jabón o cajas de galletas. Eso fue lo que robó Risitas y lo aplaudimos como los hombres de Robin Hood podrían haber cantado alabanzas a Little John tras su regreso de una incursión a la ciudad de Nottingham.

Pasadas unas horas nos enteramos de que esa misma unidad del ejército iba a ocupar nuestro puesto en el frente. Nos alegramos de oírlo. Su llegada a Guadalcanal significaba que ya no estábamos rodeados. A partir de entonces, el contacto con el mundo exterior se normalizaría. El destino de Wake Island ya no nos obsesionaría más. Nuestra marina había vuelto. Lo peor que podía sucedemos ahora era Dunquerque.

Así que nos alegramos de ver a los soldados avanzando hasta nuestras trincheras. Aparecieron después de otra incursión aérea, muy intensa. Aún no estaban infectados. La guerra seguía siendo una diversión para ellos. Sus rostros eran todavía carnosos, sus costillas cubiertas, sus ojos inocentes. Aquellos hombres eran mayores que nosotros, veinticinco años de media frente a nuestros veinte, pero los tratábamos como a niños. Recuerdo cómo dos de ellos, cuando se enteraron de la existencia del Ilu, se dirigieron hacia allí de inmediato, abriéndose paso entre la alambrada, como botánicos en una excursión de campo.

Les grité que volvieran. No puedo decir exactamente por qué lo hice, quizá porque no parecían mostrar el respeto debido al peligro.

La alambrada les parecía una pista de obstáculos, la jungla enemiga un buen lugar para merendar. Su curiosidad era infantil, sus mismas espaldas comunicaban confianza y se burlaban de mis recuerdos sombríos de esta isla.

—Volved aquí cagando leches —grité y regresaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó su oficial.

Y yo respondí, con exagerada preocupación:

—Allí han caído algunas bombas y quizá sean de efecto retardado.

Él se dio por satisfecho y me dio las gracias.

—Gracias a Dios que hay alguien que conoce estas cosas.

Me hizo sentirme como un capullo.

Así que nos despedimos. Los dejamos en los llanos. Los dejamos tomar posesión de nuestro magnífico campo de tiro y nuestras sólidas trincheras y nuestros preciosos camastros de cuerda, nuestra alambrada y el Ilu, y subimos a los camiones que nos esperaban.

Habíamos vivido en las arenas de la playa, en el lodo de la orilla del río, en la revuelta hierba kunai de la llanura y entonces íbamos al coral de las montañas.

Subimos y subimos, dando vueltas y más vueltas, por caminos que parecían enredarse en torno a nuestra montaña como una serpiente enroscada, hasta que llegamos al nivel más alto y nos dijeron que bajáramos de los camiones.

Así fue como llegamos al risco.

## Capítulo 11

El risco se alzaba como la espalda de una ballena en el mar oscuro y revuelto por el viento que era la jungla que nos rodeaba. Se alzaba para dominar una visión panorámica, no sólo de la bahía sino de todo el norte de Guadalcanal.

El teniente Ivy League nos animaba, medio trotando delante de nosotros, como si fuera un entrenador de fútbol que sale al campo unos metros antes que su torpe equipo de universitarios. Nos condujo a la punta sur de la ballena donde el morro se curvaba hacia la jungla. Nos habían dado una ametralladora más que manejar. Dividió nuestro pelotón en dos.

—Risitas, tú te encargas de una. Lucky, tú de la otra.

La urgencia hacía que su voz sonara más aguda y eso nos preocupó.

—Mirad —dijo, señalando más arriba de la jungla—. Eso es Grassy Knoll.

Alguien se burló.

—Bueno, si no llegamos nunca, al menos podremos decir que sí lo hemos visto.

El teniente se mordió los labios y continuó:

—Inteligencia dice que los japoneses se están concentrando allí. Se los espera esta noche.

Su público ya no abrió la boca.

—Ahí es donde los detuvieron los raiders y los paramarines, pero puede que lo intenten de nuevo. Por eso tenéis la otra ametralladora —se volvió a mirar hacia la jungla—. Eso de ahí es el sendero hacia Grassy Knoll.

Nadie dijo nada, y él hizo un gesto para que mi pelotón y yo lo siguiéramos. Saltamos por la falda de nuestra montaña, una caída de dos metros. El teniente señaló una especie de cueva baja excavada en un lado.

—Emplazad allí el arma —dijo, y se marchó, prometiendo enviar comida caliente antes del anochecer.

Aquello era una trampa.

Una trampa, trampa, trampa.

Aquello era un ojo ciego, un ojo maligno, una cuenca ciclópea que asomaba al costado de la montaña de tierra rojiza y daba al estrecho barranco de donde, incluso en aquel momento, la noche se extendía hacia nosotros.

Nos miramos unos a otros.

—Muy bien —dije—. Emplacemos el arma aquí.

Emplazamos la ametralladora sin decir palabra. No había espacio para más de dos hombres: mi ayudante y yo. Mi ayudante era Cincinnati, un tipo rubio, cuadrado y tranquilo de Ohio que se distinguiría en Australia prestando dinero a sus camaradas al diez por ciento.

Los otros (Yardas, El Roble, Red el sanitario y Amish, el holandés de Pensilvania) se dispersaron por la falda de la colina. Pude oírlos marcharse, alejándose más y más de aquella trampa. No dije nada. ¿Quién podía reprochárselo? Me sentí como un hombre atado de manos. Imposible combatir desde nuestra posición. Caerían sobre nosotros antes de que nos diéramos cuenta. La fila de hombrecitos amarillos que subiera por el sendero nos dispararía a unos pocos metros de distancia. Si los rechazáramos, sólo sería por un momento: nuestra cueva estaba tan mal oculta, tan mal elegida, que una granada de mano

acabaría con nosotros al primer intento.

Ni siquiera tendrían que apuntar.

Si llegaban esa misma noche, moriríamos en nuestro foso del tamaño de un sello de correos. No podríamos escapar. Peor, no podríamos detenerlos, ni siquiera podríamos retenerlos un poco. Una cosa es morir, otra morir en vano.

Cayó la noche. Permanecemos sentados en la oscuridad, en el silencio que amplificaba todo sonido, escuchando nuestra propia respiración como el moribundo que se busca el pulso, sobresaltándonos con el sonido de la tierra que se desmoronaba suavemente a nuestro alrededor. Debajo, la jungla se agitaba inquieta.

Empezamos a maldecir. En voz baja, siempre en voz baja, maldijimos la estupidez del oficial que había establecido las líneas de defensa, la insensatez de Ivy League; maldijimos por hechos aislados o por pares, generalizando o concretando y, cuando terminamos, cuando expulsamos el veneno de la desesperanza, me volví hacia Cincinnati y le dije:

—Empieza a desmontar la ametralladora. Nos largamos de aquí. Nos trasladaremos a lo alto de la colina. No sé tú, pero yo no pienso morir sin pelear.

—Y que lo digas —susurró él, y empezó a desmontar el arma, mientras yo salía a rastras de la cueva para advertir a los hombres de la colina.

Los llamé en voz baja.

—Yardas... Amish...

—¿Eres tú, Lucky? —era Amish, sorprendido y con una pizca de recelo en la voz.

—Sí, soy yo. Mira. Vamos a subir, vamos a emplazar la ametralladora en lo alto de la colina. Esto es una trampa. Cubridnos mientras nos movemos y dile al Yardas que avise al Risitas y los demás para que no nos disparen.

—Vale —susurró él, y yo me arrastré de vuelta a la cueva.

—Coge el arma y la lata de agua y yo llevaré el trípode y la caja de municiones —le dije a Cincinnati.

Él no dijo nada.

—Vamos —susurré entonces. No nos molestamos en tratar de arrastrarnos con nuestra molesta carga. Derribamos a patadas los sacos terreros que protegían la boca de la cueva y salimos corriendo de aquel pozo claustrofóbico.

Sudábamos cuando terminamos de emplazar de nuevo el arma, pero aliviados. Teníamos espacio para movernos. Ya podíamos combatir.

No estábamos tan nerviosos. Ni diez minutos más tarde, me incliné hacia delante y coloqué una mano sobre el brazo de Cincinnati, pues me pareció oír movimiento abajo, a la izquierda.

Cuando me pareció oír una orden susurrada como «¡Por allí!», susurré «¡Ahí vienen!» y le quité el seguro al arma.

Esperamos a los hombrecitos amarillos, a que la silueta de sus cascos en forma de seta se recortara contra la negra masa de la jungla. Pero no apareció ninguno.

No vinieron en toda la noche, aunque oímos disparos y el bramido de los morteros. Por la mañana, descubrimos que el ataque había sido contra el ejército, contra la misma unidad que nos había reemplazado ese día. Se hicieron fuertes tras nuestras grandes trincheras, tras nuestras alambradas y en nuestro campo de tiro y masacraron a los japos.

Nos pareció decepcionante, no que no hubieran ido contra nosotros en el risco, sino de no haber estado en la llanura para abatirlos. Nos alegrábamos de que no nos hubieran atacado, expuestos como estábamos. En el risco nos habrían barrido, aunque quizás hubiéramos podido contenerlos.

Esa mañana nos enteramos también de que aquella noche habíamos sido prescindibles.

—¿No lo sabías? —preguntó uno de los otros artilleros que estaban apostados un poco más atrás en el risco—. Teníamos órdenes de disparar a todo lo que subiera por la colina.

—¿Sí? ¿Y si subíamos nosotros? ¿Y si las cosas se hubieran puesto feas y hubiéramos tenido que replegarnos?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Qué crees que habríamos hecho... pediros la cartilla militar? Os habríamos volado el culo, eso es todo.

Indiana abrió mucho los ojos y maldijo, indignado.

—¡Nos habríamos ido al infierno!

Nadie me criticó por haber trasladado la ametralladora. El teniente Ivy League lo aceptó cuando le mostré que desde ese saliente podíamos dominar el camino entero, así como los barrancos, y que también podíamos hacer fuego cruzado con el Caballero, situado por

encima y más a la derecha. También, si tomaran mi emplazamiento, el Caballero podría hacer fuego directo sobre ellos.

¡En qué fortaleza convertimos el risco!

Limpiamos ambos lados de los barrancos. Aplanamos el terreno y lo cubrimos de alambrada. Sembramos la jungla restante de bombas trampa hechas con granadas de mano. Llenamos latas de cinco litros de gasolina y las atamos a los árboles en lugares hacia donde apuntaban nuestras ametralladoras, de forma que pudiéramos disparar balas incendiarias y prenderles fuego. Cogimos proyectiles de artillería de 105 mm y los enterramos en la jungla, preparándolos para hacerlos detonar con cables eléctricos tendidos desde nuestras trincheras. Cavamos fosos para disparar con los fusiles entre las trincheras y, más tarde, otras trincheras más profundas que corrían de una a otra, de modo que los riscos dominados por las ametralladoras y los fusiles de la Compañía G estaban cubiertos de fortificaciones. Finalmente, exploramos el frente de la jungla en busca de todo el terreno llano, donde el enemigo podría sentirse más inclinado a emplazar morteros o ametralladoras o donde era más probable que iniciaran un ataque, y los exploramos con nuestras armas, preparando el alcance, cada hombre midiendo cuidadosamente su propio radio de tiro, para que pudiéramos disparar de noche y alcanzar el blanco.

Mientras tanto, un sol terrible nos atacaba. No había ni un solo árbol en el risco. No teníamos ninguna sombra, salvo en las trincheras, y a media tarde ni siquiera podías estar en ellas.

Estábamos empapados en sudor y las manos y las piernas plagadas de úlceras abiertas. Qué amarga y desesperada rabia sientes al ver la sangre producida por una alambrada y saber que no puedes hacer nada para que la herida no se te llene de moscas. Sólo el movimiento constante mantenía apartados a esos ansiosos y sucios insectos. Por altos que estábamos, no era suficiente altura para ellos. Habíamos dejado atrás a los mosquitos, pero las moscas se alimentaban incesantemente de nosotros.

A veces el pus se acumulaba hasta extremos dolorosos y entonces Red, nuestro enfermero de combate, sacaba un mellado escalpelo de su equipo y hurgaba la herida. Examinaba una llaga especialmente inflamada y silbaba:

—¡Ufff...! ¿Cuánto tiempo hace que tienes esto?

—Como una semana.

—¿Ah, sí? —preguntaba tranquilamente, como un hombre que le pregunta a un vecino por las flores de su jardín, y entonces clavaba el cuchillo en la herida con toda la gracia del hombre que ama su trabajo.

Brick, de mi pelotón, sufría terriblemente con las úlceras. Tenía las piernas plagadas. Sufría también por el calor, como Red. Aquello era todo un suplicio para ambos, pues tenían la piel muy blanca, a juego con su pelo encendido y sus ojos celestes. Pero reaccionaban de forma diferente. Brick sucumbía. Todos los días, cuando el sol alcanzaba su cénit se retiraba de la trinchera y se tumbaba con la cara contra las frías cantimploras de agua, un trapo mojado en la frente. A veces se desmayaba o se cansaba tanto que no podía moverse. Sólo que lo enviaran a trabajar en puntos más frescos de la línea de defensa, o que la lluvia nos bendijera con una visita, le salvaba de su diaria agonía.

Red se convertía en un topo. Con el casco por encima de los ojos, cubría todo su cuerpo como si estuviéramos en el ártico. Se replegaba en sí mismo.

Dejaba de hablarnos, excepto para dispensar consejos médicos con un aplomo que sólo rivalizaba con su escandalosa ignorancia de su paciente o para enzarzarse en una especie de frenético monólogo referido a sus posibilidades de ser trasladado a su ciudad natal de Utica, si sobrevivía a Guadalcanal.

¡Pero aquel casco! Siempre lo llevaba puesto. Lo llevaba por miedo al calor y por miedo a las bombas. Dormía con el casco puesto. Se bañaba con el casco puesto. No era extraño verlo, de pie en medio del arroyo cercano a las líneas de la Compañía E en nuestra retaguardia, su cuerpo ridículamente blanco... ¡y con el casco puesto!

Mencionárselo, gritarle «¡Red, quítate ese maldito casco!» conllevaba arrancar una mirada de odio animal. Bajo aquel casco, su rostro se empequeñecía y se cargaba de odio, como un animal de dientes afilados.

Pronto el casco se volvió una fijación para nosotros. Queríamos quitárselo. Nos recordaba continuamente que Red se estaba volviendo majareta y, después de él, ¿a quién le tocaría? Planeamos librarnos del casco.

—Lo único que podemos hacer es acribillarlo y llenarlo de agujeros —dijo Risitas. Estábamos acuclillados en la falda de la montaña, donde siempre, a medio camino entre el

foso de la ametralladora de Risitas y la mía. Red estaba sentado algo apartado de nosotros, como un topo, con el casco tapándole los ojos entrecerrados. Indiana reflexionó y sonrió con picardía.

—¿Quién va a disparar?

—Yo —dijo Risitas.

—Oh, no, ni hablar. Lo echaremos a suertes.

El Risitas protestó, pero estaba en minoría. No sirvió de nada. Sacó la pajita más larga.

El plan era que Yardas entretuviera con su charla a Red mientras yo me acercaba por detrás y le quitaba el casco. Risitas lo rociaría con balas de ametralladora mientras rodaba montaña abajo.

Yardas se acercó y se sentó junto a Red, preguntándose en voz alta si sería posible, cuando nos relevaran de Guadalcanal, hacerse con un buen billete de vuelta a casa. Red inmediatamente se puso a hablar de Utica y del tema que más le gustaba. Me fui acercando a él y le quité el casco.

La ametralladora de Risitas empezó a rugir y tartamudear.

Las sorpresas gemelas de perder el casco y escuchar el sonido del arma hicieron que Red se pusiera en pie como impulsado por un resorte. Se llevó las manos a la cabeza, a la cabellera despeinada y llameante, como si se la hubieran llevado con el casco. Se veía terror en su rostro. Todos saltábamos, agitando los brazos y gritando.

—¡Adelante, Zeke!

—¡Hip, hip, hurra!

—¡Eh, Red..., lástima que tu tonta cabeza no esté dentro de ese casco!

—¡Dispara, Risitas..., dispárale a esa maldita cosa!

—¡Yaaa-jú!

Lleno de agujeros, el casco rodó hasta perderse de vista bajando la montaña. Yardas le gritó al Risitas que dejara de disparar y corrió a recuperarlo. Lo colocó encima de un poste de la alambrada donde lo convertimos en un colador. Luego lo subió y lo arrojó a los pies de Red.

Red lo miró horrorizado. Se volvió a mirarnos: ni siquiera había odio en sus ojos, sólo lágrimas y más lágrimas y la aturrida expresión de súplica del animal que ha sido abatido.

Confiábamos en que finalmente se hubiera echado a reír. Pero lloró y corrió hacia el puesto de enfermería del batallón.

Allí se quedó, hasta que le encontraron un casco nuevo y lo convencieron de que regresara a nuestros emplazamientos. Cuando lo hizo, su conducta fue más distante que nunca y jamás se quitó la cinta que le sujetaba el casco a la barbilla. Nadie se atrevió a bromear con él sobre el casco que habíamos reducido a chiribitas.

— o O o —

Era noviembre, tres meses y pico desde que desembarcamos. Los japoneses habían estado atacando el perímetro de nuestra división durante todo octubre, parecía, haciéndolo siempre en un frente estrecho, penetrando algo por la noche y, luego, por la mañana, replegándose con enormes pérdidas. Sin embargo, continuaban viniendo. Casi no había un batallón de nuestros tres regimientos de infantería (el Primero, el Quinto y el Séptimo) que no hubiera librado su propia batalla. Igual que los soldaditos del 164 Regimiento. Pero los japoneses continuaban viniendo. Podíamos verlos, a veces, bajando de sus buques de transporte varados en la orilla de Kokumbona.

A veces los viejos Airacobras despegaban y enfilaban los buques de transporte para bombardearlos y ametrallarlos. Nosotros aplaudíamos y bailábamos mientras pasaban sobre nosotros, camino de la matanza. Veíamos, fascinados, cómo los Airacobras enfilaban para ametrallar o soltar sus bombas en aquella lenta, enorme, temible parábola.

Pero continuaban viniendo. Ya contaban con artillería pesada: en el río Matanikau usaron tanques pesados. Continuaban viniendo contra nuestras líneas, continuaban siendo repelidos, pero todas las noches los esperábamos. El tiempo se había convertido en un terrible ritmo entrecortado, como la respiración de un niño asustado por los sonidos de la oscuridad. Todas las noches conteníamos el aliento, los hombres de la Primera División de Marines y los soldados de infantería que se habían unido a nosotros (en los riscos, en los barrancos, mirando hacia el mar desde la playa, protegiendo los ríos, agazapados en los refugios del aeródromo), todos conteníamos el aliento como un único organismo gigantesco, atentos a los sonidos del intruso en la oscuridad. Todas las mañanas dejábamos escapar un

largo, lento, silencioso suspiro.

Continuaban viniendo.

Con ellos venían más y más aviones, desde Rabaul, plateados y brillantes, como peces voladores, altos en el cielo azulísimo. A veces, antes o después de que los bombarderos soltaran su carga, había combates aéreos sobre nuestro risco, tan cerca que parecía que sólo teníamos que estirar la mano para tocar a los combatientes.

Un día, en una de aquellas refriegas, a un Zero le dio por jugar con nosotros y ametrallarnos. Risitas se enfadó tanto que sacó su ametralladora del foso y la emplazó para contestarle. Aun siendo consciente de la dificultad de alcanzar a un Zero disparando una diminuta ametralladora del calibre 30 en terreno descubierto, no pudo soportar tener que estar acurrucado en la trinchera mientras el japo se divertía a nuestra costa.

Maldijo al Zero mientras viraba con elegancia, y se esforzó por colocar la ametralladora en posición, gritándome:

—¡Vamos, Luck, échame una mano!

Corrí a ayudarle. Pero el Zero había virado y regresaba. Antes de que pudiera alcanzarlo, se lanzó hacia nosotros con un rugido. Al ver los montículos de polvo que levantaban sus balas, al oír el tintineo musical de los casquillos vacíos al caer sobre el risco, me di media vuelta y eché a correr. Salté desde la falda de la colina, sobre la cueva que había abandonado la primera noche. Oí al Zero rugir sobre mí antes de caer al suelo, dos metros más abajo.

En la cima de la colina, Risitas maldecía como loco. Volví a subir, le ayudé a emplazar el arma y la cargué y me agazapé a su lado para ir alimentándola. Esperamos a que el Zero volviera.

El avión giró y se lanzó hacia nosotros.

—Vamos, hijos de puta —gruñó Risitas—. Esta vez no lo tendrás tan fácil.

El tintineo había vuelto a comenzar; las nubéculas de polvo bailaban hacia nosotros; nuestra ametralladora tartamudeaba, cuando, desde detrás del risco, aparecieron dos Airacobras volando ala con ala y el Zero desapareció. Digo que desapareció. Supongo que saltó en pedazos, desintegrado por el impacto del cañón que los Airacobras llevaban montado en el morro. Pero no oí ninguna explosión, quizá porque para entonces nuestro risco se había convertido en una ruidosa olla a presión, con el combate de los aviones, el bombardeo del aeropuerto y las explosiones de respuesta de los antiaéreos.

Los antiaéreos nos producían tanto resquemor como el enemigo. La mayoría de sus descargas aéreas estallaban directamente sobre nosotros y a menudo nuestro risco sonaba como un xilofón con la metralla que caía.

Nos poníamos a cubierto, tanto de la lluvia de azufre como de las bombas o balas enemigas. No era agradable caminar por el risco si no estabas a cubierto, ver a la hueste enemiga acercarse y las negras explosiones de los proyectiles estallando a su alrededor y después oír el tableteo de la metralla.

Un día claro a mediados de noviembre pasaba yo por el puesto de mando del batallón cuando gritaron alarma roja justo cuando los bombarderos, volando muy alto en una tensa V, aparecieron en el cielo. Nuestros antiaéreos lanzaron una negra nube de explosivos, obligándolos a virar y a arrojar sus bombas, que cayeron sin causar daños en la jungla.

Pronto me quedé solo. Todo el mundo se había puesto a cubierto bajo tierra. Corrí de agujero en agujero, buscando la entrada. Pero todos estaban llenos. Por fin llegué al refugio de los oficiales, abierto en la falda de la colina. Con los fragmentos cayendo a mi alrededor como una fuga escalofriante, levanté la lona que cubría la entrada y me encontré con el formidable ojo de cristal del capitán Caderas-Altas. ¡Qué desdén! ¡Me miró como si yo tuviera un billete de segunda y hubiera intentado entrar en un vagón de primera! Su hostilidad fue tan brutal como un bofetón en la cara. Odié a Caderas-Altas y a toda su clase.

Murmuré una disculpa y dejé caer la lona en su sitio. Me retiré a la soledad del risco y la lluvia de metralla, jurando que prefería morir ahí fuera a que me despreciaran allí dentro. Pero no recibí ni un arañazo: sólo sufrió mi sensibilidad.

— o O o —

Recuerditos volvió a aparecer mientras estábamos en el risco. No lo había visto desde el Tenaru. Ahora era miembro de la media docena de tiradores de precisión que servían como exploradores del regimiento. A intervalos de una semana o así podía bajar a la jungla e ir de expedición hasta Grassy Knoll. Con él iba un sargento de marines de los viejos tiempos, un

anciano fornido y taciturno con una salvaje mata de pelo rojo y una enorme barba colorada que le daba el aspecto de un Santa Claus del infierno. Nunca hablaba mientras bajaban a nuestra colina frenando el paso, pero a Recuerditos le encantaba el revuelo que causaba su presencia.

—Eh, Recuerditos, ¿traes tus tenazas?

Recuerditos sonreía y se palpaba el bolsillo trasero.

—Ya me conocéis. Antes preferiría olvidar mi fusil.

—¿Qué te parece, Recuerditos? Te doy diez pavos por ese saquito de Bull Durham que llevas al cuello.

—Sí, ya te veo venir. ¿Y por qué no un litro de mi sangre?

—¿Cuántos dientes guardas en ese saquito?

—Eso es asunto mío.

—¿Un centenar?

—Sigue calculando, chaval. No te cortes.

Sonriendo con picardía bajo su mostacho retorcido, Recuerditos desaparecía en la jungla, pero su famoso saquito de Bull Durham lleno de dientes de oro japoneses había dejado a sus excitados admiradores haciendo especulaciones.

—Me pregunto cuántos dientes tendrá ese mamón en ese saquito.

—No lo sé, pero un compañero de su antiguo pelotón de la Compañía F dice que consiguió cincuenta en la Punta del Infierno. Y eso fue hace tres meses. Y lleva saliendo en patrullas continuamente desde entonces. Como mínimo debe de tener setenta y cinco dientes de oro en ese saquito.

—Tal vez unos dos mil dólares. ¡Joder! Me gustaría tener esa pasta cuando volvamos a Estados Unidos. Me pillaría una habitación en un hotel y...

—¿Qué demonios te hace pensar que vas a volver a ver Estados Unidos?

—¿Dónde crees que vamos a ir cuando salgamos de aquí?

—A otra isla, ¿adónde si no? ¡Quien crea que va a volver a ver Estados Unidos de nuevo está loco de atar! Te darán una patada en el culo y te harán desembarcar en otra isla tan rápido que ni siquiera sabrás si reír o llorar. Aquí nadie va a volver a ver Estados Unidos, al menos no en mucho tiempo, salvo que lo lleven a enterrar.

—¡Oh, cierra el pico!

— o O o —

Nos volvíamos irritables. Nuestras fuerzas se iban desgastando poco a poco y a la mayoría nos venció el agotamiento. A menudo un hombre empleaba todas sus energías al ir a comer, bajar por la resbaladiza colina para ir a la tienda comedor emplazada en un barranco y luego subir de vuelta. A veces, si la lluvia había sido especialmente copiosa, podías saltarte la comida: olvídala, aunque te rujan las tripas. La colina era demasiado resbaladiza. La lluvia.

Se nos vino encima la estación de lluvias. En nuestro risco al descubierto nos llovía torrencialmente. Te empapabas en cuestión de segundos, te castañeteaban los dientes y tenías que echar mano rápidamente a tus cigarrillos, para ponerlos a salvo debajo del casco, maldiciendo amargamente si habías tardado demasiado en reaccionar.

Después de los cigarrillos, lo que más nos preocupaba era nuestra munición. Por la pendiente de la colina, la lluvia se colaba en nuestros fosos y trincheras, como si fueran pequeños desagües. Teníamos que correr a los fosos y apartar las cajas de munición de las ametralladoras para que no las alcanzara el agua, poniéndolas unas encima de otras en la plataforma de tierra donde estaba la ametralladora. Cualquier lugar seco en la trinchera se reservaba para colocar la munición. Aquel que buscara refugio de la lluvia tenía que sentarse sobre las garrafas de agua.

Había días enteros de aguacero en que me quedaba allí empapado y tiritando, mirando absorto desde mi foso, viendo cómo la lluvia gris sacudía y se ondulaba sobre el risco. En esos momentos, tu cerebro parece que deja de funcionar. También parece retirarse a un lugar profundo, igual que los glóbulos rojos se retiran de la superficie del cuerpo en momentos de gran excitación. Dejas de ser racional, te vuelves sólo sentido, como una lapa pegada a un barco. Sólo eres consciente de la vida, la humedad, la fría lluvia gris. Sin esta retirada automática de la razón un hombre sólo puede seguir un camino: volverse loco.

Como una lapa, mientras llovía hice un descubrimiento. Descubrí que incluso en la humedad hay calor.

Yo era el único del risco que tenía un camastro. Lo coloqué en mi foso. Por encima había tendido un poncho rociado de tierra. No se nos permitía que un palo sobresaliera del terreno por miedo a que el enemigo lo considerara un blanco. Cavé mi foso, en ocasiones mi desagüe casero y mi poncho se combinaban para mantenerme seco. Pero cuando llovía de manera copiosa o persistente, no había nada que hacer.

El agujero se llenaba de agua que atravesaba el camastro y me empapaba. En ocasiones, podía estar tumbado sobre una pulgada de agua y con un palmo de agua bajo el camastro. Hacía frío. Te calaba los huesos, porque el intenso calor había debilitado nuestra sangre.

Por fin, disgustado, llevé mi camastro a la falda de la colina. ¡Al demonio! Si esas criaturas miopes podían ver a través de la lluvia, si eran tan estúpidos como para querer hacerlo, que los japos le dispararan. Coloqué una manta mojada en el suelo y me eché otra por encima. ¡Se estaba calentito! Empapado, sí, pero cómodo; mojado, pero caliente. Aquello era deprimente, pero me hizo reír.

Mírenme ahora, si quieren, y verán la guerra en el Pacífico. Miren al risco alzándose como una ballena del salvaje mar verde oscuro de la jungla, recorran esa colina parda con la mirada y busquen signos de vida. No verán ninguno. Sólo verán caer la lluvia gris, la lluvia y un camastro y un hombre solitario acurrucado bajo una manta. ¡Ah, pero es feliz! ¡Él, sólo él en todo el mundo, conoce el calor envuelto en una manta mojada!

— o O o —

Yardas contra la malaria. Lo tuvieron en el hospital de campaña del batallón durante unos días y luego lo enviaron a las líneas de defensa. Todavía tenía fiebre, pero no había nada que pudieran hacer por él. Yacía en su foso, incapaz de comer. Cuando empezaba a tiritar, le echábamos nuestras mantas encima. Cuando le subía la fiebre y empezaba a sudar, se tumbaba y sonreía. Apenas podía hablar, pero susurraba:

—Se está tan bien. Se está tan bien. Tan bien y fresquito.

— o O o —

A mediados de noviembre supimos que se había producido la crisis. Nuestra división había rechazado a los japos repetidas veces, incluso había pasado a alguna ofensiva aislada, habíamos luchado contra todo tipo de adversidades, hasta que la batalla pareció igualarse, pero no había cabida al equívoco: a mediados de noviembre sufrimos la crisis.

Flotaba en el aire, formaba parte de la atmósfera; igual que un hombre puede sentir una presencia hostil en la oscuridad, sentíamos que aquello venía hacia nosotros: la gran fuerza de choque japonesa procedente del norte.

Si tenía éxito, caeríamos todos.

Una crisis nunca se produce sin ser precedida por el falso optimismo.

Así pues, también nuestra crisis vino precedida por la aparición en la bahía de una flota que navegaba alegremente y creímos que eran los refuerzos tan largamente esperados.

—¡Caramba! —exclamó Cicatriz-en-la-Barbilla, roto incluso su aplomo—. ¡Ha llegado la marina! ¡La marina ha vuelto! Mirad al canal. ¡Mirad, mirad! ¡Un crucero y tres destructores!

Subimos corriendo hasta la cima del risco, donde se desplegaba el enorme panorama del norte de Guadalcanal, el mar y las islas cercanas. A esa distancia, el canal parecía una laguna azul.

Pero allí estaban los buques de guerra. Nos abrazamos unos a otros y bailamos: Risitas, Yardas, Indiana, el Roble, todos nosotros. Entornamos los ojos para buscar un atisbo de los buques de transporte. Todavía no estaban a la vista.

Entonces nos hicimos la pregunta.

—¿Quién ha dicho que son de los nuestros?

Silencio.

Los cañones de los barcos nos dieron la respuesta. ¡Disparaban contra nuestra isla! Ahí, a plena luz del día, arrogantes, armados con un desdén aún más formidable que sus cañones, lanzaron descarga tras descarga contra el aeropuerto, hundieron los pocos barquitos que tenían a la vista, ejecutaron una pasada por el canal y se marcharon por donde habían venido. Sus popas se hundían en las aguas revueltas con tanta sorna como una mujer que agita su falda.

Chasco.

Ni siquiera nuestro maloliente vocabulario podía encontrar palabras tan bajas para expresar nuestro disgusto, nuestra amarga exasperación, nuestras maldiciones, nuestra ardiente decepción.

Volvimos a bajar por la colina y pasamos el resto de la tarde tratando de tomárnoslo a broma, intentando desesperadamente liberar la tensión generada por esa nueva amenaza a la que nadie se atrevía a poner nombre.

Nadie pareció querer irse a dormir esa noche. Aunque estaba oscuro, todos permanecemos acurrucados en torno a la posición de Risitas anhelando la alegría de las noches brillantes en que entonábamos cancioncillas improvisadas, tratando de forzar una despreocupación que no existía.

Por fin todos se arrastraron a sus agujeros. La batalla naval nos despertó. La voz del imperturbable Cicatriz-en-la-Barbilla se oyó rugir en la oscuridad.

—¡Caramba! ¡Es una batalla naval! ¡Se puede ver! ¡Vamos, capullos, subid aquí!

Trato de imaginar el Día del Juicio Final. Trato de imaginar el Crepúsculo de los Dioses; pienso en las estrellas explotando, los planetas estallando como fuegos artificiales; trato de imaginar un volcán; trato de imaginar un rugido y una energía increíble; trato de imaginar el holocausto, y otra vez trato de imaginar la noche surgiendo desde un millar de pestañas escarlata y veo el ojo rojo del infierno gimiendo por sus heridas... Trato de imaginar todo eso y no puedo decir lo que he visto, el terrible espectáculo del que fui testigo desde aquella colina.

Los proyectiles se alzaban, terribles y rojos. Trazadoras gigantescas cruzaban la noche en arcos anaranjados. A veces nos agachábamos, pensando que venían hacia nosotros, aunque estaban a kilómetros de distancia.

El mar parecía una plancha de obsidiana pulida donde los buques de guerra parecían haber sido colocados e inmovilizados, formados en círculos concéntricos como ondas de choque que se formaran alrededor de una piedra caída en el barro.

Nuestra isla temblaba con el sonido de sus poderosas voces. Un puntito de luz aparece en medio de la oscuridad, crece y crece hasta que ilumina el mundo entero y quedamos bañados en una luz pálida y amarilla, entonces se produce un terrible, terrible rugido estremecedor y nos domina un momentáneo estertor de miedo al sentir que Guadalcanal se agita bajo nosotros, al notar que nuestro risco tiembla como si la gran ballena hubiera sido arponeada, como si hubieran hundido el hierro en su carne fresca.

Un gran barco había explotado.

No podíamos saber cuál, ni de quién. Sólo pudimos permanecer tendidos en nuestra colina, sin aliento, observando hasta que la batalla terminó y pudimos retirarnos a las trincheras para esperar el amanecer entre murmullos y corazones inquietos. Si el resultado no hubiera sido tan decisivo, habríamos parecido aficionados al béisbol ansiosos por los resultados del campeonato de liga.

El sonido de muchos motores en el aeropuerto nos señaló que habíamos vencido.

En cuanto amaneció, los aviones despegaron para perseguir a la flota enemiga. El sonido de sus motores sonaba tan triunfal como la marcha de *Aída*, aplaudimos y saltamos y agitamos nuestros brazos cuando pasaron sobre nosotros, instándolos a continuar, gritándoles ánimos, pidiéndoles que hicieran blancos directos, que borrarán a la armada nipona de la superficie del mar.

Aquello fue electrizante. Los aviones no dejaron de tronar sobre nuestras cabezas. Iban y venían todo el día, incluso los más decrepitos, y nunca nos cansábamos de saludarlos. Todo Guadalcanal vivía con la esperanza y vibraba con el olor de la victoria. Éramos como hombres condenados a los que han soltado los cepos de hierro de los tobillos. Nos habían quitado un gran peso de encima de nuestros hombros. ¡El enemigo huía! ¡Se había roto el asedio! Y durante todo el día, como un poderoso tedeum alzado al cielo, se oía el tronar de los motores de los aviones. ¡Oh, qué dulce aire respiré aquel día! ¡Qué fresca y limpia y animada era la vida que corría por mis venas! Ser liberado es nacer de nuevo. Como si hiciéramos a un lado nuestros antiguos yoes, dejamos atrás a aquellos seres melancólicos como quien deja un montón de ropa manchada y arrugada, y los cambiamos por personas nuevas, por prendas alegres y llenas de esperanza.

Así cambiaron las tornas en Guadalcanal.

Risitas encontró un escorpión en su caja de la ropa, una caja de madera de latas de sopa que guardaba en su foso.

—¡Eh, Luck! —gritó—. ¡Hay un escorpión en mi caja! ¡Ven aquí!

Miré al bicho de temible cola.

—Veamos si es verdad que se suicidan.

Risitas encontró una piedra. Empezó a golpear con fuerza el fondo de la caja, empujando al escorpión hasta una esquina. Su último golpe fue tal vez a un centímetro del cuerpo acorralado del escorpión. Esperamos. Vimos fascinados cómo la cola temblaba, se alzaba lentamente, se arqueaba y se clavaba en la espalda del escorpión. Tuvo convulsiones y después se quedó quieto: muerto.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Risitas, soltando el aire contenido en sus pulmones—. ¿Qué te parece eso?

Se dispuso a volcar la caja y vaciarla del escorpión muerto, pero sugerí que esperáramos unos minutos para asegurarnos. Nos retiramos a sentarnos en la colina. Cinco minutos después regresamos. El escorpión ya no estaba.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó de nuevo Risitas, esa vez con exasperación—. No te puedes fiar de nadie. ¡Incluso el escorpión es un farsante!

## Capítulo 12

Risitas y yo empezamos a buscar comida para nuestra sección. El teniente Ivy League nos dejaba libres, como perros de caza, y todos los días nos enganchábamos las pistolas sobre los pantalones desgastados por el sol que nos habíamos recortado por encima de las rodillas, nos echábamos al hombro los macutos vacíos, asegurábamos nuestros cascos y partíamos del risco.

Teníamos que hacer el descenso a pie, pero cuando llegábamos al llano y los cocoteros de la costa, podíamos hacer dedo. Nuestro destino era el depósito de comida situado bastante cerca de nuestros primeros emplazamientos defensivos en la playa. La comida había empezado a entrar en Guadalcanal en abundancia después de la derrota de la fuerza naval japonesa, pero fiel al estilo de distribución característico de todos los ejércitos desde el de Agamenón, ni siquiera había empezado a llegar a los soldados del frente. Se desviaba hacia las cocinas y las barrigas de las unidades de mando y de todos los otros tipos acuartelados que vivían a salvo tras las líneas, esos esnobs que son a la vez la envidia y el desdén de todo combatiente que ha tenido que sufrir problemas sanitarios y ha hecho su servicio en las trincheras.

Considerábamos que toda esa comida era nuestra. La considerábamos nuestra ya se hallara dentro de las alambradas del recinto o en las tiendas de los que estaban en retaguardia. Podíamos cogerla a hurtadillas, sintiéndonos entonces culpables, o por la fuerza: la robábamos, la mendigábamos, mentíamos por ella.

Al principio, cuando Risitas y yo bajábamos de la parte trasera del camión que nos había recogido, nos acercábamos al recinto protegido a rastras. Una vez cerca de la alambrada, donde no podían vernos los guardias del ejército que estaban sentados en las pilas de cajas, los fusiles sobre las rodillas, cavábamos la tierra bajo la alambrada y nos colábamos.

Las pilas de cajas y cartones nos cubrían mientras nos arrastrábamos en silencio, buscando fruta en lata, habichuelas hervidas, espaguetis, salchichas alemanas... ¡incluso, el premio de premios, spam! ¡Sí, spam! Quizás el cerdo procesado que todo el mundo llamaba spam era la deshonra de las mesas en Estados Unidos, pero el spam de Guadalcanal era todo un manjar. A menudo nos arriesgábamos a recibir una bala por la espalda por conseguir spam, robando con mucho sigilo una caja al pie del mismo montón sobre el que estaba sentado el centinela, como ratones que se apoderan del queso entre las zarpas de un gato dormido.

Pronto no tuvimos necesidad de hacerlo con sigilo. El depósito de comida se había convertido en el lugar más popular de la isla. Las carreteras se llenaron de saqueadores como nosotros, las pistolas colgando en las caderas o los fusiles al hombro, todos camino de la alambrada como la multitud va camino del Yankee Stadium. Había tantos agujeros cavados bajo la alambrada que se podía entrar por cualquier parte. Dentro, marines barbudos, demacrados y macilentos recorrían con osadía el lugar, atacando las cajas a placer, abriéndolas para coger lo que querían, dejando los artículos que rechazaban a la intemperie con la indiferencia de carnadas de ratas. Cuando la bolsa de un hombre estaba llena, se marchaba, despreciando el desafío que suponían los guardias.

Inevitablemente, semejante enjambre de ladrones vació el depósito y, como consecuencia, ordenaron más medidas de seguridad. Nos dedicamos entonces a los barcos.

Desde la batalla naval, los buques amigos que echaban el ancla se habían convertido en lo más normal en nuestro canal.

Esperábamos intercambiar esa particularidad propia de los marines, los chismes, por tazas de delicioso café de la marina, ¡y quizás incluso por barras de chokolatinas!

Esperábamos a que se vaciara un barco antes de acercarnos a su contraemaestre.

—Eh, marinero, ¿y si nos enseñas tu barco?

No había ninguna insolencia por nuestra parte. Jugábamos al niño disfrazado de soldado que se ha encaprichado con una tontería, a la pobre cerillera boquiabierta ante la tienda de caramelos en Nochebuena. Jugábamos con la compasión de los marineros, induciéndolos a pasar por alto la clarísima ley que prohíbe a los marines visitar los barcos. A nosotros la ley no nos preocupaba (¿cuál podía ser el castigo?), pero había que persuadir a los marineros, igual que a los oficiales de cubierta cuando la lancha de desembarco se colocaba bajo el costado del barco y pedíamos permiso para subir a bordo. A menudo nos gritaban con furia.

—¡No! ¡Contraemaestre, lleve a esos marines a la playa! Sabe que va contra las reglas subir marines a bordo. A la orilla, ¿me oye?

—Pero, señor, yo sólo quería subir a bordo para ver a un amigo mío. De mi pueblo. ¿No le parece bien que mi compañero y yo subamos a bordo para ver a mi amigo? Vivíamos puerta con puerta. Es mi mejor amigo y no lo veo desde que empezó la guerra. Estuvo con mi abuela cuando la pobrecita se murió.

Entonces todo dependía de la suspicacia del oficial o de su disposición para dejarse engañar. Si preguntaba el nombre del amigo, estábamos perdidos. Si era tonto y nos creía o si estaba al tanto de nuestro objetivo y sonreía ante nuestra obvia patraña, nos agarrábamos a las cuerdas de la escalera y subíamos a bordo.

Cuando conseguíamos hacerlo, intercambiábamos nuestras historias por café, nuestros «recuerdos» por comida y chokolatinas. En el comedor se forma rápidamente un grupito a nuestro alrededor. Somos el blanco de todas las miradas.

—¿Queréis decir que los japos estaban colocados cuando os atacaban? —pregunta un marinero, mientras vuelve a llenar las tazas de café que le tendemos.

—Claro —es la respuesta—. Les encontramos droga. Todos tenían agujas y paquetitos de droga. Se colocaban antes de los ataques y luego se lanzaban contra ti al grito de banzai.

(Nadie encontró jamás droga en los japoneses.)

—¿De verdad que los marines les cortaban las orejas?

—¡Oh, demonios, sí! Conocí a un tipo que tenía toda una colección. La mayoría las consiguió en la Batalla de la Punta del Infierno... el Tenaru, ya sabéis. Las colgó de un cordel para secarlas, el capullo, y la lluvia las pudrió todas. Esa noche llovió a cántaros y lo estropeó todo.

—No os lo vais a creer, pero la mitad de los japos sabe hablar inglés. Una noche estábamos gritándole a la jungla cosas del estilo de «Tojo come mierda» y «Hirohito es un cabrón», cuando de repente la voz de un japo llega flotando hasta nosotros, ¿y qué creéis que dijo el hijo de puta? «¡A la mierda con Babe Ruth!».

Nos regocijábamos con sus risas y extendíamos nuestras tazas pidiendo más café.

Un barco especialmente hospitalario podía incluso abrir su despensa en nuestro honor y entonces regresábamos al risco con los macutos llenos de barritas de chocolate, cuchillas de afeitar, pastillas de jabón, cepillos de dientes y diversos trofeos de aquella caza. Debo admitir que no éramos desprendidos al dividir las chokolatinas, pues las considerábamos el tributo legítimo del buscador de comida. Nos las quedábamos para nosotros.

Un día, al enterarnos de que el Octavo Regimiento de Marines (los «Marines de Hollywood») había alcanzado nuestra orilla, y que traían con ellos un economato, Risitas y yo nos preparamos para hacer nuestra mayor incursión.

Había dos tiendas y había dos centinelas, cada uno con su fusil y su bayoneta calada. Detrás, la tupida jungla. ¡Oh, la retaguardia sin protección! ¡Oh, trasero indefenso! ¿Creían que la jungla era impenetrable? ¿Se consideraban a salvo con el culo al aire?

Asombrados, Risitas y yo nos retiramos a la cercana batería de Long Toms para preparar nuestra estrategia. Nos miramos el uno al otro y estallamos en carcajadas ante la posibilidad de poner en un brete a los marines del Octavo.

Trazamos nuestro plan: yo entraría en la jungla para abrirme paso hasta la parte trasera de la tienda más grande. Llevaría nuestros dos macutos. Transcurridos quince minutos, Risitas volvería al claro donde estaba emplazado el economato para darle charla a los guardias. En cuanto oyera sus voces, yo entraría en la tienda, llenaría los macutos y me los llevaría a la jungla.

La fría oscuridad de la jungla fue mi aliada cuando empecé a arrastrarme hacia la tienda. Mi cuchillo era muy afilado y no tuve ninguna dificultad para cortar las lianas y enredaderas que me bloqueaban el paso. La necesidad de cautela extrema hacía que mi avance fuera lento. Tenía que tener cuidado para no perturbar a los pájaros ni a los bichos que reptaban, por miedo a que pudieran traicionarme. Sudaba cuando llegué a la parte trasera de la tienda, el mango de mi cuchillo estaba resbaladizo. Oí voces y me di cuenta de que había tardado más de lo previsto.

Un escalofrío me atravesó al tocar el caliente y áspero lino. Mi cuchillo atravesó la tensa tela como un tambor, con un roce casi sensual, y en un momento hice una abertura. El olor de la creosota me asaltó. Tuve que ensanchar la abertura para dejar entrar la luz y el aire.

Había cajas de cartón apiladas unas encima de otras. En sus laterales pude leer que casi todo eran cigarrillos. Menuda gracia: en Guadalcanal había cigarrillos de sobra. Pero había otras cajas y pronto mis ojos empapados en sudor se fijaron en una caja de galletas rellenas. Sin mirar las cajas restantes, espoleado por las voces de Risitas y los centinelas, me puse a la tarea de trasladar el contenido de una caja a los macutos.

Mientras lo hacía, tuve que sofocar el ansia que crecía en mi interior: «Adelante, coge más. Llévate a la jungla la caja entera». Vacilé, pero entonces decidí ajustar mi robo a mis necesidades y continué con mi tarea.

Cuando llené un macuto, me levanté para tomar aire con cautela y prestar atención a las voces. La grave risa de Risitas atravesó la lona. Me incliné hacia el otro macuto, más tranquilo. Mi mirada se posó en una caja de cartón un poco abierta.

¡Contenía cajas de puros!

Si las galletas valían su peso en oro en Guadalcanal, los puros valían el suyo en platino. El valor de los puros sólo podía superarlo el whisky, y no había whisky en Guadalcanal.

Tampoco había habido puros, hasta entonces. ¡Me había topado con lo que probablemente era el único alijo de puros que había en la isla!

Estaba por vaciar las galletas del macuto, cuando vi que sólo había cinco cajas de puros y cabrían en el otro macuto. Las metí rápidamente y, luego, echándome un macuto a la espalda y el otro delante, salí del calor y el olor y la tensión de la tienda al frescor y la oscuridad y el alivio de la jungla.

Después de cubrir los macutos con ramas, me reuní con Risitas.

Él sonrió encantado cuando me vio acercarme.

—Eh, qué demonios estás haciendo aquí —gritó—. Apuesto que nada bueno —le dio un codazo al centinela—. Será mejor que lo vigiles. Es uno de esos chicos perdidos de Jersey. Te robará hasta los calzones.

Me sonrió de nuevo y pude ver la picardía brillando en sus ojos. Pero al guardia no le hizo ninguna gracia y así se reflejó en cierta tensión nerviosa de su boca y su fusil. ¡Ese Risitas! ¡No era suficiente que metiéramos la cabeza en la boca del león, también tenía que hacerle cosquillas en la garganta!

Mi risa de respuesta sonó hueca y, pasado un rato, lo cogí por el brazo y me lo llevé.

—Loco hijo de puta —susurré, cuando estábamos a una distancia segura del centinela—. ¿Quieres que se dé cuenta?

Me encogí de hombros, sin esperanza, y nos marchamos, para regresar unas dos horas más tarde a recuperar nuestro botín.

Regresamos para disfrutar de la adulación de todo el risco. Compartimos las galletas con nuestros compañeros y nos quedamos con los puros para nosotros. Días después, un montón de oficiales (y una vez incluso un mayor de las unidades aéreas de los marines) estuvieron desfilando a todas horas por nuestro emplazamiento y, durante todos esos días, todos sonreían, entonces sí, a los alegres voluntarios, todos se pasearon exultantes de camaradería y aún más falsas promesas.

No les dimos ninguno.

— o O o —

Sabíamos que estábamos ganando. Lo supimos desde el momento en que los P-38, los cazas Lighting, aparecieron en nuestros cielos. Llegaron un día mientras estábamos comiendo acuclillados en el barranco. Apenas unos minutos antes Pistol Pete había descargado su desgana munición bastante cerca de nosotros. Todos nos preparamos para luchar cuando oímos el rugido de los motores y, al mirar hacia el cielo, vimos la hermosa vista de sus colas gemelas cruzar sobre el dosel de la jungla. Vitoreamos como salvajes y, cuando las balas de

Pistol Pete volvieron a chillar, lo maldijimos tan contentos, renovadas nuestras esperanzas.

Para volver al risco, donde nuestros compañeros esperaban ser relevados para poder irse a comer, debíamos pasar necesariamente por el arroyo que nos servía de bañera. Dos hombres, Recuerditos y el tipo que lo acompañaba en sus exploraciones, aquel pelirrojo que parecía un Santa Claus del infierno, se estaban lavando allí. Se gritaban el uno al otro mientras se frotaban. Nos detuvimos a escuchar y Risitas preguntó:

—¿Qué demonios está pasando?

—Este tonto del culo piensa que las hemos pasado más canutas aquí que los marines de Wake Island —contestó Barba Roja, mirando con desprecio primero a Recuerditos y luego a nosotros—. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

—¿Qué sabrás tú de estupideces? —chilló Recuerditos—. El problema con vosotros los viejos veteranos es que creéis que nadie que haya llegado al Cuerpo después de Pearl Harbor es bueno. ¿Qué sabes tú de Wake, por cierto? Ni estuviste allí... y sigo diciendo que fue una merienda campestre comparado con este lugar.

Barba Roja se escandalizó. Mientras se volvía para dejar que Recuerditos le enjabonara la espalda, le chilló lleno de furia.

—¡Una merienda campestre! ¡No hables como un maldito idiota!

—Ah, olvídale... Apuesto a que los periódicos dirán que este lugar fue el doble de malo que Wake. ¿Cuántas veces los bombardearon allí?

—¿A quién le importa? ¿Cuántos quedan?

—No murieron todos. La mayoría fueron hechos prisioneros. ¿Nos rendimos nosotros? ¿Eh? ¿Qué dices a eso?

Barba Roja se volvió de nuevo, reclamando automáticamente su jabón a Recuerditos, y apenas se detuvo antes de lanzar su contraataque.

—No me vengas con esas chorradas de rendirse. Es lo único de lo que os escucho quejaros a los novatos. En Wake decían: «Enviadnos más japos». Pero vosotros decís: «¿Cuándo nos vamos a casa?» —hizo una mueca y alzó la voz, burlón—. ¿Cuándo se va a casita el niño de mamá para lucir ante las chicas su bonito uniforme?

Y así continuó la batalla. Y así terminó, como siempre, sin resolver. El Cuerpo de Marines mantiene un equilibrio: está dividido en dos claros grupos, los viejos veteranos y los novatos, y siempre están peleándose. Los veteranos defendiendo su pasado y sus tradiciones contra el furioso asalto del novato que pugna por exaltar el presente a expensas del pasado y pretende hacer mella en el aplomo del viejo veterano derribando ese pasado inflado en el que se apoya, pero el novato siempre se sentirá inferior al veterano: siempre debe atacar, pues no tiene confianza como para limitarse a la defensa. En el momento en que deja de atacar la Tradición con el brillante sable de los hechos del presente, en el instante en que detiene la impetuosa mano de la espada, confiando en su lugar en la mirada serena que tasa y valora, pasa a las filas de los viejos veteranos y deja de ser un novato. El joven se rebela y el viejo conserva: ambos avanzan. Los marines dejarán de ganar batallas en el momento en que cualquiera de los dos grupos consiga una clara ventaja.

La consciencia de todo ello empezaba a hacer efecto en mí mientras volvíamos a subir la colina. Me sentía agradecido a Barba Roja por habernos recordado a los hombres de Wake, y confié en que él, en cuanto se lo pensara mejor, no nos tendría tanto desdén.

Al regresar a nuestro emplazamiento, Indiana rompió el silencio.

—¿Creéis que Recuerditos tenía razón en lo que dijo de los periódicos? ¿Guadalcanal será famoso?

—¡Demonios, no! —rió Risitas—. Apuesto a que ni siquiera ha salido en los diarios.

—No sé, Risitas —dijo Indiana, pensativo—. Yo creo que tenía razón —se volvió hacia mí—. Eh, Lucky, ¿tú crees que nos harán desfilar por Nueva York?

Risitas respondió con su característica rapidez, los ojos brillando ante la idea.

—¡Vaya! ¡Eso sí que estaría bien! No es mala idea, Indiana. Piensa en todas esas nenas haciendo cola en la calle —se detuvo y, entonces, recuperó su afectada expresión de indiferencia—. ¡Ah, olvídale! Sabes que no nos organizarán ningún desfile. Ni siquiera saben que estamos vivos. ¿Quién ha oído hablar de Guadalcanal?

—Seguro que sí —replicó Indiana, cuya calma rayaba el desdén—. Seguro que somos famosos allá en casa.

—Bueno, os apuesto que no habrá desfile en Nueva York —añadió Risitas—. Si somos tan famosos, si somos tan buenos... nos usarán para la siguiente. Desfilaremos, sí... ¡por la calle mayor de Rabaul!

—¡Y que lo digas! —apostilló el sombrío Yardas. Hasta entonces había permanecido en

silencio, mordiéndose las uñas hasta los nudillos. En un instante se alegró ante la idea del desfile, se volvió hacia mí, hablando con voz apagada por los mordisqueos—. ¿Y si nos organizaran finalmente un desfile, dónde sería, Lucky? ¿En la Quinta Avenida?

—No. Tú estás pensando en el Día de San Patricio. Ahí es donde desfilan los irlandeses. Seguramente sería en Broadway... desde el Battery.

—¡El Battery! —explotó Indiana—. ¿Qué van a hacer, recargarnos?

Risitas asintió.

—Todo el mundo. Todo el mundo se va a recargar con el aguardiente de la vieja Nueva York. ¿Verdad, Lucky?

—Verdad. Treinta días de permiso para todo quisque.

—Y dos chávalas para cada hombre... una blanca y otra negra.

Indiana se mostró contrariado.

—Yo no voy a desfilas. Al diablo con ellos. No voy a desfilas para nadie. En cuanto bajemos del barco rompo filas y me pierdo en la multitud.

—¿No estaría bien? —dijo Yardas, entusiasmado—. Imaginad que bajamos del barco y todo el mundo rompe filas y se mezcla con la multitud. No podrían encontrarnos entre la muchedumbre de Nueva York. Beberíamos como cubas. Todo el mundo terminaría borracho, así que no podrían hacernos nada. Todo el mundo estaría borracho, incluso los oficiales.

Todos guardaron un silencio ensoñador, una pausa que fue rota finalmente por la triste voz de Indiana.

—Apuesto a que sí, Risitas... Apuesto a que nos organizan un desfile.

— o O o —

Se habían producido dos cambios: los cielos de Guadalcanal se habían vuelto estadounidenses y el correo llegaba con regularidad. En consecuencia, estuvimos de mejor humor y una gran oleada de alegría recorrió el risco cuando recibí una carta de mi padre.

Leí la carta acucillado en la falda de la colina, mi trasero apenas rozando el suelo mojado. Una lluvia torrencial había llenado los agujeros y fosos en lo que nos pareció un instante, para remitir de pronto y ser sucedida por un sorprendente enjambre de insectos semejantes a hormigas tan gruesos que había que cerrar los ojos y la boca para protegerse de ellos. Sus diminutos cadáveres cubrían el suelo allá donde caían —apenas vivían pasado un minuto después de la lluvia, de manera que procuraba no manchar mis pantalones recién lavados ni de barro ni con el montón de bichos muertos.

«Robert (escribía mi padre), tu uniforme azul de gala está listo. ¿Te lo envió?».

Ah...

Me vino a la cabeza, de pronto, con claridad, un uniforme azul de gala de marine. Vi esa hermosa vestimenta. Estaba allí acucillado, clavado en nuestro risco como un asceta en su columna, rodeado de espesura y humedad y de aquellos diminutos cadáveres de millones de efímeras hormigas. Allí acucillado, vestido sólo con unos pantalones recortados por la rodilla y un par de mocasines robados de una bolsa del ejército, contemplé esta visión de la gloria.

*Robert, tu uniforme azul de gala está listo. ¿Te lo envió?*

En un instante me convertí en el centro del risco. Hasta que lo dejamos, fui «Lucky, el tipo al que su viejo quiere enviarle un uniforme de gala». Iba a comer y los hombres de los otros puestos me saludaban con «Hola, Lucky, ¿dónde está tu uniforme de gala?» o «Eh, Lucky, ¿te ha enviado ya tu viejo el uniforme?». El simple hecho de acercarme causaba sonrisas, pues cada uno de ellos imaginaba a la Primera División de Marines en nuestro risco, resplandeciente con los uniformes de gala y las banderas ondeando y las bandas sonando, marchando a la jungla para entrar en batalla.

No estallaban risotadas, ni se oían insultos: sólo sonrisas y bromas y ocasionales codazos en las costillas, como si el mismo absurdo de la proposición de mi padre fuera algo digno de atesorar, como un chiste familiar, un poco de banalidad para conservar la cordura en aquella loca isla nuestra.

Todos consideraban a mi padre un tipo cojonudo y a menudo me preguntaban por su salud.

— o O o —

El sargento Dandy nos dio la mala noticia. La víspera nos había visitado para tomarnos medidas para nuestras nuevas ropas y nuestra deducción fue tan positiva que nos pasamos la noche especulando tan contentos. Estábamos seguros de que íbamos a marcharnos de Guadalcanal. La pregunta era, ¿para ir adonde?

Pero el tono agudo y nasal del sargento Dandy rompió nuestra felicidad como un latigazo.

—Prepárense para partir por la mañana. Nos vamos a Matanikau para una nueva ofensiva. Preparen todos los atavíos de invierno y asegúrense de que las armas están engrasadas y la munición seca. El Octavo de Marines nos relevará por la mañana.

Se detuvo y nosotros nos miramos detenidamente unos a otros en silencio. Su cara inexpresiva de niño-hombre no reflejaba ninguna alegría, ni siquiera un atisbo de maliciosa satisfacción por ser el portador de malas noticias. El corazón del sargento Dandy estaba tan apesadumbrado como el de cualquiera.

—No me pregunten de qué se trata. No me hagan preguntas tontas. Sólo hagan lo que les digo.

Se dio media vuelta y se fue.

Después de casi cinco meses, eso.

Yardas tenía malaria, Brick apenas salía de la trinchera excepto de noche, Indiana y el Roble eran presa de largos períodos de depresión, Red nos había dejado hacía tiempo, yo tenía disentería, Risitas se mostraba irritable..., todos estábamos consumidos y debilitados hasta lo indecible.

Pero íbamos a pasar al ataque. No podíamos siquiera movernos sin jadear para tomar aliento, pero íbamos a atacar al enemigo.

Nos desesperamos.

Por la mañana, nos acurrucamos junto a nuestras ametralladoras y esperamos la orden de dismantelar y marcharnos. La orden no se dio.

Tampoco al día siguiente ni al otro y la Esperanza regresó, sonrojada, avergonzada de su desleal huida pero comprometiéndose con nosotros una vez más con la promesa de no desertar nunca más de las defensas.

Entonces, una mañana nos dieron la orden de ponernos en marcha.

Nos la dio el sargento Dandy.

—Dejen aquí las ametralladoras —dijo—. Llévense sólo los fusiles y la ropa impermeable. Sonrió.

—¡Nos relevan!

Era el 14 de diciembre de 1942. Llevábamos en la línea sin ser relevados desde el 7 de agosto. Mi batallón (el Segundo Batallón, Primer Regimiento) fue el último de la Primera División de Marines en salir de allí.

Guadalcanal se había terminado.

Habíamos vencido.

Bajamos del risco bajo una fría llovizna, mientras los hombres del Octavo Regimiento de Marines subían. Llevaban cascos de plato, como los que usaron nuestros padres en la Primera Guerra Mundial, los que todavía usan los británicos. Tenían un aspecto miserable, mientras subían por el resbaladizo risco bajo la lluvia. Aunque lo peor ya había pasado los compadecimos, pero no pudimos resistirnos a pincharlos, a esos hombres de San Diego, de la soleada California.

—Aquí vienen los Marines de Hollywood.

—Sí, mirad quiénes están aquí. ¡Si son los marines de caramelo! ¿Dónde está vuestro economato, chicos?

—Ah, a la mierda...

—Chsst... ¡Mira cómo hablan! Así no se habla en las películas. ¡Qué vergüenza!

—Eh, ¿cuáles son las últimas noticias de Hollywood? ¿Cómo está Lana?

—Sí, eso es, ¿cómo está Lana? ¿Cómo está Lana Turner?

Ellos trataban de parecer disgustados pero no podían ocultar el asombro con que el que releva inevitablemente mira al relevado. Nosotros bajamos del risco, demacrados pero felices; ellos lo subían, bien alimentados pero recelosos. He dicho que estábamos felices. Lo estábamos. Estábamos en la gloria.

— o o o —

Pasamos la siguiente semana bajo una tienda improvisada colocada en la falda de una colina, donde los riscos bajaban hasta los campos de kunai. Risitas y yo visitábamos una y

otra vez los depósitos de comida hasta que almacenamos tanta que pude permitirme devorar una lata de cinco litros de melocotones en conserva, en cuya digestión mi estómago se sintió maravilloso, maravillosamente enfermo. Me tumbé boca abajo y sentí el dolor extendiéndose y me maravillé:

—Estoy enfermo. He comido demasiado. Es la sensación más maravillosa del mundo... ¡He comido demasiado!

Las visitas rutinarias de Lavadora Charlie servían para recordarnos que los japoneses seguían tratando de conquistar Guadalcanal.

Pasamos la semana siguiente en un Jardín del Edén. Marchamos hasta la boca del río Lunga, hasta un campamento situado en un bosque de cocoteros. Nos dieron una ración de cerveza. De algún modo conseguíamos pillar la suficiente para emborracharnos un poco todas las noches. Durante el día, nadábamos en el Lunga, ese maravilloso río cuyas aguas frías y veloces mantuvieron apartado de mi sangre el fuego de la malaria. A veces nadar era peligroso, gracias a los cabritos a los que les encantaba arrojar granadas de mano al agua. Una vez oí un fuerte grito en la orilla y, al llegar corriendo, me sorprendí al ver la manta raya gigante que algunos hombres habían atrapado en una red de pesca nativa. Naturalmente, estaba muerta, agujereada por un montón de sitios por haber ofrecido a mil hombres de gatillo fácil la oportunidad de «vaciar el cargador».

Luego dormimos en una carretera, esperando para embarcar al día siguiente. Ese día nos entregaron los regalos de Navidad que nos enviaban desde casa. No podíamos llevarlos a bordo con nosotros, pues no se nos permitía llevar más que nuestras armas y macutos. Risitas y yo ya le habíamos pedido al teniente Ivy League que guardara las cajas de puros restantes en su petate: a los oficiales sí se les permitía llevar sus petates. Nos sorprendió ver la reaparición de los petates (un artículo exclusivo de los voluntarios) y nos enfureció ver que se los entregaban a los oficiales.

Ese fue el primer caso de discriminación que sufrimos, el primer tiro de una moneda trucada, con la que los oficiales podrían satisfacer sus ansias prohibiéndonos cosas que eran nuestras por derecho, para luego tomarlas para sí, actuando como los políticos se sirven de los tribunales para sus fines. Así que devoramos lo que pudimos de nuestros regalos de Navidad y tiramos el resto.

—Preparados para partir. ¡De frente, marchen!

Bajamos a la playa a nuestro paso, arrastrando un aspecto barbudo y demacrado, incapaz de igualar la precisión de aquella orden. Subimos a los botes que nos esperaban. Nos apostamos en la borda y contemplamos la costa que quedaba atrás.

Nuestro bote se detuvo bajo un enorme barco que se agitaba tanto a babor que parecía borracho. Aquél era uno de los viejos barcos de la Dollar Line, el *Presidente Wilson*, creo.

—¡Subid por las redes de carga!

Nos marchábamos como habíamos llegado.

Estábamos tan débiles que muchos de los nuestros no pudieron hacer esa escalada. Algunos cayeron al agua, con macuto y fusil y todo, y tuvieron que rescatarlos. Otros se aferraron desesperadamente a las redes, jadeando, temerosos de moverse, no fueran a abandonarlos las últimas fuerzas y el mar acabara por recibirlos también.

También tuvieron que ser rescatados por ágiles marineros que bajaron por las redes. Yo pude llegar a la parte superior de la red, pero allí me quedé. No pude hacer acopio de fuerzas para pasar por la borda y me quedé allí colgado, jadeando, mientras el caliente costado del barco se agitaba con la marea y la perdición lamía debajo, hasta que dos marineros me agarraron por las axilas y me subieron. Caí con gran estrépito entre tantos otros que se habían aupado a bordo y me quedé con la mejilla apretada contra la cubierta caliente y sucia, el corazón latiendo rápidamente, no por el esfuerzo, sino de felicidad.

— o O o —

Una vez en el barco, Risitas y yo nos dirigimos al comedor para tomar una taza de café caliente y conversar. Entramos y nos sentamos, justo cuando el último soldado que venía en aquel buque de transporte se levantaba para marcharse. Nos miró, mientras sorbíamos el café de aquellas bastas tazas blancas.

—¿Cómo ha sido? —preguntó, señalando la orilla con la cabeza.

—Duro —respondimos, mecánicamente.

—¿Te refieres a Guadalcanal? —preguntó entonces Risitas.

El soldado pareció sorprendido.

—Pues claro.

Risitas se apresuró a explicarse.

—No me he expresado bien... Quiero decir, ¿habías oído hablar de este lugar antes de llegar aquí?

El asombro del soldado nos sobresaltó. Una idea empezó a formarse en nuestras cabezas, alegremente.

—Quieres decir...

—¡Demonios, sí! Guadalcanal. El Primero de Marines. Todo el mundo ha oído hablar de esto. Sois famosos, tíos. En casa sois héroes.

No lo vimos marcharse, pues ambos habíamos apartado rápidamente la mirada, avergonzados por las lágrimas que se precipitaron a caer.

No nos habían olvidado.

PARTE CUATRO

---

## Lotófagos

---

## Capítulo 13

La gloria había terminado. Atrás quedaba Guadalcanal. Atrás quedaba el valor, la perseverancia, el abandono de nuestros huesos abiertos al picoteo de la jungla. Agotados, sólo éramos válidos para la Gran Diversión que, llamativa, se abría ante nosotros en Melbourne.

Canten un réquiem por la camaradería, lloren por la amistad que nos había unido, a oficiales y a hombres, desde las marismas de la costa de Carolina hasta la borda del *Presidente Wilson* donde saltábamos jadeantes. Había muerto.

Nos llevaron primero a Espíritu Santo, en las Nuevas Hébridas, donde llegamos el día de Nochebuena, para recibir una piruleta del capellán, mientras el teniente Ivy League alegraba los corazones de sus superiores con nuestros puros, y donde, durante tres semanas, nos dieron el manual de armas y trataron de poner en práctica los artículos del código que advierten a los oficiales de que, al igual que no deben maltratar a su perro, no deben abusar de sus voluntarios.

Después nos llevaron a Australia.

Una alegre banda tocaba para nosotros cuando llegamos a los muelles de Melbourne. Era la primera vez que veíamos el país, pues no habíamos bajado del barco desde Espíritu Santo, por culpa de una fea tormenta que estalló en el mar de Tasmania. Le sonreímos a la banda y, de repente, todos y cada uno de nosotros supimos que todo iba a ir bien.

Pasé ante una auxiliar femenina de las Fuerzas Aéreas británicas pelirroja e intercambié sonrisas con ella, detectando en sus chispeantes ojos un segundo atisbo de los buenos tiempos por venir. Nos metieron en un tren y arrancó. Nos asomamos a las ventanillas. Todo el mundo empezó a gritar y vitorear, pues pasó algo sorprendente: toda la ruta estaba atestada de mujeres que aplaudían, se abrazaban unas a otras, bailaban sin parar, nos lanzaban besos, dando así a la Primera División de Marines de Estados Unidos la mejor de las bienvenidas.

El tren se detuvo en Richmond, a las afueras de la ciudad, y nos condujeron a un complejo vallado que parecía un corral. Al otro lado de la verja había más chicas, riendo, agitando pañuelos, metiendo las manos por la reja para tocarnos. De repente nos sentimos superados. No habíamos visto a una mujer desde Nueva Zelanda, hacía ya siete meses.

Entonces abrieron la puerta.

—¡Compañía! ¡Atención! ¡De frente, marchen!

Salimos sonriendo, encorvados, con nuestros fusiles al hombro, y pasamos de largo ante las chicas. En toda nuestra columna de ajado verde claro no había ni resto de marcialidad. Así nacieron los lotófagos.

Nos sorprendió un poco descubrir que marchábamos hacia un estadio, el Melbourne Cricket Grounds. Ahí estaba situado nuestro cuartel, literas que se extendían por los escalones de cemento de las gradas. Habían retirado los bancos para sustituirlos por nuestros camastros, de modo que aquello parecía una enorme herradura de donde brotaban fila tras fila de finas estructuras arácnidas, rodeando un gran campo verde circular. Viviríamos de nuestros macutos. Dormíamos al aire libre, sin más protección que una especie de cuarto de tejado situado sobre nosotros. La lluvia que los vientos azotaban hacia nuestro expuesto frente no dejaba de mojarnos.

¿Pero quién se quejaba? Y es más, ¿a quién le molestaban esas tonterías el primer día de nuestro regreso a la civilización? ¿Quién podía reprochar nada a la buena fortuna que nos había acuartelado en el campo de criquet, casi en el corazón de la ciudad, mientras los otros regimientos, el Quinto, el Séptimo y el Undécimo de Artillería, vivían en el extrarradio? La ciudad era nuestra, podríamos saborearla casi todas las noches. No nos la habíamos merecido, más bien la habíamos ganado: nuestro comandante se lo jugó a suertes con los jefes de la Quinta y la Séptima. De todos los regimientos, el nuestro, el Primero, tenía la posición más ventajosa para la Gran Diversión.

La disciplina, disuelta ya con los deliciosos chilliditos de las chicas, casi desapareció esa noche.

Habíamos recibido parte de nuestros sueldos de seis meses en libras australianas, pero no nos habían dado ropa: todavía llevábamos nuestros uniformes hechos trizas.

Aun así, quizás un tercio del regimiento recorría las calles de Melbourne. Yo estaba solo: Yards, Risitas, Indiana y el resto estaban de guardia o no estuvieron dispuestos a arriesgarse.

¡Qué noche tan alegre! Al principio pensé que mi extraño uniforme y mi intenso bronceado llamaban la atención, pero pronto comprendí que había algo más: yo era el salvador en la tierra que ha ayudado a salvar. Las sonrisas y guiños de las multitudes de Melbourne así me lo confirmaban; los vendedores callejeros, con sus banderolas («Bien por vosotros, yanquis. Habéis salvado a Australia»), así me lo decían. Era adulación y era como una bebida fuerte. Lo interpreté como un triunfo y pronto consideré todas las sonrisas un saludo y todas las chicas de Melbourne la bella recompensa del salvador quemado por el sol.

La primera fue Gwen.

Nos conocimos en una cafetería, extraño lugar para un marine con todos los apetitos encendidos después de siete meses de abstinencia, pero los *pubs* de Melbourne cerraban a las seis y entonces no sabía que los hoteles seguían sirviendo bebida durante unas cuantas horas.

Me fijé en ella en cuanto entré en la cafetería y advertí que se fijó en mí, pero cuando me senté a su lado y pedí un batido, fingió indiferencia. No supe qué decir, así que le pregunté la hora. Ella señaló el reloj de mi muñeca, luego el reloj sobre mi cabeza, y dijo:

—Eres yanqui, ¿no?

Si hubiera dicho «Vamos a mi habitación» no podría haber sido más excitante, pues lo único que importaba era que me había hablado.

—Sí —dije—, acabamos de llegar de Guadalcanal.

Ella abrió mucho los ojos al responder.

—¿Ah, sí? Debe de haber sido terrible.

Y así fue, palabras educadas, palabras formales, palabras sin significado, pero palabras cargadas con la llamada del sexo, palabras que buscaban un mismo resultado, de modo que al final, después de ir de hotel en hotel, fue como si su primera respuesta hubiera sido «Vamos a mi habitación», pues ahí es adónde fuimos.

Se distinguía la luz fluctuante de un calentador de gas y una cama. No había nada más.

Gwen instruyó a su arrojado visitante en las inescrutables costumbres de las mujeres: ella no sería el amor en cada puerto de nadie en su joven vida, no pronunciarían el nombre de ningún bastardo yanqui para que la insultaran en su madurez, no habría nada... sin que primero hubiera un anillo en su dedo.

Fingiendo una gravedad difícilísima en esas circunstancias, me levanté de aquel inhóspito camastro y me volví a poner mi uniforme y mi dignidad. Y me marché.

Cerré la puerta suavemente al salir y me perdí en la noche, maldiciendo tristemente esa idea de las películas americanas que han convencido al mundo de que todos los yanquis son millonarios, provocando así el desdén de las mujeres, convencidas ellas de que no hay hombre vivo que no pueda ser engañado.

De vuelta al centro de Melbourne, ante la estación de Flinders Street, las calles estaban repletas de marines. Si en un primer momento un tercio de nuestro regimiento había salido ilícitamente de permiso, ya debía de ser la mitad. Algunos aún estaban sin afeitarse. Aquel pintoresco grupo recordaba aquella horda que había salido de la jungla de Guadalcanal para lanzarse sobre los macutos de los caras de perro.

Esa vez, blandían botellas, gruesos perritos calientes australianos, pasteles de carne, platos de «crema helada», todo lo que podía conseguirse en los puestos abiertos toda la noche. También cantaban. Parecía que de la mañana a la noche todo el mundo se había

aprendido las dos últimas estrofas de *Waltzing Matilda*.

*Una vez un alegre vagabundo acampó junto a una laguna a la sombra de un eucalipto y cantó, mientras miraba y esperaba a que su tetera hirviera: «¡Ven a vagabundear conmigo!».*

Yo tenía bastante dinero para alquilar un coche de caballos que había junto a la estación de tren y media docena de nosotros subimos a bordo. Me deslicé hacia delante y me monté en el caballo.

Así llegamos a casa, mordisqueando aquella deliciosa comida comprada, soplando de las botellas y cantando a voz en grito, mientras la enorme bestia domada que tenía debajo clopeteaba amigablemente sobre la acera.

Al día siguiente brindamos por la muerte de la disciplina. Brindamos literalmente, pues en cada macuto había aparecido una botella y caímos en redondo, como muertos, pues sólo una orden para formar perturbó la orgía la semana siguiente. Mi recuerdo de aquella revista es que fue una clara farsa.

—¡Todo el mundo arriba! ¡Todo el mundo arriba! —gritó una voz autoritaria esa mañana, pastosa por la bebida.

Silencio.

Entonces, como muertos saliendo de tumbas abiertas, quizás una docena de nuestros doscientos hombres dormidos se levantó mecánicamente de sus camastros y se envolvió en sus mantas. Uno o dos se agacharon para coger las botellas de sus macutos antes de bajar dando tumbos las escaleras y salir por la puerta para formar delante de la pared del estadio.

El Viejo Gunny, el que había avergonzado al mayor cuando el secretario Knox nos visitara en New River, salió tambaleándose para pasar lista, pero no podía hablar. Miró estúpidamente a aquel puñado de momias aturcidas.

El teniente Ivy League salió para recibir el informe. Gunny dio media vuelta con afectada gravedad. Saludó con los dedos torcidos, como si los tuviera pegajosos.

—Todosh preshentesh —dijo, y se desplomó lentamente de cara.

Ivy League lo examinó con dolida solemnidad, medio agachado, como si fuera a darle una suave palmadita en la cara. Entonces nos miró con los ojos entrecerrados y dijo:

—Compañía, rompan filas...

Regresamos a nuestros sepulcros.

Después de aquella escena, nos dejaron a nuestro aire.

Tal vez nos dejaron porque los oficiales, de arriba abajo, estaban igual de ansiosos por retozar. Nos pagaron, nos dieron uniformes nuevos (incluidas aquellas guerreras verdes que llevábamos dieciocho meses antes de que las bautizaran con el nombre de Eisenhower), nos instruyeron sobre dónde y cuándo podíamos comer y nos recordaron que podíamos encontrar los profilácticos en la enfermería. A excepción de los que tenían que hacer guardia, los demás eran libres a partir del mediodía.

Incluso los guardias encontraron sus amiguitas. Estas, que solían abalanzarse sobre el oficial de guardia del día para pedirle «un marine para ir de paseo», recibían el mote de «monas de la hierba», por su costumbre de tumbarse en la hierba del parque Victoria que rodeaba el campo de criquet.

Los guardias de las puertas laterales y los hombres que estaban fuera de patrulla eran los más favorecidos por las «monas de la hierba» y pronto hicimos el chiste de que por primera vez en la historia del Cuerpo de Marines había voluntarios para hacer guardia. Pero las monas de la hierba hacían las cosas más fáciles para quienes nos quedábamos fuera hasta demasiado tarde. Sólo había que dar la vuelta al campo de criquet hasta dar con un fusil apoyado contra la pared, testigo mudo de que el guardia estaba ocupado en otra parte, por lo que sólo había que abrir la puerta y colarse dentro.

Cada día ofrecía un nuevo placer, un nuevo descubrimiento. Descubrimos la cerveza australiana, que no tiene nada que envidiar a la deliciosa cerveza japonesa; descubrimos que los bares estaban bien surtidos de whisky escocés; aprendimos que una *sheila* es una chica, un *cobber* un amigo, que lo que era *bonzer* era excelente, que *fair dinkum* era el equivalente a «lo digo con toda sinceridad», y que el término yanqui (*yank*) podía salir de los labios australianos como un beso o una maldición.

La primera semana, sentados a la mesa del piso superior de un restaurante de Swanston Street, descubrimos el vino espumoso. Habíamos pedido champán, pero la camarera dijo que no había.

—Pero tenemos vino blanco espumoso —dijo, con ese acento australiano que es el *cockney*—. Es casi lo mismo.

—¿Tiene burbujas? —preguntó Risitas, haciendo gestos con las manos—. Ya sabe, ¿como el *ginger ale*? —Risitas parecía estar explicándole cómo eran los espaguetis a una *mamma italiana*.

La camarera sonrió con indulgencia.

—Yanquis —dijo, y se marchó para regresar con un cubo con hielo y una botella.

El tapón saltó como el del champán, el líquido borboteó igual... ¡y sabía igual! ¡Mientras tuviéramos dinero, ésa sería nuestra bebida!

Risitas y yo hicimos entrechocar nuestros vasos con la exagerada gravedad hollywoodiense.

—Al diablo con la guerra —dijo él.

—Por la paz —dije yo.

Terminamos esa botella e innumerables botellas más, junto con innumerables filetes australianos y huevos, pues el restaurante se convirtió en nuestro cuartel general. Allí cenamos con la mayoría de nuestras chicas y allí conocimos a Hope y Molly. Hope poseía esa belleza que suele ser acreedora de una fortuna en Hollywood: el rostro grande y ovalado enmarcado por un hermoso y sedoso cabello castaño, los ojos grandes y la boca carnosa, la nariz recta, una cara de bellos rasgos pero vacía, en reposo, avariciosa. También era pechugona. Hope se ajustaba al tópico, la típica camarera, de ésas cuyo amplio trasero dejan una impronta duradera en las páginas de la historia. Se lanzó a por el dinámico Risitas casi inmediatamente y fue su chica hasta que nos marchamos de Australia. A Hope nunca le caí bien. Me consideraba engreído y altivo. «Pijo», me llamaba.

Molly era diferente. Los días siguientes, nos dio por escapar de Risitas y Hope, y entonces paseábamos por el parque, cantando y gastándonos bromas. Sabía desde el principio que nuestra amistad terminaría. Al contrario que Hope, no pretendía alcanzar una vida llena de comodidades en el rico Estados Unidos. Su interés por mí y los otros marines con los que salía era cálido y humano, por nosotros mismos como personas, no como futuro. Pobre Molly, amaba demasiado..., demasiado.

—Háblame de América —me pedía, mientras recorríamos los senderos del parque, nuestros pies crujiendo suavemente en la gravilla, el aire de la noche una caricia en la mejilla, nuestros brazos entrelazados, en ese lugar, en ese momento, enamorados.

Yo le hablaba. Sentados en un banco, le contaba cosas, también tendidos junto a un lago mientras el impresionante cielo del sur se curvaba en la noche aterciopelada, cuajada de estrellas. La fragancia de los eucaliptos en flor impregnaba aquella delicada noche.

—Oh, Luck..., espero que nunca te hagan regresar.

—Yo también.

—Pero lo harán, ¿verdad?

—No te preocupes por eso, Molly. No hay nada que podamos hacer. Es la guerra.

—Sí, pero sin ella, nunca nos habríamos conocido. En cierto modo podemos darle las gracias a la guerra.

Pronto aquella melancolía desaparecía y empezaba a bromear.

—Ah, vosotros los yanquis. Estáis llenos de palabrería. Toda esa dulce cháchara y los buenos modales... y sólo buscáis una cosa.

Nos levantábamos y paseábamos, cogidos del brazo, por el sendero, persiguiéndonos a veces, cantando en otras. A Molly le gustaba mi voz, Dios la bendiga. La única mujer (la única persona) a la que le ha gustado jamás. Pensaba que yo sabía cantar o tal vez sólo lo decía para hacerme cantar las canciones *swing* americanas que le encantaban. Pero Molly sí que sabía cantar, con un tono claro y elegante. Había una canción que era mi favorita, una tonadilla que cantaba en voz baja mientras regresábamos a casa.

*Patrick Michael Francis O'Brien  
nunca dejaba de llorar  
por la dulce Molly.  
Cada mañana  
con el gorrión  
rápido como la flecha  
que sale del arco  
a su jardín volaba  
y bajo su ventana cantaba:*

*«Dulce Molly O'Donahue  
es a ti misma a quien pido  
salir a dar un paseo...».*

Pero Molly y yo discutimos porque apareció otra chica y nos distanciamos, aunque Risitas continuó con su Hope.

Sheila había causado la ruptura entre Molly y yo. La conocí en un tranvía, cuando Risitas y yo íbamos a St. Kilda, un parque de recreo australiano situado a las afueras de Melbourne, similar a Coney Island, pero no tan escandaloso, no tan cutre.

Al final de la línea el tranvía dio una sacudida y Sheila cayó de espaldas en mi regazo.

La aprisioné con las rodillas y dije:

—Levántese, por favor.

—No puedo levantarme —dijo ella, riendo.

—¿No le da vergüenza? —le susurré al oído—. Las chicas australianas son tan directas.

—Por favor —dijo ella, volviendo su oscura cabeza para mirarme—, por favor, suélteme.

Miré a Risitas.

—¿De qué está hablando? ¿Que la suelte? Puede levantarse, ¿no?

El asintió gravemente. —Le gusta estar ahí.

Sheila le dirigió una mirada llena de indignación y dijo con voz tensa:

—Suélteme, por favor.

—Muy bien —dijo yo—, si viene a Luna Park conmigo. Ella hizo un mohín y luego dijo: —  
De acuerdo.

—Bien —contesté, y relajé mis rodillas. Sheila se puso en pie. Se presentó, nos presentó a otra chica y los cuatro nos fuimos juntos a Luna Park.

Regresamos a casa juntos también, disfrutando del largo trayecto en tren que corre por uno de los barrios periféricos, y Sheila nos alojó a Risitas y a mí en casa de su madre para pasar la noche. Risitas se quedó en una habitación de la casa, pero a mí me dieron una cabañita situada en el jardín. Puede que fuera un establo alguna vez, pues Sheila llamaba al patio trasero «el corral». Un caminito de unos quince metros lo conectaba con la casa. El colchón era blando y lleno de bultos, pero las sábanas estaban limpias. Me quedé dormido.

Un ruido me despertó y, cuando levanté la cabeza, vi que Sheila cerraba la puerta. Se volvió y se acercó a mí, con una vela. Llevaba puesto un camisón.

—Hola, yanqui —dijo con suave alegría—. ¿Te gusta el corral?

Me apoyé en un codo para incorporarme y asentí por respuesta. Ella se arrodilló junto a la cama y me miró a la cara con ojos risueños.

—Me gustas, yanqui. Espero que vengas a verme a menudo.

La miré y ella se acercó más y dijo:

—¿Hay algo que quieras que haga por ti?

La miré y ella apagó la vela.

— o O o —

Vi a Sheila siempre que pude durante un mes, a veces cenábamos en nuestro cuartel general, a veces íbamos a bailar, a veces dábamos largos paseos por la hermosa ciudad donde vivía, donde las acacias crecían altas en la colina, a veces bebíamos interminables tazas de café en el salón de su casa para humedecer la garganta seca de tanto contar historias de América a su madre coja y viuda. Hasta que aquello terminó, hasta que me dijo que se iba a Tasmania, Sheila no me contó que estaba casada.

Después de Molly y Sheila, se acabaron los sentimientos.

Sólo era caza.

¿Cómo se hace? Cómo lo voy a saber. No soy ningún Casanova, ni esto es un manual amoroso.

La caza es fría, sí; calculadora, por supuesto; un hombre no debe arriesgarse a comprometerse cuando satisface la lujuria. Nunca debe ser romántico. Debe dejar el amor romántico a los poetas no correspondidos que lo inventaron.

En ocasiones la caza terminaba en situaciones extrañas. Como aquella camarera de moral estricta...

—Vosotros, yanquis —jadeaba—, no tenéis moral.

—¿Cómo es eso?

—Ah —decía, mordaz—, sólo hay que echar un vistazo a Hollywood. Basta con leer las

noticias de esas estrellas... salen unos con otros, se casan cuatro o cinco veces. Los echarían de Australia. ¡A nosotros aún nos queda algo de moral! —se cubría con la sábana hasta la barbilla—. Vosotros no, yanquis... ¡Todo lo que queréis de una chica es acostaros con ella!

Sólo un necio o alguien que ya no estuviera interesado en la caza le habría señalado la incoherencia de su discurso.

Esa misma noche, de regreso, mis pasos se cruzaron con los de otro marine, más joven que yo, que gruñía mientras trataba de limpiarse las manchas de carmín del cuello de su camisa.

—El problema de estas chicas australianas —se quejaba— es que no tienen moral. Son demasiado fáciles. A ver si hay alguna chica estadounidense que se entregue como lo hacen ellas. No, señor, ni hablar... Ellas todavía tienen moral.

Los descendientes de los fariseos son legión. «Oh, Dios, te doy las gracias por no ser como el resto de los hombres... adúlteros, como también es este australiano y este americano y este...».

— o O o —

La enigmática era la camarera. Todo el tiempo que estuve en su compañía, no pude comprenderla. Decía despreciar a los estadounidenses, pero, si no salía conmigo, salía con otro marine. Le gustaba aceptar mi dinero, pero, cada vez que la ofendía, lo sacaba de su bolso soltando una imprecación y me lo devolvía. Apasionada, fría. Servía bebidas, pero no le gustaba beber. Despectiva hacia la música americana, era capaz de recorrer kilómetros para bailar jazz.

Una vez que recorriamos en barca el Yarra, metió lánguidamente la mano en el agua y parecía tan aburrida que yo me alegré en secreto, pues los marines nos habíamos vuelto blandos y la tarea de remar corriente arriba se había convertido en un desafío. Por fin, cuando empezaba a bostezar, hice virar la barca y me dirigí al embarcadero.

En el momento en que pusimos el pie en la orilla, ella palideció de ira y me espetó:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza que un hombre como tú saque a una chica al lago y la traiga de vuelta sin dirigirle siquiera una mirada cariñosa!

Al día siguiente, me dolían los brazos y el pecho... y no lamenté no volver a remar ni verla nunca más.

— o O o —

Sheila regresó. Un sábado por la noche, cuando tuve que quedarme en el campo de criquet y me fui temprano a la cama, alguien me despertó y dijo:

—Hay una chica en la puerta preguntando por ti, Lucky.

Sheila había estado en Tasmania sólo unos meses, pero parecía más vieja. Fuimos al parque y charlamos. Sheila quería ir a la ciudad, pero le dije que yo no podía: ella regresaba a Tasmania por la mañana, pero yo no podía.

—Pero no podemos quedarnos aquí sentados en el parque —se quejó.

—Espera —dije—. Tengo una idea. Los demás tienen pases de cuarenta y ocho horas. Cogeré sus mantas y colchonetas y las traeré aquí. Ve a por un par de botellas de cerveza —le di el dinero—. Celebraremos un picnic, ¿de acuerdo?

Ella se rió y dijo:

—Yanqui, eres un tío estupendo.

Las literas estaban oscuras y silenciosas. Vacié las piltras de Risitas e Indiana, sin olvidar la mía, enrollé todo en un enorme petate cilíndrico y corrí de vuelta al parque. Sheila llegó con la cerveza cuando yo tendía nuestro camastro bajo un gran árbol. Nos sentamos en la colchoneta y busqué la cerveza.

Gemí de desesperación. Sheila se había olvidado de traer un abrebotellas.

—No te apures, yanqui —dijo—. Aquí tienes.

Y se llevó a la boca el cuello de la botella de cerveza de Melbourne y le arrancó la chapa.

Ah, estas chicas australianas, reflexioné, mientras el maravilloso líquido ámbar corría libre.

—¿Sabes? Esto es un delito grave —dijo, acomodándose junto a mí—. Es un delito contra la Propiedad del Rey.

—¿Y eso qué es?

—Toda propiedad pública pertenece a la Corona. Esto que estamos haciendo se llama ofensa a la Propiedad del Rey... y te pueden meter en la cárcel por ello.

—Pues cojonudo, ¿no? —me burlé—. Por furtivos... Bueno, Sheila, a la salud de Su Majestad el Rey...

Pasamos la noche en el parque y ella me dejó por la mañana, cuando el gris amanecer retiraba el telón de la noche. Me dejó para siempre.

Recogí las ropas de cama y regresé al estadio. Para mi horror, las compañías ya estaban formando para pasar revista. Con las colchonetas al hombro yo era tan discreto como un elefante, una clara ofensa a la Propiedad del Rey.

Pero decidí echarle valor. Tras hundir la cara en las mantas, eché a correr.

Nunca olvidaré la expresión de incredulidad que arrugó el entrecejo del Viejo Gunny cuando pasé entre él y la Compañía H. No había andado ni diez pasos cuando sonó una risita. Luego silbidos. Después carcajadas. Aumenté la velocidad. Pero la noticia se había extendido a las otras tres compañías y pronto estuve corriendo entre un pasillo de burlas. Terminé corriendo a toda velocidad, pues los gritos, las risas y los abucheos se habían convertido en una tormenta de sonido que me impulsó por la puerta y los escalones hasta las literas.

Si había ofendido al rey aquella noche, mis camaradas habían impartido justicia en su nombre.

## Capítulo 14

Pero dos cosas pueden contener a un hombre en la Gran Diversión: la malaria y el servicio de guardia.

La malaria significaba el hospital y, a veces, la vuelta a casa. Sin embargo, estábamos tan decididos a divertirnos que un hombre que experimentaba la agotadora incomodidad de un ataque próximo seguía acudiendo a la ciudad, tampoco era extraño verlo después apoyado contra una farola, la cara blanca, los dientes castañeteando, cerrándose la guerrera contra el cuerpo tembloroso mientras buscaba un taxi que lo llevara de vuelta al campamento y a la enfermería.

Así fue como vi por última vez a Cicatriz-en-la-Barbilla. Sus ataques de malaria se habían vuelto más violentos y más frecuentes. Esa última vez estaba sufriendo horrores en una cama del hospital de campaña, una consulta improvisada bajo el estadio. Tenía la malaria «rompehuesos», ese tipo maligno que asa tu cuerpo al horno y estira tus huesos en un potro.

Yo había ido a despedirme, pues me había enterado de que iban a llevarlo de vuelta a casa. No sé si llegó a reconocermé, ni quise torturarlo preguntándole, pues ese sufrimiento no puede soportar la intrusión de otra persona. Así que dejé a Cicatriz-en-la-Barbilla, a quien apreciaba; Cicatriz-en-la-Barbilla, del ingenio mordaz y los nervios de acero. Estreché su mano ardiente y me despedí. Creo que hubo un destello de reconocimiento en su mirada, un temblor en la boca, como si intentara mover los músculos para ofrecer una sonrisa, pero no pude soportar verlo luchar así. Le solté la mano y me marché.

Para los no afectados por la malaria, sólo el estar de guardia podía mantenernos apartados de la juerga. Cuando nuestro batallón estaba de guardia, no importaba a qué compañía le tocara, todos teníamos que estar preparados y acuartelarnos en el campo de criquet.

Como en los viejos tiempos en New River, casi como si la vida girara de nuevo en torno a la antigua tríada de barracones, cerveza y petróleo. Llegábamos del campo de instrucción y nos lavábamos. Nos quitábamos los largos calzoncillos y nos metíamos bajo las frías duchas.

Alguien cogía los cubos (para ir en busca de cerveza esa vez, no petróleo), mientras el pelotón se sentaba al pie del mirador que daba al campo. Todo el mundo estaba allí: Risitas, Yardas, Indiana, el Roble, Amish, el Caballero, más recién llegados como Sonrisa Amplia (un chaval de hombros cuadrados y expresión simpática de los bayous de Louisiana que había venido como reemplazo a Guadalcanal) y Gran Ski, otro reemplazo, alto, patilargo, cetrino, con tendencia a farfullar de su estancia en Hawai con el ejército y de su esposa. Gran Ski era el único casado de nosotros.

Así pasábamos la noche, sentados en la oscuridad, mirando la negra mancha del campo, cantando o contando historias, oyendo en medio de la calma las voces apagadas de los otros pelotones, igualmente cansados, todos alrededor de aquella enorme herradura que rodeaba el terreno de juego.

Las canciones que cantábamos no eran nuestras: Estados Unidos aún no nos había dado una canción que cantar. Tomábamos prestadas *Waltzing Matilda* y *Bless'em All* de los australianos y *I've Got Sixpence* de los ingleses, a quienes no habíamos visto nunca.

Pronto, incluso esa sencilla diversión tocó a su fin y el día que nos enviaron al

campamento de Dandenong supimos que los buenos tiempos se habían terminado.

Los macutos llenos otra vez. Los cascos chocando contra los cañones de las armas. Los sargentos gritando de nuevo, incapaces de ocultar cierto placer. Las correas apretadas, clavándose en los hombros, el novato arrugándose y el veterano encogiéndose de hombros y cambiando su carga, recordando, abatido. Todo esto de nuevo: como un conocido molesto que se te cuela a tomar unas copas, reavivando antiguas animosidades y confiando en que regresará a la ciudad para siempre. Así que apáñatelas como puedas... y espera a que los demás se muden.

—¡Compañíaaaaaa!

Allí estaba.

—¡Marchen!

Silencio, sólo un instante, sólo aquel diminuto trozo de nada, vacío de sonido o movimiento, dividiendo una medida infinitesimal de otra, la infinitud misma tal vez y, entonces, el sonido inconfundible, el suave susurro de las tropas moviéndose al unísono, seguido del plano golpear de los pies en el pavimento. Y nos pusimos en marcha.

—Mi madre me dijo que habría días como éste... pero no tantos.

—¡Eh! Aparta esa metralleta de mi cara. ¿Qué intentas, convertirme en baja?

—Apártate entonces de mi trasero, capullo... No ganarás ningún Corazón Púrpura.

—¡Sí, el Corazón Púrpura! El culo púrpura, querrás decir, eso es lo que ganaremos.

Los perros marchaban por docenas junto a nosotros. Corrían de un lado a otro de la línea de marcha, ladrando juguetones. Eran tan tontos y bonitos y fieles que tuvimos que reírnos de ellos, una especie de risa nostálgica que te humedece las comisuras de los ojos.

—Mira a esos chuchos majaretas —dijo Risitas—. Nosotros caminamos cien metros y ellos, arriba y abajo, corren un kilómetro. Echarán el bofe antes de que hayamos recorrido la mitad del trayecto.

Tenía razón, aunque podría haber acertado la distancia. No habíamos recorrido ni seis kilómetros cuando vi al primero de los perros tendido en el camino, agotado. Tenía la cabeza hundida entre las patas, la lengua torcida en tierra, la mitad inferior cubierta de polvo. Nos miró entristecido mientras pasábamos. Pobrecillo, estaba exhausto. Durante el siguiente kilómetro, todo el camino fue cubierto de bajas caninas, pero no nos abandonaron.

Dejé de sentir lástima por los perros cuando noté las ampollas creciendo en las plantas de mis pies. Nos habían suministrado calzado del ejército neozelandés antes de la marcha y fui de los que tuvo mala suerte. Aquellos zapatos eran de grueso cuero negro, sorprendentemente recio, con suelas rígidas y tacones reforzados.

No eran para nosotros, acostumbrados como estábamos a nuestros *boondockers* de piel de gamo y suela de crepé, un calzado maravillosamente suave y cómodo diseñado para no hacer ruido. ¡Pero aquel instrumento de tortura neozelandés! ¡Aquel calzado de acero! ¡Esa bota de dolor! ¡Actuaba sobre las plantas de mis pies con la exquisita delicadeza de un torno!

El dolor se convirtió en mi compañero los siguientes quince kilómetros, hasta que todo mi ser pareció concentrarse en aquella increíble zona blanda presionada a cada paso contra el cruel acero de mis botas. Aun así, conseguí llegar a nuestro nuevo campamento y, cuando me presenté al médico del batallón y éste examinó las grandes ampollas que colgaban como ubres de las plantas de ambos pies, me dijo:

—Tendrías que haber caminado los últimos quince kilómetros sobre las manos.

Asentí, y suspiré de placer cuando las reventó y dejó que saliera el agua, las vendó y me envió cojeando de vuelta con mis compañeros.

No fui el único que se calzó aquellas botas brutales. Hubo otros afectados. No volvieron a suministrarnos ese calzado, pues estuvo a punto de estropear los pies de una cuarta parte del batallón.

— o o o —

Nuestro nuevo campamento albergó a todo el Primer Regimiento, situado en la falda de una de las colinas, que aquella tierra lastimosamente pobre en altitud había llamado montañas Yuyang. No eran más que colinas: suaves promontorios donde aquí y allá corría un estrecho arroyo. Pobre Australia. La naturaleza no ha sido muy generosa con ella. No hay ríos ríos, sólo arroyos, y uno de ellos corría al pie de la colina donde estaba situado nuestro campamento.

Naturalmente, llovía y, naturalmente, había lodo. La comida era una papilla de carne de

oveja y verduras pasadas. Como combustible, un lote de leños cortados para la estufa que había en el centro de cada tienda. Como divertimento, algún permiso ocasional de fin de semana y una cantina un kilómetro carretera abajo donde servían la cerveza más verde y repugnante que he bebido jamás, elaborada (no estoy seguro si decir perpetrada) en la propia fuente de lona de los oficiales y servida en los tapones de nuestras cantimploras en una habitación destinada a albergar a veinte personas, pero ocupada todas las noches con al menos doscientas.

Las semanas pasaban con marchas y problemas nocturnos y ejercicios diarios en los campos, una rutina parecida a la vivida los días como reclutas en New River. Más aburridos, quizás incluso amargos, por lo que se esperaba de nosotros, los famosos vencedores de Guadalcanal.

A veces nos daban un puñado de arroz, o la cantidad con la que le basta a un soldado japonés, y nos ordenaban que hiciéramos maniobras de noche y hacíamos marchas forzadas nocturnas de cincuenta kilómetros o así y dormíamos durante el día. Recuerdo haberme dormido en un prado y despertarme con una enorme vaca de ojos amables que me mordisqueó con un manso reproche por haber elegido el pasto más tierno para acostarme. De los problemas nocturnos aprendimos una lección duradera: cuando un mapa y una brújula entran en contacto con un segundo teniente, prepárate para la confusión.

Durante aquel período, se produjo una inapreciable tensión de la disciplina, como el jinete que tira lentamente de las riendas, pero hubo un brusco retroceso cuando reformaron las compañías. El sargento McCaustic se había hecho cargo de la Compañía H como primer sargento. Era un tipo delgado que apenas sobrepasaba el mínimo de altura exigida, con una lengua sucia, de temperamento claramente sádico, si bien no llegaba a ser un monstruo gracias a su excelente sentido del humor y su rápida inteligencia.

En el sargento McCaustic encontré mi cilicio particular. Llegamos a un acuerdo en un par de días, es decir, llegamos a la conclusión de que él y yo éramos incompatibles. Cuando llegó el momento de rehacer las compañías, el sargento McCaustic se libró de mí alegremente.

Ya me lo esperaba mientras me dirigía a la tienda de la compañía con los demás para pasar revista. Llovía, pero el sargento McCaustic ignoró las gotas de lluvia que aplastaban sus finos rizos contra su estrecho cráneo. Habló con despreocupada alegría mientras permanecía allí de pie, rodeado de sonrientes sargentos, rodeados a su vez de hombres formando una media luna.

—Muy bien, escuchad. Esta compañía ha estado holgazaneando demasiado tiempo... y todo es por culpa de unos cuantos inútiles y ovejas negras. Así que hoy nos vamos a librar de ellos.

Unos cuantos sargentos se cubrieron la boca con la mano. Cómo disfrutaron: la lista de las «ovejas negras» no la había escrito McCaustic solo.

—Compadezco a las compañías donde vayan, eso es todo lo que puedo decir —continuó McCaustic con su rápida forma de hablar—. Pero allá vamos. Los siguientes nombres van a ser deportados —se oyeron risas—, es decir, trasladados, a la Compañía E. En cuanto pronuncie sus nombres regresarán a la zona asignada a su pelotón, recogerán sus cosas y formarán delante de la tienda de la compañía.

Cada vez que pronunciaba un nombre, McCaustic sonreía. Un sargento o dos se reían. La alegría se extendía por toda la media luna, pero la risa de la media luna nunca era tan sincera ni sentida como la del círculo de sargentos, pues cada nombre suponía la desgracia de algún hombre, la marcha de un amigo, la rotura del tejido de una amistad forjada en Parris Island y New River y templada en el crisol de Guadalcanal. Cada vez que pronunciaba un nombre, algo se perdía, algo inconmensurable, quizá ni siquiera sentido por la mayoría de aquellos hombres de la media luna, pero se perdía, de todas formas, como un pedazo de tierra que se desprende silenciosamente de la ribera del río y cae a la corriente y continúa hasta el mar.

Pronunció mi nombre. Las risas se alzaron y yo me dirigí apenado a mi tienda.

Adiós Risitas, hasta siempre Indiana y Yardas, adiós a la Compañía C. Me vine abajo. Lloré mientras caminaba, y la lluvia fue un alivio, pues pude agachar la cabeza y bajarme el casco como para protegerme el rostro. Llegué a mi tienda y recogí mis cosas. La pena se mezcló con la humillación y la indignación y empecé a odiar al sargento McCaustic con un odio implacable, inolvidable, imperdonable. Mis manos ansiaban su cuello. Anhelaba estar a solas con él en su tienda, ardía con la intensidad de mi odio y, si el mismísimo Dios me hubiera ordenado amar a aquel hombre, no sé qué habría respondido.

Empaqueté mis cosas y salí de mi tienda. Seguía lloviendo cuando regresé a la tienda de la compañía. La multitud se había dispersado. Los otros «deportados» permanecían de pie bajo la lluvia, rechazados, sus cabezas, como la mía, más hundidas de lo necesario para evitar las gotas de lluvia, sus cuerpos tensos reflejando con claridad su desgracia. Dentro de la tienda de la compañía se oía un murmullo de voces y el cacareo de la risa de McCaustic.

Permanecimos allí hasta que apareció un sargento de la Compañía E. Nos dirigió una mirada apagada y entró en la tienda, para salir unos minutos más tarde con nuestros historiales en la mano. Los guardó bajo su poncho y nos examinó con franqueza. Se encogió de hombros.

—¡Destacamento, ateeeeención! —ladró. Nos pusimos firmes con torpeza, lastrados por nuestra carga—. Derecha —giramós—. ¡De frente, maaaarchen!

Echamos a andar.

Los deportados, o trasladados, procedían de todas las compañías del batallón, quizá porque los comandantes consideraron que la reestructuración pondría fin a las viejas peleas familiares. En esa confusión busqué santuario. Decidí ausentarme sin permiso, pero, por una vez, intentaría salirme con la mía.

Mi plan era torpe y peligroso. Se basaba en tres hechos mañaneros: me había despertado con los antebrazos cubiertos de grandes verdugones rojos, el sargento de artillería de la Compañía E me había confundido con Sonrisa Amplia, que había sido deportado conmigo, y en unas cuantas horas la Compañía E marcharía a Rye para pasar una semana haciendo prácticas de tiro. Sonrisa Amplia se quedaría detrás cortando madera, según me contó el sargento artillero, pero nadie se lo había dicho.

Convencí a Sonrisa Amplia de ir a Rye y responder cuando me llamaran por mi nombre dos mañanas. Le dije que cuando el sargento Habla-sin-Rodeos apareciera para enviarme a cortar leña, pensando que yo era Sonrisa Amplia, le diría quién era yo y que Sonrisa Amplia había ido a Rye. También le diría que me habían ordenado ir al hospital para tratarme la urticaria. Sonrisa Amplia, después de dos días, le diría al sargento mayor de Rye quién era, fingiendo sorpresa porque no habían mencionado su nombre al pasar revista. Tenía que decir que no me conocía.

Mi esperanza era que el sargento mayor de Rye, cuando descubriera que estaba ausente, vacilara en considerarme ausente sin permiso hasta poder determinar la fecha exacta de mi partida. No le gustaría admitir al sargento mayor ni al comandante de su compañía que había estado considerando presente a un hombre ausente. Esperaría, razoné, a volver al campamento y tener una oportunidad de sonsacarme algo. Entonces yo le soltaría una trola.

La jugada no era fácil, pero yo estaba desesperado por librarme de aquellos rostros desconocidos y nada apreciados de mis nuevos compañeros. A Sonrisa Amplia el plan le pareció desastroso.

—¡Demonios! —dijo, sombrío—. Si fuera yo, me iría y ya está, pero vale.

Cuando la Compañía E se marchó de maniobras, me quedé acostado en mi camastro en la tienda. Oí al sargento Habla-sin-Rodeos con su voz grave producto del whisky llamando a los hombres que irían a cortar madera al bosque. Le oí llamar a Sonrisa Amplia dos veces y di un respingo ante el silencio que se produjo a continuación. Entonces Habla-sin-Rodeos ladró sus instrucciones y comenzó la búsqueda de Sonrisa Amplia. Me asomé y lo vi recorrer los pasillos entre tienda y tienda, retirar la lona, asomarse, continuar su camino. A unas cuantas tiendas de distancia, me retiré y me tumbé en mi camastro.

Un rayo de luz precedió a la entrada de Habla-sin-Rodeos en la tienda. Cerré los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo en el catre?

Abrí los ojos, fingiendo sorpresa, y me puse en pie de un salto. Lo miré aturdido.

—¿Tú no eres Sonrisa Amplia?

Negué con la cabeza.

—¿Cómo te llamas, entonces?

—Lucky —dije—. Procedo de la Compañía H.

—Lo sé, lo sé —murmuró él, sacando una libreta manchada.

Después de echarle un vistazo, me dirigió una mirada de irritación.

—¿Conoces a Sonrisa Amplia?

—Sí.

—¿Lo has visto?

—Sí, se fue al campo con la segunda sección.

Maldijo con desesperación. Su aliento olía a Aqua Velva. El sargento Habla-sin-Rodeos, conocido en el batallón por su afición a la loción para después del afeitado, debía de haber

apurado el frasco esa mañana. Entonces me miró ferozmente.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿No se supone que debes de estar en el campo?

—No —contesté, subiéndome la manga—. Mire. Tengo urticaria. El sargento mayor me dijo que fuera al hospital.

Habla-sin-Rodeos miró las manchas rojas y retrocedió. Para un viejo veterano, no hay nada más horripilante que una enfermedad cutánea, cualquier forma de suciedad corporal: son los hombres que se han pasado la vida entera viviendo en común y han visto cómo se esparcen las epidemias. Para ellos, todo es contagioso. Me dejó, sin hacer más preguntas.

Me puse mi ropa de permiso, guardé unas cuantas camisas caqui y unos pañuelos de campaña en una bolsita de viaje y volví a acostarme. A mediodía, mientras los leñadores estaban comiendo, bajé por la pendiente y salí por la parte trasera del campamento, donde no había guardias, cogí un tranvía hasta la estación Dandenong y, desde allí, un tren hasta Melbourne. Me pasé cuatro tranquilos días en Melbourne, en casa de un amigo, haciendo el crucigrama por la mañana, bebiendo poco, incluso leí, y regresé al campamento al quinto día, un viernes.

Era día de paga. Habían colocado una mesa en la calle de la compañía y, detrás de la mesa, se sentaba el comandante, que nos pagaba cuando firmábamos el libro de cuentas abierto ante él.

—Muy bien —gritó el sargento de artillería Habla-sin-Rodeos, pasando a la fórmula habitual para la paga—, alinéense en orden alfabético, no importa el rango: primero los regulares, luego los reservas. Firmen en el libro apellido, inicial del nombre de pila y *júnior* si lo son. Tuve una premonición.

El sargento Habla-sin-Rodeos me llamó y escrutó la fila con la feroz mirada de un cazador.

Di un paso adelante y firmé la nómina.

El comandante me miró fijamente, con ojos tranquilos y calculadores. Me pagó.

Suspiré aliviado y me di media vuelta, pero una mano furiosa me cogió por el hombro y me hizo girarme.

—¿Eres Lucky?

Era Habla-sin-Rodeos.

—Sí.

—Ve inmediatamente a la oficina de la compañía.

Su aliento olía tanto a Aqua Velva como siempre y, mientras me dirigía apesadumbrado a la oficina de la compañía, pensé que al ser día de paga, el economato del batallón se quedaría indudablemente sin loción para el afeitado al anochecer. También pensé que hasta entonces nunca me había enfrentado al sargento primero de la Compañía E.

Su ira no resultó nada convincente mientras yo permanecí allí de pie, mirándolo, sentado ante su escritorio. No tenía aspecto de hombre apasionado, ni los modales de un encallecido sargento primero. Su rostro duro, de nariz grande y orejas enormes, no ocultaba su edad, que no alcanzaba los treinta años, demasiado joven para ser sargento primero del Cuerpo de Marines.

—Será mejor que te quedes aquí —dijo—. Vas a ver al comandante.

—¿Por qué?

—¡Y encima tienes la cara de preguntar por qué! Por ausentarte sin permiso, por eso, y lo sabes —me miró con severidad—. ¿Dónde has estado?

Guardé silencio, mi corazón latiendo y la cabeza esperando que Sonrisa Amplia hubiera podido responder a una revista (sólo a una, eso era todo) para confundirlos.

—¿Dónde has estado? —repitió, sin tanta fuerza.

—En las maniobras —dije. Él hizo una mueca de desdén.

—No me vengas con ésas. Sabemos que no estuviste allí. Sabemos lo que le dijiste al sargento artillero también. Te has escapado, ¿no? Silencio.

Su exasperación se mezcló con la persuasión y resultó ser más hábil con las lisonjas que con la furia.

—Mira, sé lo que te está reconcomiendo. Sé que recibiste un mal trato por parte de McCaustic. Así que estuviste dándole vueltas y se te fue la cabeza y te quitaste de en medio unos cuantos días. Muy bien, no te lo reprocho... ¿Por qué no eres listo? ¿Por qué no lo admites y me dejas hablar con el capitán? Será comprensivo. Vamos..., no vayas a hacer ninguna estupidez ahora, no eches todo a perder.

Esa es la llamada más difícil de resistir, la otra cara de la moneda, pero resistí el canto de sirena y guardé silencio. El sargento primero se mostró molesto y por fin dije:

—Estoy dispuesto a enfrentarme a los cargos.

—Vuelve a tu tienda y espera —replicó.

Me marché, medio exultante. ¡Sonrisa Amplia debía de haberme protegido! Obviamente, el sargento primero no tenía ningún deseo de llevarme ante el comandante del batallón, pues no quería admitir que me habían considerado presente al pasar revista varios días, cuando en realidad había estado ausente sin permiso. Mi plan estaba funcionando. Me senté en la tienda y esperé. Una hora después, llegó un mensajero.

—El sarge quiere verte.

A solas, el sargento primero me saludó con una pregunta.

—¿Sabes escribir a máquina?

—Sí.

—Muy bien, ¿te gustaría ser el secretario de mi compañía?

¿Quién puede reprocharme que sonriera? ¡Ya estaba claro! ¡Si no puedes con ellos, sobórnalos!

Contesté que sí, y tres días más tarde el sargento primero contrajo malaria y yo me convertí en sargento primero en funciones de la Compañía E.

Aquéel era un trabajo aburrido, poco menos tedioso que los deberes del secretario de la compañía, que reemprendí cuando el sargento regresó del hospital. En mis diez días como sargento de la Compañía E casi no hubo ningún incidente, salvo que un pelota me quiso sobornar con dos libras para que lo librara de la guardia el fin de semana, trato que rechacé, sin olvidar obligarle a invitar a Risitas, Indiana, Yardas y los demás cuando nos reunimos una noche en la cantina. Por lo demás, mi ridícula metamorfosis de culpable de la compañía a jefe de paja de la compañía sólo me supuso ciertas comodidades, pero, en sí, aquélla era una tarea embrutecedora y por eso aproveché la oportunidad para ser transferido al Batallón de Inteligencia.

El Artista, que había estado en mi pelotón de instrucción en Parris Island, también estaba en el Batallón de Inteligencia, el B-2, como se llamaba. Había sido trasladado como explorador desde la Compañía G, tras haberse distinguido en la Batalla del Tenaru, donde un japo le había hecho un tajo en la pierna con una bayoneta.

Poco después de que el sargento primero regresara, Artista me abordó en la calle del batallón. El teniente Grandes-Ideas, el oficial del Batallón de Inteligencia, lo acompañaba.

—Aquí está —le dijo al teniente, llamándome—. Éste es el hombre del que le hablaba.

Me presentó.

—Tengo entendido que era usted periodista —dijo Grandes-Ideas. Asentí—. ¿Le gustaría encargarse del periódico de nuestro batallón?

Me mostré encantado y así terminó mi breve y azarosa carrera como fusilero de la Compañía E, durante la cual ni una sola vez me eché un fusil al hombro.

Naturalmente, tampoco llegué a publicar el periódico del batallón: sólo era una de las grandes ideas de Grandes-Ideas. Una ocurrencia que halagaba a su vanidad. Ni siquiera había un periódico del regimiento o de la división, pero, con todo, Grandes-Ideas podía alardear de tener un editor potencial en su Sección de Inteligencia, incluso podía, dada su naturaleza, considerar que aquel deseo suyo era una realidad.

Incluso así, Grandes-Ideas me rescató del tedio de la secretaría de la compañía, me llevó de vuelta al servicio y restituyó el orgullo herido por la «deportación» de McCaustic. También le debo a Grandes-Ideas que no le importara nada mi reputación de rebelde, ni siquiera que a esas alturas yo fuera ya una rata de calabozo veterana.

PARTE CINCO

---

Rata de calabozo

---

## Capítulo 15

He oído decir que al general Smedley Butler le gustaba recalcar: «Denme un regimiento de ratas de calabozo y me comeré el mundo».

Puede que el Viejo Ojos Penetrantes nunca dijera esto, pero podría haberlo dicho perfectamente o, si no él, muchos otros comandantes de marines, pues expresa un sentimiento marino y, cuando se analiza, resulta que no es algo desvergonzado ni chocante, sino una obviedad: el hombre que acaba en el calabozo suele ser un hombre de espíritu osado y mente independiente que se rebela alguna que otra vez contra la dura e implacable disciplina del campamento.

No intento exaltar una conducta que debe ser condenada. No estoy sugiriendo que por su osadía o independencia las ratas de calabozo deban ser perdonadas y escapen al castigo. Debían ser enviadas al calabozo y al calabozo eran enviadas. Tampoco estoy hablando de una rata de calabozo cualquiera, el hombre que siempre se hace el enfermo, el hombre que no sirve para nada y está más veces en la trena que fuera a fin de evitar todas las consecuencias de su uniforme, incluso combatir. Hablo del soldado joven y valeroso cuya misma naturaleza le genera conflictos con la disciplina militar y hace que acabe, a menos que sea excepcionalmente afortunado, en el calabozo.

Hablo de Risitas y del Pollo y del Roble y de una docena más... y, por supuesto, de mí mismo.

El aniversario del nacimiento de George Washington fue el día en que Risitas y yo manchamos la pureza de nuestros historiales. Ese día la división iba a desfilar por Melbourne. Teníamos que marchar por Swanston Street arriba, apenas un mes después de nuestra llegada a Australia, para aceptar los aplausos de una ciudad y una nación que seguían siendo muy conscientes de la amenaza japonesa que había existido en Guadalcanal.

Pero Risitas y yo no queríamos desfilar. Queríamos ver el desfile y eso, como comprenderán, es imposible para la persona que va desfilando con el fusil pegado al hombro, los ojos fijos al frente y totalmente concentrado en la nuca del tipo que marcha delante.

Gracias a algún subterfugio evadimos ese odioso deber y nos atrincheramos ante el City Club, bebidas en mano, cuando la Primera División de Marines entró desfilando en Melbourne la tarde del 22 de febrero de 1943. A nuestro alrededor se alzaban los vítores y los entusiasmados aplausos de los australianos al ver pasar a nuestros camaradas.

—¡Bien por vosotros, yanquis!

—¡Ah, un grupo cojonudo, en efecto!

—¡Adelante, muchachos!

—¡Hurra por los chicos yanquis!

Los hombres vestían uniforme de campaña y macutos de combate. Los fusiles al hombro y las bayonetas caladas, todos llevando o cargando su propia arma en la batalla. Así que resultaban bastante impresionantes: delgados, duros, bronceados, de movimientos rápidos y aspecto capaz. Tragué saliva repetidamente, y mis ojos se llenaron de lágrimas al verlos pasar. Incluso los australianos, que han heredado de los ingleses la afición a los soldados que dan taconazos, agitan los brazos y se pavonean, incluso ellos, finalmente, guardaron silencio cuando la Primera División de Marines pasó en silencio, caminando de aquella

manera sin esfuerzo pero alerta que identifica a los soldados estadounidenses camino del frente.

Pronto Risitas vio el estandarte rojo y dorado de nuestro regimiento. Nos alejamos un poco, pasando de nuestra posición en primera fila a la tercera o la cuarta. El Primer Batallón pasó. Entonces llegó el nuestro y nuestros corazones latieron más rápido. La Compañía E, la Compañía F y, por fin, la Compañía H. ¡Allí estaban! Allí estaban Indiana y Yargas, el teniente Ivy League y el Caballero y Amish... ¡Todos! ¡Oh, qué orgullo sentimos al verlos! Era estimulante, era abrumador, era como leer tu propio obituario o escuchar tu propio responso..., verlos allí moverse con tanta confianza y tanto orgullo, notar la admiración en los ojos de los australianos que nos rodeaban. ¡Un gran día, sin duda! Esperábamos que no terminara nunca, pero terminó, y no nos quedó nada más que hacer que sustituir esa rara y genuina alegría por esa otra alegría artificial que se guarda, con su corcho y su chapa, en grandes cantidades en el interior de las botellas. Así que nos dimos la vuelta y volvimos a entrar en el City Club.

Y, naturalmente, bebimos demasiado.

Al anoecer, estábamos como cubas. Pero Risitas tenía que hacer guardia ante la cantina esa misma noche. Se marchó con paso algo torpe. Para cuando llegara al campo de criquet, la inestabilidad se le habría pasado. Risitas tenía esa habilidad.

Al rato, también yo regresé al campamento, gracias a la suerte o por la intercesión de mi ángel de la guarda. Eché a correr hacia un tranvía que subía por Wellington Parade, salté desde el andén, lo perdí, me agarré a la barra y me arrastró dos manzanas hasta que un par de fuertes zapadores pudieron subirme a bordo, como si fuera un ahogado.

Tambaleándome, me erguí y saqué pecho.

—Esto no es nada —dije—. ¡Anoche me atropelló uno!

Nos estuvimos riendo hasta que llegué a mi parada y me bajé.

Encontré a Risitas haciendo guardia cabreado en la entrada de la cantina. Risitas confiaba en poder hacer la guardia dentro, donde podría haberse chupado una cerveza o dos.

—Te traeré una —le prometí.

Regresé con una gran jarra de cristal para que Risitas pudiera tomar un par de sorbos a escondidas. Tomamos más jarras, hasta que Risitas dijo:

—Tengo que ir al baño. Toma..., cúbreme.

Me dio el cinto y el casco y se largó.

Que un centinela se emborrache y luego deserte de su puesto y entregue su arma supone combinar un pecado mortal con un delito imperdonable. Me quedé esperando lleno de ansia a que regresara lo antes posible, pero entonces sucedió algo desafortunado.

El teniente Ivy League apareció por el pasillo.

Digo que fue desafortunado porque Ivy League era el oficial de guardia. Más que eso, seguía siendo el hombre que me había robado mis puros, los puros de todos los voluntarios, si quieren. El alcohol que tenía dentro alimentó mi ira y saqué la pistola de Risitas y le apunté diciendo:

—Quieto ahí, sucio hijo de puta ladrón de puros... o te volaré ese culo de señorito.

O palabras por el estilo.

Fuera cual fuese la expresión empleada, la pistola lo dejó claro. El teniente Ivy League se marchó y regresó junto al cabo de guardia (Caralisa, que se había vuelto a unir al regimiento) y el sargento de guardia. Mientras Ivy League me entretenía conversando, Caralisa y el sargento hicieron una maniobra de infiltración. Saltaron sobre mí. Habían sido más listos que yo... y me habían superado.

—Coged esa pistola y ese cinto —ordenó Ivy League, blanco de ira—. ¡Y buscad a ese maldito idiota de Risitas!

No hizo falta. Risitas llegó corriendo, demasiado tarde, ay. Ivy League lo mandó al calabozo. Temblando de furia, abriendo y cerrando los puños, la mandíbula tan tensa que casi se podían oír los molares rechinando, Ivy League nos observó.

—¡Al trullo!

Caralisa nos guió. Inexplicablemente, mientras nos acercábamos a la implacable fachada de acero del calabozo, nos dieron un indulto. El sargento dijo algo y Caralisa se detuvo.

—Id a dormir —dijo—. Ivy League os verá a todos por la mañana.

Sacudió tristemente la cabeza.

—¡No sé qué demonios te ha pasado por la cabeza, Lucky! ¡Tratar de disparar al oficial de guardia! Conozco a un tipo al que le cayeron diez años sólo por pegarle a un oficial.

Alguien me despertó bruscamente por la mañana. Era el sargento de la noche anterior.

—Venga, vístete. Uniforme de faena. Vas a ver al jefe.

Esperó sombrío a mi lado mientras yo cubría apresuradamente mis largos calzones con los pantalones y la guerrera de faena. El sargento parecía hervir por fuera, pero yo estaba helado por dentro. Todo lo que había hecho la noche anterior me caía encima: ¡veinte años de trabajos forzados no serían una pena muy dura por atacar al oficial de guardia!

Más helado que ninguno de los dos, el sargento mayor del batallón nos esperaba ante la puerta del coronel. Alto, de rasgos afilados, el cabello rubiasco tirando a escaso y los pelos de su bigote militar afilados como bayonetas, parecía más un sargento de la guardia escocesa que de los marines estadounidenses.

—El prisionero —dijo, examinándome, ajeno a mi horror al verme llamado de esa forma—, el prisionero entrará en el despacho del coronel cuando yo dé la orden. Tras la orden de detenerse se pondrá firmes delante del coronel y permanecerá así hasta que se le dé la orden de descanso. ¡Atención! ¡De frente, maaarche! ¡Prisionero, alto!

Mis ojos cayeron sobre la coronilla rosada de Mister Cinco-por-Cinco, el comandante de nuestro batallón.

Mister Cinco-por-Cinco recibía su apodo por su constitución, algo más de cinco pies de altura y casi la misma anchura. Era un mote afectuoso, lo apreciábamos de veras o, al menos, lo habíamos apreciado en Guadalcanal, cuando no pasaba un día sin que Mister Cinco-por-Cinco subiera y bajara aquellas montañas para atender a sus líneas y a sus hombres.

El sargento mayor leía los cargos, la sequedad de su estilo militar derrotada ocasionalmente por la dificultad con las palabras. Cuando terminó, el coronel me miró de arriba abajo, taladrándome con la mirada como si mi estómago fuera transparente.

—Teniente, oigamos su versión de lo sucedido.

La voz de Ivy League llegó flotando por encima de mi hombro. Sentí sobre mí los ojos de Mister Cinco-por-Cinco mientras, hablando con voz forzada (como si también él se sintiera avergonzado ante el coronel o le disgustara hacer lo que tenía que hacer), relató los hechos de la noche anterior. Dijo la verdad, incluyendo la prueba de cargo, más mi borrachera, pues la embriaguez dista mucho de ser un atenuante en el Cuerpo de Marines.

El coronel me estuvo examinando con severidad. Miré al frente, tratando de no tragar saliva, tratando de poner acero en mi estatura, tratando de no parpadear, tratando de mantener la lengua húmeda para poder responder rápida y claramente cuando me hablaran... tratando en todos los sentidos de dar falsa fuerza a las arenas movedizas de mis cobardes tripas. La expresión del coronel era severa. No pude deducir nada de su cara, mientras estudiaba mi historial, pasando despacio las páginas, como si las sopesara contra las palabras del sargento mayor y de Ivy League. ¿Sería cruel o indulgente? Imposible saberlo, pero sí sabía una cosa, como sabía todo soldado en la guerra: mi futuro, incluso mi vida, estaba en sus manos. Y aquel pensamiento era demasiado inquietante.

—¿Cómo se declara?

Contra mi voluntad, me aclaré la garganta y tragué saliva.

—Culpable, señor.

Él volvió a estudiar mi historial.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—No voy a arruinarle la vida —y mis tripas, que habían estado tratando de escapar, parecieron detenerse y se recuperaron—. Podría encerrarle mucho tiempo por lo que ha hecho. Estar borracho no es ninguna excusa: se supone que un marine debe saber aguantar el alcohol. Pero tiene un buen historial de guerra —continuó, pasando de nuevo las páginas de mi historial— y parece tener buen fondo, así que no voy a enviarlo de vuelta a Portsmouth, donde marca el reglamento que debería enviarlo..., pero tampoco voy a dejar que se salga con la suya.

Su rostro se endureció.

—Cinco días a pan y agua. Degradado a soldado raso.

El sargento mayor ladró sus órdenes. Obedecí mecánicamente, tan feliz que casi no advertí la expresión de decepción en la cara de Ivy League, la expresión del cazador cuya presa se le ha escapado. Ivy League no quería arruinarme la vida tampoco, pero habría apreciado una sentencia más severa. ¡Cinco días a pan y agua! ¡Podrían haberme caído cinco años! Yo estaba tan entusiasmado que habría abrazado al carcelero cuando apareció ante el despacho del coronel, con el fusil en prevengan, y me escoltó.

Ir al calabozo en el Cuerpo de Marines, sobre todo a la celda a pan y agua, es como si

fueras a viajar a otro país.

Primero debes pasar por la enfermería para que te hagan un reconocimiento médico para determinar si eres lo bastante fuerte para soportar semejante dieta y confinamiento; luego debes visitar la oficina de la compañía, para que pasen a tu historial las marcas negras y, más importante, para asegurarse de que pierdes la paga el tiempo que estés encarcelado; a continuación, debes volver a visitar la zona de tu compañía para entregar tu arma y tu equipo al sargento encargado y, luego, vestido sólo con un ajado mono de faena, el ropaje del calabozo, estás listo para que la puerta se cierre detrás de ti.

En tu compañía, eres hombre muerto durante cinco días. Incluso quitan de tu camastro la colchoneta y las mantas. Eres un cero a la izquierda, el desgraciado cuya foto vuelven contra la pared.

A cada paso del camino de esta lenta progresión, te sigue tu guardián, trotando sombrío detrás de ti, fusil en alto sobre el pecho, como un piragüista con el remo preparado: tu sombra y tu vergüenza. Los grandes círculos negros que adornan por delante y por detrás tu uniforme casi parece que tienen peso, tan dolorosamente los sientes, pues sabes que son para que el carcelero apunte bien si echas a correr hacia la libertad.

El calabozo te recibe y tú no eres nada. Incluso las ropas que llevas pertenecen al calabozo y llevan su marca; tu mismo cinturón y tus cuchillas de afeitar se entregan al guardián, no tienes nada, no eres nada.

La puerta de acero de la jaula se cierra detrás de ti, cero a la izquierda, y allí está el guardián, doblando intencionadamente una manguera de goma y adviertes que lo han elegido por su crueldad. De repente, las cosas se han puesto serias. No hay nadie para apreciar el humor de la situación. Un escalofrío surge del suelo de cemento y el corazón se te hiela, al mirar al guardián del calabozo con sus brillantes ojos oscuros cargados de crueldad.

Hace frío y estás solo y, contra ti, se halla el guardián con su uniforme bien planchado y, detrás de él, los Marines de Estados Unidos y, detrás de ellos, Estados Unidos de América... y detrás del guardián, de nuevo en la realidad, una puerta se abre y una voz ordena:

—¡De frente, maaarche!

Y entras de puntillas para saludar a tus compañeros de celda a pan y agua.

Había entrado en un mundo de sombras. Había entrado en un lugar que parecía una caverna tallada en la roca submarina de un río subterráneo. Pero entonces oí un murmullo y las sombras parecieron tomar sustancia y oí una risa..., y entonces incluso aquel lugar terrible pareció animarse con esa gran esencia en llamas, el espíritu humano, y me di cuenta, claro, de que no estaría en el infierno sino sólo en el calabozo durante cinco días.

Mis ojos se ajustaron a la penumbra y distinguí que estaba en una estancia de unos seis metros por cuatro, donde una luz mortecina se colaba por un rectángulo de grueso cristal situado en las alturas de una de las paredes. Al igual que las paredes, el suelo era de cemento pelado y se curvaba hacia dentro en dirección a un sumidero colocado en el centro. En el centro de la pared a mano derecha había un grifo de agua del que colgaban dos o tres tapas metálicas de cantimploras. La celda a pan y agua era una sala de duchas reconvertida, como comprobé cuando vi que las sombras se apoyaban contra las paredes, observándome con curiosidad y expectación. Una voz preguntó desde la oscuridad:

—¿Por qué estás aquí?

Tragué saliva y se lo dije. Se produjo un incómodo silencio. Y entonces...

—¿Pero estás loco, tío? ¿Por qué quisiste dispararle al oficial de guardia?

—Me robó los puros en Guadalcanal.

—Lástima que no mataras a ese hijo de puta —gruñó alguien.

—¿Qué te ha caído? —preguntó otro.

—Cinco días a pan y agua —respondí.

Una exclamación generalizada de incredulidad.

—¿Cómo te has librado? ¡Demonios! A mí me han caído treinta días por largarme un par días. ¡Y a ti sólo cinco! ¡Por lo que hiciste, tendrían que haberte devuelto a Portsmouth y enchironarte para siempre!

—¡Demonios, sí! Intentar dispararle al oficial en jefe... ¿A quién conoces, amigo? ¿Tu viejo es general o algo?

De repente la culata de un fusil golpeó bruscamente la puerta.

—¡Silencio ahí dentro!

Se sucedieron los murmullos y poco a poco se hizo el silencio en la celda a pan y agua. Mis ojos se habían acostumbrado ya del todo a la mala luz y estudié a mis compañeros ratas

de calabozo. No había ninguno de mi compañía, aunque vi a otros hombres del batallón, a quienes conocía de vista. Todos los rostros parecían desfigurados con esa expresión de desánimo malhumorado común a las víctimas de pequeñas persecuciones o a los jóvenes de ciudad o a los diletantes desencantados, pero no tanto como para no suavizarla con sólo insinuar que las puertas de la prisión se abrirían de par en par: entonces, todo rastro de rencor y resentimiento desaparecerían. Aparte de esa expresión, aparte de los vanos gruñidos contra los oficiales o los suboficiales que los habían enviado allí, o aparte de las funestas pero vacuas amenazas de venganza, no había nada que distinguiera a las ratas de calabozo de los hombres de fuera. Las ratas de calabozo éramos simplemente marines que se habían metido en líos.

Las sombras siguieron de pie, nadie se sentó, y le pregunté a un hombre que tenía cerca por qué. Señaló al suelo y dijo:

—Mojan el suelo. No puedes sentarte, a menos que quieras mojar el culo.

Justo entonces la puerta se abrió y un soldado empezó a arrojar cubos de agua. Tras él había otro soldado, con el fusil en prevengan. La ira me dominó.

—Tómalo con calma —dijo la sombra que estaba junto a mí—. Te acostumbrarás. El calabozo no es ningún club de campo, ya sabes. Mojan el suelo cada vez que pillan a alguien fumando aquí dentro.

—¿Fumando?

El asintió y seguí su mirada.

La puerta apenas se había cerrado tras el soldado del cubo cuando dos sombras acurrucadas frente a nosotros encendieron una colilla apagada. Ocultaron la llama quitándose las guerreras y colocándolas, como si fuera una tienda, sobre la cabeza de uno de ellos. Fumaban dando pequeñas caladas, expulsando el humo rápidamente hacia abajo y, luego, dispersaban las nubecillas deladoras abanicando velozmente con las manos. Aquello era la monda, pero a nadie le parecía gracioso.

Se oyeron feroces susurros de desagrado, pero los fumadores los ignoraron y siguieron poniendo en peligro a todos los demás por un placer que sólo podía derivarse del conocimiento de que estaban quebrantando una regla, porque esa forma de fumar suya no podía ser nada placentera.

—Les queda para largo —me explicó la sombra—. A cada uno le faltan todavía veinte, veinticinco días más. No les importa si los pillan: unos cuantos días más no significan nada para ellos. Así es como consiguen los cigarrillos cuando van a comer con los prisioneros normales cada cuatro días, alguien les pasa un cigarrillo. Y lo pasan de contrabando guardándose en el pelo o entre los dedos, incluso en la boca. Esperan a que se seque.

La puerta volvió a abrirse y di un respingo, esperando más agua.

Pero era la comida.

—Pichoncitos, pichoncitos, pichoncitos..., venid a coger vuestra comida —canturreó uno de los guardias con un burlón falsete.

¡Cayeron sobre la comida como lobos hambrientos! Saltaron sobre aquella caja y desgarraron las hogazas de pan con la furia de una turba que arranca la piel de un tirano caído. Con un solo salto silencioso, se abalanzaron sobre ella y empujaron y tiraron y lucharon hasta que, todos con un trozo de pan apretado entre los labios, se retiraron contra la pared, para permanecer allí agachados como animales enjaulados, masticando sin decir palabra, los ojos furiosos y recelosos, los hombros encogidos y los mismos cuerpos avisando de que estaban dispuestos a rugir. De vez en cuando, una sombra se ponía en pie y cogía una taza de agua del grifo o un pellizco de sal de los granos esparcidos descuidadamente en el fondo de la caja.

Eso era estar a pan y agua.

Se repetía por la mañana, a mediodía y por la noche. Y yo, horrorizado ante aquel primer salto, reaccioné tarde y sólo conseguí una corteza para comenzar a vencer el asco que sentía. Así que tuve que aprender a saltar a la primera sílaba del canto burlón del guardia.

La noche cae en el calabozo con la misma inmediatez y el absoluto silencio con que la oscuridad cae sobre la jungla. No hay atardecer. Un último rayo de luz muere en el aire que te rodea, y de repente todo está oscuro como boca de lobo. También, de repente, te sientes cansado. El pan de la noche ya se ha consumido, no hay nada que esperar, sólo el paso de un día y la llegada de la libertad. Es mejor dormir, olvidarse, pasar la noche en un suave y bendito olvido y despertar un día más cerca de la liberación.

Los guardias aparecen con las mantas, dos por hombre: una para colocarla entre el cuerpo y el hormigón todavía húmedo del suelo, la otra para taparte. Como los hombres de

Robin Hood, nos arrojamos sobre ese burdo camastro y nos ponemos a dormir. Los prisioneros somos más afortunados que nuestros carceleros, pues mientras nosotros dormimos, un guardia debe vigilarnos. Descansamos sobre la palma de la mano de Dios, incluso los prisioneros lo hacemos, y nuestro guardia tiene que permanecer tieso y sin dormir, alerta, incluso temeroso de que algún prisionero sea más astuto que él y escape. Pero nosotros dormimos.

La mañana viene acompañada de la melancolía. Permanecemos de pie o agachados, sin rostro y sin forma, esperando la caja del pan, ansiando que llegue la noche y temiendo el amanecer, contando los días y maldiciendo la explosión del tiempo, la erupción de los minutos en horas y las horas en días y cuatro pequeños días en una eternidad, odiando a los oficiales e inventando imposibles formas de venganza, hundiéndonos, hundiéndonos, hundiéndonos tan profundamente en el abismo de la autocompasión que pronto el mundo entero parece desequilibrarse, y las mantas y el pan se magnifican más allá de toda proporción, ocupando toda la mente, usurpando el habitáculo del mundo por un proceso de misticismo inverso que destruye el tiempo al revés, que es el mismo corazón negro y maligno de la desesperación.

Pero hay una mañana que trae la libertad. El guardia de la prisión trota de nuevo detrás de mí, visitamos la enfermería y la oficina de la compañía y, luego, la libertad. La puerta de la jaula de acero resuena detrás y allá se quedan los melancólicos reclusos de la celda a pan y agua, ceros a la izquierda una vez más, sus rostros sin rasgos e irreuperables.

La experiencia ha dejado su huella. Cinco pequeños días, y hay una cicatriz. El recuerdo de una degradación que compartir con todos los pájaros a los que les han cortado las alas, con todas las bestias enjauladas y los vagabundos encarcelados, con lo más bajo y lo más alto en la historia de todos los tiempos.

Sin embargo, un hombre que sale del calabozo donde ha sido encarcelado por primera vez (si ese hombre tiene valor y la virtud de dar un sentido a aquella desgracia), un hombre así se volverá y mirará el lugar y sonreirá. Entonces se echará a reír. Porque ¿quién puede hacerle daño a partir de entonces? ¡Ha pasado por el pan y agua!

Risitas esperaba una corte marcial sumaria cuando salí y su abogado me llamó como testigo de la defensa. También Yardas tendría que declarar como testigo valedor de su conducta.

Cuando llegó el día del juicio, los tres estábamos muertos de miedo: Risitas, por la gravedad de su delito y la posibilidad de que pudieran remitirlo al juicio mucho más grave de una corte marcial general; Yardas porque su lealtad hacia Risitas podría llevarlo a revelar sin querer sus propios pecados, y yo por el mismo motivo y por haber probado ya el calabozo.

También estábamos asustados porque, a primera vista, el tribunal parecía una burla a la justicia.

Digo a primera vista porque por su misma constitución y sus maneras así parecía ser, pero no: acabó resultando práctico.

Un abogado podría insistir en que el juicio de Risitas fue una farsa. Un abogado podría partirse de risa al ver al jubiloso representante de Risitas, un segundo teniente recién llegado, más joven incluso que nosotros, que acababa de salir de un curso de preparación al derecho cursado en una facultad de la ciudad de Nueva York, claramente destinado a dedicarse a la política y no a los tribunales. Un abogado podría despreciar al fiscal y los jueces, todos elegidos entre las filas de tenientes y capitanes que apenas hacía dos años eran universitarios sin otras preocupaciones que decidir si gastarse o no la paga semanal en cerveza o en libros. Así fue el juicio de Risitas. Pero acabaron degradándolo de cabo a soldado raso y a condenarlo diez días al calabozo normal. Nadie, y menos Risitas, podía poner reparos a una sentencia tan sabia y piadosa.

Es una lástima que mi memoria sea tan miserablemente débil aquí, ojalá pudiera recordar más cosas de aquel juicio.

En determinado momento, recuerdo, el fiscal interrumpió al abogado de Risitas y me interrogó respecto a mi amistad con el acusado.

—Está guiando al testigo —exclamó el fiscal, mientras que el abogado de la defensa, sorprendido de que esta frase típica de los tribunales se volviera contra él, el único hombre en la sala con formación jurídica, apretó sus músculos faciales con una aplastante mirada de desdén y continuó con su interrogatorio.

Los jueces, demasiado conscientes de la capacidad legal de la defensa, cruzaron y descruzaron las piernas, agitaron las manos... y rechazaron la objeción.

Así Risitas perdió sus galones y se pasó diez días disfrutando de la relativa comodidad del calabozo normal y su única queja cuando salió fue que, al contrario que a mí, lo habían encarcelado bajo la tutela de un oficial a quien encantaba rapar las cabezas de sus ratas de calabozo y dejarlas limpias como un diente de rata. El pobre Risitas salió de allí calvorota perdido y, a partir de entonces, mostró una vanidad que no sospechábamos en él al calarse una gorrita en el brillante cráneo hasta que su hermoso pelo rubio volvió a crecer.

## Capítulo 16

La policía militar se hizo más numerosa. El odiado brazalete negro con sus letras mayúsculas blancas, PM, se estaba convirtiendo en un continuo aguafiestas.

Cuando subimos a bordo del barco australiano *H.M.S. Manoora*, antes de las maniobras en la bahía de Melbourne, la PM vino a vigilar desde la garita. Se convirtieron en la espina clavada en nuestro costado. Sólo un hombre listo podía burlarlos.

Todos estábamos ansiosos por desembarcar, odiábamos el *Manoora* como barco —su mismo nombre nos parecía que expresaba burdamente nuestro disgusto—,<sup>[4]</sup> odiábamos el tedio de estar allí esperando a que empezaran las maniobras y, mientras tanto, comíamos barbaridades como tripas y patatas hervidas para desayunar, dormíamos en hamacas bajo cubierta y pasábamos el resto de las horas puliendo las interminables extensiones de madera lacada del barco.

Pero una noche llegó la noticia de que habían retirado a los PM de la garita. Sólo quedaban guardias de las milicias civiles. Una hora después, el barco se quedó vacío de marines. Saltaron la verja que separaba los muelles de la carretera o la atravesaron con descaro, deduciendo acertadamente que los guardias civiles, ya mayores, no les pondrían una mano encima.

Risitas, Yardas, yo y otro chico de Louisville, primo del Caballero, a quien llamábamos el Pollo dada su juventud —no había cumplido los diecinueve—, desembarcamos echándole cara, pues radio macuto nos informó que a los civiles no les importaba.

Nos detuvimos en el primer restaurante que encontramos, uno situado en la carretera de la costa. La insípida cocina del *Manoora* había empobrecido tanto nuestros paladares que ansiábamos nuestro plato australiano favorito: filete y huevos, con vino o cerveza, a veces incluso con jarras de leche densa y cremosa, y platos de pan australiano, de un blanco lechoso y textura de pastel, cortado muy fino y untado con mantequilla tan densa como el queso.

El restaurante era un local tan grande que parecía una galería o un entresuelo que recorría de parte a parte aquella estancia tan espaciosa. Para llegar debías subir una escalera situada a la derecha. Al fondo de la sala había puertas giratorias que conducían a la cocina. A la izquierda había un comedor privado más pequeño, donde advertí que había una mesa redonda con varias sillas de respaldo recto.

Cenamos y empezamos a beber. Risitas había llamado por teléfono a su chica, que viajaba en tren para reunirse con él, pero todavía faltaba una hora. Así que bebimos, como bebía media docena de grupos de marines vestidos con sus monos de faena. Entre ellos había un tipo moreno y agraciado de la Compañía E, el barbero de la compañía, el hombre que cortaba el pelo por unas cuantas monedas. Se notaba que estaba borracho.

Algunos de los marines estaban acompañados por chicas que bailaban con ellos a la música de una máquina de discos. A través de la puerta abierta que daba a la calle se podía ver el pavimento brillando oscuro a la luz de la sala. Durante todo el día había estado lloviznando.

Un jeep se paró ante la puerta de manera tan repentina que pareció encajarse allí y al instante cuatro PM irrumpieron en la sala a la carrera. Nos dispersamos como ovejas asustadas, el efecto del pánico ampliado por el sonido de las sillas arrastradas y las mesas

volcadas, pero no se oyó ni una voz, ni siquiera chillaron las chicas.

Subí corriendo las escaleras de la galería, con los PM corriendo salvajemente detrás de mí. Una luz brillaba a través de una puerta abierta, mientras recorría veloz el pasillo. Me colé y cerré la puerta con cerrojo. Atravesé una habitación oyéndoles aporrear la puerta y llegué a un cuarto de baño. Allí había un australiano, a medio vestir, con pantalones y camiseta interior, la cara blanca de espuma y con una cuchilla en la mano. Todo su cuerpo hizo la pregunta:

—¿Qué ocurre, yanqui?

Respirando entrecortadamente, mientras mis ojos buscaban una salida, respondí: —La PM me persigue.

—Oh, los malditos «provos»<sup>[5]</sup> ¿eh? Bueno, veamos, yanqui, sal por aquí, por la ventana. ¿Ves ese tejado? Nunca te seguirán por ahí. Sé buen chico. ¡Yo me encargaré de los malditos provos!

Salí al tejado mientras continuaban aporreando la puerta. Me arrastré hasta el borde y me quedé colgando aferrándome a él con las manos. Al momento pude oír a los PM hablando con el australiano, pero no pude distinguir sus palabras. Se oyó el sonido de la ventana subir y los haces de las linternas cortaron extrañamente la oscuridad, luego sólo quedó la oscuridad, el silencio y la ventana que volvía a bajar. El borde del tejado se me estaba clavando en los dedos y la carne de mis brazos se tensaba tanto que temí que se rompiera y dejara únicamente mis brazos allí colgando, pero tenía que aguantar. Auparme de nuevo al tejado habría sido una hazaña sobrehumana. No podía permitirme caer, pues el sonido alertaría a los PM y tenía miedo de mover la cabeza para localizarlos. Tuve que aguantar, por insoportable que pudiera parecer el dolor, hasta que oí el jeep arrancar y perderse en la distancia. Entonces me solté. No estaba a una gran altura, y aterricé en la acera, pues la habitación del australiano daba a la calle. De hecho, los PM podrían haberme visto si hubieran mirado en mi dirección. Me mantuve en la oscuridad hasta estar seguro de que se habían perdido de vista y, entonces, agitando los brazos para que la sangre volviera a fluir libremente, me dirigí a la luz que salía por la puerta abierta y entré de nuevo en el restaurante.

Empecé a beber otra vez, esperando a que Risitas y Yardas y el Pollo volvieran a hacer su aparición, pero no aparecieron. Otros marines fueron regresando, entre risas, representando de manera escandalosa su huida de los PM, pero ninguno de mis camaradas se encontraban entre ellos.

—Eh, Compañía E —le pregunté al grupo del guapo pero borracho barbero—, ¿habéis visto a alguno de mis colegas de la Compañía H? ¿Se los han llevado los PM?

—No —entonces se rieron—. Los PM no se han llevado a nadie. ¡Todos subieron las escaleras persiguiéndote a ti, atontado! ¿Cómo te libraste de ellos?

—Les dije que era de la Compañía E, para que se apiadaran de mí —respondí.

—Se habrían dado cuenta de que era una mentira de mierda —contestó uno—. Nadie de la Compañía E enseña el culo. Sabrían que era de la Compañía H desde atrás.

Intercambiamos insultos y habríamos acabado en pelea si el Barbero no se hubiera resbalado de su silla. Ellos se agacharon para ayudarlo y, al hacerlo, los PM volvieron a entrar en tromba en la sala. Dieron un golpe tan rápido que no hubo escapatoria. Yo me dirigí al comedor privado, pero un PM me interceptó.

—¿Dónde crees que vas?

—A por mi gorra.

—¡Tu gorra, una mierda! ¡Ven conmigo, amigo!

Los otros PM tenían sujeto al Barbero entre ellos. La cabeza le daba vueltas tontamente. Al parecer sus amigos habían escapado, sacrificándolo a él y a mí en su retirada. Uno de nuestros captores le encasquetó la gorra en la cabeza y empezó a empujarlo hacia la puerta. Me volví hacia el PM que me sujetaba.

—¿Y mi gorra?

—¿Qué pasa con tu gorra?

—Está en esa habitación de ahí. Tengo que cogerla. No me hará dejarla ahí, ¿no?

—De acuerdo, pero voy contigo.

Me dirigí a la otra puerta con el PM pegado a mis talones. La abrí. Entonces di una rápida patada hacia atrás, cerrándola de golpe, crucé la habitación, abrí la otra puerta, la atravesé corriendo, pasé las puertas giratorias y corrí hacia la cocina gritando:

—Rápido, ¿cuál es la salida?

Seguí la mirada que echó una camarera hacia la parte trasera y atravesé otra puerta. Me

encontré ante un patio y, más allá, un alto muro de piedra rematado con alambre de espino. Pero el sonido del PM que me perseguía me impulsó a cruzar el patio como una bala de cañón. Me abalancé contra el muro, agarrándome al borde con los dedos, subí las piernas, arriba, arriba, haciendo gran esfuerzo. Allí estaba yo, escalando en la noche oscura y húmeda.

¡Un disparo!

¡El hijo de puta me había disparado!

La fuerza de la caída me derribó de rodillas. Sentí que las manos me sangraban, desgarradas por el alambre de espino. Mi guerrera estaba igualmente desgarrada, pero yo sólo podía pensar en los disparos y sentí un acalorado arrebató de furia.

En aquel momento tenía que defenderme contra una camada de perros que se habían congregado en silencio a mi alrededor después de que aterrizara en su callejón. Mostraban los dientes y ladraban, haciendo que mi avance sigiloso por el callejón oscuro fuera imposible. Las luces empezaron a encenderse en las casuchas que daban al callejón.

Seguí avanzando, a tientas, espantando a los perros, chocando contra las vallas.

Una luz se encendió en una casa a mi izquierda. Una puerta se abrió y la luz inundó la negrura. Me agaché para evitarla. Una voz de mujer llamó:

—¿Quién anda ahí?

Habría sido una estupidez por mi parte pretender que no había nadie. Los perros más feroces, rugieron y me rodearon en cuanto pudieron verme además de olerme.

—Un estadounidense —dije—. Soy marine. La policía militar me persigue.

—Los malditos provos —gruñó ella, avanzando hacia una verja trasera, linterna en mano—. Venga por aquí. ¡Largo, chuchos asquerosos, fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera!

Amenazó a los perros con la linterna, mientras yo atravesaba la verja. Me iluminó las manos.

—Está usted herido —dijo rápidamente—. Venga, lo curaré. Antes era enfermera.

La seguí al interior de la casa. Me limpió las heridas, las cubrió de mercromina, y las vendó. La observé. Era una mujer sencilla, de rostro fuerte, de unos cincuenta y pocos años. Estaba sola en la casa, pero no sintió miedo.

—¿De qué huye de los provos? —preguntó, vendándome con profesionalidad.

—Me persiguen. Llevan persiguiéndome toda la noche. Estamos a bordo del *Manoora* y muchos hemos desembarcado esta noche, pero no teníamos permiso..., y nunca vamos con ropas de faena como ésta.

—Eso veía yo. Me extrañé al verlo tan sucio. Ustedes van siempre tan limpios, todos brillantes y planchados, que parece que acaben de salir de la lavandería.

La seguí a través de un pasillo estrecho y oscuro. Ella se comportaba de manera despreocupada, como si todas las noches le sucediera eso mismo. Me acurruqué detrás de una cortina que separaba el salón de la cocina.

Ella abrió la puerta.

¡Sonaron dos disparos!

Cerró la puerta de golpe.

—¡Uy, acaban de dispararle a uno de sus compañeros!

Su voz sonó tan serena como si hubiera anunciado que había dejado de llover. «Uy» dijo para informar de algo que era más bien poco común: los PM le habían disparado al pobre Barbero en el muslo y, además, con una bala del calibre 45, como supe más tarde.

—Su compañero iba corriendo por la calle y, justo cuando he abierto la puerta, oigo los disparos y lo veo caer. Silencio, ahora..., los oigo venir.

Me acurruqué aún más en la oscuridad y, para mi sorpresa, vi que volvía a abrir la puerta con cautela.

—Ahhh —suspiró, cerrando la puerta suavemente—. Ya se van.

Alzó una mano. Yo presté atención. Se oyó el sonido de un jeep al alejarse.

—Supongo que su camarada está bien —continuó ella—. Por lo menos está vivo. Se lo llevan en el coche.

Me asomé y ella dijo:

—¿Siempre hacen esto?

—No —gruñí—. Que yo sepa, jamás actúan así. ¿Le han disparado de verdad?

—Oh, sí. Lo he visto caer.

—Lo lamentarán —dije.

—¿Qué quiere usted decir?

—No quisiera ser ese PM... No cuando los amigos de ese tipo descubran quién le ha

disparado.

—Bueno, espero que le den una paliza que no olvide en la vida. ¡Malditos provos!

Le di las gracias y salí a la calle. A mi izquierda pude ver la carretera de la costa y la luz rompiendo a través de las nubes sobre el agua. Me encaminé a la bahía, decidido a encontrar a Risitas o a Yardas y volver a subir al *Manoora*. Ya había jugado bastante al escondite con esos PM que habían decidido cambiar de juego y probar el tiro al blanco. Cuando llegué a la carretera de la costa me asomé con cuidado desde la esquina de un edificio. No había ningún PM a la vista. Crucé la carretera y bajé los escalones de madera hasta la playa.

Risitas debía de estar por ahí con su chica. No tenía ningún otro sitio al que ir, no vestido como iba. La tierra engulló el sonido de mis pasos, así que silbé con fuerza para no toparme con ellos sin aviso y provocar una situación embarazosa. Silbando así, me senté junto a un bote varado. Diez minutos después, Risitas se reunió conmigo, tras aparecer de manera repentina y silenciosa de entre la niebla.

—¿Dónde está Hope? —pregunté.

—Se ha ido ya a casa. Cogió un taxi para ir a la estación. Vamos, será mejor que nos pongamos en marcha.

Camino del barco, nos encontramos con el Pollo. Sonrió al vernos.

—¡Demonios, Lucky! Habría jurado que los PM te habían pillado. Casi me meo encima al verte correr escaleras arriba. Yo también corría, pero no pude dejar de reír. Han pillado a Yardas, ¿sabes?

—¡A Yardas!

—Pues sí. Fue al primero que trincaron. Lo vi cuando echaba a correr.

Risitas soltó una carcajada.

—¿Quién iba a decirlo? ¡Por fin han pillado al prudente vejete! ¡Yardas en el calabozo por fin!

Guardamos silencio mientras nos acercábamos a la garita de entrada. Un viejo australiano, vestido con el uniforme de los guardias civiles, terminaba su servicio.

Lo llamé y nos susurró:

—No lo intentéis. El oficial de guardia está vigilando desde la garita. Va arrestando a los chavales según van llegando.

Le dimos profusamente las gracias y nos retiramos a reflexionar. Decidimos escalar la verja. Lo hicimos en un santiamén, pero entonces descubrimos que el muelle estaba separado unos metros y que sólo podíamos llegar subiendo a una de las barquitas atracadas allí, tras cortar amarras y remar con las manos.

A socaire del muelle, me agarré a uno de los pilares mientras primero el Pollo y luego Risitas subían a bordo. Lo hicieron tan bien y tan silenciosamente que se podía oír los lamidos del agua contra los pilares por encima del sonido de sus movimientos. Los llamé, en voz baja, pero no obtuve ninguna respuesta. Temiendo llamar la atención del centinela, no volví a llamar, así que aseguré la barquita y subí por el pilar.

Un extraño escenario se presentó ante mis ojos en el momento en que asomé la cabeza. Risitas y el Pollo estaban el uno al lado del otro, los cuerpos en posición de echar a correr, pero con las manos en alto por encima de la cabeza mientras un centinela con casco los amenazaba con un fusil. Intenté agacharme, pero el centinela ya me había visto. Me hizo un gesto con el fusil y adopté la postura deseada. Por el porte del centinela podíamos ver que se trataba de un recluta que acababa de llegar de Estados Unidos. Casi ningún veterano habría detenido así a ninguno de sus camaradas y se habría horrorizado ante la idea de apuntar a uno de sus camaradas con un fusil.

Risitas le habló en voz baja.

—¿Está cargado ese fusil?

—Sí —dijo el centinela, observando con cautela a su interrogador.

—¿El cartucho en la recámara?

—Oh, oh. No.

Los tres respiramos más tranquilos y yo, que me había ido acercando a él durante la conversación, eché de pronto a correr hacia la oscura masa del barco. Conté con que el centinela no fuera a disparar ni se volviera hacia mí, dando así a Risitas y al Pollo la oportunidad de empujarlo, lanzarlo al agua desde el embarcadero o dispersarse de manera que le resultara más difícil apuntar.

Pero el centinela fue más rápido y más listo que nosotros tres.

Saltó hacia atrás para cortarle el paso a Risitas y al Pollo y se llevó el fusil al hombro

para apuntarme. Descorrió el cerrojo. Cuando oí el letal chasquido del cartucho en la recámara, me detuve. Observé al centinela ciego de incredulidad y consternación.

—¡Estúpido recluta patoso! —susurró Risitas—. ¿Qué demonios te crees que somos, japos? ¡Baja ese maldito fusil!

El centinela nos observó con la boca abierta, como si las furiosas palabras de Risitas hubieran afectado alguna especie de lealtad que hasta ese momento ni había considerado. Sus ojos parecieron observarnos como a personas distintas, no como los abstractos transgresores de apenas hacía un minuto a quienes las órdenes de su general le ordenaban detener, sino como a marines de carne y hueso de su propio batallón, y pareció darse cuenta de que nos estaba amenazando con un fusil cargado que podía matar. Empezó a bajarlo.

Pero fue demasiado tarde.

Al otro lado del muelle y de la gran sombra proyectada por el barco, llegó corriendo el oficial de guardia.

Involuntariamente, tensé los músculos de mi estómago, como preparándome para recibir una bala, cuando vi que era el teniente Caballo de Carreras. Caballo de Carreras era el líder más temido, el más capaz, el más respetado y el más sediento de sangre de todo el batallón. Mientras permanecí allí de pie con las manos levantadas, viéndolo acercarse, viéndolo sacar la pistola mientras corría, llamando al cabo de guardia, recordé una vaga imagen suya del pasado, recorriendo las montañas de Guadalcanal y practicando desenfundar su pistola de espaldas, practicando desenfundar y disparar, practicando, tal vez, con esa misma pistola que ahora desenfundó y apretó contra mi vientre cuando llegó a mí.

Me miró desde debajo de su casco, pero no pude leer ninguna emoción en aquel rostro afilado y decidido de nariz hinchada y pequeños ojos fijos.

—Regístrelos —dijo, clavándome la pistola en la barriga.

—¿Para qué quiere registrarme? —le pregunté—. Me conoce usted, teniente. No soy ningún quintacolumnista.

—Regístrelos —repitió el teniente Caballo de Carreras, y el centinela obedeció. Se había ruborizado.

—Denos cuartelillo —dijo Risitas, y me sorprendió oírlo.

Pero entonces recordé que Caballo de Carreras procedía de la tropa y supuse que tal vez Risitas estaba aludiendo a eso.

—Nada de cuartelillo esta noche —dijo Caballo de Carreras. Su voz era aguda—. Tendríais que haberlo pensado antes de escapar del barco e iros a tierra sin permiso. Y sin uniforme, además —nos miró con frialdad—. Centinela, colóquese detrás de estos hombres y cúbralos.

—Venga ya, teniente —suplicó Risitas—. Denos cuartelillo. No hemos hecho nada peor que ninguno de los demás. ¡Demonios! Todo el Segundo Batallón estaba en tierra esta noche. Nosotros sólo somos los desafortunados que han pillado.

—No, no lo sois. He pillado a docenas atravesando la puerta. Y los dejé pasar a todos. Pero a vosotros no. Lo he visto todo desde el muelle. Vosotros sois demasiado listos... y, si yo hubiera sido el centinela, estaríais todos muertos.

Nos hizo marchar hacia el *Manoora* y subir por la plancha y llegar hasta la proa del barco y bajar por una escalera hasta un agujero encalado iluminado por una sola bombilla eléctrica. Aquello era el calabozo del barco. No era una habitación, más bien una especie de retrete mariner, un hueco entre babor y estribor, cerca de la proa. Las costillas del navío eran visibles a los lados. Un hombre apenas podía darse la vuelta, así que tres no digamos. Nos habían metido a presión en aquel lugar, literalmente, y cuando la escotilla se cerró, descubrimos una placa en el mamparo con esta inscripción: «Calabozo certificado para contener a un mariner capaz».

Nos miramos unos a otros, nos contamos... y nos echamos a reír.

Entonces nos pusimos a dormir: Risitas, al ser el más fornido, se tumbó en el suelo, yo encima de Risitas, y el Pollo encima de mí.

Nos despertamos al sentir que habíamos zarpado. La proa subía y bajaba firmemente, subía y bajaba de manera exagerada dada nuestra posición. Nuestro calabozo, como una madriguera de conejos que temblara bajo las pisadas del cazador, se estremecía y temblaba con los movimientos del *Manoora* y el latir de sus motores. Subíamos y caíamos, a veces de forma mareante, a veces de forma atropellada, a veces con ese largo deslizamiento hacia arriba, esa horrible pausa y la caída de golpe, que es lo peor de todo. Pero no nos sentíamos mareados, ni siquiera tristes. El movimiento del barco significaba que la maniobra había comenzado y eso, concluimos, significaría que nuestros comandantes estarían demasiado

ocupados como para juzgarnos por nuestras fechorías.

Pero no fue así.

— o O o —

La celda a pan y agua rebosaba de buen humor. Entré con el Pollo, nos juzgaron en cubierta ante el oficial ejecutivo del batallón. Me habían quitado el galón de soldado primero que acababa de recuperar, me multaron y me condenaron a diez días a pan y agua. El Pollo salió igual de mal parado y Risitas escapó del calabozo perdiendo su segundo par de galones de cabo.

Cuando entramos, nos recibieron con gritos alborozados.

—¡Mirad quién ha vuelto!

—¡Bienvenido a bordo, compañero!

Aquello parecía una reunión de antiguos alumnos. Casi todo el mundo había pasado ya por allí, y todo el mundo se conocía, incluso los guardias eran antiguos alumnos.

Nuestra aparición interrumpió una votación. La elección del alcalde del presidio era una costumbre y, que yo recuerde, la elección más limpia que he visto jamás. Sólo dos cosas hacían falta para ser candidato: ser encarcelado frecuentemente y una condena larga. Cada vez que la condena del alcalde actual expiraba y dejaba felizmente el cargo había que convocar elecciones.

Uno de los candidatos estaba terminando su apasionado discurso, cargado de promesas de venganza a los oficiales y con animados juramentos de innumerables ventajas para los lotófagos encarcelados. Nuestro Roble era su rival. Su discurso fue sólido.

—Va a estar aquí poco tiempo —dijo el Roble de su oponente— y es sólo la segunda vez que lo encierran —se señaló el enorme pecho—. A mí me quedan quince días... y es mi cuarta visita.

El Roble fue elegido por aclamación.

—Enhorabuena, señor alcalde —le dije, pero su sonriente respuesta fue interrumpida por la llegada de la comida. Todo el mundo saltó, y yo con ellos, con tanta facilidad se acostumbraban los hombres a las privaciones.

El Roble llenó una cantimplora de agua. Partió en dos una hogaza de pan y estudió las dos mitades a conciencia.

—Creo que me voy a hacer un bocadillo —dijo.

Bufé.

—¿Con qué? ¿Con aire?

—Con sal —contestó—. Siempre me hago un bocadillo de sal.

Se agachó, cogió un puñado de sal de la caja y lo depositó en una mitad de pan, rociándolo con cuidado. Lo aplastó y puso la segunda mitad encima.

—Perfecto —dijo, ensoñador—. La sal adecuada para este bocadillo.

Empezó a comer, deteniéndose para beber agua, tan satisfecho que hasta parecía pecaminoso. Si no me hubiera acordado de El Roble en Guadalcanal, mezclando su arroz con gusanos con los restos de una lata perdida de mantequilla de cacahuetes y lamiéndose los labios por el resultado, podría haber creído que estaba loco. Pero era el Roble, el de la espalda de buey y el cerebro a juego y el paladar imbatible... Y yo me pregunto, ¿cómo puede ser derrotado un hombre así?

— o O o —

Esa noche, nuestra propia Compañía H se encargó de la guardia. Yards era el centinela del calabozo a pan y agua. Aunque la PM lo había pillado durante el episodio del *Manoora*, la suerte no le había abandonado: le habían dejado marchar.

Cuando cayó la oscuridad y nos tumbamos en nuestras mantas, Yards se colgó el fusil al hombro, sacó un cigarrillo y lo encendió para mí. Pronto otros cigarrillos brillaron en la oscuridad.

—¿Y algo de comida? —susurré.

—¿Dónde? La cocina está cerrada.

—En el puestecillo situado junto a la puerta principal. Puedes traer perritos calientes.

—Vale. En cuanto salga de guardia. Pero coméoslos vosotros o todo el maldito calabozo querrá perritos.

Me quedé dormido, esperando feliz que Yardas me despertara.

Casi era medianoche cuando me despertó. Traía una bola de papel llena de comida del puestecillo. Desperté al Pollo. Yardas se marchó de la celda.

Devoramos la comida. ¡Qué banquete! Era un perrito caliente de poca enjundia, pero bien sazonado, con el sabor de lo prohibido y regado con el néctar de una boca sedienta.

Nos dimos de nuevo un festín la noche siguiente y lo habríamos hecho también la otra, si la Compañía H no se hubiera encargado de la guardia, pero la cuarta noche nos despertó un extraño.

Una linterna me iluminó la cara, molesta.

—Es él —dijo una voz y me ordenaron que me pusiera en pie. Lo mismo hicieron con el Pollo.

Nos llevaron fuera. Nos temíamos, claro, lo peor. Pero iban a liberarnos. Nos pusimos bajo la custodia de un alto y flaco recién llegado al batallón conocido como Elocuente, tanto por su pasión por las palabras polisílabas como por sus expresivas manos.

Nos hizo marchar pasillo abajo hasta la oficina del sargento mayor y nos sorprendió ver que aún había hombres saliendo de permiso. Sólo eran las nueve, pero nosotros llevábamos ya dos horas durmiendo.

—¿A qué se debe esto? —le pregunté a Elocuente.

—Fueron condenados inadecuadamente —respondió.

—¿Y eso?

—El oficial ejecutivo se pasó de entusiasta. Quiso aplicaros el reglamento, pero con todos sus artículos. En una corte marcial a bordo, degradas a un hombre, lo multas o lo confinás, pero no puedes hacer las tres cosas, como hizo con vosotros.

—¿Quiere eso decir que me devolverán mi rango y mi dinero?

Elocuente me dirigió una mirada piadosa.

—No seas iluso. El sargento mayor tiene una bonita corte marcial nueva escrita ya para vosotros dos.

—¿Cuál es el castigo?

—Pérdida de rango y multa de cincuenta dólares, igual que antes.

—¿Pero y los cuatro días a pan y agua que ya hemos cumplido?

—Nunca los habéis cumplido.

El Pollo y yo nos quedamos de piedra, impotentes de furia.

—La nueva corte marcial sólo dice que habéis sido castigados con pérdida de rango y multa y, cuando pase a vuestro historial, así constará. No habrá ninguna mención al calabozo.

—Sí que la habrá —dije, librando una batalla perdida contra mi temperamento—, porque yo no voy a firmar. Lléveme de vuelta al calabozo y terminaré los diez días.

Me volví hacia el Pollo.

—¿Qué dices? ¿Te vuelves conmigo?

El Pollo me miró tímidamente.

—No sé, Lucky. No creo que podamos hacer nada. ¿Qué vamos a hacer si el sargento mayor dice que tenemos que firmar? No se puede luchar contra lo establecido, Lucky.

—Habla un hombre sensato —dijo Elocuente, con grandiosidad.

—¿Llama a eso ser sensato? —lo miré con mala cara—. ¡El puñetero sargento comete un error y nosotros tenemos que pagar por él! Cumplimos cuatro días que se supone que no debíamos cumplir y ahora se supone que tenemos que olvidarlos. ¡Y olvidarlo por escrito! ¡Hacer oficial la mentira! ¿Eso es ser sensato? Bueno, pues al infierno con usted y con el sargento mayor. Puede decirle al sargento mayor que coja con dos dedos su corte marcial y su sensibilidad y a la de tres puede metérsela por el...

—Eh, tómatelo con calma —interrumpió Elocuente—. No puedes enfrentarte a todos los marines de Estados Unidos. Tienes toda la razón, el sargento mayor está absolutamente equivocado. Pero por desgracia tú eres un marine con razón y él es un sargento equivocado.

No pude hacer otra cosa que mirarlo con mala cara. Se había expresado bien: un marine con razón no tiene nada que hacer contra un sargento sin ella.

—No creas que no admiro tu espíritu —continuó diciendo Elocuente—. Habría sido más apreciado en la Edad Media. Pero te aconsejo que cedas y firmes la sentencia.

—Vamos, Lucky —dijo el Pollo—, firma esa tontería para que podamos salir de aquí e irnos a comer algo. No se puede combatir contra la burocracia.

Firmé la sentencia, mientras el sargento mayor permanecía en silencio detrás de su mesa. Lo firmé de mala gana, detestando las mismas letras que formaban mi nombre.

Me sentí aliviado al salir de la oficina y descubrir que Elocuente podía prestarnos una libra hasta el día de paga. La aceptamos y nos fuimos a Richmond a devorar filetes y huevos, a beber cerveza y maldecir al sargento mayor.

Oficialmente, para los Marines de Estados Unidos, el Pollo y yo nunca habíamos cumplido esos cuatro días. Tampoco nos devolvieron los cuatro días de paga que perdimos mientras estuvimos encarcelados.

—Aceptémoslo, Lucky —dijo el Pollo, masticando su filete con audible deleite—. Nos tienen pillados por los cojones.

— o O o —

Nuestros días en Melbourne estaban tocando a su fin.

—¿Cuándo os marcháis? —preguntaban las chicas.

—Dicen que os marcharéis pronto —decía la gente que nos invitaba a sus casas. Lo sabían. Siempre parecían saberlo antes que nosotros.

Nos faltaba diversión: nos faltaban chicas, nos faltaba bebida. La sequía acabaría pronto con aquel torrente de placeres y nosotros volveríamos al desierto. Intentábamos hacer acopio.

Entonces, un día a finales de septiembre de 1943, nos hicieron marchar desde el campo de criquet a los muelles y subir a los barcos y volver a la guerra. Multitudes de mujeres se habían congregado en el muelle. Quizás hubiera hombres entre toda aquella enorme y rugiente muchedumbre, pero nuestros ojos sólo podían ver a las chicas, despidiéndose dando chillidos como nos habían recibido, chillando y repartiendo abrazos, hacía nueve meses.

—Míralas, Lucky —dijo Indiana—. No te creas que vienen sólo a despedirse. No sólo están diciendo adiós: están esperando..., están esperando al primer barco lleno de soldaditos que llegue a la bahía.

—¿Y qué? —se encogió de hombros Risitas—. Tú harías lo mismo si fueras ellas. Sólo estás celoso.

—Demonios, sí, Risitas —contestó Indiana—. Sólo estoy mosqueado porque voy en el barco equivocado.

Justo entonces, como para corroborar la valoración que Indiana había hecho de la escena, como para resumir la Gran Diversión que dejábamos atrás, ese período que cada vez dejábamos más lejos con el agua ensanchándose más y más entre los muelles y nuestra popa, los hombres del barco hicieron un gesto de despedida propio.

Rebuscaron en sus carteras y bolsillos y sacaron los anticonceptivos de goma, inútiles, y los hincharon. Salieron volando con el viento que se agitaba a popa. Pronto el espacio entre los muelles y nuestro buque de transporte se llenó de aquellos globos blancos en forma de salchicha: docenas, luego cientos, luego miles, bailando en la brisa, subiendo y cayendo, pareciendo aletear con el viento del ruido levantado entre esos dos campamentos que cada vez se separaban más, los roncos y vulgares gritos de los marines y los agudos y pseudoescandalizados chillidos de las chicas, respondiéndose unos a otros como bestias en celo, creando un contrapunto hasta el más burdo *concerto grosso*.

En la distancia, todavía podíamos ver los globos.

Salve y adiós, mujeres occidentales. Los que vamos a morir os insultamos.

PARTE SEIS

---

Veterano

---

## Capítulo 17

Como todos los Barcos de la Libertad, nuestro buque era anónimo. Oh, tenía nombre, pero no uno que recordaras más tiempo del que tardabas en pronunciarlo. Un barco rechoncho, oscuro, incómodo, lento, sólo servía para llevarnos de un sitio a otro, como un ferry, sin personalidad, sin interés, sin aventura: anónimo.

Aquél fue el primer Barco de la Libertad que conocíamos, aunque no sería el último, y Yargas expresó bien nuestro desdén hacia esa fea ralea.

—¿Sabéis? —dijo, mirando disgustado las cubiertas abarrotadas, hablando por encima del temblequeante ruido del barco—, hacen estas cosas en fin de semana. Cogen a un montón de gente que no tiene nada que hacer y los trasladan a otro lugar. Luego los emborrachan. El domingo por la mañana ya tienen otro.

Agitaba la mano para abarcar no sólo nuestra bovina belleza sino la entera línea de buques de transporte que, como vacas, recorrían la costa australiana en dirección al norte.

Comíamos en cubierta y también atendíamos nuestras necesidades en cubierta. Habían construido un cobertizo sobre las cubiertas que servía de comedor y también había retretes allí arriba. Con viento fuerte luchábamos por mantener la comida en aquellos exasperantes instrumentos imposibles de manejar que llamábamos nuestros utensilios de mesa... o para mantenerla en el estómago, cuando soplaban el viento desde los retretes.

Habíamos vuelto a tomar píldoras de atabrina. Cuando llegábamos al final de la cola, la tapa de la cantimplora en una mano, la comida y la bandeja en precario equilibrio en la cola, un oficial esperaba para ordenarte que abrieras la boca. Y entonces un sanitario echaba una píldora amarilla de atabrina en la cavidad.

—Abre la boca, venga.

—Ah, ya está.

—¡Has fallado, idiota!

—Eh, vosotros... cuidado con tu comida. ¡Puaj! Torpe... ¡cuidado, cuidado!

—¡No puedo evitarlo, teniente! El maldito barco se mueve...

—Maldición de hombres, cuidado con esas cantimploras. Estáis derramando el café. Venga, continuad. Tú, ¿qué es lo que miras? Venga, sigue, estás retrasando la cola. Cuidado ahora, sanitario. Está fallando demasiados... Cuidado, le digo... ¡cuidado!

—Ups, lo siento, señor.

—No es gran quemadura, señor. Ni siquiera de segundo grado, no creo.

—¡Maldición, cabo! Le he dicho...

—Cuidado, señor. El barco vuelve a agitarse. Puaj, huelo ese retrete. ¡Cuidado, señor! Se está poniendo verde. Cuidado, señor.

Así fue nuestra travesía por la costa australiana, mientras navegábamos por el interior de la Gran Barrera de Coral. Teníamos el arrecife a estribor y la costa a babor. Aquélla era una barrera protectora natural y, cuando navegábamos de noche, se nos permitía fumar en cubierta. Ningún submarino enemigo se arriesgaría a asomar la nariz en semejante laberinto subacuático.

No teníamos ni idea de adonde nos dirigíamos, sólo sabíamos que íbamos al norte y, por tanto, de vuelta a la guerra, donde a esas alturas los japoneses habían sido expulsados de las islas Salomón y de gran parte de Nueva Guinea, y habíamos iniciado nuestro avance

hacia el norte, saltando de isla en isla por los mares de Oceanía. Las terribles pérdidas de Tarawa nos pesaban.

Pero, como veteranos, hablábamos y bromeábamos más sobre el lugar al que íbamos que de las condiciones de vida que nos esperaban: de estas últimas, no teníamos ninguna duda. Las conjeturas mantuvieron nuestras lenguas en movimiento y nuestras mentes ocupadas esos días de tedio, cuando nos sentábamos a cotillear bajo las sucias lonas que cubrían las escotillas. A veces alguien empezaba un juego de palabras o una competición para inventar eslóganes.

«Calma, chaval, es Rabaul», se oía decir de la inexpugnable fortaleza japonesa de Nueva Bretaña. O «Al Golden Gate, 48», lo que significaba que aún nos quedaban cinco años de guerra antes de volver a ver San Francisco. «¿Estarás en la lista cuando volvamos de Gloucester?» era una macabra referencia al cabo Gloucester, en el extremo de Nueva Bretaña, mientras que la perspectiva de invadir Corea presentaba a aquellos incipientes freudianos que había entre nuestras filas (y había muchos) una oportunidad sin igual para hacer rimar Corea con todas esas palabras de matiz freudianamente escatológico.

Ocioso, inmóvil, aburrido, un hombre se irrita fácilmente. Incluso la llegada de la hora de la comida lo exaspera, porque para comerla es necesario coger los utensilios y levantarse y ponerse en cola y, después de comer, es necesario limpiar los utensilios y guardarlos y tal vez enfrentarse a la exasperante posibilidad de que haya otra persona sentada en tu sitio en la zona soleada de la escotilla.

En la cantina del barco se pueden comprar chokolatinas, pero resulta aún más irritante: para conseguirlas, hay que ponerse en fila, quizás unas tres horas, mientras el encargado atiende los deseos de los marineros de la tripulación y, luego, cuando ha llegado el momento de que las tropas hagan sus compras, se arriesga a que se hayan agotado. El suministro de chokolatinas parecía acabarse todos los días, justo cuando los marines se disponían a comprarlas y, luego, milagrosamente, como asociadas con los misterios de algún asombroso dios solar, volvía a haber para los miembros de la tripulación al amanecer siguiente. (Pero de noche podíamos percibir que los seguidores de la deidad de la cantina pasaban de camastro en camastro por la sentina, ofreciendo a los marines barras de cinco centavos a un dólar por pieza. También nos vendían sándwiches a precios imposibles.) Pasábamos la mayoría del tiempo asomados a la borda en la popa del barco, contemplando la estela de espuma que dejábamos en el agua verde claro. A veces las hélices giraban frenéticamente cuando la proa del barco se hundía demasiado en una ola, dejando en alto la popa, como si las hélices se sintieran desnudas al sol y se apresuraran por volver a revestirse con el mar. Allí en la popa, hipnotizados por la estela, arrullados por el girar de las hélices, te hundías en un agradable sopor. No necesitabas pensar, no necesitabas sentir, no necesitabas casi nada, salvo integrarte con la ola o fluir con el movimiento del barco y, sólo cuando la proa se hundía y la popa se alzaba y el agua se perdía de vista, el movimiento del cielo azul ante tus ojos y el chirrido de las hélices liberadas servían como recordatorio de la realidad y el momento.

Nos permitían estar en cubierta de noche, aunque se nos prohibió fumar cuando dejamos la protección de la Gran Barrera de Coral. Había noches oscuras que ofrecían tanta seguridad como la Barrera, pero también había noches estrelladas que proyectaban un brillo pálido y encantador sobre el mundo entero, que parecían beneficiarse del peligro inherente en su iluminación.

Navegamos por mares estrechos rodeados de junglas verdes que se apretaban en las empinadas orillas con desbordante exuberancia. Costeábamos Nueva Guinea. De repente, llegamos a un puerto, nuestro movimiento paró y desembarcamos.

Uno de los buques de transporte parecía haber encallado a una media milla a estribor de nosotros.

—Ya pueden mandar a ese capitán a casa —dijo Risitas.

—Sí —dijo Yardas—. Será uno de esos capitanes de veintinueve años que sacan de la Academia de la Marina Mercante.

Pero no había tiempo para charla. Debíamos desembarcar. Las tripulaciones soltaban las amarras de los botes y los bajaban al agua, instados por los gritos ansiosos de los contramaestres, crecidos en cuanto comenzaron a descargar. Nos mandaron subir a cubierta y luego, a una orden, bajamos por la borda, por las redes de carga, llegamos a los botes y nos llevaron a la orilla.

Al primer vistazo comprobamos que no era una isla deshabitada. No había ningún edificio, naturalmente, pero sí un práctico gritándonos a través de su megáfono para dirigir

la descarga, así como filas de camiones color verde oliva para trasladarnos a nosotros y nuestro equipo al interior de la isla. Pero primero nos dedicamos a descargar nuestro barco y, en uno de los descansos que nos permitieron, nos pusimos a nadar.

Desde la playa vi un barco de pesca medio hundido a unos cincuenta metros de distancia y decidí investigar. Nadé, subí a bordo y me dirigí al extremo de la proa, que estaba fuera del agua. Estaba a unos tres metros de la superficie cuando, por impulso, me zambullí.

Horrorizado, en plena zambullida, distinguí un arrecife de coral sumergido sólo a un metro. Contraje el cuerpo para no hundirme más, pero aun así el arrecife me arañó todo el torso y, cuando alcancé a todo nadar la orilla y pisé la playa, sangraba por varios sitios y tan copiosamente como para sobresaltar a un nativo que estaba allí sentado fumando tabaco.

Afortunadamente, los cortes eran superficiales y me los vendaron, después de aplicar yodo, claro, seguramente porque quema más. Mientras estaba allí de pie, los puños cerrados y los dientes apretados, oí una voz diciendo:

—Te has librado por los pelos, Lucky. Acertaron al ponerte el nombre.<sup>[6]</sup> ¿Duele mucho?

Me volví hacia el padre Recto. Antes de girarme sabía que era él, pues era la única voz amable o refinada que había encontrado entre los marines. El padre Recto era nuestro capellán, el primero, de hecho, que tenía el Segundo Batallón. Se había unido a nosotros en Australia, justo cuando nos marchábamos. Lo conocí nuestro segundo día, cuando vi a un puñado de marines rodeando a un hombre mayor. Tenía un aire tan respetuoso, un aire tan ansiosamente respetuoso, y estaba tan claro que el hombre no era uno de nosotros, que fue fácil deducir su profesión.

—Pica como el infierno, padre —dije, sin ser consciente de que hubiera ninguna ofensa en mis palabras. Sólo lo que no puede publicarse se consideraba imposible de pronunciar delante del capellán y ni siquiera siempre—. Pero tuve suerte de no cortarme los... de no cortarme en dos.

—Sí, puedes dar las gracias a Dios por eso.

El padre Recto era un hombre de unos cuarenta años, pero seguía siendo de ese tipo radiante que los irlandeses llaman «celta negro». Al mirarlo, advertí que la travesía le había bronceado el rostro, antes blanqueado por la harina de la civilización, y que la carne sedentaria que rodeaba sus caderas y cintura había empezado a desaparecer.

—¿Qué le parece la isla, padre? —pregunté.

—Es emocionante —respondió él, sonriendo—. Es la primera vez que estoy en la jungla.

Me miró como un forastero a punto de preguntar una dirección.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, padre? —pregunté.

—Tal vez sí. Con tanta emoción, parece que se han olvidado de mí.

—Quédese con nosotros —dije—. Cuidaremos de usted.

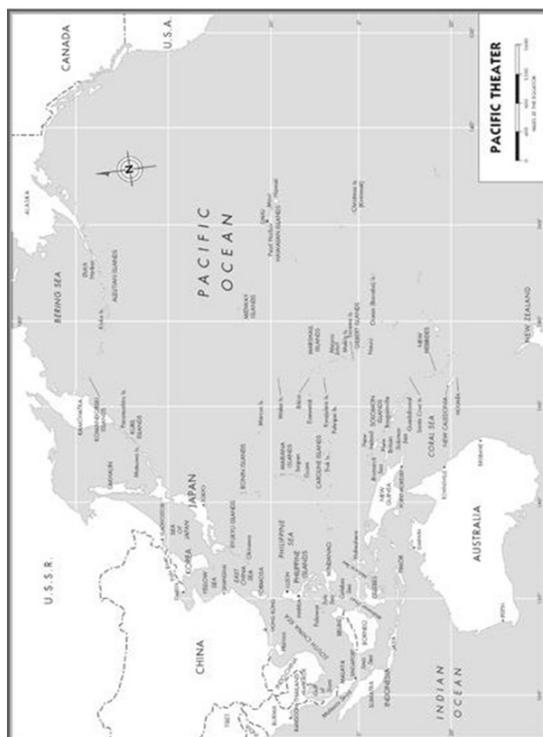
Él vaciló.

—¿Eso estará bien?

—Claro. Siempre es un lío cuando nos ponemos en marcha.

—Muy bien —dijo el padre Recto. Nos acompañó cuando descargamos uno de los camiones con el material de la Sección de Inteligencia y subió a bordo. El camión ascendió pequeñas colinas y finalmente nos dejó en medio de un campo de hierba kunai, nuestro nuevo hogar.

Así es como entrenan a sus hombres los marines. Manténlos ansiosos y desagradables, como fieras hambrientas, dice el Cuerpo, y lucharán mejor. Cuando se trasladen de un lugar a otro, no ahorres ningún esfuerzo por hacer que ese traslado sea doloroso y, antes de llegar a su destino, destaca a un hombre para que supervise el terreno con gesto de decepción. Como sustento, dales comida fría y, por herramientas, un machete. Y si el comandante tiene alguna influencia con el dios de las nubes, que se encargue de que llueva.



Se cumplió todo. Nos llovió, oscureció y nos llegó la noticia de que no había comida. Miré al padre Recto, abatido bajo su casco, envuelto en un poncho, siguiendo las normas de vestir en todos los detalles. Parecía ingenuo, como un niño al que le dan el uniforme de jugador de fútbol antes de jugar el partido.

—Eh, Playboy —le grité a uno de mis nuevos amigos de la Sección de Inteligencia—. Ayúdame a preparar un catre para el padre Recto.

Playboy se acercó y unió sus poderosos golpes de machete a los míos. Abrimos una trocha en el kunai e hicimos un lecho con los recortes. Clavamos unas varas en la maleza y extendimos sobre ellas el poncho del padre Recto. Él se metió debajo y se acostó. Algo se agitó en el lecho de hierba y se irguió al momento. Sonrió mansamente y volvió a acostarse. En un momento, oscureció.

—Tómese-lo con calma, padre —dije—. Vamos a buscar algo de comida.

—Eso estaría muy bien —dijo, como un niño—. ¿Dónde?

El padre Recto se echó a reír.

—Ya sabes que robarse a sí mismo no es robo.

—Eso es. Vamos a acelerar un poquito el proceso de distribución.

Nos dirigimos a la carretera y nos subimos a un camión vacío que regresaba a la playa. Un kilómetro y medio más adelante, nos bajamos y esperamos a un camión cargado de vuelta. Llegó uno, las luces cubiertas brillando con la lluvia. Nos subimos a él cuando redujo velocidad para subir una colina y seguimos el viaje hasta que llegamos a nuestro campamento. Allí arrojamos una caja de zumo de tomate y otra de habichuelas cocidas y nosotros saltamos tras ellas.

Dividimos la mayor parte entre nuestros amigos y luego corrimos al cobertizo del padre Recto. Lo sacudí.

—Aquí tiene algo de comida, padre..., pero tal vez será mejor que la bendiga primero.

—¿Qué? —exclamó al despertarse.

Nos echamos a reír.

—Oh —dijo, e incluso en la oscuridad pudimos advertir que era un «oh» divertido.

Playboy y yo volvimos a reírnos y volvimos a arrastrarnos de vuelta a la lluvia. Sólo éramos un par de pobres católicos que habían pasado alegremente los meses en Melbourne saltándose a la torera los Diez Mandamientos, y nos fuimos a dormir confiados en que habíamos sido perdonados gracias a nuestras generosas ofrendas robadas de zumo de tomate y habichuelas cocidas.

Hasta que amaneció ni se me ocurrió preguntar dónde estábamos.

—En la isla Goodenough —explicó alguien. Playboy se rió amargamente.

—Goodenough, sí... bastante buena para los marines.

Nos pusimos a trabajar para levantar las tiendas de nuestra sección, pinchados más que guiados por las desorganizadas órdenes del teniente Grandes-Ideas. Montamos tres tiendas: dos para vivir, una para trabajar.

En esa tercera tienda se hallaba nuestro magro equipo para confeccionar mapas: una mesa, hecha con una tabla de madera prensada sobre dos caballetes, algunas brújulas, lápiz, papel de calco y una o dos escuadras. Una sección de inteligencia de los marines lleva poco material cartográfico. De hecho, éramos una sección de exploradores: los ojos y oídos del comandante del batallón. Eso era todo, no importaba cuánto se esforzara Grandes-Ideas por magnificarlo.

Pero por mucho que me encandilara la idea de convertirme en explorador, el teniente Grandes-Ideas no quería oír hablar del tema.

—Estás aquí para sacar adelante mi periódico —dijo grandiosamente.

—Pero, teniente, vamos a volver a entrar en acción pronto. Y ni siquiera sé cómo manejar un acimut. Me perdería en una cabina telefónica. Todo lo que quiero hacer es averiguar cómo manejar una brújula y leer mapas.

—No lo necesitas.

—Pero, teniente, no tendremos tiempo para sacar un periódico cuando volvamos a entrar en acción. ¿Qué haré entonces?

El teniente Grandes-Ideas, al menos dos meses mayor que yo, agitó con desdén una mano a la manera que había seguido cultivando desde aquel día mágico en Guadalcanal, cuando, solo en toda una sección de inteligencia, el sargento Grandes-Ideas pudo decirle al comandante del batallón qué era un mosaico aéreo, hazaña por la que ganó en el acto el nombramiento como teniente Grandes-Ideas.

Agitó una mano, condescendiente, y dijo:

—Cuando entremos en acción, llevarás el diario del batallón.

—¿Qué es eso?

—Lo descubrirás en su momento. ¿Qué hay de mi periódico? Quiero saber tu parecer. Lo primero es lo primero: ¿qué necesitarás para empezar?

—Una máquina multicopista.

—Anotado. Habla con el sargento mayor al respecto. ¿Qué más?

—Papel.

—Al sargento mayor. Sigue.

—Grapadoras.

—Lo mismo. Vamos, muéstrame un problema de verdad.

—Reporteros.

—Bueno, sí, claro, reporteros, por supuesto... ¿Cuántos necesitarás? —hizo una pausa—. ¿Qué demonios quieres decir con reporteros?

—Si vamos a tener un periódico del batallón, señor, necesitaremos noticias. Eso significa que tendremos que cubrir las compañías. Así que necesitaremos a un hombre de cada compañía para que trabaje como reportero de esa compañía.

—¿Y de qué informará?

—De todo lo que ocurra en la compañía. Haré una especie de boletín de cada una y también tendremos una sección de noticias del cuartel general, tal vez un rincón de poesía abierto a lo que quieran enviar, un mensaje del comandante y un editorial.

—¡Un mensaje del coronel! ¡Un editorial!

—Sí, señor. Eso adornará un poco la página y tal vez le dé al comandante la oportunidad de elevar la moral.

—Espera un momento, amigo. Espera un momento —el teniente Grandes-Ideas alzó una mano para contenerme. Caminó gravemente de un lado a otro. Se sentó, adoptando la postura del *Pensador* de Rodin.

—Hay que tener cuidado con estas cosas, Lucky. No puedes ir por ahí atropellando a nadie. Tenemos que considerar a los comandantes de las compañías. Quizá no les guste que un hombre informe de las noticias de sus unidades. Querrán echarle un ojo al material antes de que lo publiquemos.

—¿Censura, señor?

—¡Cuidado con lo que dices! Si es un asunto delicado, el comandante querrá asegurarse de que el reportero lo refleje bien, tal como sucedió en la realidad. Tenemos que tener

cuidado con eso.

—Sí, señor.

—Así que voy a decirte cómo debemos actuar. Ve a ver al sargento mayor a ver qué puede hacer por ti respecto al papel y todo lo demás. Mientras tanto, tendré que hablar de esto con los comandantes. Mañana tengo prevista una reunión. La importancia de Stalingrado. Y una cosa más. Eso del mensaje del coronel y el editorial. Olvídalo. ¿Me oyes? ¡Eso fuera!

—Sí, señor.

Obedecí las órdenes y consulté con el sargento mayor, que me dijo que me fuera al diablo y saliera de su tienda.

El teniente Grandes-Ideas, después de tener una noche entera para reflexionar, se ciñó estrictamente a Stalingrado al día siguiente. El periódico del batallón desapareció del mapa tan claramente como un inexplicable rasgo del terreno tomado desde un mosaico aéreo.

— o O o —

Los tornillos de la disciplina estaban siendo apretados con fuerza. Un domingo por la mañana jugábamos al voleibol en la hierba kunai, cerca de la tienda comedor compartida por el comandante y el mayor Mayor-Porción, nuestro nuevo e impopular superior. Ya había pasado la hora de comer, excepto, naturalmente, para hombres como el mayor Mayor-Porción, que podía comer cuando le venía en gana.

Mientras jugábamos, el cabo de guardia del comedor corrió a unirse a nosotros. Por el rabillo del ojo, vi que el mayor salía con esos andares suyos desde la tienda donde dormía y se dirigía a la tienda comedor. Entonces el cabo se dio cuenta, pero fingió no preocuparse. Alguien le advirtió que no debía hacer esperar al mayor. El temperamento del mayor Mayor-Porción era bien conocido, pero el cabo pertenecía a esa peculiar clase de feos que, quizás enfadados por los aires de los más agraciados, de repente los sorprenden con la fuerza de una actitud inexplicable e inquebrantable. Siguió jugando al voleibol.

Nosotros empezamos a ponernos nerviosos.

El mayor siguió esperando.

La tensión se quebró cuando el mayor alzó la voz.

—¡Sargento mayor! —rugió, girándose para apuntar con ímpetu en dirección al por fin aturdido cabo—. ¡Sargentooo! ¡Ma-aayor!

El sargento salió de su tienda, trastabillando, mientras el mayor Mayor-Porción, tomando aire como un sapo monstruoso, explotó finalmente con un rugido tremendo.

—¡ENCIERRE A ESE HOMBRE!

Y se llevaron al pobre cabo.

— o O o —

Íbamos a dejar la isla. Radio macuto dijo que era debido a los numerosos casos de tifus que había entre nosotros, pero en realidad resultó que lo hicieron para reunirnos con otros regimientos en una zona preparada, desde donde atacaríamos a los japoneses una vez más. La guerra se acercaba. Ansiábamos nuevos triunfos en el Pacífico y victorias aliadas en el norte de África, pues también ellas impulsarían la marea más cerca de la orilla enemiga, reducirían las filas de un enemigo largamente inmovilizado mientras la causa aliada, que tanto había tardado en movilizarse, aumentaba en tamaño y capacidad.

Y una semana antes de que nos marcháramos, nuestra pequeña causa y nuestro número aumentó con un solo aliado, pero tan singular que era casi un ejército en sí mismo.

—Hay un australiano en la carretera —dijo el teniente Grandes-Ideas—. Ve y échale una mano.

Atravesé la hierba hasta llegar a la carretera y me encontré con el Buscador.

Me lo encontré sentado entre la grandeza y la confusión de un jeep tan cargado hasta los topes de hombres y material que uno pensaba inmediatamente que era el habitáculo de un recluso codicioso o un vehículo cargado a la desesperada para escapar de riadas o terremotos.

Había al menos tres grandes cazos, esas latas cascadas donde los australianos aficionados al té preparan su infusión; una flauta; un casco británico oxidado y un brillante casco estadounidense nuevo; una lámpara de queroseno; una lámpara de gasolina; una caja

de Sterno,<sup>[7]</sup> latas de té y azúcar; sacos de arroz; tres o cuatro grandes mochilas hinchadas de uniformes estadounidenses y australianos; una falda de hierba; una trompeta, adquirida, según me contó el Buscador más tarde, a «un yanqui por catorce machacas»; un conductor, el Buscador y catorce negros melanesios de cuyos poderosos hombros colgaban fardos, en sí mismos auténticas obras maestras menores.

Me quedé mirando, embobado, mientras un puñado de marines holgazanes se quedó esperando que hiciera un comentario humorístico, pero no me burlé.

—¡Pero bueno! —exclamó el Buscador, irritado—. ¿Siempre te quedas cruzado de brazos cuando ves que un tío necesita ayuda?

Me dispuse a ayudarlo a descargar, al igual que algunos otros, y cuando el contenido del jeep quedó depositado en el suelo formando una montaña en miniatura, el conductor se marchó a tanta velocidad que levantó una nube de polvo sofocante.

La irritación se reflejó en la cara del Buscador, pues se había echado hacia atrás el ajado sombrero flexible, la cinta blanca manchada, y así pude echar un buen vistazo a su rostro pequeño y correoso con su frívolo bigotito negro. Sus nativos advirtieron su estado de ánimo. Permanecieron de pie, vacilantes e inquietos, observándolo. Quizás él disfrutó de su confusión, pues de repente adoptó una pose medio sonriente medio pensativa, mirando por encima de sus cabezas el hilo blanco que se distinguía contra la lejana montaña, la cascada que caía por la cara del monte Nitulolo.

O tal vez el Buscador ocultaba su propia confusión, esperando también con su actitud pensativa impresionarnos con su presencia. Por fin se volvió hacia mí y dijo:

—Guíanos, yanqui. Eso es el maldito Segundo Batallón, ¿no? ¿Y si me llevas a mi covacha?

Lo conduje hasta su tienda, que habían levantado rápidamente detrás de la nuestra. Mientras le ayudaba a tensar las cuerdas (pues la tienda estaba tan flácida que parecía haber sido levantada por un oficial), me sorprendió el sonido de un galimatías entre los matorrales, acompañado por el ruido del cortar madera. Eran los indígenas del Buscador. Nos habían seguido a través de la hierba, pero tan silenciosamente que me había olvidado de ellos. Aquel galimatías era su dialecto tribal, pues todos procedían de una zona de Nueva Guinea cercana a Lae, donde el Buscador había sido plantador de cocos antes de la invasión japonesa. Estaban cortando madera para los cobertizos que construían para ellos mismos: no dormirían desde luego en la tienda del Buscador, como tampoco les permitiría comer nuestra comida. Los sacos de arroz estaban destinados a su comedor.

Ayudé al Buscador a conseguir un camastro y el resto de equipo necesario en intendencia y le prometí regresar después de la cena para enseñarle el río donde nos lavábamos.

Cuando regresé, me detuve a diez metros de la tienda al oír el tronar de una tormenta en el silencio de la isla. Un ruido tan incongruentemente fuerte que rompía el silencio como el silbido de un tren.

Sonaba una melodía. Algo así como «Lo pasaremos bien en la ciudad esta noche». Metí la cabeza en la tienda del Buscador. A la luz de la lámpara de queroseno fijada en el suelo, lo vi sentado en su camastro con los hombros encogidos y la cara retorcida mientras soplaba la trompeta con todas sus fuerzas. Cuando me vio, soltó el instrumento, se frotó la boca y dijo:

—Hola, yanqui, pasa y siéntate.

Empezó a soplar de nuevo, alzando el pie y bajándolo lentamente cuando llegaba a las notas difíciles. Sí, era «Lo pasaremos bien en la ciudad esta noche», reconocible, pero no siempre fiel.

—¿Dónde has aprendido eso? —pregunté cuando terminó.

—El yanqui al que le compré la trompeta me la enseñó —dijo, agachándose para encender una estufa de Sterno, donde estaba hirviendo agua para el té. Ya estaba demasiado oscuro para ir a visitar el río.

—Pero es una canción estadounidense, ¿sabes?

—Pues claro. Hay algunas cosas que los yanquis sabéis hacer bien. Esta canción me gusta. Yo diría que es auténticamente americana. Son las cosas que me gustan de América. Puedes quedarte con tu Nueva York, yanqui. Oye —hizo una pausa, esperanzado—, ¿no serás de Texas, no?

—No —respondí—. De Nueva Jersey.

—Oh —suspiró y se entretuvo preparando el té.

—¿Vas a estar mucho tiempo con nosotros? —pregunté.

El Buscador se encogió de hombros.

—Indefinidamente.

—¿Qué vas a hacer?

Me guiñó el ojo.

—Secreto, yanqui... Alto secreto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir secreto, chaval. No puedo decírtelo, eso es todo. Alguien en Australia me dijo que moviera el culo y me uniera a los malditos marines y aquí estoy. ¿Té, yanqui?

Acepté y dije:

—¿Pero y tus chicos indígenas?

—Están conmigo, eso es todo. A partir de ahora estoy vinculado a vosotros, para bien o para mal..., y espero que sea para bien. No me importa decírtelo, yanqui, me sentiría mucho más tranquilo si me dejarais a mi aire. ¡No podéis superar a las AIF!<sup>[8]</sup>

—¡Anda que no! Superaremos a los australianos el día menos pensado. Pregúntale a los japos cómo clasifican al enemigo. Nosotros somos los más duros del mundo y, detrás de nosotros, la infantería americana... ¡y luego los australianos!

—¿Dónde has oído eso? —gruñó.

—No lo he oído. ¡Lo he leído! Lo leí en uno de vuestros malditos periódicos.

—¡Venga ya! ¡Estás chalado! Comparados con las AIF sois un puñado de escolares —me miró con mala cara y se dispuso a volver a llenar los tazones blancos que usaba para tomar el té—. No me interpretes mal —dijo, sirviendo con cuidado la infusión—. No digo que no sepáis luchar. Sólo digo que os falta mucho para alcanzar a las AIF —regresó a su camastro y alzó su taza—. Por las fuerzas estadounidenses.

Bebimos y, entonces, añadió:

—Y gracias a Dios por las AIF.

Nos pusimos en marcha una semana más tarde. Aquel «alguien en Australia» le había dado poco tiempo para unirse a nosotros. Nos notificaron que nos prepararíamos el día siguiente a la llegada del Buscador.

Nos echamos las armas al hombro, nos colgamos los macutos y recorrimos aquella carretera polvorienta hasta la bahía. Estaba repleta de LST<sup>[9]</sup> y muchos de ellos ya habían alcanzado la orilla, las rampas bajadas y las bocas abiertas mientras soldados, vehículos y armas entraban a pie, rodaban o chocaban contra sus vientres oscuros y espaciosos.

Entramos en nuestro buque. La rampa se alzó detrás de nosotros, las mandíbulas crujieron al cerrarse y zarpamos.

## Capítulo 18

Lluvia.

Había llegado la lluvia. Finschhafen, en la costa sureste del noroeste de Nueva Guinea, nos recibió con un abrazo mojado y goteante.

Una vez más desenfundamos nuestros machetes para abrirnos un espacio donde vivir en la jungla empapada.

Una vez más nos sentamos en cuclillas, desconsolados e indolentes, esperando la orden de ataque.

Una vez más oímos las bombas, susurrando, como perdidas en aquella negra lluvia cegadora, estallando salvajemente en la jungla. Sólo los indígenas del Buscador estaban encantados con el retraso.

—Esto no ser terreno Kinni —dijo Buri, sus fuertes dientes brillando en una sonrisa de placer. Se quitó la pipa omnipresente y se detuvo a acariciar cariñosamente el lodo—. No terreno Kinni —dijo, casi canturreando.

Todos ellos (Buri, Kimbut y los otros dos cuyos nombres no puedo recordar) eran de Nueva Guinea. Estaban orgullosos de su procedencia, y solían mirar por encima del hombro a los otros melanesios que vivían en el archipiélago Bismark, el grupo de islas del oeste del Pacífico situado al norte de Nueva Guinea oriental. Concretamente, despreciaban a los «banaka selváticos», los simplones que habitaban en el interior, más allá del alcance del comercio civilizador de la costa. Todos hablaban inglés pidgin, resultado de las relaciones de esas tribus con los comerciantes extranjeros, y me lo enseñaron durante nuestras dos aburridas semanas en Finschhafen.

Ellos me hablaron de la vida que llevaban antes de la guerra, una vida increíblemente sencilla de recolector de alimentos, salvo los pocos meses al año empleados (he estado a punto de decir explotados) por plantadores como el Buscador, y yo traté de hablarles de nuestra complicada existencia, pero fue casi imposible. Sólo cuando hablaba de los edificios podían comprender algo y normalmente los describía con ayuda de fotos de revistas.

—Coges la casa de un tipo —decía, señalando la planta del Empire State—. Bien. Coges la casa de otro tipo. La pones encima. Bien. Coges a otro tipo. Coges un montón de tipos, todos iguales como la hierba. Muchos tipos encima de otros.

Ellos asentían, los ojos asombrados, a veces un poco más exagerados de lo necesario, pues eran consumados actores e impecablemente amables.

La parada en Finschhafen fue breve, quizás unos diez días, y nos salvamos del aburrimiento sólo por los bombardeos y una absurda patrulla de dos días por los alrededores, donde Buri nos divirtió una tarde de lluvia tratando de calentar el té encendiendo fuego con dos palos de madera. Era un truco aprendido de los cómics estadounidenses que quería poner a prueba, pero fue un fracaso. Cuando regresamos, encontramos el campamento levantado y todo preparado para la marcha.

Una patrulla nocturna, compuesta principalmente por hombres de nuestra sección, había hecho un reconocimiento bajo las mismas narices del enemigo en Nueva Bretaña. Habían sido trasladados al otro lado del estrecho Dampier en una lancha torpedera y habían desembarcado en una balsa de goma. La información que trajeron consigo —a punto estuvieron de no regresar, pues su barco había sido bombardeado por una patrullera

japonesa mientras huían— resultó decisiva para enviarnos a luchar. Al parecer, el lugar donde desembarcaríamos estaba poco defendido.

El comandante nos reunió a todos esa noche y nos dio el discurso de la víspera de la batalla.

Los hombres formaron en la carretera que corría perpendicular a la playa, agrupados en una gruesa media luna irregular alrededor del comandante, situado de espaldas a la selva. Habló con tono pausado pero furioso, habló como un hombre que odiaba a los japoneses, como si hubiera sufrido una afrenta personal a sus manos y le motivara la venganza personal..., como si esto fuera una guerra personal, no mecánica. Su arenga pareció irreal, y fue irreal porque nunca podría producir el efecto deseado.

—Maten japos —estaba diciendo el comandante—. Quiero que maten japos. Y quiero que recuerden que ustedes son marines. Donde vamos nos espera un trabajo duro. Y donde vamos no podremos malgastar munición. Así que asegúrense de que ven algo antes de disparar. No aprieten el gatillo hasta que tengan carne en la mirilla. Y cuando lo hagan, derramen sangre, derramen sangre amarilla.

Eso fue todo.

Regresamos a las tiendas.

Era Nochebuena.

En las tiendas, el padre Recto se estaba preparando para officiar la misa del gallo. Había erigido un altar bajo una tienda piramidal y nos reunimos allí, arrodillados en el barro y encogidos contra la fina lluvia que caía, para ser testigos de la inmolación del Príncipe de la Paz. Ataviados con los feos y molestos atuendos de la guerra moderna adoramos al Divino Hijo del Dios de las Batallas.

*Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del Universo...*

El padre Recto habló con dulzura. Nos recordó que no todos viviríamos para ver otra Navidad, si bien quizás algunos de nosotros moriríamos ese mismo día. Nos dijo que nos arrepintiéramos de nuestros pecados y que pidiéramos perdón a Dios, que perdonáramos a quienes nos habían ofendido, que preparáramos nuestras almas para la muerte.

Cantamos villancicos. Mil novecientos cuarenta y pico años antes el Niño había nacido en Belén, y lo celebramos esa noche en un bosque oscuro y neblinoso que Su Padre había creado.

Le cantamos villancicos: «Noche de paz», «Adeste Fideles» y «Escuchad el son triunfal».

*De tu trono has bajado y la muerte conquistado para dar al ser mortal nacimiento celestial.*

Y al día siguiente nuestras manos estarían manchadas con la sangre de nuestros hermanos.

Pero cantamos, sin muchas ganas, sin mucha esperanza, a veces mecánicamente, a veces con desesperada intensidad, una mano en el corazón, la otra en la empuñadura de la bayoneta, convencidos de la verdad y la urgencia de lo que había dicho el padre Recto, aferrándonos a palabras tan finas como una telaraña en la bruma que nos rodeaba. Pero no dejamos de cantar y, cuando terminamos, nos fuimos a dormir.

Por la mañana marchamos hacia los barcos.

Nos ofrecieron una maravillosa cena de Navidad. Estábamos repartidos por la playa, a lo largo de aquella expansión de negro y liso barro volcánico donde una fila de grandes árboles parecidos a robles se inclinaba hacia el mar como una brillante línea de lanzas gigantes. Comimos pavo y puré de patatas, pan e incluso helado, maravillados al pensar que pudiéramos comer tan rígidamente antes de la batalla.

Entonces nos entregaron nuestro correo de navidad. Como si fuéramos reyes y, después de haber terminado el banquete, hubiéramos dado una palmada llamando a los juglares... y nos lo entregaron. Nos pasamos el resto del día retozando en aquella lisa playa negra.

Cuando oscureció, subimos a bordo de nuestros barcos de asalto, rumbo a la batalla de la mañana en las orillas de Nueva Bretaña, al noroeste del estrecho Dampier.

Navegamos en la noche, silenciosos y sin canciones, de vuelta a la guerra.

## Capítulo 19

En las orillas sin sol de Nueva Bretaña, donde la jungla se asomaba al mar, los hombres de la Primera División de Marines volvimos al ataque y fue allí donde hicimos pedazos a los japoneses, literalmente, cuando en aquella jungla devoradora no se dispersaron; y fue allí donde nos apiadamos de ellos.

La piedad hacia el enemigo es una locura o es un signo de fuerza. Creo que con la Primera División de Marines en Nueva Bretaña fue un signo de fuerza.

Nos apiadamos al final, de aquel enemigo a la fuga, desorganizado, desmoralizado, que incluso se arrastraba a cuatro patas, en medio de aquella lluvia que todo lo disolvía, pues fuimos nosotros, los blandos y afeminados estadounidenses, quienes aprendimos a acostumbrarnos a la jungla y quienes mejor aguantamos la prueba del monzón y en ello radicó nuestra fuerza.

La jungla y también la lluvia hicieron que Nueva Bretaña fuera tan distinta a Guadalcanal. Desde el momento en que bajé por la rampa de nuestro LCI, crucé una estrecha playa negra y subí una empinada orilla para pasar de la luz del sol a la penumbra de la jungla, supe que iba a ser diferente, pues, en ese momento, la lluvia empezó a caer y, en ese momento, empezamos a dar caza al enemigo.

El sonido de los cañonazos y los aviones en picado ya se había acallado cuando el comandante, nuestro nuevo jefe del batallón, emplazó su puesto de mando a unos cincuenta metros del agua. Nuestras compañías de asalto habían avanzado para tomar posiciones y formar un perímetro defensivo, una media luna con su filo recto a lo largo de la playa. No podía tener más de cuatrocientos metros de anchura en el punto más amplio.

Como unidad, no podíamos avanzar más. Ahí nos quedamos, solos, cubriendo la carretera costera mientras el resto de la división conquistaba cabo Gloucester al norte. Nos habíamos insertado como cuña defensiva entre nuestra división y el enemigo que creíamos al sur. Para reforzar a sus camaradas, los japoneses tendrían que pasar por donde estábamos nosotros. Así que aquí estábamos, solos, fuera de contacto con nuestra fuerza principal, porque nos hallábamos en lo que el comandante llamó «protección radial».

Desde ahí, el comandante enviaba nuestras patrullas diarias. Con aquella incansable precisión tan propia de él, había estado enviando patrullas a territorio desconocido desde el mismo momento de nuestro desembarco. Iban y venían constantemente, iban y venían, al norte, al sur y al este, más y más lejos, extendiéndose como antenas, como los sentidos táctiles de nuestro batallón, ese organismo militar que yacía a ciegas en la jungla, cazando a un enemigo exasperantemente ausente.

Al norte, una patrulla descubrió el cadáver de un explorador de la Compañía E que habíamos dado por desaparecido. En la zona había marcas de lucha, como si hubiera librado un combate cuerpo a cuerpo. Su cadáver mostraba docenas de heridas de bayoneta. Lo habían usado como blanco de prácticas. En la boca le habían metido la carne que le habían cortado del brazo. Sus amigos dijeron que tenía allí un tatuaje, el emblema de los Marines, el ancla enrollada y el globo. Los japoneses se lo habían arrancado y se lo habían metido en la boca.

El comandante se enfureció.

En otra ocasión, al norte, dos oficiales japoneses fueron capturados espiando nuestras

posiciones y fueron abatidos. Una avanzadilla de la Compañía E, al explorar el terreno, descubrió un contingente japonés, casi un pelotón, durmiendo en el suelo. ¡Durmiendo! Les dispararon, a aquellos dormidos superhombres de la jungla, para retirarse a la llegada de otro pelotón enemigo.

Así que el enemigo estaba allí. ¿Pero en qué número? Si los pelotones japoneses se habían dividido en patrullas, su tamaño era apreciable. Las acciones enemigas, por lo demás, eran desconcertantes. ¡Durmiendo! ¿No eran conscientes de nuestra presencia?

El comandante debió de considerar algo de todo esto cuando envió a una nueva patrulla al sur, pues allí se había hecho el silencio y no era conveniente que estallara de repente, pillándonos entre dos fuegos.

Eligió al teniente Comando para que liderara la patrulla y yo fui como explorador. Comando, que se había unido a nosotros en Australia, era un francés grande y poderoso con un ligero acento propio del inglés de un canadiense francófono y de un francés. Recibía ese apodo porque había estado en la desastrosa incursión de Dieppe. Pretendía impartir entre nosotros las técnicas de combate que había observado entre los comandos británicos, pero pasó por alto nuestro orgullo como marines e ignoró la obvia diferencia entre los territorios de Europa y Oceanía, de manera que a menudo se sentía decepcionado y ofendido cuando sus críticas bienintencionadas nos molestaban y terminaban siendo rechazadas.

El camino que seguíamos comenzaba como un estrecho sendero a lo largo de la playa y se separaba del océano tierra adentro para seguir el terreno elevado que pronto se perdía en la exuberancia de la jungla. Se retorció y giraba como si lo hubiera abierto un indígena borracho de licor de nueces.

Éramos diez: un hombre en la punta, normalmente la posición del explorador de inteligencia, pero entonces ocupada por un hombre de la Compañía G, y el resto desplegados tras él. Nuestro alineamiento no era estricto, es obvio, sino intencionadamente laxo y entre cada hombre había una distancia de unos seis metros. A una señal del punta — solía levantar una mano—, nos fundíamos con la jungla. Nadie fumaba, por supuesto, ni hablaba. Las cantimploras, los cuchillos y la munición iban asegurados para que no hicieran ningún ruido. Las armas las llevábamos sobre el pecho, listas para ser descolgadas y disparar al instante o clavar la culata en tierra a fin de suavizar la caída. Yo llevaba mi metralleta cargada y amartillada, pero con el seguro puesto. Un solo movimiento de mi índice derecho soltaría el seguro y pulsaría el gatillo. Incluso los que iban armados con fusiles esperaban disparar desde la cadera, porque los encuentros en la jungla son repentinos y porque la densidad del bosque tropical permite una visibilidad de apenas cinco metros. ¿Quién necesita apuntar desde esa distancia, aunque tuviera tiempo para hacerlo?

Una patrulla avanza despacio por la jungla. El miedo a una emboscada exige una prudencia tan extrema que reduce los movimientos a arrastrarse. Literal. Cada pie se planta firmemente antes de levantar el otro, se tiene el mayor cuidado para evitar las ramitas sueltas y se produce una especie de ritmo propio de un cangrejo cuando los ojos y el torso viajan en direcciones alternativas a los pies. Pie izquierdo, apoyarse, mirar, escuchar, pausa; pie derecho, apoyarse, mirar, escuchar, pausa.

A esa velocidad, se tardaba un día en andar un kilómetro y medio y regresar. Si el sendero era montañoso o especialmente retorcido, se podía tardar más. En nuestra patrulla, tardamos veinte minutos en doblar un recodo, precisamente porque la curva se hallaba al pie de una elevación y porque esa característica del terreno es ideal para una emboscada. Tiene las ventajas gemelas del terreno y la sorpresa: el enemigo puede acribillar tus filas al tiempo que tu visibilidad es nula. Puede incluso permitirte que llegues a la colina, permitirte que lo adelantes y, entonces, dispararte desde atrás, un truco desmoralizador.

Habíamos sorteado con éxito el recodo y habíamos subido una serie de pequeñas colinas, resbaladizas por el barro, para llegar a un terreno elevado. Nos hallábamos en lo que podríamos llamar un precipicio o, al menos, un acantilado empinado, desde donde el terreno a nuestra derecha caía hasta el mar. El sonido del océano rompiendo contra la orilla apenas era audible aun prestando atención.

Los pájaros y todos los bichos vivientes permanecían en silencio, nosotros nos intranquilizamos. Su silencio anunciaba nuestra llegada o revelaba la presencia del enemigo. Llovía.

El Punta estaba a la vista cuando nos acercamos a una curva. Se agachó para rebasarla y, luego, se tumbó en el suelo para arrastrarse. Entonces levantó la mano.

Desaparecimos entre el follaje.

La mano volvió a levantarse, mostrando cuatro dedos. Cuatro enemigos.

Yo estaba tendido entre las hierbas que flanqueaban esa parte del sendero, preguntándome si me traicionarían los latidos de mi corazón. Entonces me di cuenta de que no podía ver nada por encima de la hierba. Si los japoneses pasaban por el lado, sólo podría verles las piernas para dispararles. En ese momento recordé que el hombre que tenía delante ocupaba la parte izquierda del sendero y que tenía que tener cuidado para no alcanzarle cuando disparara. Cuando recordé que el hombre que me seguía estaba también a la izquierda, confié en que fuera igual de considerado.

Entonces pensé: tal vez no deberíamos disparar. Éramos suficientes para superarlos. ¿Debería sugerirle al teniente que los capturáramos, cuando se metieran en nuestra trampa?

Pero Comando tenía otras ideas. Cuando miré hacia atrás, le hizo señas a un hombre y le susurró algo cuando éste se acercó. El hombre se arrastró hasta la curva donde estaba el Punta. Un momento después, el Punta regresó a rastras y consultó algo con Comando. Un momento después, un fusilero a quien no conocía se arrastró hasta mi lado, cogió el fusil, ajustó un lanzagranadas a la boca del arma y se preparó para disparar granadas.

Comando se acercó.

—A unos cien metros, a la izquierda —susurró. El fusilero asintió.

El Punta regresó a su puesto de observación. Levantó una mano.

El fusilero disparó. Lo hizo una y otra vez. Debió de lanzar cinco granadas al cielo y pude oír sus explosiones cuando cayeron.

El Punta regresó arrastrándose.

Comando lo miró impaciente, casi con avidez.

El Punta se encogió de hombros. Sus hombros fueron más elocuentes que sus susurros:

—No lo sé. Tal vez. Cuatro de ellos bajaban por la colina. Puede que le diera al primer tipo. Los demás se tiraron al suelo.

Las líneas de polvo, marcadas claramente en la cara de Comando, se desvanecieron. Su cara se hizo más blanda y luego volvió a mostrar irritación. Lo miré. El me ignoró. Había ignorado mi presencia desde el principio y tomé nota para corregir la mentira que sin duda él contaría cuando regresáramos a la base.

—No sé, teniente —repitió el Punta, y esperó.

El rostro latino y ovalado de Comando se animó.

—Cuatro, ¿eh? —dijo, su acento cortando la última palabra—. Bien —se agachó y le dio una palmada en el hombro al fusilero—. Buen trabajo.

Me miró con dureza, y me di cuenta de que había sido consciente de mi presencia y mi identidad todo el tiempo. Comando esperaba que confirmara la falsedad.

De repente, sentí frío y dolor. La lluvia me había calado la ropa y tenía el cuello dolorido de tanto doblarlo. En ese momento, el hombre que había sustituido al Punta levantó la mano.

El Punta volvió rápidamente a su posición y, un momento después, se reunió con el teniente Comando, que había retomado su antiguo puesto ante esa nueva alarma. Conversaron, y entonces el Punta volvió a subir por el sendero.

Mis dientes se estremecieron cuando el Punta abrió fuego y el fusilero escupió de nuevo sus granadas.

Cuando el Punta pasó velozmente a mi lado, la cara tensa, corriendo con las piernas abiertas como un jinete y, cuando el hombre tras él también se quitó de en medio y se retiró, supe que era lo que estaba pasando.

El teniente Comando estaba jugando a los comandos.

Aquella era la técnica de la lucha callejera. Un hombre dispara y se retira, cubierto por el segundo hombre que dispara ahora, después también éste dispara y se retira, y así por toda la línea, una táctica que puede extenderse hasta el infinito o, al menos hasta que te has retirado tanto como deseas... hasta llegar a los generales o hasta que agotas la munición. Sin duda es una técnica excelente para luchar en las ciudades, pero es tan poco práctica en la jungla como las tropas de invierno en el Sáhara o, lo mismo da, el empleo de nuestra técnica de patrulla en ese mismo desierto. Esa táctica vale para una situación donde haya pocos o ningún escondite. ¿Quién podía pedir más escondites que la jungla de Nueva Bretaña?

Mi desdén hacia las tácticas equivocadas del teniente Comando se confirmó un momento más tarde, cuando el último hombre que tenía delante disparó y vino corriendo hacia mí.

—¡Oh, qué tío más capullo! —dijo, maldiciendo entre dientes—. ¡Oh, qué capullo! —me miró y gruñó—. Este Comando piensa con el culo —y cuando vi que no era otro sino el

arrojado Recuerditos, sentí que mi propia valoración del teniente había sido reforzada por una opinión del Tribunal Supremo.

Sólo fue un instante y enseguida Recuerditos quedó detrás de mí y fui yo quien tuvo que disparar. Me arrodillé y disparé desde la cadera, tirando con fuerza de la correa con mi mano izquierda para impedir que la boca se fuera al cielo, como hacen las subametralladoras. Vacíé mi cargador, uno grande, de treinta balas, en la dirección de la curva del sendero y luego me volví para correr, pero no antes de sentir repugnancia por aquel insano castañeteo que quebraba el silencio de la jungla y un espasmo nervioso por la exposición extrema de mi posición.

Repetimos la farsa con cada uno de los diez hombres hasta que desaparecimos tras otro recodo. Entonces nos dimos media vuelta y regresamos a casa, a un ritmo mucho más vivo, pues no temíamos ser emboscados en un terreno que ya habíamos recorrido.

Había dejado de llover, pero la jungla seguía goteando. Justo antes del perímetro, doblamos un recodo y, allí, sobre la cabeza del hombre que tenía delante, vi una araña gigantesca, agazapada en su tela, uno de esos horrores rojos y negros con horribles patas peludas extendiéndose desde un cuerpo del tamaño de un puño. En ese momento cayó la telaraña sobre el casco del hombre, cubriéndolo, y éste, con un gesto de asco extremo, se quitó el casco y lo lanzó contra la maleza. Esperé a que lo recogiera, volviéndome para cubrir el sendero que dejábamos atrás, y luego alcanzamos al resto de los hombres.

Después de llegar al perímetro el teniente y yo continuamos caminando hasta el puesto de mando. Delante de la tienda de mando había otra patrulla, una patrulla de combate a juzgar por las armas automáticas que llevaban. Cuando entramos, el comandante estaba en el interior, hablando con un joven oficial de la Compañía F. Su cara se relajó al vernos y sonrió al ver los cuatro dedos que alzaba Comando. Incluso con la escasa luz de la tienda, los ojos azules del comandante chispearon.

—Un momento —le dijo al joven oficial. Entonces se volvió hacia nosotros—. Me alegra verlo de vuelta, teniente. Oímos los disparos. ¿Qué sucedió?

—Nos encontramos con una avanzadilla enemiga cerca de Tauali, señor —respondió Comando. Sacó un mapa del bolsillo de su guerrera, marcó el punto donde habíamos mantenido el tiroteo y se lo entregó—. Había cuatro hombres, señor. Los destruimos con disparos de fusil y granadas.

El comandante alzó la cabeza, esperanzado.

—¿Encontraron algo en los cadáveres?

—No, señor —respondió Comando sin vacilar—. No tuvimos tiempo para registrarlos. Parecía que eran la avanzadilla de un cuerpo principal de tamaño considerablemente superior.

Miré a Comando desde el rincón de la tienda al que me había retirado. Lo miré detenidamente. Si alguna vez un hombre ha hablado con confianza o seguridad, era el teniente Comando.

El comandante se encogió de hombros.

—Lástima. Ahora mismo nos vendría bien un poco de información. Pero al menos los negocios prosperan —dijo, riendo—. Estamos matando a esos pequeños hijos de puta y ése es el objetivo. Si no estoy equivocado, me parece —continuó, saboreando obviamente la frase y la idea—, si no estoy equivocado, se están preparando para hacernos una visita uno de estos días.

Sonrió de nuevo, mostrando sus dientes blancos y regulares.

—Eso es todo, teniente. Buen trabajo.

Comando le dio las gracias al coronel y salió. Lo vi marchar, pensando que no era un mentiroso, que creía de verdad haber visto todo eso. Tampoco un cobarde, pues lo he visto reaccionar ante el peligro. Recuerditos tenía razón: Comando pensaba con el culo.

Por fortuna, el informe de Comando no afectó en absoluto las determinaciones del comandante. Estuvimos de guardia las veinticuatro horas, esperando que los japoneses «hicieran una visita».

Pero esa noche no aparecieron.

Me asignaron una patrulla nueva para explorar el camino de Tauali. La dirigía el teniente Clorofila y se me reconoció la experiencia y me encargaron la punta, quizá porque era el único que ya había estado en ese terreno. El teniente Clorofila era lo bastante sensato como para aprovechar esa ventaja.

Clorofila era un hombre muy capaz, muy tranquilo y muy sensato. Había ascendido de entre la tropa como muchos de nuestros hombres, pero no se le había subido a la cabeza su

nuevo cargo. El signo más firme de su aplomo ante tan buena suerte, pues ninguna sonrisa más brillante de los dioses nos parecía posible, era que Clorofila seguía mascando chicle.

La liga de los calzoncillos limpios, como llamábamos al cuerpo de oficiales, no le había hecho cambiar de modales e incluso, mientras nos comunicaba nuestras posiciones y daba la orden de ponernos en marcha, sus mandíbulas se movían lentamente, como rumiando.

—Y acuérdate, Lucky, de avisarme cuando lleguemos al punto donde los atacasteis ayer.

Llovía y el camino era más resbaladizo que nunca, así que nuestro avance fue aún más lento que el día anterior. A la derecha, ahora escuchado débilmente a través del golpeteo de la lluvia, ahora inaudible, se extendía el océano. Aquéllos eran los únicos sonidos.

Me susurraron que el teniente quería consultar algo conmigo. Regresé a rastras hasta el lugar donde estaba agazapado junto al camino. Tenía un mapa en equilibrio sobre las rodillas y sujetaba el poncho por encima de su cabeza para protegerlo de la lluvia. Me hizo una seña y me arrodillé en el barro a su lado.

—¿Dónde estamos? —preguntó en voz baja.

Una pregunta normal, pero me hizo estremecer. Me había concentrado tanto en avanzar por aquellas curvas del camino que me había olvidado de tomar referencias. Me preocupaba el enemigo, no la dirección. Contuve la respiración y presté atención al sonido del océano.

Si podía oírlo y estaba a mi derecha, todavía avanzábamos en la dirección adecuada. Si no podía oírlo o si estaba a mi izquierda, estábamos perdidos.

Lo oí, a nuestra derecha, miré el mapa del teniente para ver la escala y luego calculé la distancia que habíamos recorrido, las curvas que habíamos dejado atrás, la distancia hasta el océano, y señalé lo que parecía ser el lugar correspondiente en el mapa, y dije:

—Aquí.

Clorofila asintió. Le miré a la cara. Contenía el gesto, y al observarla vi que las arrugas de preocupación desaparecían de sus ojos y que comenzaba a mascar chicle de nuevo y cuando asintió y me dijo que continuara avanzando una vez más obedecí sin decir nada.

Había dejado de llover. El verde de la lluvia brillaba húmedo mientras nos dirigíamos al llano donde había tenido lugar el desastre con el teniente Comando. Llegamos a un lugar despejado, una breve extensión de hierba de poca altura bajo un agujero en el techo de la jungla que conducía a una pequeña colina que desaparecía tras una curva antes de reaparecer como el saliente de tierra de Comando.

A medio camino colina arriba, marcada tan claramente como en un molde de escayola, había una huella de un pie. Un pie descalzo, grande, con dedo gordo prensil. El pie de un indígena. Apuntaba hacia nosotros, colina abajo. Nos llenó de emoción y de asombro. Llamé a Clorofila y estaba preparado para discutir con él al respecto, pero miró nervioso alrededor y dijo:

—Vamos, subamos a esa colina. No es buen sitio.

Subimos con cuidado el promontorio, pues seguía siendo resbaladizo. Con la emoción de la pisada, casi me olvidé de decirle a Clorofila dónde estábamos, pero entonces me acordé y le dije:

—Teniente, aquí es donde los atacamos ayer.

Clorofila pareció preocupado.

—¿Y la huella? —pregunté.

Él me miró pensativo y se echó hacia atrás el casco. Mascó su chicle metódicamente, con los labios replegados y mostrando sus grandes dientes, como si sacara fuerzas y valor de aquella goma de mascar.

—¿Y la huella? —repitió en voz baja, más para sí mismo que para mí—. Está ahí, eso es todo. No hay nada que podamos hacer. Lo peor de todo es... que es sólo una huella.

Se encogió de hombros y siguió mirándose.

—Será mejor que nos detengamos aquí un momento. Tú encárgate de la retaguardia, en aquella colina.

—Pero teniente —dije, tratando de ocultar mi decepción—, se supone que estoy en la punta.

—Adelante —contestó, impertérrito—. Haz lo que te digo. Retaguardia.

Obedecí, sintiéndome como si me hubieran degradado.

Un poquito más abajo de la cima de la colina, me oculté entre la maleza. Rompí unas cuantas ramas que tapaban mi línea de visión, ganando así una perspectiva clara de aquel espacio abierto. Me puse en cuclillas, cabreado, furioso por haber sido degradado a la parte de atrás. Aunque había dejado de llover, seguía sin oírse ni un solo sonido, ni siquiera el océano.

Una ramita se quebró.

Alcé la cabeza y vi a cuatro hombres acercarse. Iban muy juntos.

Durante un instante pensé que eran de los nuestros y me pregunté por qué habían enviado a otra patrulla y por qué aquel tipo grande que iba delante, el mayor Mayor-Porción, había decidido liderarla.

Siguieron avanzando y vi sus cascos con forma de seta y supe que eran japoneses.

Estaban subiendo la colina. El tipo grande tenía la cabeza agachada y los brazos fuertes, parecidísimo al mayor Mayor-Porción. Apoyé el pie derecho en el suelo y, mirándolos, apreté el gatillo y disparé.

Cayeron gritando.

El hombretón alzó los brazos por encima de la cabeza, gritó, giró y cayó con el estrépito de su fusil. Los hombres que tenía detrás cayeron también gritando y uno de ellos rodó y rodó colina abajo, hasta desaparecer para siempre de la vista.

Había vaciado mi cargador de treinta balas y sólo me quedaba el de veinte. No tenía ni idea de si había más japoneses, así que abandoné mi posición en el sendero, replegándome alrededor de la curva hasta el próximo hombre, quien me recibió con la boca abierta y los ojos desencajados.

—Quédate aquí —dije, y corrí hasta el teniente Clorofila. El teniente no estaba nervioso, pero el ruido de los disparos en su retaguardia no le había dejado impertérrito. Su cara hizo la pregunta.

—Una patrulla japonesa —jadeé—. Cuatro. Creo que los he abatido a todos, pero puede que haya más.

No tuve que esperar, pues Clorofila se puso en pie e indicó a otro hombre que viniera con nosotros y a todos los demás que se quedaran donde estaban, alerta.

—Vamos —dijo.

Los tres regresamos al borde de la colina.

—¿Alguno más? —le pregunté al hombre que había dejado atrás, y él negó con la cabeza. Pude oír gemidos. Me volví hacia el teniente—. ¿Quiere que eche un vistazo?

El teniente asintió.

Me eché al suelo y empecé a reptar pendiente abajo. El hombretón yacía donde había caído. Estaba muerto. Había otros dos más abajo, y en ese momento, justo cuando aparecí, el más lejano de los dos empezó a alejarse arrastrándose.

Las explosiones rugieron a mi espalda. El hombre del teniente Clorofila había empezado a disparar con su metralleta y casi me reventó el oído. Me sobresaltó. Creyendo que estaban llegando más enemigos, corrí de vuelta a terreno elevado.

—Casi te da —dijo el hombre que había disparado.

—¿Quién?

—Ese japo, el que acabo de cargarme. Te estaba apuntando.

El hombre estaba nervioso. Tenía un grueso bigote que parecía temblar mientras hablaba. Miré al teniente. Su rostro reflejaba preocupación, pero era ansiedad por la seguridad de una patrulla aparentemente aislada por el enemigo. Pensé: este tipo está loco, el único japo vivo es el herido. Pero de todas formas le di las gracias.

Volvieron a oírse gemidos y movimientos. El otro hombre y yo apuntamos y acabamos con el japonés herido. Disparé una descarga corta, temiendo agotar mi último cargador.

—Escuchad —dijo el teniente Clorofila cuando terminamos—. Quedaos los dos aquí. Voy a desviarme hacia la derecha, hacia el océano. No tiene sentido volver por donde hemos venido, puede que haya más japos detrás de nosotros. En cuanto veáis al hombre de cola, largaos.

Había caído un silencio intenso, roto por lo que nos pareció el sonido de movimientos al pie de la colina, donde terminaba en un denso matorral.

Pero nuestra patrulla hizo bastante ruido mientras recorría la maleza hacia el mar, como mastodontes, tan ansiosos estábamos por salir de aquella desconcertante altiplanicie. Cuando vimos al último hombre, lo seguimos, pero no antes de que mi camarada barriera la colina con una larga carga de su ametralladora.

Cuando dejamos atrás la maleza, comprendimos el motivo del ruido. Un campo de rocas lisas, mojadas y resbaladizas que cubría una empinada caída hacia el mar.

Nos deslizamos, resbalamos y chocamos; rodamos y recorrimos con estrépito toda esa distancia de unos pocos cientos de metros hasta el agua, esperando atraer de un momento a otro el fuego del enemigo hacia nosotros. Fue un movimiento por el flanco bastante peligroso, pero nos sacó de la ratonera donde creíamos estar.

Regresamos por la playa de piedras, a veces caminando por la orilla, a veces pisando con cautela las rocas empinadas que se lanzaban sombrías hacia aquel mar plano y gris. Cuando Clorofila pensó que habíamos llegado lo bastante lejos y cuando el terreno a la derecha ya no se alzaba tan alto sobre nosotros, dejamos la playa y regresamos al sendero.

Después de destacar un hombre en la punta y otro en la retaguardia, el teniente Clorofila ordenó descanso. Se acercó a mí, quitándose el casco para secarse el sudor de la frente.

—Será mejor que vuelvas al perímetro y les comuniques qué han sido esos disparos.

Me di la vuelta. Clorofila me agarró de pronto por el brazo.

—Oh, se me olvidaba —hizo un gesto con la cabeza señalando hacia atrás y sonrió—. Buen trabajo.

Me sentí mejor por aquel puesto en la retaguardia que me había asignado.

No estábamos lejos ya de las líneas y corrí al trote por la jungla, ansioso por entregar mi informe y disfrutar de la admiración de mis camaradas. De repente el centinela de uno de nuestros hombres de avanzadilla me apuntó con su fusil y le sonreí, levantando cuatro dedos.

—Bien hecho —contestó—. ¿Quién se los ha cargado, Lucky?

—Fui yo —le respondí, sin dejar de correr, y saboreé el «¡Vaya!» sorprendido que salió de sus labios.

El ardor había dado paso a la verdad cuando llegué con los hombres restantes de la avanzadilla y levanté sólo tres dedos, intercambiando sonrisas con ellos, y continué hacia el puesto de mando.

El comandante envió inmediatamente una nueva patrulla, con instrucciones de adelantar a los hombres del teniente Clorofila e investigar el sendero hacia el sur hasta donde pareciera aconsejable.

Pero no encontraron nada. Sólo los cuerpos de tres soldados japoneses, los signos de la huida de un cuarto hombre herido, posiblemente un quinto... y nada más. Incluso la huella del indígena había desaparecido.

Tampoco encontramos ninguna explicación al hecho de que aquella patrulla enemiga hubiera aparecido detrás de nosotros. Las continuas brumas del bosque tropical habían envuelto el incidente en misterio.

— o O o —

En la oscuridad de esa noche, los japoneses vinieron «de visita».

Surgieron de la oscuridad de la jungla, de la negrura de una noche aún más salvaje por el gemido de un viento que bien podría haber sido un huracán.

Yo no estaba allí. De hecho, no más de veinte o treinta marines estaban presentes. El ataque fue contra la Compañía G, que ocupaba el centro y el terreno más elevado de nuestro perímetro. Rodeaban nuestro puesto de mando, excepto por el oeste o el mar, así que la base se encontraba en el centro de una herradura que se alzaba a nuestro alrededor.

El ataque se produjo a las dos de la madrugada, justo cuando el viento deliraba con furia, cuando la noche estaba llena de sus alaridos, y los entrecortados sonidos de la jungla remitían bajo la sacudida de su eterno atormentador, cuando también la marea rugía de dolor detrás de nosotros.

Y estuvo lloviendo toda la noche.

En una noche así era imposible distinguir más de lo que pudieran decirnos los sonidos. Como el ruido era mayoritariamente nuestro porque ni siquiera una bala perdida cayó en nuestro declive, sabíamos que no estábamos perdiendo, pero no sabíamos nada más.

Yo estaba en nuestra tienda de mando, completamente armado, esperando instrucciones del comandante o del mayor Mayor-Porción. Tenía una granada térmica, con la que debía destruir nuestros papeles si los japoneses se abrían paso. A otros miembros de la sección se les había encomendado cargar con la munición, pero yo me quedé en la tienda, agazapado en la oscuridad, libre de tener que cargar proyectiles de mortero a los grupos de los «tubos de estufas».

Podía oírlos maldecir mientras pasaban ante la tienda, los proyectiles triples con forma de trébol al hombro, y a veces podía verlos en la luz momentánea y fluctuante proyectada por las bombas o los relámpagos, no puedo recordar. Algunos sollozaban con amarga exasperación, apretando los dientes, cuando resbalaban por la fangosa pendiente por segunda o tercera vez, para recibir entonces crueles golpes de su pesada carga o verse forzados a tantear a ciegas para buscarla en la oscuridad y el lodo antes de reemprender el

ascenso.

Pero los tubos de estufas necesitaban munición. Por su sonido estaba claro que estaban ampliando la lluvia de proyectiles. Habían creado una temible algarada y casi habían ahogado el salvaje gemido de la tormenta. Nuestro fuego de ametralladoras había cesado, a excepción de algún estallido esporádico. De vez en cuando se oía el sonido de algún fusil o la traca de muchos fusiles disparando simultáneamente. No había sonidos por parte del enemigo. La batalla se acababa. Los morteros entonaban su canto de muerte. Habíamos vencido.

Pero con la primera luz del día descubrimos lo que había sucedido.

Cuatro soldados japoneses y un oficial habían sido capturados con vida y los habían trasladado al puesto de mando, las manos atadas a la espalda, amenazadores cuchillos en la garganta. Por ellos nos enteramos de que el 53 Regimiento de la Tercera Compañía de la 17 División de los japoneses había sido separado del cuerpo principal de cabo Gloucester y enviado a Tauali, para defenderse contra nuestro desembarco.

Aquellos hombres habían atravesado una jungla casi impenetrable y no habían llegado al escenario hasta dos días después de nuestra llegada. No obstante, nos atacaron. Nos atacaron, un centenar de japoneses contra nuestras fuerzas, compuestas por unos mil doscientos hombres y, salvo a esos prisioneros, los habíamos aniquilado a todos.

¿Eran valientes o fanáticos? ¿Qué esperaban conseguir? ¿Creía de verdad su comandante que una compañía de soldados japoneses podía conquistar a un batallón de marines estadounidenses experimentados, seguros de sí mismos, mejor armados y apostados en terreno elevado? ¿Por qué no se había dado media vuelta y se había marchado a casa con sus hombres? ¿Ningún soldado japonés puede informar de su fracaso, no puede «sentir vergüenza»?

No tengo respuesta. Sólo puedo preguntarme por ese enemigo misteriosamente feroz, tan cruel y, sin embargo, tan valiente, un enemigo que en su inutilidad total, en su fanatismo, si quieren, podía hacer que yo sacara lo mejor de mí mismo para defenderme contra él.

Nuestros muertos fueron seis hombres, entre ellos el rechoncho e intrépido Obie, a quien había visto por última vez tan borracho en Melbourne que apenas podía tenerse en pie y cuyo pozo de tiro fue tomado cuando los japoneses se lanzaron contra una sección de las líneas en su primer silencioso ataque a la colina. Obie había ayudado a repelerlos en el contraataque y había estado disparándoles y maldiciéndolos alternativamente hasta que sus balas le dieron de pleno en la frente. Descanse en paz.

Los japoneses yacían muertos amontonados en la falda de la colina y llenaban la trinchera donde estaba emplazada el arma de Obie. Los cazadores de «recuerdos» rebuscaban entre ellos, arrancando con cuidado las insignias de los uniformes, los anillos de los dedos o las pistolas de los cinturones. Allí estaba el mismísimo Recuerditos, caminando con cautela de cadáver en cadáver, armado con sus tenazas y una linterna de dentista que había tenido la previsión de adquirir en Melbourne.

Caminé entre los montones de muertos. Yacían arrugados, inútiles, difuntos. La fuerza vital los había abandonado. Una bala o un fragmento de mortero había abierto un agujero en aquellos débiles soportes y la sustancia se había escapado. El misterio del universo había habitado una vez en esos bultos tendidos, le había dado a cada uno una identidad, una forma de caminar, quizás una forma especial de hablar o un don con las palabras o para pintar colores en un lienzo. Tan distintos, entonces. Ahora no eran nada, eran montones de nada. ¿Puede una bala o un fragmento de mortero hacer eso? Esta fuerza, este misterio, quiero decir esta alma, ¿se desparrama por el suelo junto con la sangre? No. Está en alguna parte, lo sé. Pues este montón rojo y amarillo que miro en este momento fue una vez un hombre y aquello que le daba energía, la Palabra que daba «a una nada de aire un lugar donde vivir y un nombre», la Palabra de una Palabra superior, eso no puede haber sido aniquilado por un cuarto de pulgada de metal calentado. El misterio del universo lo ha dejado y no vale decir que el acertijo está resuelto, que el misterio ha terminado sólo porque ha cambiado de residencia. Aquello que dio forma al aleteo de esa nariz, que ensanchó el brazo que ahora sangraba, que forjó una mano tan fina que ahora colgaba flácida, eso sigue existiendo y sigue teniendo el poder de hacer aletear esa nariz, de doblar ese brazo, de cerrar ese puño exactamente como hacía antes.

Por haberse ido no puedes decir que no vaya a volver, aunque puedas decir que no ha regresado nunca, no puedes decir que no lo hará. Es blasfemia decir que un trozo de metal ha destrozado la vida, tan presuntuoso como decir que al haber desaparecido la vida, ya no

hay vida. Yo caminaba entre los montones de muertos y supe, no, sentí, que la muerte es sólo un sonido que emitimos para destacar ante Aquello que no conocemos.

Volví a bajar la colina.

En ruta, me pasé a ver al Buscador. Sus indígenas y él se habían apostado en terreno elevado justo detrás de la Compañía E. Se alegró de verme y se mostró bastante asombrado. Preparó té.

—¿Dónde habéis aprendido los yanquis a disparar así? —dijo. Me contuve—. Rayos, menudo estrépito que hicisteis anoche. No me importa decir que me puse un poco nervioso —terminó su té con tres rápidos sorbos y me miró medio amable medio refunfuñón—. Los marines sois jodidamente buenos. Casi tan buenos como las AIF.

Todo un elogio.

— o O o —

Por la mañana la tormenta había remitido. Había hundido a dos de nuestros tanques anfibios y Landing Craft Vehicle, pero nadie se aventuró a volver a la playita negra, pues había surgido un nuevo peligro. Al amanecer, un misterioso cañón enemigo trató de alcanzarnos desde las colinas. No podía ser localizado. Afortunadamente, todos sus proyectiles cayeron en el agua.

— o O o —

Yo dirigía una patrulla todos los días. Aun incapaz de manejar un acimut y apenas capaz de leer un mapa, continuaba dirigiendo patrullas, prestando atención al sonido de fiar del océano.

La mayoría de mis patrullas se dirigían al norte, hacia lo que se llamaba Dorf Point, donde las playas estaban cubiertas de restos de las barcasas a las que el enemigo había recurrido para trasladar suministros, hasta que el tráfico nocturno quedó hecho pedazos por nuestras torpederas que zarpaban de Nueva Guinea. En una de esas patrullas, dirigida por el alto y afable teniente Tranquilo de la Compañía E, nos encontramos con un puñado de chozas indígenas. El interior tenía ese fuerte olor a pescado que habíamos aprendido a asociar con los japoneses. Toqué con la mano un camastro deshecho. Todavía estaba caliente. Su contacto me hizo sentir un escalofrío.

—Todavía está caliente —le dije al teniente Tranquilo, mirándolo—. Deben de haberse marchado hace poco.

El asintió y dio la orden de perseguirlos.

Pero se estaba haciendo tarde y no podíamos alejarnos mucho de nuestras líneas, no fuera a ser que la noche nos impidiera regresar a salvo. Así que nos dirigimos hacia el sur.

Me quedé atrás con el teniente y otro hombre ocupó la punta. Casi en ese mismo momento levantó la mano.

La patrulla desapareció de forma algo desordenada y, antes de que despejáramos el sendero en el extremo, como si se materializara de la maleza, apareció un indígena joven y poderoso. Se detuvo e hizo un rígido saludo, al estilo británico, sonriéndonos de oreja a oreja, como si se alegrara de vernos y, al mismo tiempo, le divirtieran nuestros torpes intentos por evitar ser detectados.

Tranquilo y yo nos miramos el uno al otro, sorprendidos. El teniente le indicó que avanzara, pero el indígena permaneció firmes. Parecía tener motivos para no moverse. Parecía estar protegiendo a alguien o a algo.

—Déjeme acercarme a él, teniente —pedí—. Tal vez hable pidgin.

—Adelante —dijo Tranquilo—. Habla con él.

Su reticencia a moverse, su actitud protectora se hicieron comprensibles cuando me acerqué. Tras él se extendía la más penosa, la más sufriente, la más descuidada y la más sonriente procesión que he visto jamás. Eran unos cincuenta. Algunos cojeaban con burdas muletas hechas de tallos de caña de azúcar, otros, los ancianos, eran transportados en literas, algunos se apoyaban en los más fieles. Todos habían quedado reducidos por el hambre a meros palillos humanos con todas las costillas visibles bajo una piel tan tensa que parecía que fuera a estallar y todos padecían el pian o llevaban las marcas de haberlo sufrido. Sin embargo, todos aquellos rostros oscuros se iluminaron con sonrisas beatíficas cuando me vieron acercarme a su líder.

El también sonrió y aquél fue un momento de tal belleza y confianza que podría haberlo abrazado.

—¿Hablas pidgin? —pregunté.

—Oh, sí, massa..., mí todos chicos de la misma misión.

Señalé a la gente que se extendía tras él, atendiendo en silencio nuestra conversación.

—¿Qué nombre recibe este pueblo?

—El nombre ser Waremo. Esta gente vivir en Waremo —señaló detrás de mí hacia la aldea con ese nombre, que se encontraba a un par de kilómetros al norte—. Todos la misma buena gente. No gustar japos.

—¿Me dices la verdad?

—Oh, sí, massa. Mí decir verdad. Mí chico de misión —me miró con solemnidad—. Papa Mare habla con nosotros. Decir que debemos hablar verdad con Dios, ser siempre sinceros.

Parecía ansioso por contarme una historia y le asentí con la cabeza para que continuara.

—Dos navidades atrás venir los japos. Este tipo Kanaka no gustar japos. Matar japos. Este tipo Kanaka esconderse en jungla —ladeó la cabeza en dirección a las montañas de tierra adentro—. Papa Mare matar. Venir japo. Capturar Papa Mare. Cortar cabezas y ser suyas. Este tipo Kanaka ocultarlo. Vosotros venir por agua grande. Japos huir. Este tipo Kanaka dejar escondite, mirar agua grande. Querer volver aldea Waremo suya. ¿Comprendes?

Asentí y le dije que me acompañara para ver al teniente. Le expliqué lo que estaba sucediendo. Los indígenas querían regresar a su aldea. ¿Era seguro permitirselo? El teniente se encogió de hombros.

—Tal vez deberíamos llevárnoslos con nosotros.

—Sí —dijo él—, pero apenas tenemos comida suficiente.

Tranquilo se quitó el casco y se rascó la cabeza.

—Pueden subir a la aldea y nos quedaremos con este hombre como rehén —dijo—. Puede hablar con el Buscador. Después de todo, esto es lo que se supone que el Buscador tiene que hacer, encargarse de reorganizar a los indígenas.

Así que ésa es la misión del Buscador, me dije.

—¿Y esos japos que estamos persiguiendo? —pregunté—. Podrían capturar a esta gente y eliminarlos.

Me volví hacia el indígena y le pregunté por los japoneses. Él sonrió.

—Japos huir.

Miré al teniente. Se echó a reír.

—Escucha —le dije al indígena—. Amigo Número Uno —señalé al teniente—, dice que este amigo Kanaka puede ir aldea Waremo, bien. Tú te quedas con nosotros, ¿de acuerdo?

Él sonrió tranquilamente.

—Sí, massa.

El indígena, que se llamaba Kolo, regresó con su gente. Nuestros hombres se hicieron a un lado para dejarlos pasar y, al ver cómo estaban, empezaron a darles cigarrillos y chokolatinas y raciones, lo que tuvieran en los bolsillos. Los indígenas lo aceptaron alegre y dignamente.

Vi a los niños al pasar, sus vientres diminutos hinchados por el hambre. Uno de los ancianos en camilla chupaba un brote de bambú que agitaba débilmente.

Entonces se fueron, desaparecieron tras un recodo, y Kolo se quedó orgullosamente junto a mí. A una orden muda del teniente, la patrulla volvió a ponerse en marcha.

Llegamos a un arroyo que cortaba el sendero que se dirigía al mar. Tenía unos tres metros de ancho y aproximadamente un palmo de profundidad. Me remangué los pantalones para atravesarlo, pero al hacerlo, unas fuertes manos me cogieron por detrás y me alzaron, para depositarme, seco, al otro lado. Entonces me volví para ver el semblante sonriente de Kolo.

Cuando regresamos a nuestro perímetro, llevaron a Kolo ante el Buscador. Al día siguiente, una patrulla armada hasta los dientes llevó al Buscador y sus chicos policías a Waremo, dejando entonces claro el auténtico propósito de los australianos con los marines, pues ni los británicos ni sus primos australianos debían tener intención alguna de permitir que su mano de obra barata permaneciera sin explotar o sin organizar o, peor aún, quedara expuesta mucho tiempo a la influencia corruptora de la generosidad estadounidense.

Pero Kolo permaneció con nosotros, más bien conmigo.

Se convirtió en mi ordenanza.

Dormía bajo mi hamaca. Incluso me lavaba la ropa.

Dos días después de conocerlo, firmes en la jungla, yo estaba sentado en la playa mientras él me lavaba el uniforme. Uno de esos raros momentos de sol.

La jungla era sofocante y pequeñas nubes de vapor se alzaban de nuestras ropas empapadas. En esos momentos nos lavábamos las ropas en el océano golpeándolas contra las olas, frotándolas contra la abrasiva arena y, al final, las escurriamos. Luego, medio secas, volvíamos a ponérselas, esperando que el calor de nuestros cuerpos completara el trabajo antes de que regresara la lluvia.

La playa estaba repleta de marines desnudos que lavaban su ropa en el océano, los cuerpos increíblemente blancos, pues las lluvias y aquella deshidratante jungla sin sol hacía tiempo que nos había quitado todo el color. Entre ellos se encontraba Kolo, su cuerpo negro brillante contra aquel trasfondo. Los marines lo miraban con curiosidad. Cuando me trajo la ropa, escuché abucheos de burla y el grito áspero e inconfundible de Risitas:

—¡Que me zurzan! Miradlo, ¿queréis? Miradlo... El piojoso hijo de puta de la retaguardia. ¡Pues no va y se busca un ordenanza! ¡Voy a escribirle a su viejo para decirle que ya puede enviarle el uniforme de gala!

Kolo se retiró cuando ellos se reunieron conmigo, riéndose.

Empecé a protestar, pero en ese momento el cielo se oscureció y volvió a llover. Un grito general de ira y desesperación se alzó en toda la playa. Nos quedamos allí sentados, disgustados. Finalmente Indiana se puso en pie.

—Disparadme —suplicó—. ¿Por qué no sois caritativos y me pegáis un tiro?

Miró desesperado al océano, otra vez gris acero y salpicado por las gotas de lluvia, después se miró las ropas medio secas.

—¡Demonios! ¿Qué sentido tiene esperar? —maldijo, y echó a correr como un loco hacia el océano.

Por la mañana, perdí a mi ordenanza. Llegaron los oficiales y me quitaron a Kolo. Lo necesitaban para que sirviera en el comedor de oficiales que se habían apañado, levantándolo casi todos los días después de que aseguráramos nuestra posición. Un comedor de oficiales es uno de los barómetros más seguros del éxito militar. Mientras los oficiales sigan comiendo con los hombres, se corre el peligro de ser derrotados, pero cuando se levanta el comedor de oficiales, erigido casi sobre los cadáveres del enemigo, hecho con palos y trozos de lona o quizá sólo se traza una línea imaginaria, como un tabú, pero existe, y se restaura la casta, sabemos que la victoria ya es nuestra.

Esa misma mañana, nuestros morteros de 81 mm apuntaron a una línea al este donde creíamos que se encontraba la posición de la misteriosa artillería enemiga. Sus cañones jamás volvieron a hablar.

Nuestras patrullas sondeaban cada vez más y más lejos en cada dirección. Al este, en la jungla más densa, el teniente Caballo de Carreras (el mismo que nos había metido a Risitas, al Pollo y a mí en aquel diminuto calabozo a bordo del *Manoora*) mató a un japo mientras dirigía una patrulla.

Al sur, el teniente Comando se topó con una ametralladora enemiga de 20 mm y mató a dos.

Al sur, hacia Laut, el teniente Liberal, un oficial nuevo, mató a un japo de patrulla.

En la misma dirección, una patrulla de cincuenta hombres nuestros destruyó una emboscada enemiga de tres hombres, acribillándolos a tiros después de que los pobres y tontos japos gritaran en su exacto inglés: «Por aquí, por favor. Por aquí, por favor».

De nuevo al sur, hacia Sag Sag, una patrulla pasó por la llanura donde tuve mi propio encuentro y tuvimos que taparnos la nariz al pasar ante aquella masa blanca de corrupción en que se habían convertido los cadáveres después de unos cuantos días.

Unos pocos días más tarde, al norte, el teniente Caballo de Carreras contactó con una patrulla de nuestro cuerpo principal en el cabo Gloucester y los trajo hasta nuestro perímetro.

Finalmente, más al sur, el teniente Comando fue herido por un francotirador japonés en un tiroteo entre su patrulla y una fuerza compuesta por soldados nipones, exploradores e indígenas armados con arcos y flechas. Como era tan grande, no pudieron transportarlo los diez o doce kilómetros que separaban aquel irregular terreno entre Laut y nuestra posición. Enviaron de vuelta a un mensajero. Yo me encontraba en el puesto de mando en el momento de su llegada.

Fuimos al rescate de Comando en un tractor anfibio, recorriendo la costa bajo un cielo aborregado, acompañados por una bandada de pájaros carroñeros como jinetes fantasmales sobre los acantilados pelados que se abrían a nuestra izquierda. Comando se tumbó en la

parte delantera del tractor en el camino de vuelta, el rostro ceniciento y los labios tensos por el dolor. Podía pensar con el culo, pero luchaba con el corazón.

Cuatro días más tarde, el 11 de enero, disolvimos las líneas y marchamos por la carretera costera hasta el cabo Gloucester, bordeando la costa, dejando atrás los barcos hundidos, atravesando las aldeas vacías, sorteando el océano con los fusiles en alto, hasta llegar a una playa de lisas piedras blancas y, de allí, al aeródromo, de vuelta al calor y la comodidad de nuestros camaradas de división.

## Capítulo 20

Me había pasado la noche bajo una choza indígena, protegido de la continua lluvia, húmedo pero no empapado.

Cuando desperté apenas podía ver. Me pasaba algo en los ojos. Como si tuviera pegados los párpados. Salí a la luz y me esforcé por ver a mis camaradas, quienes con sus ponchos empapados se levantaban de la tierra húmeda como genios que cobraran forma en la bruma, y distinguí que se reían y me señalaban.

Me palpé la cara y descubrí que tenía los labios hinchados como una mujer ubangi y que también mis párpados y mi nariz se habían hinchado. Alguien sacó un espejo del macuto y me lo tendió: me había convertido en una gárgola hinchada.

Pero mi cara volvió a adquirir proporciones normales media hora más tarde. Achaqué la hinchazón a algún bicho de aquella choza de mala muerte y me olvidé del asunto.

Pero ahora recuerdo, ahora recuerdo que aquello marcó el punto central de la batalla contra la jungla. Los japoneses habían sido derrotados durante nuestra misión en solitario por la costa y, aunque lo peor del combate (la conquista de la Colina 660 por parte del Séptimo Regimiento) requeriría otra semana para su consumación, era la jungla y no los japoneses nuestro adversario.

La hinchazón de mis labios y mis ojos simbolizó el misterio y el veneno de aquella isla terrible. Misteriosa... quizá quiero decir que Nueva Bretaña era maligna, oscura y secretamente maligna, malhechora y enemiga de la humanidad, una adversaria en realidad, que disolvía, corroía, envenenaba, helaba, sorbía, empapaba y atacaba a un hombre con sus brumas veloces y su moho verde y sus incesantes aguaceros, poniéndole zancadillas con sus innumerables raíces y enredaderas, envenenándolo con sus insectos verdes y sus bichos malolientes y las traicioneras cortezas de sus árboles, arrancando el sol de sus huesos y la alegría de su corazón, disolviéndolo... La lluvia, el moho, la humedad sorbían firmemente cada célula como manos diminutas que arrancaran los pétalos de una flor, disolviéndolo, digo, en un informe fluido sin mente como el barro donde los pies caían continuamente en un monótono golpeteo de succión que es el sonido de la nada, el sonido de la jungla donde todo se hace pedazos en hueca armonía con la lluvia.

Nada podía enfrentarse con aquello: una carta que llegara de casa tenía que ser leída y releída y memorizada, pues se hacía pedazos en tu bolsillo en menos de una semana; un par de calcetines no duraban mucho más; un paquete de cigarrillos se empapaba y estropeaba a menos que te lo fumaras en el día; las hojas de las navajas se oxidaban y pegaban; los relojes marcaban el momento de su propio deterioro; la lluvia convertía la comida en basura; los lápices se hinchaban y reventaban; las plumas se atascaban y sus puntas se separaban; los cañones de los fusiles se volvían azules de moho y había que llevarlos colgados boca abajo para protegerlos de la lluvia; las balas se quedaban pegadas en los cargadores y los ametralladores tenían que repasar sus cinturones diariamente, extrayendo, engrasando y reinsertando las balas para impedir que se pegaran a las presillas. Y todo era húmedo y estaba empapado y pegajoso al contacto, exudando ese firme olor a humedad de la jungla, ese olor característico de deterioro que se alza de una vegetación tan exuberante, que crece tan velozmente, que parece correr hacia su descomposición desde el momento mismo de su nacimiento.

Fue en aquel infierno verde donde nos situaron un día o dos después de la marcha desde Tauli-Sag Sag. Y allí se libró la batalla con la jungla tropical, allí la jungla y los hombres se enzarzaron en un conflicto mucho más básico que nuestra guerra a tiros contra los japoneses, pues ahí la lucha era por la existencia misma.

La guerra quedó olvidada. ¿Quién podía comprenderla? ¿A quién le importaba? El día sólo tenía veinticuatro horas y la mente sólo tenía tres o cuatro cosas que ordenar: estar seco, comer algo (oh, sobre todo, lo más increíble, una taza de café caliente), un par de pantalones secos y limpios y un lugar a resguardo de la lluvia. Las horas pasaban en preciosa contemplación de ese momento que precede a la oscuridad, cuando (con los paquetes de cigarrillos y los envoltorios de papel de cera de las raciones, con cerillas cuidadosamente envueltas en preservativos y guardadas dentro del forro del casco) se encendía una hoguera diminuta y se calentaba agua en una tapa de cantimplora y así se tonificaba el estómago para enfrentarse a la fría y negra noche.

— o O o —

Cuando tomamos nuestras nuevas posiciones, borrosas en el recuerdo excepto por un estrecho pero veloz arroyo que atravesaba el puesto de mando del batallón, me resignaba a la temible idea de estar mojado mientras permaneciera en Nueva Bretaña. Estaría mojado no sólo por la lluvia —pues a veces paraba y otras veces no caía tan rápido para que una hamaca no pudiera repelerla—, sino por la desgracia que se había apoderado de mí al abandonar Australia y que volvía a dominarme entonces. Había comenzado con todas las molestias de Guadalcanal, había desaparecido en la vida civilizada de Melbourne y había reaparecido en Goodenough, Nueva Guinea y entonces en Nueva Bretaña. Más tarde me enteré que los médicos lo llaman enuresis. Cuando estás dormido, la vejiga se vacía... y eso es todo. Comenzamos de nuevo con las patrullas, pues los japoneses habían sido puestos en fuga y había que aniquilarlos, unidad tras unidad, a medida que fuéramos encontrándolos deambulando por la jungla tropical.

Las acciones pequeñas y rápidas eran normales. Aquí una patrulla destruía a media docena de japoneses, perdiendo a veces uno o dos hombres que resultaban muertos o heridos, allí otra sorprendía a un grupo mayor de desmoralizados japoneses o caía en una de sus emboscadas.

Pero sumarse a ese ritmo irregular de acción en patrulla suponía un continuo desgaste. Por emplear la expresión de Indiana, estábamos desgastando al enemigo.

Los días difíciles por la ansiedad de patrullar eran rematados por las noches inquietos ante una posible infiltración del enemigo. No es que los japoneses fueran seres sedientos de sangre, que se mantuvieran vivos sólo por la posibilidad de matar. Más bien era la misma desorganización de sus fuerzas lo que los volvía más temibles de noche, pues rondaban nuestras líneas, hambrientos de comida... y, cuando eran detectados, luchaban por sus vidas.

La idea de un enemigo capaz de infiltrarse sin ser detectado no abandonaba nuestras mentes en las guardias nocturnas, sobre todo cuando caminábamos prudentemente desde la hamaca hasta el puesto de centinela.

Una noche de terrible tormenta no dejaba de pensar en ello cuando terminé mi guardia y subí a mi hamaca, me quedé allí tendido medio despierto medio dormido, el cuchillo en la mano. De pronto oí un grito ni a dos metros de distancia.

Me volví para ver, a la luz de un relámpago, y me encontré con dos oscuras figuras que chocaban la una contra la otra, antes de que ambas huyeran y la oscuridad reclamara el terreno.

El puesto de mando se convirtió en un torbellino. Se alzaron voces, interrogantes, quejas, y pude distinguir entre ellas el grito de uno de los hombres de mi sección:

—Japos en el puesto de mando!

Luego otra voz familiar.

—¡Un japo ha intentado sorprenderme!

Salté de la hamaca, buscando mi machete, que estaba junto a un árbol, y gritando:

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Los he visto!

En el silencio que siguió, se alzó el grito del mayor ordenando:

—¡No disparen! ¡Usen las bayonetas!

Y entonces, en el nuevo silencio que se produjo a continuación, se oyó el claro e inconfundible percutor de un arma cuando el mayor amartilló su pistola.

—Ah, sí, usad las bayonetas, chicos: no disparéis, chicos, podríais darle al mayor.

*Click, click.*

Volví a la cama y escuché la tormenta de viento y la tormenta de órdenes y contraórdenes a mi alrededor, hasta que una de las dos remitió o hasta que me quedé dormido.

Por la mañana, se supo que los dos hombres de mi sección que decían haber visto un intruso japonés habían chocado en realidad el uno con el otro. Ya no se caían bien antes de ese incidente, pero a partir de entonces hicieron gala de su desdén.

Por fin nos retiraron de aquel miserable lodazal y tomamos nuevas posiciones. Chapoteamos sobre una sopa de barro que debió de ser un camino de tierra y por el camino se nos unió Elocuente, el hombre que nos había sacado al Pollo y a mí del calabozo y que había llegado al cabo Gloucester desde el batallón de retaguardia de Goodenough. Nos contó que allí el sargento primero se había suicidado. Se vino abajo una noche, dijo Elocuente, y se metió el cañón de una ametralladora en la boca y apretó el gatillo: un final muy desagradable. Ninguno de nosotros fue capaz de comprenderlo.

En aquel momento estábamos en la reserva. Ya no teníamos un frente que defender, pero teníamos un nuevo enemigo. Los árboles.

Nuestra posición se encontraba en un bosque arrasado, tan sombrío, tan pelado, tan asolado que podría haber sido un bosque lunar. Los japoneses se habían defendido allí y habían recibido un feroz fuego de artillería.

Nuestros proyectiles se habían cebado en aquel bosque de árboles gigantes. Yacían desenraizados, rotos y hendidos, las ramas colgando como brazos rotos, o decapitados, con las ramas agitándose como una cabeza mal cortada, o se inclinaban, debilitados por el fuego de los cañones y empapados de lluvia. Durante todo el día y toda la noche ese bosque grotesco resonaba con el estrépito de los árboles que caían.

Y no menos de veinticinco hombres murieron por su culpa, aplastados. El mismo número resultó herido. Y una vez, cuando empezamos a dinamitarlos, matamos a otro hombre, demostrando así que un mal remedio puede ser tan letal como la causa. Un gran peñasco le cayó encima mientras estaba sentado junto a su hamaca.

Todos lloramos por él, pues era el payaso del batallón. Bocazas era lo más parecido a un gordo que he visto jamás en el Cuerpo de Marines. En realidad no estaba gordo, pero sí tenía la mandíbula grande y esa tez sonrosada que siempre parece anunciar la obesidad. Sin edad, sin cualidades, sin autoridad, un hombre gordo no tiene ninguna oportunidad. El pobre Bocazas no tuvo ninguna, aunque era inteligente y sensible. Por eso siempre se burlaban de él y, cuando pretendía contraatacar asumiendo un aire superior, las bromas y pullas volvían contra él su necia vanidad.

Le gustaba pavonearse y fingir que estaba por encima de la rutina o los riesgos de nuestra vida diaria. Le gustaba decir cosas que reforzaran esa pose:

«Yo voy a estar en la Compañía B. Voy a estar aquí cuando os marchéis y seguiré aquí cuando no volváis».

«La próxima guerra, chicos, habrá dos personas desaparecidas. Yo y el policía militar que envíen a buscarme».

Un peñasco le aplastó la vida y sus penosos alardes.

Nos entristecimos, porque Bocazas siempre había parecido tan abandonado, tan desesperado. Los otros podían morir bajo los árboles que caían (los «crea-viudas» los llamábamos) y nadie sentía tristeza, pero con Bocazas aquello no parecía justo. Bocazas nunca pareció implicado realmente en la guerra, parecía más espectador que participante. Y así fue como murió, como si una bola tramposa hubiera surgido desde detrás de su base y le hubiera dado en la cabeza. Sentado junto a su hamaca, un peñasco lo aplastó.

— o O o —

La última patrulla se prolongó varios días. Nos llevaron en una lancha de desembarco por la costa este hasta un lugar llamado Old Natamo y allí nos dejaron.

El lugar había sido habitado por los japos, pero todos sus emplazamientos estaban vacíos. Los enemigos que habían sido descubiertos estaban en las últimas. Algunos se arrastraban agotados a cuatro patas, otros estaban tan descompuestos que parecía que sus pies se estaban pudriendo, algunos no pesaban más de cuarenta kilos, otros carecían de armas, todos de comida... y todos poseían ese indómito espíritu guerrero que era el gran activo del ejército imperial japonés, el único factor que convertía a un soldado mal

pertrechado en un enemigo de primera clase.

Todos resistieron y todos fueron destruidos, a bayoneta en su mayoría, pues era una locura disparar un fusil cuando estás de patrulla en un territorio enemigo desconocido. Uno de esos soldados rezagados fue estrangulado a sangre fría por el Chico, un joven que, aunque veterano de Guadalcanal, apenas sabía manejar la bayoneta. Se volvió loco dos meses más tarde.

Seguimos con nuestra labor de limpieza.

De noche estalló una feroz tormenta y nos acurrucamos bajo los toldos que habíamos construido en la orilla.

Por la mañana seguía lloviendo, pero el mar había depositado un regalo a nuestra puerta. La lluvia había creado una riada que barrió el bosque de los «crea-viudas», donde descansaban nuestros camaradas, y toda su comida llegó hasta la playa, donde se la tragó el mar, pero el mar volvió a vomitarla en nuestra franja de arena.

Caímos sobre este regalo de Neptuno dando gritos de placer. Aunque la comida era corriente (latas de huevos liofilizados, leche en polvo, azúcar, café, verdura deshidratada, sirope), nos pareció un banquete, pues podíamos usarla como queríamos y en las cantidades que queríamos. Si hubiéramos sabido que era la comida perdida de nuestros compañeros sospecho que nos habría sabido aún mejor. Comíamos tortitas (fritas en nuestras escudillas) y bebíamos café todo el día, pues había tormentas de manera intermitente y no salíamos de patrulla.

Al día siguiente, en una breve patrulla tierra adentro, encontré un baúl japonés y me lo llevé con la ayuda de Playboy. Sólido, aquel baúl era adecuado para guardar mis ropas y los libros que mi padre había empezado a enviarme de casa. Ya contaba con una docena de libros, entre ellos un diccionario y un almanaque, dos obras que bastaron para ser considerado el Sabio del Segundo Batallón del Primero de Marines. Me consultaban muchas disputas a mí y a mis libros de sabiduría, con una confianza tan injustificada como la vanidad que despertaban. En combate, mis libros se guardaban en las propiedades de la compañía, pero en aquel momento, como ya no estábamos en primera línea, los había reclamado... y el baúl sería una magnífica taquilla donde guardarlos.

Las lanchas de desembarco vinieron a por nosotros al día siguiente y subimos a bordo, Playboy y yo cargando el baúl japonés. A nuestro regreso, encontramos al batallón levantando el campamento, despidiéndose de aquel triste bosque arrasado y dirigiéndose a una nueva zona donde nos proporcionaron tiendas piramidales y empezamos a vivir con algunas comodidades.

Nuestras comodidades atrajeron visitantes. Una mañana el Artista buscó su poncho bajo el camastro y encontró una serpiente enroscada. Echó mano a la carabina y le disparó en la horrible cabeza. Medía unos tres metros.

Una semana después de nuestra llegada, el teniente Grandes-Ideas apareció por nuestra tienda y requisó mi baúl. Se lo llevó en mi ausencia. Me gustaría decir que lo robó, pero ya he dicho requisó, que es la palabra que usábamos para el robo perpetrado por los oficiales. Apretando los dientes, fui a ver a Grandes-Ideas a la tienda de la sección.

Sería una lucha desigual, pues no habría ninguna lucha. Yo razonaría, él ordenaría... y yo perdería mi baúl, del que había sacado mis libros y mis ropas, arrojándolas con desdén sobre mi camastro. Pero seguía queriendo que Grandes-Ideas me mirara a la cara.

—El Artista dice que tiene usted mi baúl —empecé a decir.

Él me miró con frialdad y no dijo nada. Apreté los dientes y sonreí.

—¿Lo ha tomado usted prestado, señor?

—Lo he cogido. Lo necesitamos en la base para guardar el equipo.

Seguí su mirada y vi el baúl. En una esquina se hallaba nuestro exiguo equipo cartográfico; en el otro, la ropa del teniente Grandes-Ideas. Una ira loca se apoderó de mí. Ivy League robando puros, el mayor Mayor-Porción quedándose con todo el bacon de las raciones del batallón, los oficiales secuestrando a Kolo y ahora Grandes-Ideas robándome el baúl. Volvió a hablar.

—Sabes que un voluntario no puede tener una cosa así en su tienda.

¿Qué podía decir yo? Aquello que hervía dentro de mí anhelaba liberarse y estallar con violencia, mi interior era como una caverna donde aullaba y gritaba un demonio encadenado y no me atreví a hablar por miedo a que mi propia voz lo dejara libre. Sólo pude mirar a Grandes-Ideas y dejar que mi rostro le dijera que quería matarlo. Y entonces me marché.

Al día siguiente, el equipo cartográfico volvía a estar tirado en el suelo y el baúl estaba

en la tienda de Grandes-Ideas, lleno de ropas y artículos personales suyos. El baúl se convirtió en una fijación para mí y el insulto y la injusticia alcanzaron una magnitud desproporcionada. Hablé estúpidamente de matar a Grandes-Ideas, procurando decir las cosas más terribles en presencia de los hombres más cercanos a él, hombres que seguramente le repetirían mis palabras.

Todo era cháchara, tremenda, ampulosa, vacía, pero tuvo el efecto deseado. Unos cuantos días después, Grandes-Ideas envió un emisario a mi tienda. Eligió bien, pues su portavoz fue el Jugador, quizás el hombre más apreciado del batallón. Duro en la mesa de póquer, el Jugador era muy amable en su puesto como jefe de intendencia del batallón.

—¿Qué te reconcome, chaval? ¿Qué es esa locura que vas diciendo por ahí de matar a Grandes-Ideas?

Se rió como si acabara de contar un chiste y yo me reí también.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Quién me lo ha dicho? No me hagas reír. Prácticamente lo has escrito con neón en tu espalda. «Me voy a cargar a Grandes-Ideas» —su tono cambió y habló con severidad—. Vamos, chico, no deberías hablar así. Alguien podría tomárselo en serio. Y tienes al pobre Grandes-Ideas volviéndose loco.

—Espero que me tomen en serio..., y espero que a ese piojoso lameculos le reviente la cabeza.

—¿Qué tienes contra él?

—Me robó el baúl.

El Jugador sonrió.

—¿Qué quieres decir con que te lo robó? ¿De dónde lo sacaste?

—Sé qué quiere decir —contesté—, pero los japos pueden venir a recuperarlo cuando quieran. Digo que me lo robó y eso es lo que hizo. Dijo que se lo llevaba para la sección, pero lo está utilizando para guardar su ropa.

Aunque advertido de que Grandes-Ideas podía tomar represalias, me mantuve en mis trece. La visita del Jugador sólo logró inquietarme. Me sentí mejor cuando, unos minutos más tarde, Elocuente y el Playboy aparecieron en la tienda y sugirieron que fuéramos a nadar a la cascada.

La cascada se encontraba arroyo arriba, detrás de nuestras tiendas. Caía unos cinco metros hasta una charca profunda y espumosa. A un tercio de la caída, por detrás, había un hueco en la roca. Se podía escalar hasta allí y entonces, desde un liso saliente de piedra, zambullirse.

En el momento en que entrabas en aquel chorro de agua, se apoderaba de ti, obligándote a caer como una piedra a la fría charca, abajo, abajo, abajo, hacia la negrura y el escalofrío del miedo cuando los pulmones empezaban a notar la falta de aire y las piernas empezaban a patallar, frenando tu descenso, empujando frenéticamente, hacia la superficie y el dulce aire y el rugido de la cascada y el sonido de las voces.

Pero ese día, en mi primera zambullida, sentí un súbito dolor en mis partes genitales. Tal vez era una pequeña hernia o el signo de una incipiente. En Guadalcanal, había sentido dolores similares cuando enterraba las pesadas cajas de munición, pero allí no había ninguna esperanza de recibir tratamiento, así que lo ignoré. Ahí estaba de nuevo y eso me preocupó.

Me costaba trabajo andar. Era una sensación de pesadez. El Playboy me ayudó a regresar a la tienda. Con todo, yo seguía sin querer ir al hospital, esperando que el dolor desapareciera, pero cuando llegué a la tienda, cambié de opinión.

—Grandes-Ideas quiere verte —dijo el Artista—. Va a mandarte a cocina. ¿Qué te ha pasado?

—Creo que tengo una buena hernia.

—¿Y qué tiene de gracioso?

—Pues que no voy a ir a cocina y no puedo esperar a decírselo a Grandes-Ideas.

Fui cojeando hasta la enfermería. El doctor me hizo un reconocimiento y empezó a escribir en un volante azul.

—¿Qué es eso, señor? —pregunté.

—Orden de evacuación. No hay nada que pueda hacer aquí por ti. Te voy a evacuar a Nueva Guinea. Preséntate aquí por la mañana con tus cosas.

¡Qué hermoso volante azul! ¡Qué manera tan bonita de dirigir una guerra! Miré el volante como el prisionero que recibe el perdón y me encaminé hacia la tienda de Grandes-Ideas.

—¿Quería usted verme, señor?

No pude mostrarme más respetuoso. Su cara era sombría, su tono resentido.

—Sí. Coja sus cosas y preséntese al sargento de cocina. Va usted a cocina.

—Pero, señor —dije, con quejumbroso respeto—, creía que el personal de Inteligencia estaba exento de servicio en cocina. Es uno de los beneficios que mencionaron cuando me pidieron que me uniera a la sección.

Evitó mi mirada, pero su voz estaba cargada de deseos de venganza.

—Ya no. Desde ahora, tenemos que proporcionar un hombre. Y a usted le toca el mes de marzo.

—Vaya, qué lástima.

—¿Lástima por qué? —preguntó enfadado, mirándome ferozmente.

—No puedo ir. Tengo que ir al hospital.

Se le veía tan claramente frustrado y consumido por la ira que aquella situación se hizo incómoda. Yo había venido a alardear, pero en ese momento sólo deseé que terminara la entrevista y me dejara libre.

—¿Qué demonios quiere decir ir al hospital? ¿Quién demonios lo dice? ¡Soy su oficial en jefe!

—El doctor dice que tengo una hernia —dije, sin mostrarle el parte de evacuación a Nueva Guinea. No tenía sentido arriesgarse. Se lo diría al sargento del batallón la mañana antes de irme—. Quizá tengan que operarme —añadí, sólo por reforzar mis palabras.

Entonces fue el teniente Grandes-Ideas quien me miró fijamente. Me miró sin disimular su odio, pero con demasiado resentimiento para una persona acostumbrada a salirse con la suya.

—Muy bien —dijo—. Ya me encargaré de usted cuando vuelva. Quizá crea que me ha derrotado esta vez, pero irá a cocina de todas formas.

—Sí, señor —dije—. ¿Puedo retirarme ya?

— o O o —

El gran avión de transporte se alzó con un rugido en la pista del cabo Gloucester y yo me acomodé con alivio en mi asiento mientras nivelaba el vuelo. Pasó sobre el estrecho Dampier y luego ganó altitud sobre Nueva Guinea, donde la jungla tenía el aspecto de fila tras fila de apretadas coles de Bruselas.

Nuestro avión descendió veloz hacia el cabo Sudest. Había una ambulancia de hombres uniformados de color caqui esperándonos. Nos encontramos en manos del Ejército. Nos llevaron a uno de sus hospitales de campaña.

La sala estaba en un edificio prefabricado. Una enfermera, la primera mujer que veía en seis meses, me dio un pijama y me asignó una cama. Pasé dos o tres días en la gloria, leyendo, comiendo mis tres buenas comidas al día, yendo al cine de noche... y, entonces, llegó mi reconocimiento médico.

Los médicos decidieron que no querían realizar semejante operación en el trópico, ni consideraron el dolor tan grave como para enviarme a un hospital general en Australia o Estados Unidos, aunque hubieran tenido autoridad para hacerlo.

Me dieron de alta. De vuelta a cabo Gloucester y la venganza de Grandes-Ideas, adiós a la biblioteca del hospital, pero al anochecer el futuro volvió a cambiar: contraí malaria.

¡Ojalá no tenga que recurrir nunca más a un salvador tan malévolo! Me libré del servicio en cocina y la vengativa persecución de Grandes-Ideas, pero los fuegos que me atenazaron e hicieron de mi cuerpo un horno fueron tales que deseé estar un año en cocina con una docena de Grandes-Ideas dándome órdenes. En realidad, no deseaba nada de eso. Sólo deseaba liberarme de esos terribles dolores y, si la única liberación era la muerte, entonces, deseaba morir.

Yacer de espaldas era una tortura, yacer boca abajo un tormento. Traté de tumbarme de lado, pero incluso así me dolían los huesos como si estuvieran rompiéndomelos con tenazas gigantescas. No podía comer, no podía beber, ni siquiera agua. Me pusieron una sonda intravenosa para alimentarme, durante no sé cuánto tiempo: diez días, dos semanas. Yací allí todo el tiempo, cociéndome. Quiero decir, no ardía ni me quemaba, pero me cocía, como si estuviera en un horno, sintiendo que la voluntad de vivir menguaba conmigo, ansiando sólo que un hilillo de sudor escapara de mi carne reseca, oyendo a la gente vivir y hablar a mi alrededor, sintiendo el contacto de la enfermera, el fresco momentáneo del alcohol que me frotaban en la espalda como un bendito recordatorio del mundo que había dejado, pero

sin comprender nada, allí tendido, sólo un saco de huesos doloridos que se encogía lentamente en el brillante horno de la malaria.

Entonces estalló la fiebre. El sudor fluyó de mis poros como lluvia. Bañó mi cuerpo de un bendito frescor y, si hubiera tenido fuerzas, podría haber reído, cantado, gritado. Parecía desagradecido estar allí tendido sin más mientras el líquido liberador fluía de mi cuerpo, no hacer ningún gesto de agradecimiento, pero estaba demasiado débil para moverme, como un ateo que no tiene ningún Dios a quien dar las gracias por los favores recibidos. Y yo, como hacía tanto tiempo que había olvidado mi propia religión, no sentí ningún impulso para agradecer nada a nadie.

El sudor empapó las ropas de mi cama y la enfermera, feliz de ver que mis ordalías terminaban, me pasó con sonrisas a otra cama. La empapé también... y entonces vinieron los escalofríos. Seguí temblando mientras apilaban mantas y mantas encima de mí. Tenía más de cuarenta grados, pero me cubrían con mantas como si no tuviera más de diez. Y seguía tiritando, pero no me importaba. Podía incluso sonreír, como lo había hecho Yardas con labios temblorosos: «Se está tan bien, se está tan bien».

Se acabó, pero necesité todavía varios días antes de poder sentarme o aceptar la comida. El olor de los alimentos me asqueaba: té y una tostada eran todo lo que podía soportar. Finalmente, comí con el resto de los pacientes y puedo recordar el esfuerzo supremo que necesité para meterme en la boca la primera cucharada.

Pero una semana más tarde dejé el hospital. De vuelta al punto de evacuación en la playa y, de ahí, al cabo Gloucester a través de un cruce nocturno del estrecho Dampier en un barco de pesca reconvertido. Una tormenta estalló sobre nuestras cabezas. El agua negra cubría las bordas, inundando la cubierta donde dormíamos, y nos retiramos a un camarote donde pasamos la noche, la mitad de los «pacientes en tránsito» mareados por el subir y bajar de nuestra débil embarcación.

El destino fue benévolo conmigo a mi regreso al cabo Gloucester. La mayor parte del batallón estaba fuera, de patrulla extendida (el teniente Grandes-Ideas entre ellos) y el sargento mayor del batallón, al ver que todavía estaba débil, me encargó un servicio ligero en el comedor de suboficiales. Así que mi vuelo a Nueva Guinea fue casi inútil: la amenaza de hernia seguía acompañándome, había conseguido un retraso sólo para caer ante aquel asqueroso ataque de malaria y ahí estaba, sirviendo en cocinas, para demostrar lo presuntuoso que puede ser el soldado raso que cree que puede conseguir cualquier cosa él sólo.

Pero no había nada que hacer en ese servicio, sólo mantener la tienda limpia, barrer las migajas de la burda mesa de madera y preparar las cosas para el puñado de hombres que no habían ido de patrulla. Se servían ellos mismos, comiendo una especie de bufé de las ollas de peltre enviadas desde la cocina principal.

Unos días más tarde el batallón regresó, con sólo unos pocos heridos, y me alegré al oír que Grandes-Ideas había sido trasladado y que el nuevo jefe de nuestra sección era Liberal, el joven segundo teniente que se había distinguido al matar a un japo en su primera patrulla.

Pasaron dos o tres semanas más y nos entreteníamos por nuestra tienda. Empezamos a jugar al bridge. Jugábamos obsesivamente, deteniéndonos sólo para comer o dormir para ganar fuerzas o descansar para seguir jugando. Algunos incluso empezamos a pensar en términos de bridge (doblo, redoblo o paso) y el punto de ruptura de nuestra manía llegó una noche cuando el Jugador, exasperado por el juego de un pobre compañero, se levantó airado para romper la única baraja de cartas que teníamos y volcó las velas.

Pero a nadie le importó, pues nos marchábamos al día siguiente, como bien sabía el Jugador cuando hizo tan patente su disgusto.

Una unidad del Ejército llegó mientras partíamos. Hubo gritos y burlas en falsete por parte de nuestras ajadas filas cuando vimos el primer equipo que depositaban en la playa, estufas y maletas. Después marchamos hacia las lanchas de desembarco, los ahora familiares caballos de Troya marinos, y dejamos aquella maldita isla para siempre.

Nos íbamos. Como dice la canción, «no sabemos adónde vamos, pero nos vamos».

PARTE SIETE

---

Víctima

---

## Capítulo 21

Durante todo el viaje desde Nueva Bretaña se sucedieron necias y esperanzadas charlas sobre «volver a casa». Todo el viaje nos dedicamos a hacer tontas especulaciones sobre la imposibilidad de enviar de nuevo a la acción a nuestra división, enferma y diezmada, sin concedernos un descanso en Australia o en Nueva Zelanda, o incluso devolvernó a Estados Unidos. Todo el viaje lo pasamos señalando nuestros cuerpos demacrados y nuestras piernas podridas y nuestros sobacos ulcerosos, y luego, argumentando con labios marcados por la ictericia y corazones predispuestos, nos declaramos no aptos. Todo el camino estuvimos levantando castillos en el aire sobre la telaraña del nuevo plan de rotación de tropas del gobierno y el hecho de haber servido los dos años requeridos en ultramar.

Todo el viaje, corazones animosos y tontas esperanzas. Y entonces, Pavuvu.

—¿Qué es eso? —preguntó Elocuente, cuando el teniente Liberal nos anunció el nombre de la isla—. ¿Qué demontres es Pavuvu? ¿Una enfermedad tropical, como el murau?<sup>[10]</sup>

—Es Pavuvu con *P* mayúscula —reprochó el teniente Liberal.

—¿Y?

—Es un lugar. Es el sitio al que vamos. La isla Pavuvu, en las Russell, parte de las islas Salomón.

—Qué poético —dijo Playboy, ensoñador.

—Oh, apuesto a que lo es —respondió Elocuente con claro sarcasmo—. El viento sopla suavemente entre las palmeras, las playas blancas besan el mar azul, ondulantes bellezas indígenas acuden a recibirnos con canciones y coronas...

—¿Coronas? ¿A quién van a poner una corona?

—Canciones y coronas de flores —continuó Elocuente, ignorando la interrupción.

—Oh, apuesto a que será una belleza. ¿Cuándo llegaremos a ese lugar de ensueño, teniente?

—Mañana.

— o O o —

Desembarcamos bajo la lluvia y ascendimos penosamente por una pendiente cubierta de barro hasta llegar a un bosquecillo de cocoteros y allí nos sentamos a contemplar nuestra miseria. Pavuvu sería nuestro lugar de descanso. Allí íbamos para nuestra siguiente campaña.

En vez de un machete nos dieron palas y cubos. No había maleza que despejar, pero sí barro que conquistar extrayendo incontables toneladas de coral de una veta abierta en una colina que teníamos delante.

Compartimos Pavuvu con multitudes de ratas y también a éstas las conquistamos con nuestro estilo de vida americano, pero pronto nuestro suministro de veneno se acabó y las montañas de pequeños cadáveres se volvieron tan molestas en su estado de apestosa corrupción que las ratas vivas huyeron en desbandada a lo alto de nuestras tiendas.

Al final, sólo conquistamos el barro. Dejamos en paz a las ratas y nunca molestamos a los murciélagos, preguntándonos sólo, en ocasiones, de dónde venían las ratas y, si era de las

ramas de las palmeras, como muchos creían, cómo se llevaban con sus lacónicos vecinos, los murciélagos.

La comida también era mala, y nuestras tiendas estaban podridas y llenas de agujeros. No había agua excepto la que recogíamos con nuestros cascos por la noche. Nos bañábamos metiéndonos desnudos bajo la lluvia, enjabonándonos en una loca carrera contra la probabilidad de que la lluvia cesara y nos dejara cubiertos de pegajoso jabón, y lavábamos la ropa hirviéndola en tinas con agua de lluvia. Nuestro hedor se había vuelto tan malo, tan persistente, que se había marcado un momento por la tarde para que los hombres se quitaran botas y calcetines y se tumbaran en los catres con los hediondos pies al sol.

Pero habíamos soportado todo eso antes y podríamos soportarlo de nuevo y ni la mala comida ni las tiendas con goteras podían vencer el ardor de mis camaradas. Era la muerte de la esperanza lo que nos abatía.

Siempre había habido esperanza: esperanza de ser relevados, esperanza de que saliera el sol, esperanza por la victoria, esperanza de sobrevivir. Pero cuando vinieron y nos dijeron que ninguno de nosotros iba a volver a casa en rotación, abandonamos la esperanza y nos convertimos en soldados de madera. El futuro asomaba a innumerables islas dominadas por el enemigo e innumerables ataques, y ya habíamos advertido cómo las filas de los originales de New River se reducían con cada acción. Unos cuantos suicidios reflejaron lo desesperante que podía ser la situación para algunos.

Nos tumbábamos en nuestros camastros y escuchábamos la lluvia o las ratas y contemplábamos una monótona sustancia de color gris.

Entonces las cosas cambiaron.

Vinieron y dijeron que la mitad de los originales podían irse a casa.

Hubo alegría y, luego, cuando se conoció el método de selección llegado de Estados Unidos, hubo ira. Sería un sorteo, una «lotería del estado», donde los nombres de los hombres se sacarían de un sombrero, pero sólo los nombres de aquellos que nunca se hubieran metido en líos.

Yo estaba entre aquellos cuyos nombres no entraron en el sombrero, igual que Yardas e Indiana y el Pollo y Recuerditos y un puñado de otros. Los originales del Segundo Batallón del Primero de Marines habían sido divididos claramente en buenos y malos.

Entre nosotros estalló la furia. Ahora sé cómo debe sentirse un convicto cuando lo rechazan de un trabajo tras otro debido a su pasado. Eso era lo que nos descalificaba: nuestro pasado. No había ninguna diferencia si nos habían castigado —sí, castigados una y otra vez, pues se había vuelto rutinario resolver todos los problemas de selección de esta forma— marcando a las ratas de calabozo con trabajos sucios y excluyéndolos de los beneficios especiales. Tampoco importaba que tuviéramos buenos históricos de guerra.

Debió de ser aún más duro para un tercer grupo, unos pocos hombres, como el Artista, cuyas habilidades eran tan raras que no podía pasarse sin ellos, hubieran sido buenos o malos. Sin el Artista, no teníamos sección cartográfica. Sospecho que si el Artista hubiera tenido una infracción de tráfico en su contra, lo habrían encerrado con ese pretexto, igual que sospecho que alguien del alto mando creía en el axioma de Smedley Butler sobre las ratas de calabozo.

En retrospectiva, es fácil perdonar esto a mis comandantes, pero entonces fue duro, te sentías injustamente condenado a muerte. La injusticia de todo aquello me abrumaba y ardí con un resentimiento difícil de soportar. Cuando la partida de los afortunados fue seguida de un período de la más rígida disciplina, resolví apartarme de Pavuvu y retirarme a un lugar de solaz donde pudiera recuperar el equilibrio.

¿Y qué mejor lugar que el hospital que había al otro lado de la bahía, en Banika? El episodio con el teniente Grandes-Ideas me había enseñado cómo una escapadita al hospital, igual que un retiro a las montañas, podía resolver mis problemas. ¿Por qué no intentarlo de nuevo? A causa de la lluvia, que caía diariamente aunque la estación de lluvias tendría que haber terminado ya, mi enuresis se hizo más intensa que antes. Quizá también la agitación del momento la agravó. Sé que los hombres de mi tienda me urgían para que me presentara a la enfermería. Así lo hice.

El doctor, que conocía mi caso, me ordenó ir a Banika. Tenía que marcharme por la mañana.

Volví de la enfermería con una sensación de sombría satisfacción, entré en mi tienda y encontré a Rutherford sentado en mi camastro. De repente las palmeras y la noche tropical desaparecieron y me encontré delante de la acera de Station Square en casa. Allí habíamos pasado muchos sábados por la noche, Rutherford y yo, comentando el partido de fútbol del

instituto. Se había enrolado en los marines el mismo mes que yo y lo destinaron al Quinto Regimiento. No lo había visto desde New River.

Sonrió alegremente, y dije:

—Eh, inutilidad, ¿cómo es que no te has ido a casa de rotación?

Rutherford se echó a reír.

—Supongo que no he sido un buen chico.

—Yo tampoco —contesté, y entonces, cuando él sacaba una enorme pistola japonesa de debajo de su abrigo, le pregunté—: ¿Qué demonios tienes ahí?

Miró alrededor furtivamente y la guardó bajo la manta.

—Guárdamela, ¿quieres? —dijo—. Se la mangué al comandante de la compañía esta mañana y está que se lo llevan los demonios. Van a hacer un registro mañana —su rostro redondo y demacrado se ensombreció—. Es mía, de todas formas. Ese piojoso capitán se aprovechó del rango y me la quitó. La cogí de un mayor japonés en Talasea. Se mató con ella.

—Dámela —dije—. Mañana me voy al hospital de Banika y me la llevaré conmigo.

Sus ojos brillaron.

—¡Bien! Mañana podrán poner boca abajo toda esta maldita isla... y nunca la encontrarán.

Rutherford se marchó, inmensamente aliviado.

Por la mañana, me colgué la pistola de Rutherford del sobaco con un gran cordón blanco, me puse la guerrera encima, recogí mi macuto con mis cosas de aseo y me dirigí al hospital de campaña. Desde allí, una lancha de desembarco me llevó a Banika.

— o O o —

Banika era un lujazo, Banika era la gran ciudad, Banika era Broadway. Banika tenía mujeres, tenía edificios de madera y acero, tenía carreteras, tenía miles de marineros pavoneándose como capones, tenía anfiteatros donde proyectaban películas, tenía luces eléctricas, tenía cantinas rebosantes de chokolatinas y comodidades. Y Banika tenía cerveza.

Al caminar con los otros desde la playa al Hospital de la Marina me sentí como un palurdo en su primera visita a Nueva York. Jeeps, camiones y coches oficiales recorrían las carreteras de la isla, levantando una continua nube de polvo. Las grúas crujían y chirriaban en la playa, cargando y descargando los barcos. La policía militar patrullaba una empalizada de palos puntiagudos detrás de la cual habitaban las mujeres, las enfermeras de la Marina y las trabajadoras de la Cruz Roja. Todo el mundo estaba bien alimentado y libre de preocupaciones, el fondillo de cada par de pantalones bien relleno y feliz. Banika era un culo de toro.

Los delgaduchos que llevábamos el descontento en la cara y en las manos nuestra nerviosa impaciencia debimos de ser una presencia perturbadora en aquella ronroneante incubadora de la isla. Sin embargo, mientras caminaba, recelé con inquietud que sería la imagen de Banika y no la de Pavuvu la que presentarían a Estados Unidos para dar cuenta de la guerra en el Pacífico. Recordé a una cantante de la USO<sup>[11]</sup> a quien conocía de antes de la guerra, que había actuado para nosotros en New River. Pidió verme y, cuando me llamaron, dimos un paseo por nuestra yerma base.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

Y ella, quizá pensando en otras bases que había visto, llena de mandos y oficiales alegres, miró con cierto desdén las pobres tiendas y cabañas, y dijo:

—No muy glamurosa.

Pavuvu era como New River, como todos los lugares donde habíamos estado. No muy glamurosa. ¡Pero, ah, Banika! Eso sí que era glamur. Eso era la guerra en el Pacífico. Eso era lo que conocería Estados Unidos.

Un sanitario de la Marina me condujo a un pabellón y una habitación lateral, una pequeña celda.

—Quítese la ropa —me dijo, fríamente, lanzándome un pijama y una bata. Claramente, aquel servicio no le gustaba.

Empecé a quejarme.

—Deme su cinturón y sus cuchillas de afeitar.

Era una orden extraña, pero obedecí. Mientras me desnudaba, mis ojos se dirigieron a la ventana. Tenía barrotes. ¿Cinturón? ¿Cuchillas? ¿Barrotes? ¿Dónde me encontraba? El

sanitario interceptó mi mirada y dijo:

—Esto es sólo el pabellón de sobrantes. No hay espacio en el pabellón al que tiene que ir.

Asentí, pero no lo creí. Lo examiné. Su cara estaba todavía blanca con la palidez propia de la civilización. No podía hacer mucho que había salido de Estados Unidos. También era joven. Sobre todo, tenía la mirada despectiva del marinero al que le resulta doloroso asociarse con soldados de infantería. Recordé la pistola de Rutherford bajo mi sobaco. Aún no me había quitado la guerrera y lo retrasé hasta el final, esperando a que el sanitario recogiera mi cinturón y mis útiles de afeitar y empezara a dejar la celda del «pabellón de sobrantes». Saqué la pistola, me quité la guerrera y, entonces, allí desnudo, lo apunté con la pistola y dije:

—Eh.

Se dio la vuelta, exasperado, vio la enorme pistola apuntándole y se quedó de piedra. Yo no dije nada, inmóvil. Fue agradable ver aquella expresión de seguridad desaparecer de su cara, ver la lengua asomar nerviosa, como la de un lagarto. Si estaba en el pabellón de los chalados (como estaba), si pensaban que estaba loco (como piensan de todos los marines), yo representaría el papel hasta el final y lo disfrutaría. Un loco desnudo empuñando un pistolón.

—¿Qué hago con esto? —dije por fin.

Él estaba demasiado sorprendido para contestar, así que continué:

—Tome, será mejor que la coja y la guarde en la consigna del hospital o donde sea.

Él la cogió torpemente y se marchó. Pobre idiota superior, no fue capaz de determinar si estaba cargada o no... No lo estaba, por cierto.

Me puse el pijama y la bata roja y salí al pabellón. El primer hombre al que me encontré me paró y dijo:

—Voy a una fiesta esta noche y me tengo que pulir el cerebro. ¿Le importaría sujetarlo hasta que encuentre una bayeta?

Ahora supe dónde estaba. ¡El pabellón de sobrantes, ya!

—Claro —dije, siguiéndole la corriente—. Démelo.

Se llevó las manos a la cabeza, las unió, hizo como si depositara algo en mis manos, se marchó corriendo, regresó con un pañuelo, recuperó sus «sesos», murmuró «Muchas gracias» y salió al exterior, a un pequeño espacio cerrado donde se entretuvo agitando el pañuelo mientras murmuraba tonterías para sí mismo.

Lo observé unos instantes, esperando que levantara la cabeza y se echara a reír, pero no lo hizo: estaba loco de verdad.

Al final del pabellón, brillantemente iluminado, había mesas donde los internos podían leer, escribir o practicar algún juego. En aquel momento había dos hombres allí sentados, jugando a las cartas. Me acerqué y me senté.

Después de un rato, hice un gesto con la cabeza en dirección al que se pulía el cerebro y pregunté:

—¿Qué demonios le pasa?

—Está loco —respondieron con despectivo unísono, sin levantar la mirada de las cartas.

Silencio.

Hablé de nuevo, tímidamente.

—¿Qué pabellón es éste?

—El pabellón P-38 —respondieron, irritados.

Supuse que «pabellón P-38» era el argot que indicaba el pabellón de enfermos mentales, quizá porque muchos de sus pacientes afirmaban saber volar.<sup>[12]</sup> Los jugadores de cartas interrumpieron la partida y me examinaron con atención, como si quisieran que exclamara «¿Pero qué estoy haciendo yo aquí?». En vez de contentarlos, me levanté y me fui andando hasta el otro extremo de la sala.

Allí, en un cubículo de cristal, estaba la enfermera de la Marina. Higiénica, poco amistosa, nunca levantaba un dedo para atender a un hombre. Los sanitarios se encargaban de hacerlo. La enfermera llevaba los archivos. Muy lejos de ser ángeles piadosos en el Pacífico, las enfermeras de la Marina eran ángeles burócratas, contables. Nos observaban desde la superioridad de su rango, pues no eran enfermeras y nosotros pacientes: ellas eran tenientes y nosotros marines voluntarios, mal hablados y medio locos además. Deseábamos que las enfermeras de la Marina se fueran al infierno y más allá, a cualquier parte menos a los hospitales, donde entorpecían el trabajo de los sanitarios y enfurecían a los pacientes.

En ese momento, un paciente regordete le estaba dando la lata para ojear una revista pornográfica que algún cabeza de chorlito de buena voluntad le había pasado. Más tarde me

enteré de que el sexo era el problema de ese hombre, como lo era para muchos de ellos. La enfermera fingió admirar la revista y se deshizo de él. Entonces me vio y su mirada helada me hizo decidirme a interpretar de nuevo mi papel.

—Enfermera —dije, mirándola fijamente—, me gustaría recuperar mis cuchillas de afeitar.

—¿Por qué? —preguntó ella, preocupada.

—Quiero resolver una rencilla.

Ella me miró asombrada y yo le devolví la mirada. Anotó la petición como si estuviera registrando un pecado mortal en el Libro del Juicio y me marché satisfecho. ¡Al diablo con todos ellos! Si pensaban que estaba loco, muy bien, estaré loco..., al menos hasta que vea al psiquiatra.

Lo vi al día siguiente.

Me miró con buen humor cuando entré en su consulta y me senté frente a él.

—¿Qué es eso de las cuchillas de afeitar?

—¿Qué? Oh, sólo estaba bromeando, señor.

—Ya lo sé —dijo él, mirándome con reproche—, pero no lo vuelva a hacer, ¿eh? Tiene a la enfermera muy inquieta.

—Sí, señor.

Era difícil no descargar mi disgusto por haber sido alojado en el pabellón P-38 y no en un lugar más adecuado para curar mis débiles riñones, como yo llamaba a mi caso. Pero guardé silencio, mirando al doctor Amable mientras él se agachaba, gruñendo, para hacerme la prueba con el martillito: golpear la pierna cruzada del paciente justo por debajo de la rodilla para medir la velocidad de los reflejos.

Como estaba concentrado en su tarea, yo pude estudiarlo.

Cuadrado. Fuerte. Cuadrado de cuerpo, manos y cabeza, fuerte en conjunto. Era calvo, de unos cincuenta años. Sus amables modales y forma de hablar rozaban lo femenino, una impresión reforzada por cierta blandura en exceso en la cara y el cuerpo, pero era mala cosa fiarse de esa primera impresión, pues podría ser intencionada a fin de engañar al paciente y pillarlo desprevenido y estudiar mejor su carácter.

Comenzó el examen psiquiátrico rutinario y deduje que era de la escuela freudiana. La mayoría de sus preguntas y sus cuestiones preliminares estaban basadas en el sexo. Luego me preguntó por mi infancia. Por fin, después de quince minutos, él terminó su entrevista y yo parecía estar mirándolo con la intensidad del acusado que espera el veredicto del juez. Amable dijo:

—Tómeselo con calma. Va a quedarse aquí al menos un mes y nos veremos mucho. Así que relájese. Por lo que puedo ver, parece estar bien. De temperamento un poco fuerte, pero...

—¡Qué es eso de temperamento fuerte! —le espeté.

Él sonrió y yo me habría sentido idiota si no hubiera sabido ver el humor de la situación: me comportaba como el hombre que va por ahí corriendo, gritando frenético: «¿Quién está nervioso, quién está nervioso?». Después de pasarme toda la vida negando mi fuerte temperamento, reconocerlo era un alivio.

Empezó a preguntarme por mis experiencias en la guerra y, cuando se las fui contando, sacudió la cabeza de un lado a otro, como para indicar que toda mi división, y no sólo yo, debería ser psicoanalizada. Luego hablamos de libros, pues era un hombre leído, y de filosofía.

De repente se interrumpió y preguntó:

—¿Qué me ha dicho que era?

—Explorador —dije orgullosamente—. Antes era artillero.

—Pues ése no es sitio para un hombre de su calibre.

¡Ahora sí que me quedé de piedra! ¡La vieja distinción social, la inteligencia! ¿No había sido nuestro gobierno suficientemente culpable al mimar a los reclutas de coeficiente intelectual alto por ser demasiado inteligentes para luchar por su país? ¿No advirtió el doctor Amable que yo estaba orgulloso de ser explorador y de haber sido artillero? Inteligencia, inteligencia, inteligencia. Adelante, América, sigue diciéndole a tus jóvenes que el barro y el peligro sólo son dignos de los tontos. Sigue diciendo que sólo los estúpidos son adecuados para el sacrificio, que Estados Unidos debe ser defendido por los simples y disfrutada por las élites. Sigue potenciando la cabeza por encima del corazón y pronto la cabeza será capaz de rendirse estúpidamente a cualquier tipo de lucha y entregará sin más el tesoro al primer bandido con suficiente valor para exigirlo.

Pero el doctor Amable no pareció percibir el orgullo tras mis palabras, así que tartamudeé e hice un chiste tonto al respecto y esperé que cambiara de tema.

—Oh, por cierto —dijo—. Tengo esa pistola suya. ¿Le importaría vendérmela? Me gustaría enviarla a casa como recuerdo.

—Lo siento, señor, pero no puedo. No es mía.

—Lástima —dijo él, poniéndose en pie—, pero si cambia de opinión, hágamelo saber. A mis amigos de Atlanta les encantaría.

Me miró pensativo.

—No hay mucho que pueda hacerse con esa enuresis suya. Un sanitario le despertará cada cierto tiempo por la noche. No está limitado al pabellón, como los otros pacientes. Puede ir al cine y comer en el comedor regular del hospital. Oh, y recuerde, nada de cuchillas de afeitar ni cosas por el estilo.

Esa noche un sanitario me despertó cada hora, la noche siguiente hizo lo mismo, también la siguiente, pero a la cuarta noche no me llamaron y la enuresis me reclamó de nuevo. Así que volvieron a despertarme y, luego, sin advertencia, lo dejaron. Siempre así. Estaba claro lo que estaban haciendo. Sólo intentaban comprobar la legitimidad de mi queja, pues esa aflicción es moneda común entre los farsantes y los que se hacen pasar por enfermos para conseguir una baja médica.

Como era una sospecha general, no me lo tomé a mal y pronto incluso lo olvidé. La vida era muy agradable en el pabellón P-38 y sucedían muchas cosas interesantes. Tal vez tendría que haber dicho cosas raras.

Entre los más raros se encontraba el Capitán Medianoche y puede que gracias a él el pabellón hubiera ganado su curioso nombre. Durante el día era un ávido lector de cómics, sobre todo los del aventurero Capitán Medianoche.

De noche, era el Capitán Medianoche.

Se levantaba de la cama, extendía los brazos como si fueran alas, cuadraba los hombros y corría de puntillas por el pabellón, alzando y plegando sus «alas» y ladeando su cuerpo como un avión, mientras emitía un sonido zumbante.

—Capitán Medianoche llamando al aeródromo —gritaba—. Capitán Medianoche llamando al aeródromo.

Inmediatamente, el pabellón coreaba el grito.

—¡Eh, capitán, ten cuidado! ¡Tienes un Zero en la cola!

—¡Atención, atención, por delante! ¡Cuidado con los alerones, capitán!

—¡Buena maniobra, capitán! ¡Has mandado a ese Zero al infierno!

El Chico estaba confinado entre barrotes que mantenían a los pacientes violentos separados de nosotros. Lo vi allí, para mi sorpresa. Me miró mansamente y me pidió chocolatinas, que yo le di. No pude evitar mirarle las manos, pues era el Chico que había estrangulado al japonés. Eran las manos cuadradas y cortas de un pintor, poderosas. Me pregunté cuánto habría tenido que ver aquel incidente con su locura. ¿Cuánto era castigo, cuánto era remordimiento? ¿O había alguna diferencia?

Le pregunté a un sanitario por el Chico.

—Se le ha ido la olla —dijo simplemente. El sanitario había estado en Pavuvu y conocía el terreno—. ¿Conoces esa carretera que rodea la isla? ¿Y el pequeño avión que tienen allí aparcado? Bueno, pues este chico se coló allí un día y se subió al avión. Lo cogieron cuando puso el motor en marcha. Alguien le preguntó adonde creía que iba. «A casa», respondió. «Me largo de aquí». Y por eso lo trajeron aquí a cambio.

Lo habían traído a Banika. No era un viaje tan largo como el loco plan del Chico para volver a casa, pero acabaría haciéndolo tarde o temprano. Para el Chico la guerra se había terminado. Volvería a casa y, probablemente, recuperaría la cordura en cuanto llegara. La insoportable presión desaparecería. Me pregunté cuánta presión me esperaba, cuánto más podría aguantar.

La locura había sido mi mayor temor desde el momento en que salté de la lancha de desembarco en Guadalcanal y vi aquellas palmeras ante mí. Que me mataran, incluso que me hiciera prisionero un enemigo cruel y vengativo, parecía preferible a la locura. Y siempre había considerado posible la locura, no tanto desde dentro, por la presión mental, sino desde fuera, por una bala, un trozo de metralla, una conmoción. La consideraba algo físico más que psíquico.

Allí, en el pabellón de enfermos mentales, vi que estaba equivocado. Vi lo que la propia mente de un hombre, lo que la desesperación podía hacerle.

Estoy pensando en esas pobres criaturas que llaman maniaco depresivos. Son hijos de la

desesperación. Los vi, sentí el hundimiento de su espíritu y me pregunté tristemente qué podría haberle pasado a un hombre para convertirlo en un fantasma ambulante que recorría el pabellón con labios silenciosos y ojos en blanco.

Si Banika era una isla paradisíaca, tenía, para los voluntarios, su fruta prohibida: las enfermeras.

—No es personal —me explicó el sanitario que me había contado lo del Chico—. Es que son mujeres y las mujeres aquí son una lata. Causan demasiados problemas —reflexionó un momento—. ¿Sabes? No teníamos mujeres cuando llegamos a Banika. Sólo estábamos los médicos y nosotros —suspiró tristemente—. Era maravilloso. Los médicos compartían con nosotros sus raciones de licor y todo. Era como una gran familia feliz. También comíamos bien, igual de bien que los médicos. Los médicos nunca abusaban de su rango. Nos llevábamos maravillosamente bien —su rostro se ensombreció—. Entonces vinieron las enfermeras y todo cambió de la noche a la mañana. Dejamos de estar a gusto. Se acabó el licor, se acabó la buena comida, se acabó la amistad. Las enfermeras sólo hablaban con los médicos y los médicos sólo hablaban con Dios. Y el problema es que nuestro trabajo no se ha vuelto ni una pizca más fácil. En todo caso, más duro, por la tensión —su rostro se volvió aún más sombrío—. Y mira lo que han hecho las enfermeras con toda la base. Mira la bonita empalizada que tuvieron que construir para ellas y encima con un batallón entero de policía militar montando guardia alrededor. Mira cómo a los hombres se los llevan los diablos cada vez que ven a un oficial viajando en jeep con una enfermera al lado. ¿Y sabes qué sienten cuando ven que el oficial tiene una pistola al cinto? ¿Qué demonios significa eso, eh? Significa que se supone que tiene que defender el honor de esta mujer pura contra los ataques de la chusma voluntaria que somos nosotros. Somos los únicos capaces de hacer eso, ya sabes. Las glándulas de los tenientes han ido a la escuela militar —su voz sonó amarga ahora—. Es una locura. Es injusto. Las mujeres no tienen nada que hacer aquí. No siendo tan pocas, al menos. ¡Si no pueden enviar a una mujer por cada hombre, mejor que las dejen a todas en sus puñeteras casas!

— o O o —

El hospital tenía una buena biblioteca y leer se convirtió en una obsesión para mí. Me leía dos o tres libros al día, despreciando las películas nocturnas, y a menudo leía en el servicio después de que apagaran las luces.

Pero acabé por ir a ver las películas, cuando mi apetito aparentemente insaciable de lectura quedó saciado y cuando empezó a asaltarme una vaga sensación de vergüenza. La comodidad de mi vida en el hospital había empezado a mortificarme y de vez en cuando me sorprendía al compararla con desdén con el régimen espartano de mis camaradas en Pavuvu. Mi resentimiento hacia la «lotería estatal» se había desvanecido, incluso había olvidado el motivo de mi traslado a Banika.

Aburrido de los libros y con todo al alcance de mi mano, decidí ir al cine. Acompañé a un destacamento de hombres del pabellón P-38, a quienes escoltaban los sanitarios. Hubo las habituales miradas de recelo y risitas disimuladas cuando los locos ocuparon nuestros asientos en el anfiteatro de troncos de cocotero. Entonces el comandante de la isla entró y todos se pusieron firmes. Cuando se sentó, empezó la película.

Hubo una interrupción.

A través del sistema de altavoces, una voz anunció:

—Las tropas aliadas acaban de invadir el norte de Francia. Se ha abierto el Segundo Frente.

Gritos y aplausos exultantes se alzaron en la tranquila noche, seguidos de un murmullo de excitación, pero entonces la película empezó de nuevo y el silencio regresó.

Me levanté y dejé el anfiteatro, el corazón redoblando de emoción. Me era difícil comprender aquella emoción. Se mezclaba con un escalofrío de orgullo, pero sobre todo era ansiedad, pues de repente había comprendido los grandes acontecimientos que estaban teniendo lugar, que la guerra iba camino de la victoria, y ahí estaba yo, vestido con un pijama claro y una bata, holgazaneando en un hospital. El ansia se apoderó de mí y lloré mientras corría por la oscura carretera de vuelta al hospital. Quería reunirme con mis camaradas.

Los médicos me enviaron de vuelta con ellos poco después.

Me llamaron al despacho del doctor Amable. Sentado tras la mesa estaba el comandante del hospital. Vi la pistola de Rutherford sobre la mesa y supe que mi estancia en Banika se

acababa.

—No hay mucho que podamos hacer por usted —me dijo el comandante—. Aquí no hay ninguna cura. Lo que necesita es un cambio de clima y un destino menos angustioso.

—¿Se refiere a que vuelva a Estados Unidos, señor? —pregunté.

Él sonrió débilmente.

—En circunstancias normales, sí. Por desgracia, los marines no pueden volver a casa hasta que los trasladen. Así que le vamos a devolver al servicio sugiriendo que su oficial en jefe haga que el centinela lo despierte durante la noche.

Yo me reí y él se rió y el doctor Amable se rió. No hubo ninguna amargura ni reproche, pues ellos sabían tan bien como yo lo imposible que era cumplir aquella sugerencia. Pobre del centinela que tuviera la temeridad de recorrer las líneas para atender la vejiga llena de su camarada. No habría manos de gatillo fácil igual de solícitas para él. Pero supongo que los médicos tenían que decir algo.

—No olvide su pistola —dijo el doctor Amable—. ¿Seguro que no ha cambiado de opinión respecto a venderla?

—Lo siento, señor. No, señor. Gracias de nuevo por su ayuda.

Él asintió y me marché. Recogí mis cosas de aseo y dejé el pabellón P-38 y subí al siguiente barco con rumbo a Pavuvu.

## Capítulo 22

Pavuvu latía con ánimos renovados. Lo sentí en el momento en que desembarqué, al ver los cientos de hombres bañándose en la bahía. Otra vez se mostraban despreocupados, riendo, gritando, retozando en las brillantes aguas como marsopas, sus fuertes cuerpos brillando al sol, el bronce de su piel acentuado por los torsos blancos. Lo sentí en el orden de las tiendas en filas entre las palmeras, en la limpieza de las calles de la compañía flanqueadas por los cocoteros hundidos en la tierra y en el bullicioso ir y venir de vehículos que transitaban por la única carretera que rodeaba la isla. ¡Había retretes con pantallas, había duchas, había canchas de baloncesto marcadas en el barro seco, había un cine al aire libre, había incluso una lavandería en el batallón! Pero lo mejor de todo era ese espíritu de renacimiento, la vieja y burlona confianza de los bien jodidos.

Un cambio semejante es tan súbito e inexplicable como un golpe de viento. Los hombres silenciosos empiezan a maldecir, luego empiezan a bromear y, antes de que el primer sonido de la risa haya muerto en sus gargantas, se ha obrado el cambio.

Empiezan siendo cuidadosos con sus ropas, se afeitan con más frecuencia, alguien encuentra una escoba y barre la tienda, otro coge una caja de embalaje y hace una taquilla con ella y se inicia una moda y toda la división busca por la isla cajas o maderas sueltas y, por fin, de la división llega una pelota de baloncesto o de voleibol y se forman equipos, por secciones, por compañías o por batallones; se formulan retos y se aceptan, las rivalidades crecen, los viejos motes se cruzan como proyectiles de mortero y lo mejor de todo vuelve a salir a la luz, el espíritu luchador se despliega como una bandera con los vientos del orgullo y todo lo que queda es trazar el plan de batalla. Así me encontré al viejo espíritu cuando regresé y hallé algo igual de bueno o mejor: un nuevo amigo.

El Erudito se hallaba entre un puñado de reemplazos que acababan de llegar. Marchaban hacia sus nuevas unidades cuando mi lancha llegó a la orilla. En cuanto llegaron a las tiendas de la compañía, se quitaron sus brillantes uniformes caqui de Estados Unidos para cambiarlos por los gastados uniformes de los veteranos, las ropas «saladas» valoradas por su aura de experiencia. Un reemplazo inseguro se sentía más confiado vistiendo las ajadas insignias de «la vieja raza», mientras que los veteranos, al no tener ningún problema psicológico de «pertenencia» que distorsionara su sentido del valor, captaban rápidamente a los incautos. En cuestión de días, el cambio era tan completo que el veterano que antes podía ser reconocido por su atuendo sin lustre era ahora identificado por su brillante novedad. Yo estaba sentado en mi tienda, observando aquellas escenas divertido, cuando mi visión quedó bloqueada por un abultado petate que atravesaba la entrada.

Detrás había un sudoroso reemplazo.

—¿Esta es la tienda de la Sección de Inteligencia? —preguntó, casi con timidez.

—Claro, pasa —respondí, mirando aquel petate y desenvolviendo una tableta de chocolate que había traído de Banika—. Ponlo donde quieras. Ten —dije, partiendo la tableta en dos—, toma un poco de chocolate.

Él cogió su mitad y se la metió ansiosamente en la boca.

—Gracias. No hemos comido nada desde que bajamos del barco esta mañana.

—¿Qué llevas en esa bolsa, eh? ¿Algún zapato?

Yo necesitaba zapatos desesperadamente, pero mis ojos repararon, desazonados, en sus

pies.

—¿Qué talla de zapatos usas?

—Treinta y seis, treinta y seis y medio. Bastante pequeña, ¿eh?

El sonrió y yo perdí interés en su petate. Por alguna razón no me pareció el tipo que cambiara uniformes viejos por nuevos. Observó nuestra tienda y vio mi estantería hecha con una caja de embalar.

—Eh, ¿dónde has conseguido esos libros?

—Me los envía mi padre.

—Qué bien —dijo entusiasmado—. Tengo un montón de libros en el fondo del petate. ¿Y si los sacamos y los pongo con los tuyos?

—Bien —dije, haciendo espacio para sus libros en mi estantería y su amistad en mi corazón. No eran sólo los libros (recuerdo *Jean Christophe* de Romain Rolland y algo de Calderón, en español), sino el acero que sentí en él y quizá, sobre todo, la expresión de testarudez en aquel rostro medio burlón. Así que nos hicimos amigos y lo seguimos siendo.

Después del Erudito, llegaron cuatro reemplazos más a nuestra sección, para alojarse en nuestra tienda. Dos de ellos apenas eran más que niños de instituto, de unos dieciocho años cada uno: uno peleón, el otro tratable. El primero del Medio Oeste, el segundo del Sur. El peleón agresivo e inteligente y a menudo ofensivo, el otro tímido, lento y agradable. Aunque muy distintos, estaban siempre juntos y se convirtieron en los Gemelos.

Hombre-Blanco fue el tercer reemplazo. De las montañas de Virginia, Hombre-Blanco era un intransigente desde la punta de los pies hasta lo alto de su cabeza estrecha y de cabellos atigrados.

—Lucky —me dijo una vez—, ¿sabes qué vamos a hacer después de la guerra? Vamos a acabar con los negros. Y cuando acabemos con los negros, ¡empezaremos con los católicos!

La tienda se partía de risa, pues sólo otro intransigente, éste sin sentido del humor, se molestaría con el amistoso ánimo de Hombre-Blanco. Además era el primer marino reclutado que yo conocía.

El Cuerpo había empezado a aceptar reclutas del fondo general, no muchos, pero los suficientes como para debilitar nuestra orgullosa posición en la élite. Aquél era el único momento en que Hombre-Blanco nos molestaba, cuando hablaba mal de los voluntarios:

—Vosotros lo pedisteis, malditos idiotas. Yo no. Tuvieron que venir a por mí.

Sólo nuestro silencio podía expresar todo nuestro desdén.



Russ Davis («El Erudito») en Pavuvu, 1944

El Sucio Fred, el cuarto de los nuevos, era un granjero tranquilo, delgaducho y narigudo de Kansas, un sabio de granero y con algo de gallito de corral en su forma de ver la vida. Le

gustaba aplicar los baremos de las malas rachas del campo a las de la vida, y no sólo era aburrido, sino repulsivo, por lo que a menudo provocaba gritos de asco entre los marines, que no eran precisamente remilgados.

Con estos reemplazos, en Pavuvu nos dedicamos a intentar integrar los nuevos hombres en la división, pero muchos de los viejos veteranos despreciaban repetir aquella aburrida disciplina descorazonadora de nuevo e hicieron como hacía yo: se aseguraron un puesto que los mantuviera en la zona del batallón. Otros, como el Artista, simplemente permanecieron alejados.

Como Aquiles, el Artista rumiaba en su tienda. Muchas mañanas, a las diez, después de terminar mis deberes con el teniente Liberal, el censor del batallón, deberes que consistían en lamer sobres y cerrarlos, me acercaba a la tienda del Artista con unas cuantas hogazas de pan que acababa de conseguir en la cocina. El Artista abría unas conservas de caponata que su madre le enviaba regularmente, hacía café y nos dábamos un festín.

El café nos acompañaba también por las noches. Después de las películas, los hombres se pasaban a beber el café que yo preparaba. En calor gracias a este líquido negro, hablaban, discutían y bromeaban acerca de los méritos comparados de mi café y la bebida rival del sargento de intendencia. Me alababan por mi cocina («el mejor puñetero café de Pavuvu»), pero creo que era la conversación y no el café lo que los atraía a mi tienda. Mi cocina no tenía rival con la del sargento de intendencia: él hacía el café con una lámpara de acetileno, mientras que yo tenía que hervirlo en una vieja lata apoyada sobre un bote de tomate lleno de gasolina. Pero si él presumía de cocina, mi tienda disfrutaba del ambiente.

Los libros que nos pertenecían al Erudito y a mí, sobre todo el almanaque y el diccionario, hicieron de nuestra tienda un punto de reunión para los cultos del batallón. Siempre había una discusión que mantener con Elocuente, dispuesto en todo momento a oponerse a los demás. También se sentían atraídos por aceptar café de la mano de un «asiático». Este término expresa la reverencia y el temor hacia el hombre que ha estado demasiado tiempo en el trópico. Aprendí de Elocuente a aceptar esa designación, pues te volvía casi intocable y, automáticamente, te excluía del trabajo sucio y de otras cuantas rutinas como tener que hacer gimnasia al toque de diana.

Haber pasado cuatro semanas en el pabellón P-38 me había convertido en el Asiático por excelencia. En mi caso, el mote era oficial. Así que ninguno de los oficiales ponía pegas cuando me dedicaba a sellar los sobres todas las mañanas para el teniente Liberal, evitando el resto de deberes, o cuando me vestía con un par de mocasines y una toalla caqui envuelta a la cintura como si fuera un lap lap melanesio. Se encogían de hombros y se llevaban un dedo a la cabeza y me llamaban Asiático.

Una persona que es considerada diferente puede ejercer una atracción peculiar entre los hombres y debido a mi reputación, todas las noches, cuando había terminado de escribir cartas en la vieja máquina de escribir que había comprado por diez dólares, la tienda se llenaba de hombres que regresaban de ver la película, ansiosos de una taza de café y quizás una discusión en condiciones entre los dos asiáticos, Elocuente y yo.

A veces una botella de whisky encontraba el camino de nuestra tienda, bien comprada a precio escandaloso o, en una ocasión, chantajeada al teniente Liberal, cuando éste, al decidir que los hombres de la Sección de Inteligencia deberían hacer guardia con los otros, hizo la fatal observación «Yo mismo estoy a favor de la igualdad», y se le pidió inmediatamente que extendiera sus principios a su ración de licor. Si el whisky se acababa demasiado pronto, yo conseguía una cantimplora de zumo de jungla de la tienda de Risitas o bebíamos nuestra loción para el afeitado o el tónico capilar. Una vez bebí un horrible mejunje verde llamado Dupre y me desperté con una lengua que parecía haber sido afeitada y lavada con champú.



*Milton Fogelman («Elocuente»), Robert Leckie, Russ Davis («El Erudito»)*

Con alcohol en vez de café, nuestras voces pasaban de la charla a la canción. Una vez más entonábamos las tonadillas obscenas y las canciones de la Primera Guerra Mundial, incluso hacíamos unos penosos bajos cuando empezábamos a tararear sinfonías clásicas al unísono, unas profundidades de las que fuimos rescatados por una macabra composición propia inspirada por la noticia de que la división iba a ponerse en marcha de nuevo. Al son de «*Funiculí, Funiculá*» cantábamos una serenata horrible. Rodeábamos a un hombre y cantábamos:

*Ya-mo, ya mo Playboy va a morir  
Ya-mo, ya mo Playboy va a morir  
va a morir, va a morir, va a MORIR.  
Así que para qué demonios  
vas a morir, vas a morir.*

Se la cantábamos a todos, a todo el mundo..., excepto a Liberal, el Artista y Hombre-Blanco.

Empezó a correr la noticia de que el destino siguiente sería rápido. No como Guadalcanal o Nueva Bretaña. Sería duro, muy duro, mientras durara. Pero luego, los viejos veteranos nos iríamos a casa. Nos alegramos. Eso era lo mejor: corto y dulce.

Rutherford recuperó su pistola. Apareció una noche cuando todos estaban viendo la película y yo estaba a solas en la tienda, tecleando una carta a la luz de un trozo de cuerda mojado en una lata de gasolina. Un amigo y él salieron de la oscuridad, como conspiradores. Me alegré de librarme de la pistola, pues temía que me la robaran.

—Te veo en nuestro pueblo —dijo Rutherford, y se perdió en la oscuridad con su camarada.

Abandonamos Pavuvu. Vencedores de Guadalcanal y de Pavuvu, volvíamos de nuevo a la lucha. Marchamos hacia el buque de desembarco que nos esperaba en la playa con las fauces abiertas. Jamás antes nos habíamos sentido tan confiados en la victoria, jamás sería tan alto su precio.

## Capítulo 23

Peleliu era ya un holocausto.

La isla, plana y casi sin rasgos destacados, era un altar que estaba siendo preparado para la inmolación de diecisiete mil hombres.

Los aviones del Ejército y la Marina la habían bombardeado. Una enorme flota de cruceros pesados y destructores había lanzado sus misiles de castigo contra aquella fortaleza de coral durante días y días antes de nuestra llegada. El pequeño atolón, sólo siete kilómetros y medio de largo, quizá dos de ancho en su punto más amplio, quedaba oscurecido bajo una columna de humo. Era una nube que la luz de las llamas volvía de color rosáceo y, en ocasiones, temblaba y titilaba como un cartel de neón, mientras el rumor de una detonación especialmente fuerte llegaba hasta nosotros.

Nuestra barcaza de desembarco había descargado los vehículos todo terreno a un kilómetro de la orilla. Salimos rodando de sus entrañas como el feo retoño de monstruo marciano y habíamos sentido el impacto de enormes rugidos, explosiones, chasquidos y sonidos sibilantes: el sonido del bombardeo y, así nos pareció, el sonido de la total destrucción de aquella pequeña isla.

Nuestros grandes barcos de guerra quedaron detrás y, delante, el enemigo. En el cielo todos los aviones eran nuestros. Aquél fue un momento de confianza suprema. Una fiera alegría se apoderó de mí, arrinconando aquella tonta convicción de que iba a morir, y contemplé aquella electrizante escena de conquista.

Los proyectiles navales corrían por el aire hacia la orilla, sobre nosotros. Los que habíamos estado en Guadalcanal, recordando nuestra situación con los bombardeos navales, pudimos dedicar un sentimiento de piedad hacia el enemigo, agradecidos de todas formas por la nueva dirección que había tomado la guerra. Torpederas y destructores se acercaban a la orilla, gráciles como caballos de carreras. Cuando las torpederas descargaron sus terribles salvas, se produjo un rugido terrible, como la introducción de acero caliente en el agua, y el aire se oscureció con el vuelo de los misiles.

El gran furor remitía. La cortina de fuego se alzaba. En mi júbilo, me volví para echar una última mirada a nuestra barcaza de desembarco y vi la proa cubierta de marineros que nos saludaban, agitando los puños en dirección a Peleliu como si fueran espectadores de una pelea de gladiadores.

Entonces, de pronto, silencio.

Los motores de nuestras barcazas rugieron y nos abalanzamos hacia aquella columna de humo.

Yo asomaba la cabeza por la borda porque había elegido manejar la ametralladora. Lo mismo hacía Indiana en una barcaza cercana. Me vio, asintió hacia la isla y sonrió. Entendí su significado y alcé la mano haciendo un gesto de optimismo.

—Esto está chupado —grité al viento y al ruido.

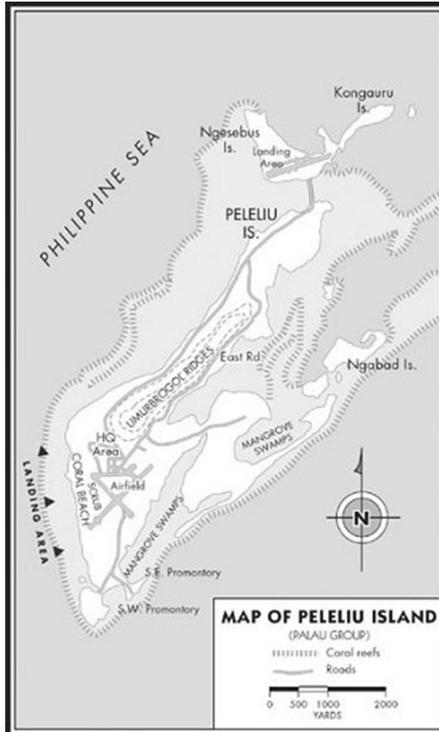
Indiana sonrió de nuevo y devolvió el saludo y, en ese momento, se produjo un golpe extraño contra el costado de acero de nuestra barcaza y luego un sonido estrangulado. El agua empezó a estallar en pequeños géiseres y el aire se pobló de acero en explosión.

El enemigo nos saludaba. Nos recibían con fuego de morteros y artillería. Diez mil japoneses nos esperaban en la isla de Peleliu, diez mil hombres tan valientes, decididos y

habildosos como no había habido otra guarnición desde que empezó el arte de la guerra. Habilidadosos, sí: fue una lluvia terrible e hicieron un trabajo terrible entre nosotros antes de que alcanzáramos la playa. Con la primera detonación, Indiana y yo nos agachamos bajo las bordas y yo no me atreví a levantar la cabeza hasta que estuvimos a treinta metros de la orilla.

Nuestra barcaza estaba entre las primeras olas de asalto, pero la playa estaba ya cubierta de tractores anfibios ennegrecidos y humeantes, de muertos y heridos, un jardín mortal de proyectiles de mortero que explotaban. Habían abierto agujeros en la arena blanca o los habían causado los proyectiles, la playa estaba llena de agujeros..., todos llenos de marines de cascos verdes.

Nos estaban masacrando.





*Russ Davis y Bill Smith («Indiana»)*

Junto con el teniente Pechofuerte de la Compañía F, con quien nos habían asignado al Sucio Fred, al Gemelo tranquilo y a mí, salté por la borda de nuestra barcaza y abrí un agujero propio. Detrás de mí cayó un proyectil que hizo volar a un hombre por los aires, el tipo que me acompañaba en Nueva Bretaña cuando los japoneses me salieron por detrás, el que había disparado por encima de mi cabeza. Vivió, pero la guerra se acabó para él.

El teniente Pechofuerte intentó decir algo pero no pude oírlo, así que le indiqué que lo escribiera. Se encogió de hombros: no era importante. Justo entonces, un marine rebasó corriendo una duna delante de mí, la cara distorsionada por el miedo, una mano agarrando la otra, donde la punta del dedo índice había volado de un tiro, el muñón asomaba carmín como una vela romana. Era el cabo que se había ganado la enemistad de Risitas la noche del combate en Tenaru en Guadalcanal, cuando nuestra ametralladora, que él había emplazado, se hundió en el barro. Entonces, tras aquel rostro asustado, me pareció detectar asombro y alivio.

Nos masacraban, pero no sólo los morteros. Desde un puesto invencible que los japoneses habían abierto en un promontorio de coral que se proyectaba hacia la bahía, llegaba fuego de ametralladora. Habíamos encontrado un modo de pasar al ataque, incluso contestábamos con todo tipo de fuego de armas pequeñas: granadas, cartuchos de dinamita lanzados por hombres que conseguían llegar arrastrándose o rodándolos con fuego de lanzallamas por parte de aquellos que habían ganado también el agujero, pero el fuego de respuesta continuó arrasando nuestro mortífero terreno de juego.

Al examinar nuestra posición, vi que la playa se extendía ante una línea de matorrales. Más allá se hallaba la ansiada pista de aterrizaje y las principales fortificaciones enemigas, que llamaríamos Bloody Nose Ridge (risco de la Nariz Sangrante). En los matorrales vi una mariposa amarilla corriendo entre el follaje y el penacho ondeante de algo que se movía y resultó ser un tanque, un tanque marine. Hubo un momento de pausa y pude oír el grito que se produjo cuando el tanque tomó posición delante de la fortaleza que nos había estado masacrando. Disparó proyectil tras proyectil, mientras su ametrallador descargaba una correa de munición, pero los cañones de aquel búnker continuaron disparando contra nosotros.

Entonces dio comienzo una extraña procesión. El agujero se llenó de pronto con la figura de un soldado japonés. Saltó y se perdió de vista. Luego otro. Otro. Cada aparición provocaba una loca descarga de disparos por nuestra parte. Podríamos haber estado disparando a conejos, pues aparecían con la rápida capacidad furtiva de roedores y desaparecían igual de rápidamente, como si su búnker fuera un cubil... y eso es lo que era, pues los japoneses habían sido dueños de Peleliu durante dos décadas y habían convertido el coral en una red de cuevas conectadas unas con otras. Cuando un japonés saltaba, hacía

su salida hacia otra posición..., quizás incluso correteaba por debajo de nosotros.

Uno, sólo uno de aquellos defensores que escapaban murió. Era gordo y grande, con la blusa y los pantalones cargados de arroz como aquel pobre tipo que se comieron los cocodrilos en Guadalcanal y, como se movía tan despacio, una lluvia de balas lo alcanzó y lo desintegró en una cascada de carne y arroz.

Hacía calor. La arena blanca nos quemaba a través de la ropa. Era el irritante calor de la sala de máquinas. El sudor resbalaba hasta la boca para intensificar la sed. El agua de nuestras cantimploras estaba caliente y, cuando me la bebí toda, la llené con agua sucia de la lluvia estancada en los cráteres abiertos por los proyectiles. No había agua en Peleliu. Los japoneses conseguían la suya con cisternas abiertas al cielo, a nosotros tenían que enviárnosla en bidones de gasolina, que algún estúpido oficial de suministro había olvidado limpiar de los residuos de combustible. Olía y sabía a gasolina, imposible de beber. Un sol de justicia nos asaltó cuando, liberados del búnker por el silencio, nos levantamos y marchamos a través de la maleza hasta el aeródromo.

Sólo era una pista de aterrizaje, al borde de los matorrales, junto a un enorme cráter abierto por las bombas. Ahí tomamos posiciones. Me encontré al Artista.

—Liberal ha muerto —me dijo—. Un mortero los alcanzó al Soldado y a él.

—¿Y el Soldado? ¿Cómo está?

—Malherido en una pierna. Pero está bien —el Artista se echó a reír—. Al menos mejor que nosotros: él saldrá de aquí.

—Sí, lástima lo de Liberal. Era un buen tipo.

—Le alcanzó en el estómago. Lo vi sentado contra un árbol cuando llegué a la playa. Estaba riendo. Le pregunté y dijo que se encontraba bien, pero murió allí sentado.

El Artista sacudió la cabeza y se marchó. Lástima lo de Liberal: toda la buena educación, todo el buen humor y aquella cara rubia y ruda, toda la buena voluntad de sus planes socialistas para la humanidad..., todo perdido, desaparecido por alguna fisura desconocida en este frágil receptáculo de la vida, mientras el hombre se apoyaba contra el árbol, sonreía, fumaba y contemplaba un futuro asegurado por la victoria aliada y por esa herida que le incapacitaba temporalmente. Y así pereció, descanse en paz.

Nos quedamos en el cráter. Nuestro avance se había detenido. Había habido muchas bajas. Los defensores eran decididos y contaban con muchos recursos. Los marines habían empezado a cavar trincheras en el coral del aeródromo. A mediodía intenté comer, pero no pude tragar ni siquiera una cucharada de habichuelas de la ración de mi macuto. No comí nada en Peleliu.

Sus tanques nos atacaron de repente. Cruzaron el aeródromo, una docena. Fue sorprendente. Salieron de la nada y allí sólo estábamos los fusileros y artilleros de ametralladora para oponernos a ellos.

Hubo un violento estallido de disparos. Asomé la cabeza por encima del cráter. A través de las ramas de los matorrales, vi un tanque enemigo avanzar, con francotiradores de camuflaje colgando detrás. Fue sólo un instante, pero al mismo tiempo capté a un marine de la Compañía F, un veterano, que corría hacia retaguardia, la cara demacrada, gritando:

—¡Tanques! ¡Tanques!

Un oficial lo agarró, le hizo dar la vuelta, le dio una patada y le hizo regresar a su puesto. En el cráter, nos preparamos para la defensa, como una caravana atacada por los indios. Los tanques enemigos pasaron de largo, las ruedas girando dentro de sus cintas. Las ametralladoras tabletearon, los bazucas dispararon, nuestros aviones llegaron chirriando desde el cielo y oímos la detonación de las bombas y el rugido de los tanques al explotar.

Un avión lanzatorpedos pasó volando, tan bajo que su vientre podría haber rozado el coral. A mi derecha, vi una línea de tanques nuestros avanzando, disparando sobre la marcha, y parecía que se detenían cada vez que sus cañones tronaban. Entonces se acabó.

Los tanques japoneses habían sido destruidos.

Me levanté y me dirigí al aeródromo. A unos veinte metros ardía un tanque. Algunos de los muertos enemigos estaban en su interior. Los francotiradores colgaban en sus redes como muñecos metidos en un calcetín de Navidad. Me di la vuelta para marcharme y, al hacerlo, casi pisé la mano de alguien.

—Disculpa —empecé a decir, pero me detuve. Vi que era una mano suelta o, más bien, sin nadie detrás. Estaba allí sola, abierta, la palma hacia arriba, limpia, capaz, solitaria. No pude apartar la mirada. La mano es el artesano del alma. Es el segundo miembro de la trinidad humana de cabeza, mano y corazón. El hombre no tiene facultad más humana que su mano, nada más hermoso ni expresivo ni productivo. Ver esa mano allí caída sola, como

arrojada con desprecio, sin formar ya parte de un hombre, sin ser ya de ayuda, era ver una guerra en toda su crueldad, era ver el salvajismo especialmente brutal de nuestra técnica de despedazar, y era ver a los hombres en su peor forma eterna, lanzados unos contra otros, desgarrándose mutuamente, arañando sus propias entrañas con la furia maniática de los poseídos por el orgullo.

La mano me entristeció y le ofrecí una respetuosa inclinación de cabeza mientras recuperaba el equilibrio y la rodeaba con cuidado.

Llegué al borde del aeródromo y vi los otros tanques y los montones esparcidos de cadáveres. Entre ellos pululaba Recuerditos, ocupado con su linterna y sus tenazas. Su bigote rizado brillaba de expectación. Pero ésa sería la última incursión de Recuerditos entre las bocas de los muertos. Lo mataron una hora más tarde en un ataque a una posición enemiga. Igual que al teniente Comando, cuyo epitafio había pronunciado el propio Recuerditos. Descansen en paz.

Nuestras bajas fueron enormes. Antes de que terminara el día alcanzarían la cifra de quinientos hombres en el Primer Regimiento, aproximadamente el veinte por ciento. Y eso el primer día.

Avanzamos de nuevo. Nuestro objetivo era Bloody Nose Ridge, el terreno elevado visible al otro lado del aeródromo. Daba al enemigo un puesto de observación perfecto. Avanzando a través de la llanura de coral aplastado donde apenas había una sola depresión, era tan fácil vernos como a patos de barro en una galería de tiro, pero no había otra ruta y teníamos que seguirla. El fuego de ametralladora barría el aeródromo, cortando la hierba. Los morteros caían con la tranquila regularidad de lo automático, como si hubieran decidido a qué ritmo podían matar al mayor número de los nuestros y se contentaran con ésos, sin prisas por sumar más. Los marines caían. Se doblaban, se tambaleaban, se arrastraban hacia delante, caían de rodillas, caían hacia atrás. Seguían avanzando.

El día moría entre roncros gritos pidiendo agua o ayuda por parte de los heridos. Un vehículo anfibio vacío de otra unidad llegó hasta nuestro sector y el teniente Caballo de Carreras, al verlo, corrió a su encuentro, saltó a bordo y ordenó al conductor que se dirigiera a nuestro frente. Caballo de Carreras quería retirar a los heridos.

Pero el conductor no quiso obedecer. Era de otra unidad, estaba cansado, no veía ningún motivo para arriesgar la piel por un oficial desconocido. Dijo que no podía obedecer. Caballo de Carreras le dijo que más le valía. El conductor se negó en redondo.

Caballo de Carreras desenfundó su pistola y la puso contra la cabeza del conductor.

—Mueve el culo —le dijo, y el conductor rápidamente cambió de marchas y se lanzó hacia delante con un rugido.

Caballo de Carreras había ganado una Cruz Naval por su valentía en Guadalcanal. Ganó otra en Peleliu, pero se la concedieron a título póstumo. Perekó al atacar una casamata, descansen en paz.

Ya oscurecía pero seguía siendo el primer día de batalla. Nos habían retirado para consolidar posiciones, y yo, con Sucio Fred, estábamos de nuevo dentro del gran cráter. Había intentado comer otra cucharada de habichuelas pero no pude. La tensión hacía que mi estómago vibrara como si tuviera un arpa.

Al descubrir que el agua del cráter se había agotado, salí y me dirigí a la playa, esperando encontrar algo allí. Tal vez se hubieran desecho de la que estaba manchada de gasolina —que ya había hecho enfermar a muchos hombres— y habían traído agua limpia a la orilla. Me abrí paso con sigilo entre los matorrales.

El Corredor salió de entre la maleza.

—El Pollo ha muerto —dijo—. El maldito idiota no dejaba de arrancarse la aguja con plasma que el sanitario le clavaba en el brazo. Ya sabes cómo era el Pollo. Testarudo. No sé —dijo, sacudiendo sombrío la cabeza—. No sé. Tal vez habría muerto de todas formas. Era una herida fea. Pero él tampoco ayudó nada, pobre chico.

Yardas me miró en la oscuridad. Tuve la impresión de que se había distinguido ese día y que luchaba contra su modestia para decírmelo.

—¡Chico, ha sido duro! —estalló—. Pregúntale a Risitas..., te dirá que Guadalcanal fue una fiesta de té comparada con lo de hoy. Me refiero al combate. ¡Y se suponía que éste iba a ser fácil! ¡Tendrías que haber visto cuando nos lanzaron esos tanques! ¡Nos los cargamos con ametralladoras y granadas de mano! —proclamó triunfal.

—¿Cómo están los demás?

—Bien. Risitas e Indiana están bien. Hirieron al Caballero, pero está bien. Cabrón afortunado..., ya está fuera de esto —me miró de nuevo—. ¿Y vosotros? ¿Cómo os ha ido?

Le conté lo de Liberal y los demás, y él sacudió la cabeza.

—No quedarán muchos después de todo esto. ¿Y sabes quiénes se lo van a tragar?

Asentí.

—Todos los veteranos.

Le pregunté si había encontrado agua, pero él volcó su cantimplora en respuesta. Caminamos juntos, con tristeza, cada uno sumido en sus pensamientos, preguntándonos si aquello terminaría alguna vez.

—¿Recuerdas a los chicos que cayeron en Guadalcanal? —preguntó Yardas—. Pensábamos que eran unos pobres desgraciados que cayeron demasiado pronto. Tal vez ellos fueron los afortunados. No tuvieron que soportar toda esta mierda para acabar palmándola de todas formas.

—Tal vez —dije—, pero tampoco estuvieron en Melbourne.

—Eso es verdad, pero ahora mismo ni me acuerdo de Melbourne. Llevo todo el día rezando. Y hacerlo no tiene nada que ver con ser un ateo converso en un nido de ametralladoras.

El rostro oscuro y ovalado de Yardas nunca había estado tan serio. Recordé que el padre Recto lo había bautizado en Pavuvu. ¡Qué diferente era! ¡Qué distinto era todo! Ya no existía la camaradería. Ya no existía Guadalcanal. Ya no existía la ingenuidad pagana de la primera batalla. Cuánto más sencillo sería ser de nuevo un pagano y negarse a tomarte las cosas en serio.

Nos despedimos en el borde del cráter. Nunca lo había echado más de menos a él, a Risitas y a Indiana.

Había oscurecido ya, pero los sonidos de la batalla se reanudaban. Los morteros volvían a disparar. De punta a punta de nuestras líneas se alzaba el furioso tableteo de las ametralladoras y los fusiles, a veces parecían indignados, como si los marines lamentaran esas incursiones nocturnas como un granjero enfadado tras los furtivos. Incluso la oscuridad remitió, pues empezamos a utilizar bengalas. Aquéllas eran de aquel tipo que iluminaron nuestra segunda noche de guerra, cuando se lanzaron sobre la jungla en Guadalcanal: persistentes, verdosas, extrañas.

Luego nuestros cohetes rugieron en el cielo en una temible descarga siseante que debió de ser terrible de recibir. Alguien en el interior del cráter murmuró que los japoneses habían abierto una brecha en nuestras líneas y que se usaban los cohetes para sellar la brecha con acero. Traté de dormir unos instantes, tendido contra el borde del cráter con el casco sobre los ojos, pero fue imposible. La noche pasó como una interminable pesadilla en vela.

Recibimos el calor de la mañana con la boca seca, labios que empezaban a resquebrajarse y tripas que gruñían de hambre no satisfecha. El calor empezó a aumentar de nuevo, reflejado en la superficie de coral de Peleliu, cociendo la atmósfera, envolviéndonos en un horno.

—Vamos —dijo el teniente Pechofuerte.

—Bien —contesté yo, y le dije al Sucio Fred y al Gemelo que recogieran su equipo. Dejamos aquel agujero y nos dirigimos a una abertura en la maleza, a la izquierda, a través de la cual era visible el aeródromo. Era por la mañana temprano.

Pasamos ante dos marines tendidos en su trinchera, dormidos. Me incliné para despertarlos.

—Eh —dije, sacudiendo a uno de ellos—. Despierta. Nos movemos.

No me contestó. Yacía inerte. Le di la vuelta. Tenía un agujero de bala en la cabeza. Estaba muerto. También su camarada.

A través de la abertura en los matorrales pude ver a la Compañía F que volvía a atacar. El Artista estaba allí de pie, observándolos.

Los morteros habían cesado. La primera oleada de la Compañía F avanzaba a través de la pista de aterrizaje, corriendo dispersa y agachada, capeando un arrasador fuego de ametralladora que había empezado a cubrir la pista. Estaban cayendo. Parecía irreal, parecía un escenario fantasmagórico, como una escena de película. Era necesario hacer un esfuerzo mental para recordar que eran marines de carne y hueso, hombres a quienes conocía, cuyas vidas estaban enlazadas con la mía. Pero más falta hacía aceptar el hecho de que mi turno era el siguiente. Y éste es el momento de la batalla en que uno necesita un grito de guerra. Entonces es cuando hay que desplegar la bandera o cantar la canción o nombrar la causa ante el enemigo como un desafío. Entonces se prepara la carga, eso que es tan antiguo como la guerra misma, que supera las defensas y gana la batalla o es despedazada y causa la derrota. Cuán menos imponente habría sido aquel camino de

muerte que estaba a punto de cruzar si hubiera habido algún grito completamente irracional (como «¡Viva el Emperador!» o «¡Gloria al cuerpo de marines!») en vez de aquella voz educada que dijo con sangre fría tan en contraste con la situación: —Bien, es nuestro turno.

Me despedí del Artista. El me miró con tristeza por debajo de su casco, el rostro más oscuro y más anguloso debido a su sombra. Dirigió una triste mirada en dirección a la pista de aterrizaje y los hombres que seguían cayendo.

—Buena suerte, chaval —dijo, y se dio la vuelta.

Empecé a correr... El calor se alzaba en oleadas sofocantes... Las balas susurraban en ocasiones, en otras no eran audibles... Corrí con la cabeza gacha, el casco chocando como loco entorpeciendo mi visión, como olas que se alzan alrededor de un barquito... En un momento no pude ver al teniente Pechofuerte ni a Sucio Fred... Estaba solo y corriendo... Había hombres a mi izquierda, todavía cayendo... Caí y me arrojé al suelo, recuperé el aliento, me levanté y corrí de nuevo... De repente caí en un cráter lleno de hombres y dejé de correr.

El cráter era como un oasis. Había imaginado que no había ningún refugio en el aeropuerto y, de repente, eso. No era tan grande como el que había en los matorrales y donde había pasado la noche, pero sí lo suficiente para albergar a diez hombres.

Cuatro de esos hombres pertenecían al Quinto de Marines y, entre ellos, había un teniente herido; el resto eran hombres de mi batallón, incluyendo el comandante de la Compañía F, el capitán Acorazado. Me dejaron sitio sin decir una palabra y, de repente, con el sonido de los proyectiles enemigos cayendo a mi alrededor, me di cuenta de que había encontrado refugio, sí, pero también que era el único sitio en todo el aeródromo que los artilleros enemigos podían ver y al que podían disparar.

Una ametralladora pesada montada en el borde de nuestro cráter, encarada hacia lo que llamábamos la zona de «concentración» enemiga —un bloque de cemento y acero y algunos barracones, las únicas estructuras sobre tierra de la isla— había atraído también hacia nosotros aquellos rugientes misiles rojos.

Hasta entonces, una cosa parecía habernos salvado de la destrucción. Los artilleros japoneses, más tarde descubrimos que era un cañón naval montado en tierra, no podían colocar sus proyectiles en nuestro agujero. No podían alzar ni bajar el cañón, ni apuntar al punto exacto que situaría un misil entre nosotros.

Regularmente, con precisión que tensaba el estómago, aquellos proyectiles caían delante, detrás y a los lados de nuestro agujero. A veces el proyectil caía más cerca y entonces nos estremecíamos mientras los fragmentos volaban desagradablemente sobre nuestras cabezas, pero a veces caían más lejos.

—Ese ha estado cerca —murmuró alguien, cuando un estrépito especialmente fuerte nos sacudió.

—Sí —susurró otro—. Espero que no tengan calibre corto. Eso acabaría con nosotros.

—¡Silencio! —ordenó ferozmente el capitán Acorazado—. Tome —le dijo al encargado del *walkie-talkie*—, a ver si puede poner en funcionamiento esta cosa. Quiero hablar con el Batallón.

Walkie-Talkie se sentó junto a mí en el suelo del cráter. Encogió los hombros y me pidió que girara ciertos diales. Lo hice, pero parecía que no podía establecer comunicación. Entonces llegó el chirrido de un proyectil. Me preparé para recibirlo, aunque sabía que los que oyes no son de temer. ¿Pero cómo temer al que se te lleva, al que no oyes?

Otra voz era audible en ese momento. El teniente del Quinto de Marines que estaba herido —de hecho, estaba agonizando, como supe más tarde—, hablaba con su *walkie-talkie* con el comandante de su regimiento.

—El glorioso Quinto de Marines ha pasado, señor —estaba diciendo—, y ha conseguido el objetivo. Ahora estamos en contacto con el Primer Regimiento.

Miré al teniente. Era joven y poseía ese buen aspecto limpio y atlético propio de los hombres de West Point o de Annapolis. Sufría, ahora, y la tensión empezaba a desgastar la disciplina de sus músculos faciales.

Un proyectil chirrió y todos nos agachamos. Explotó con un rugido estremecedor. Hasta el momento era el que había caído más cerca. El capitán Acorazado gritó:

—¿De dónde viene ese fuego?

Los hombres se miraron aturridos unos a otros, se encogieron de hombros y contemplaron el aire, del que caía un fino polvillo.

—A ver, déjeme ahí —le gritó el capitán Acorazado al hombre de la ametralladora. Se

acercó al borde del cráter y alzó la cabeza. Estudió la zona de edificaciones y el risco que se alzaba a la izquierda, Bloody Nose Ridge. Entonces regresó arrastrándose a su anterior posición, sacó su mapa, lo examinó e hizo una marca con su lápiz.

—Intente contactar de nuevo con el batallón.

Esa vez sí logró la comunicación.

—Hola, batallón, aquí la Compañía Fox. Fuego de artillería enemigo avistado en 128 George. Solicito fuego sobre el mismo. Corto.

¡Increíble! ¡El capitán Acorazado no tenía más idea sobre el emplazamiento del cañón enemigo que de la forma de la nariz del comandante japonés! Cuando levantó la cabeza y echó aquel apurado vistazo sólo vio la cara arrasada de Bloody Nose Ridge. Si hubiera visto aunque fuera una sola columna de humo, cosa que no vio, habría sido imposible calcular su posición exacta, mucho menos relacionarla con un mapa. Las coordenadas que transmitió al batallón se basaban en la esperanza y en la probabilidad. Pero podía esperar más de lo segundo, porque las posibilidades de que alcanzaran el punto adecuado eran iguales que si hubiera pedido que dispararan a la punta de la nariz del general japonés. En un momento oí el sonido de nuestros propios proyectiles volando hacia «128 George». Miré el tenso rostro quemado por el sol del capitán y me pregunté si no estaba demasiado afectado por las bombas enemigas que seguían cayendo alrededor del pozo, pero entonces habló y advertí que su estupidez rayaba el nivel de su valor.

—¿Cuántos hombres hay del Primero de Marines? —preguntó.

Levantamos la mano.

—¿Seis, eh? Tendría que ser suficiente. Será mejor que tomemos esa casamata. Todo ese fuego de ametralladora parece venir de ahí. En cuanto cese el bombardeo, nos lanzaremos contra ella.

Así de fácil. La casamata había resistido incluso el fuego naval. Había recibido las bombas a bocajarro y continuaba en pie. Obviamente estaba cubierta por un laberinto de búnkeres. Nosotros, los seis, teníamos que tomarla.

El capitán Acorazado podía ser estúpido, pero nadie podía decir que no fuera valiente. Me sentí disgustado y me resigné a una muerte tonta. Miré a los hombres del Quinto, que nos miraban con asombro, y los envidié por haber mantenido relaciones diplomáticas con la cordura. Su comandante apenas estaba consciente, pero lo había oído todo. Agitó débilmente una mano en nuestra dirección y sonrió, como diciendo: «Nunca lo conseguiréis, pero no perdéis nada por intentarlo». Y, por supuesto, un moribundo supongo que no se perdía nada.

Llevábamos varios minutos de silencio. El bombardeo enemigo había cesado, como para confirmar al capitán Acorazado sus milagrosos poderes. De detrás llegó un rumor y, al asomarme, vi a uno de nuestros tanques Sherman acercarse y disparar a la casamata. El capitán Acorazado estalló de alegría. ¡Un tanque! ¡Con un tanque en nuestra ayuda, casi no necesitábamos a nadie! Seis hombres era una exageración. ¡El capitán Acorazado casi podía hacerlo él solo!

Salimos del cráter y nos desplegamos detrás del tanque, que avanzó en dirección a la casamata, pero el tanque se convirtió en objetivo de los artilleros enemigos y los proyectiles empezaron a caer de nuevo a nuestro alrededor. El aire zumbaba y titilaba de nuevo con los terribles e invisibles fragmentos de acero. No era aconsejable estar cerca de ese ruidoso titán. En ese momento, el comandante del tanque decidió que tampoco era aconsejable convertirse en un blanco tan obvio y desvió su montura de metal hacia nuestro flanco derecho.

Las bombas nos empujaron de regreso al cráter. Una vez más, Walkie-Talkie tuvo problemas con su aparato. Podía recibir, pero no transmitir. Desde el batallón pedían posiciones.

Será mejor que se presente al puesto de mando —me dijo el capitán Acorazado—, pero vuelva.

Salí del cráter y corrí hacia los matorrales. Cuando alcancé el puesto de mando, el fuego de artillería aumentó. Se volvió más furioso durante un minuto o así, luego cesó. Encontré al mayor Mayor-Porción apoyado contra su macuto con una expresión de extremo disgusto en su rostro de grandes quijadas. A unos pocos metros de distancia estaban su encargado del *walkie-talkie* y Elocuente, que había heredado mi antiguo trabajo de llevar el diario del batallón. Le di nuestra posición y me senté a fumar. Tenía una sed terrible pero seguía fumando.

—¿Cómo van las cosas ahí fuera, Lucky? —preguntó el mayor.

—Mal, señor —contesté, y no añadí nada, pues mi idea de la batalla seguía siendo una confusa mezcla de hombres, movimiento y explosiones, donde de algún modo había implicado un ardiente aeródromo. Me senté a fumar, disfrutando de la pequeña sombra de los matorrales. Luego me levanté y dije—: Será mejor que vuelva.

El mayor asintió y me deseó buena suerte.

Me pegué más a nuestro flanco derecho, porque la artillería había vuelto a empezar. Mientras caminaba, me encontré con un fusil japonés que habían clavado al suelo por la bayoneta. Extraño. Me acerqué a examinarlo. Tal vez era una trampa bomba. Me aproximé, lo miré con curiosidad y, entonces, oí la brusca detonación de un fusil y el silbido de una bala que me pasaba por encima.

¡Otro disparo! Una nubécula de polvo detrás de mí. ¡Sal de aquí, idiota! Es una trampa de francotirador. ¡El fusil es su referente de tiro! Y con frío descaro, operaba dentro de nuestro puesto de mando.

Llegué a un depósito de municiones, montado en el borde de la pista de aterrizaje. Los camilleros cargaban a un hombre herido. Una bala le había atravesado el hombro y la sangre manaba pastosa por un feo agujero. El hombre estaba de buen humor, riendo, miraba a los camilleros como diciendo: «Ya tengo la mía, chicos, ¿qué os parece?».

Agarré con fuerza mi metralleta y ajusté mi macuto, aseguré el mapa, la funda, y rodeé la montaña de proyectiles para regresar al cráter. Fue mi último acto bélico. Por última vez, me volví hacia el enemigo.

A unos cien metros, un proyectil estalló delante de mí.

Giré a la derecha.

Otro proyectil estalló delante.

Volví a girar.

Otro proyectil. Otro. Pero más cerca. Cuatro más. Otro, aún más cerca. Me detuve. Un hecho aterrador quedó claro. ¡Me había situado entre la artillería enemiga y su blanco! Estaban buscando algo, quizás el depósito de municiones que tenía detrás, y movían su fuego en esa dirección.

No había ningún refugio. Avanzar era morir. Sólo podía huir de esa muerte que se acercaba saliendo de la zona de blanco antes de que me alcanzaran.

Me di la vuelta y eché a correr.

Corrí con el calor titilando en oleadas desde el coral, con el sudor engrasando mis articulaciones y el miedo que me secaba la boca, con las bombas explotando detrás de mí, cerca, cada vez más cerca, y el aire lleno de las furiosas voces de la metralla que exigían cobrarse mi vida. Corrí con una imagen en la mente del artillero japonés en lo alto de su risco, acercando cuidadosamente cada ráfaga a mi espalda, persiguiéndome por aquel caliente llano en un monstruoso juego del gato y el ratón, alegre de cada estallido de velocidad causado por una explosión más cercana... y luego, cansado del deporte, alzando el cañón y lanzando un proyectil delante de mí.

Una bomba cayó a mi lado, a unos cinco palmos de distancia, pero no explotó o, al menos, no creo que lo hiciera. En momentos así no puedes estar seguro: con el miedo, el tiempo y el espacio son distintos. Pero allí estaba el proyectil, una masa de dos palmos de rojo ardiente que golpeó el coral con un trueno y luego pareció rebotar en el aire para ir a perderse gimiendo en la bahía.

Entonces el artillero japonés alcanzó su objetivo. El depósito de municiones.

La guerra terminó para mí. Estaba destrozado. Inútil, un cascarón seco. La guerra moderna había podido conmigo. Un gigantesco exprimidor de limones me había secado. Conmoción, calor, sed, tensión... todo había podido conmigo. Puede que me tambaleara, incapaz de hablar, hasta que por fin caí de rodillas junto a dos hombres que cavaban una trinchera en la arena. Se sorprendieron. Como desde muy lejos, pude oír que hablaban de mí.

—No puede hablar. ¿Qué crees que le pasa?

—A mí que me registren. No parece herido. Tal vez le han dado cerca. Eh, amigo, ¿qué te pasa? ¿No puedes hablar?

(Inútil. Me había sentido así cuando jugaba de niño al fútbol y me quedaba sin resuello.)

—¿Qué crees que deberíamos hacer con él?

—No lo sé. ¿Has visto? Tiene una metralleta.

—Sí. Seguro que viene bien por aquí de noche. Me pregunto de dónde demonios salieron anoche los japos. Creí que la playa estaba asegurada.

—De debajo de la tierra. Tienen toda una red subterránea. Chico, sí que nos vendría bien

una metralleta. El fusil no sirve de nada. ¿Crees que deberíamos llevarlo al puesto médico?

—Buena idea. El pobre tipo parece hecho polvo.

Me levantaron y me pusieron derecho, cada uno metió un hombro bajo mis axilas y me arrastraron como un maniquí por la arena. Como un muñeco de tamaño natural a quien se le ha roto el muelle, me arrastraron hasta el doctor.

Un sanitario me acostó sobre una manta y me puso una etiqueta. Me clavó en el brazo una aguja conectada a un frasco de líquido suspendido boca abajo de un armazón de alambre. La pareja que me había traído se agachó a mi lado.

—¿Qué le pasa, doctor? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé —respondió el sanitario—. Parece bastante jodido. Una contusión provocada por alguna explosión. Voy a enviarlo al barco hospital.

Uno de los dos miró ansioso la metralleta que yo tenía a mi lado. Su mirada parecía decir: ya no la necesitarás más. Le dije con los ojos que la cogiera y él se la cargó al hombro tan contento. Entonces se marcharon. Habían tenido su recompensa.

Los morteros disparaban cuando me llevaron a la playa con otra media docena de bajas. Nos quedamos allí tirados y me pregunté aturdido si los artilleros japoneses iban a alcanzarme después de todo. Pero una lancha de desembarco nos subió a bordo y nos dirigimos hacia el barco.

Empecé a sentir vergüenza. Los otros estaban malheridos, algunos aliviados del dolor por la morfina, y ahí estaba yo en un rincón, vomitando en silencio como un gatito asustado, intacto, mi cara sin un rasguño, mis huesos enteros. La guerra terminaba en ignominia. Sentí vergüenza.

Intenté protegerme de las miradas que se centraron en nosotros cuando la lancha fue levantada a cubierta. Hombres con batas blancas ocupaban la borda y dos de los situados en el centro contemplaron con autoridad la lancha, buscando los heridos más necesitados de ayuda. Me encogí ante aquellas miradas expertas, cuando de repente uno de ellos me señaló y dijo:

—Ese. Llévalo abajo inmediatamente.

Me agarraron, desnudándome mientras lo hacían, y me llevaron por una escalera abajo, me tendieron en una mesa y de nuevo me clavaron una aguja en el brazo. Con el líquido fluyendo hacia mi cuerpo regresó a mí la cálida corriente de amor propio. La vergüenza sombría y deprimente había desaparecido en el momento en que aquel dedo me señaló. Me habían herido. Necesitaba ayuda. Con un poder curador que no sospechaba, el médico me había devuelto el ánimo.

Así terminó la guerra para mí.

Del quirófano me llevaron a los camastros de abajo y en tres días recuperé el habla y pude caminar.

Todos los días, durante una semana, subí las escaleras hasta la cubierta y contemplé con enfermiza fascinación Peleliu, situada a poco más de un kilómetro de distancia. Todavía estaban combatiendo. Se podía oír el sonido de los disparos. Bloody Nose Ridge se alzaba como una montaña lunar arrasada en aquella llanura de coral picoteada.

Todos los días las noticias eran malas. Estábamos ganando, pero a un precio terrible.

Mataron a Rutherford. Me lo contó su amigo, el tipo bajito y delgado que había salido de la oscuridad con él aquella noche que apareció para reclamar su pistola. El amigo de Rutherford había sido herido. Llevaba el brazo en cabestrillo. Me dijo que un proyectil de mortero había alcanzado a Rutherford y que había volado en pedazos.

«Nos veremos en el pueblo», había dicho Rutherford, pero yo volvería solo al pueblo. Descanse en paz.

Mataron a Hombre-Blanco. Perekó fuera de nuestras líneas durante aquel terrible bombardeo de la primera noche. Hombre-Blanco, nacido y criado en la intransigencia, murió enfrentándose al enemigo. Descanse en paz.

Y el Artista. Muerto por una mano cobarde. Regresaba solo de una patrulla nocturna, saltó la alambrada que protegía el puesto de mando y recibió un tiro en el pecho por parte del ordenanza del mayor, un cobarde que no tuvo el valor de dar el alto antes de disparar. El Artista había muerto, un hombre valiente, descanse en paz.

Tres hombres de nuestra sección a quienes no habíamos cantado la macabra serenata de Pavuvu: Liberal, Hombre-Blanco, el Artista. Todos muertos.

Aquello se había convertido en una masacre en el sentido más absoluto. Docenas de hombres del batallón perecieron. El capitán Acorazado cayó, muerto por la bala de un francotirador —al final hizo falta un bombardeo desde el destructor *Mississippi* para reducir

la casamata—, y de su Compañía F sólo quedaron restos. Hombres a quienes no he mencionado en este libro, amigos que no encajaron en la narración, hombres cuyos rostros no he olvidado y cuya valentía y sacrificio han entregado un enorme crédito espiritual para orgullo de nuestra nación. También ellos cayeron, arrebatando aquella isla rocosa de las garras del más tenaz de los defensores. Descansen en paz.

Nos marchábamos. Habíamos ganado la batalla. El exterminio había caído sobre los diez mil japoneses de Peleliu y mi regimiento, el Primero, se lamía las heridas en la playa. De mi batallón (una fuerza compuesta por unos mil quinientos hombres) sólo quedaban 28 efectivos cuando llegó la orden del último asalto para peinar las cuevas y casamatas que los japoneses habían tallado en Bloody Nose Ridge, con hombres, sangre y agonía, el trozo de tierra más caro del ancho Pacífico. Cuando llegó la orden, se levantaron de sus trincheras como sombras de sepulcros... y avanzaron. No podían correr, apenas podían andar y arrastraban sus armas, pero obedecieron y atacaron. Los retiraron de la línea al borde del colapso.

Nos marchábamos. Los heridos más graves iban a ser trasladados de nuestro barco hospital de campaña a otro espléndidamente equipado que navegaría directamente a Estados Unidos. Entre los que se marchaban estaba el Soldado, a quien yo había encontrado en el tercer o cuarto nivel bajo cubierta, tendido en su camastro y sufriendo agónicamente por un terrible agujero en el muslo.

El calor era sofocante y encontré un casco que llené de agua para enjuagarle la frente. Encontré también un médico, que le alivió el dolor y ordenó que le cambiaran las vendas. Lamenté despedirme del Soldado, pero mi espíritu se animó como impulsado por un cohete cuando vi a Yardas entre las bajas menores que pasaban a nuestro barco.

Yardas todavía tenía una bala japonesa en el brazo. Estaba orgulloso de ello, se quitó rápidamente el vendaje y me la enseñó en cuanto lo vi.

—Esto valdrá un montón de bebidas gratis en Buffalo —rió.

Su buen humor era tranquilizador, casi una garantía de que los demás estaban a salvo, pero, naturalmente, hice la pregunta:

—¿Cómo están Risitas e Indiana? ¿Cómo escaparon?

—Bien, supongo..., pero Risitas recibió una herida fea. También hirieron a Indiana, pero poca cosa. No le dieron hasta el sexto día. A Risitas y a mí nos dieron el cuarto.

—¿Juntos?

—No exactamente, pero casi. Te diré una cosa —su rostro se entristeció y sus ojos oscuros brillaron de compasión—. ¿Conoces a ese reemplazo de Texas? ¿El tipo amable y guapetón? Bueno, tal vez no lo conozcas, pero dos de sus hermanos han muerto ya en la guerra. Tenía miedo de morir, no por él, ya sabes, sino por su madre. Tenía miedo de lo que le pasaría si mataban a su tercer hijo. Bien, pues al cuarto día empiezan a bombardearnos con morteros. Y alcanzan a ese pobre chico. —Yardas me miró con atención—. En serio, Luck, nunca lo olvidaré. El sanitario le dio morfina inmediatamente, pero no sirvió de nada. «Me estoy muriendo», le dijo a Risitas. «Me muero, Risitas». Y Risitas trató de bromear con él: «No, chico, es sólo una herida fea, eso es todo. Te pondrás bien». «Me muero, Risitas, me muero», dijo el chico. «No quiero morir». Y se murió allí mismo.

Yardas hizo una pausa y luego reemprendió su relato.

—Entonces los morteros volvieron a disparar. Risitas recibió una buena herida en el muslo izquierdo, cerca de la ingle —Yardas se rió al recordarlo—. Fue gracioso. Le aterraba perder las joyas de la familia. «¿Están bien?», le preguntó al sanitario. «Rápido, dígamelo, ¿están bien?». «Tranquilo», le dice el sanitario, «ni siquiera te las han rozado. Tienes diversión de sobra por delante». Y Risitas se tendió sonriente. Se sentía tan aliviado como si sólo se hubiera cortado el dedo o algo así. Te juro que habría sido capaz de pedirle al sanitario que le pegara un tiro si no hubiera sido así.

Los motores del barco rugieron. Nos movíamos. Yardas y yo corrimos a la amura con los demás, chocamos con el amigo de Rutherford del brazo en cabestrillo. En silencio, estudiamos Peleliu, oscura y arrasada, unos cuantos matorrales pelados en Bloody Nose Ridge, sus ramas andrajosas alzándose al cielo en gesto de súplica, como aquella cruz que vi en las Ozarks.

Nos dirigíamos a un hospital naval situado en la isla de Manus, en el archipiélago del Almirantazgo. Allí nos encontramos con Indiana y con el pobre Caralisa, su fina piel blanca arrugada como un pergamino sobre su rostro de huesos finos, tendido en la cama con un agujero en el riñón, con un hipo que agravaba su dolor, pero sonriendo al vernos. Y allí encontramos a muchos otros, como Amish y el Roble, hasta que Manus se convirtió en una

reunión del resto de los originales.

Celebraríamos una reunión mayor en San Diego, cuando todos llegáramos a casa por fin: incluso Risitas estaría allí, apoyado en un bastón y con la risa brotándole grave del pecho, y una vez más seríamos tan felices como en los primeros días en New River, la terrible experiencia dejada atrás y la perspectiva de volver a casa ante nosotros.

Pero en aquel momento, los supervivientes nos marchábamos de Peleliu, dejando el holocausto. El barco ganaba velocidad. Contemplamos aquel puntito de roca perderse en la distancia.

—Hasta la vista, muchachos —dijo Yardas, cuando llegamos a mar abierto.

## Epílogo

Yo yacía en el pabellón de un hospital y el Signo del Hongo se elevaba sobre el mundo.

Estaba en un hospital por décima vez desde que decidí enrolarme en los marines. Mis camaradas y yo habíamos sufrido en nuestras carnes igual que el mundo había sufrido en sus gentes desde que la esvástica nazi se unió al sol naciente japonés en un abrazo arácnido: el mundo entero sufrió durante seis años como un organismo gigantesco y entonces, el Signo del Hongo se alzaba sobre él.

El pabellón en el Hospital de la Marina Newton D. Baker, en Martinsburg, Virginia Occidental, se mantuvo en silencio, parecía aturdido. Una voz impersonal dijo por la radio:

—Estados Unidos acaba de lanzar la primera bomba atómica de la historia sobre la importante ciudad japonesa de Hiroshima. La ciudad ha sido destruida.

Una nube monstruosa se elevaba sobre Hiroshima, sobre el mundo, un hongo monstruoso, símbolo de nuestro pecado: el desarrollo, la grandeza, la velocidad. Crece, crece, crece, crece como un cáncer, aumenta una fábrica, amplía una ciudad, hincha nuestros vientres, acelera la vida, vuela a la Luna, haz estallar una bomba, aplasta a un pueblo..., explota al mundo.

La nube se alzaba y yo me encogí en la cama, yo que me había encogido ante el aplastante estallido de una bomba de doscientos kilos, oía esa extraña, fría e incomprensible jerga de la megatonelada. Alguien había pecado contra la vida y yo lo sentí en mi propia persona.

Pero también yo pequé. De repente, en secreto, en privado, me alegré. Pues mientras yacía en aquel hospital me había enfrentado a la horrible perspectiva de regresar al Pacífico y la guerra y la ley de probabilidades. Pero en aquel momento lo supe, los japoneses tendrían que deponer las armas. La guerra había terminado. Yo había sobrevivido. Como un hombre que empuña una ametralladora para defenderse de un niño desarmado, yo había sobrevivido. Así que me alegré.

Unos días más tarde la guerra terminó y tuvo lugar una celebración de la victoria en Martinsburg. Los lugareños salieron y dieron dos veces la vuelta a la plaza del pueblo, después todo el mundo regresó a casa. Un delgado caballero chino, al advertir mi uniforme verde entre el caqui, mis lazos y mis hombreras, llegó quizás a la conclusión de que yo había combatido a los japoneses y salió de entre la multitud mientras me tomaba una cerveza en la cantina y dijo: «Gracias». Entonces se marchó. Eso era la victoria, eso era el júbilo, bajo el Signo del Hongo. Regresé al hospital, completamente sobrio. En pocas semanas, volví a ser un civil.

— o O o —

Una mujer gruesa de buen aspecto me dijo:

—¿Qué ganó usted con ello? ¿Por qué luchó? Pensé en responderle: «Para que usted pueda comprar carne en el mercado negro», pero no lo hice, pues esa salida de tono sólo la enfurecería a ella e insultaría a mis camaradas. Tampoco respondí: «Para preservar el *statu quo*, para defender lo que tengo ahora», pues eso habría complacido a su materialismo, que

es siempre una mentira. Sobre todo no podía decir la verdad: «Para destruir a la bestia nazi, para contener al imperialismo japonés», pues no lo habría comprendido. Eso era lo que habíamos hecho y lo habíamos hecho sin una canción que cantar, sin profunda devoción.

Pero no supe responder a la primera pregunta, pues no sabía qué había sacado de todo ello, ni siquiera si tenía que obtener beneficio alguno.

Ahora lo sé. Para mí, un recuerdo y la fuerza de la terrible experiencia sufrida; para mi hijo, una herencia incalculable; para mi país, sacrificio.

Esto último es suficiente, pues es el sacrificio —el sufrimiento de los que vivieron, la inmolación de los que murieron— lo que debe ponerse en las balanzas de la justicia divina que empezaron a inclinarse con violencia contra nosotros cuando el hongo se alzó sobre el mundo. Los hombres van a la guerra para sacrificarse. No van a matar, van a que los maten, a arriesgar su vida, a interponer sus preciosas personas en el camino de la destrucción.

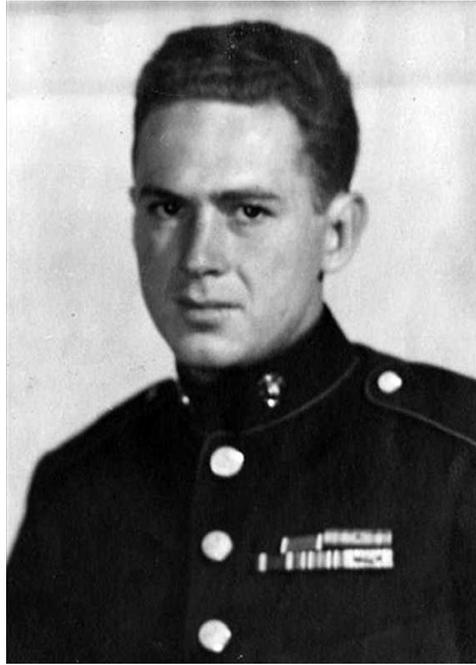
El sacrificio responde a la interminable discusión sobre la guerra y la paz, si el dulce Jesús no es traicionado por el hombre de Marte. Contamos con las respuestas de los filósofos y teólogos: el hombre puede combatir en una guerra justa. También contamos con la antigua sabiduría de la Iglesia que señala la imposibilidad de que el hombre determine jamás la justicia de su causa y que le empuja, si cree que sus líderes son honrados, a obedecerlos y empuñar las armas.

Pero no contamos con hombres que digan: «Ése es un argumento demasiado débil. No puedo matar por sofismas. Debo saber que mi causa es justa. Siempre lucharé para defender a mi país contra un invasor o para reprimir a un agresor o castigar a un tirano, pero debo saber que así es, y, como no cabe demostrar lo imposible, saberlo a ciencia cierta —lo digo con una lógica tan convincente como la suya, una lógica que no exige la sangre de mis hermanos—, no iré».

Pero el sacrificio dice: «No la sangre de tu hermano, amigo mío: tu propia sangre».

Por eso lloran las mujeres cuando sus hombres van a la guerra. No lloran por sus víctimas, lloran por ellos como Víctimas. Por eso, con la sabiduría inmemorial de la humanidad, suenan canciones alegres y tocan pintorescas bandas para despedirlos, para fortalecer sus temerosos corazones, no para avivar su ansia de sangre. Por eso no hay vivos gloriosos, sino sólo muertos gloriosos. Los héroes se vuelven traidores, los guerreros envejecen y se vuelven blandos, pero una víctima no cambia, el sacrificio es eterno.

Y ahora, a esa Víctima cuyo Signo se alzó sobre el mundo hace dos mil años, para ser amenazada ahora por ese otro signo que ahora se rebela, entono una oración de contrición. Yo, a quien habéis visto como un hombre irreverente y poco religioso, rezo ahora en nombre de Risitas e Indiana y Yargas, en nombre de Caralisa, Caballero, Amish y el Roble, Ivy League y Grandes-Ideas, en nombre de todos aquellos que sufrieron en las junglas y en las playas, desde Anzio a Normandía. Y en el nombre de los inmolados: Texano, Rutherford, el Pollo, Bocazas, Artista y Hombre-Blanco, Recuerditos y Caballo de Carreras, Acorazado y Comando. En nombre de todos ellos y todos los otros, querido Padre, perdónanos por esa nube horrible.



*Robert Leckie, finalmente con su uniforme de gala, 1945*



*Robert Leckie, oficina de Associated Press, Buffalo, New York,  
1947*



*Robert Leckie recibiendo el Premio de Corresponsales de Guerra del Cuerpo de Marines por Mi casco por almohada, 1958*



ROBERT LECKIE (Filadelfia, 18 de diciembre de 1920 - 24 de diciembre de 2001) fue un reportero y escritor estadounidense, especialista divulgador de historia militar de los Estados Unidos. Antiguo marine (1941-1944), combatiente durante la Segunda Guerra Mundial en la guerra del Pacífico, Leckie es autor del bestseller *Helmet for My Pillow*, publicado en 1957 en el que relata su experiencia bélica en las batallas de Guadalcanal y Peleliu, donde fue gravemente herido, y que ha servido de fuente para la serie televisiva *The Pacific* estrenada en 2010. En 1946 se casó con Vera Keller, una vecina de la infancia con quien tuvo tres hijos: David, Geoff y Joan. De acuerdo con Vera, en 1951 Leckie se decidió a escribir sus memorias después de ver el musical de Broadway *South Pacific*. Robert dijo, «tengo que decir cómo fue en realidad aquello, la guerra no es un musical».

Tras la guerra, Leckie colaboró como reportero para Associated Press, *Buffalo Courier-Express*, *New York Journal American*, *New York Daily News* y *The Star-Ledger*, además es autor de más de cuarenta obras especializadas. Recibió en 1958 el Premio de Corresponsales de Guerra del Cuerpo de Marines por su obra *Helmet for My Pillow (Mi casco por almohada)*.

Robert Leckie murió en el 2001 después de una larga batalla contra el Alzheimer.

## Notas

[1] Dibujante estadounidense ganador de dos premios Pulitzer, famoso por sus viñetas sobre la Segunda Guerra Mundial y sus dos personajes, los soldados Willie y Joe. (N. del T.) <<

[2] En el noroeste de Estados Unidos, la Ivy League está formada por ocho universidades de gran prestigio. El término tiene su origen en la hiedra (ivy) que cubre los muros de las facultades y colegios universitarios. (N. del T.) <<

[3] Carne en lata. De un gag de Monty Python viene la acepción spam tan popular hoy en informática. (N. del T.) <<

[4] El autor hace un juego de palabras entre el nombre del barco y la palabra «manure», estiércol. (N. del T) <<

[5] Término del habla australiana, derivación de «provisionales». (N. del T.) <<

[6] Lucky, derivación del apellido del autor, significa «afortunado». (N. del T.) <<

[7] Lata de combustible compuesto de etanol y alcohol gelatinoso, arde en la propia lata donde es envasado. (N. del T.) <<

[8] Fuerzas Imperiales Australianas. (N. del T.) <<

[9] Buques de desembarco de tanques de ataque. (N. del T.) <<

[10] Enfermedad de Hansen. (N. del T.) <<

[11] United Service Organization. Entre otras funciones, se dedica a proporcionar entretenimiento y apoyo moral a las tropas. (N. del T.) <<

[12] Se refiere al avión Lockheed P-38. (N. del T.) <<